UN Secreto POR TU AMOR

NUNCA FUE UN SIMPLE TRABAJO



ELIZABETH ALVAREZ

Un secreto por tu amor

ENCONTRANDO EL AMOR #3

Elizabeth Álvarez

Un secreto por tu amor

ENCONTRANDO EL AMOR #3

Elizabeth Álvarez

© 2026. Elizabeth Álvarez

Ilustración de portada. Krida studio

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización expresa de la autora.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con la realidad es coincidencia.

Primera edición digital: 2026

Dedicatoria

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Epílogo

A todas las almas que se apagaron bajo el peso de lo que no pudieron contar. Que estas páginas les recuerden que ningún secreto es más fuerte que el derecho a ser amados.

Introducción

LENA

La vida podía ser una perra en muchas ocasiones. Yo creía en el destino y en que todo sucede por una razón, sin embargo, ¿por qué me ponía a tragarme mis palabras de esa forma?

Micaela me sonrió con algo de pena. Yo también sentí pena, no solo por mi situación, sino por la mancha de comida que tenía en su cárdigan de diseñador. Esa ropa debía ser más costosa que todo mi guarda ropa junto. Y oye, no ganaba mal como niñera, pero hacía meses que había dejado el trabajo y ya no contaba con un ingreso.

Y lo necesitaba. Pronto.

—Lo siento, Lena, pero en este momento ya tenemos a Flora. No te miento, a veces desearía tener más ayuda, pero por lo general me basta con ella. Tendría que hablarlo con Ashton, el dinero no es problema, pero creo que no tenemos la necesidad.

Por primera vez en el tiempo que llevaba conociéndola, quise que ella fuera la típica niña millonaria que no criaba a sus hijos ella misma, sino que los ponía a disposición de niñeras, pero no, ella y Ashton no eran ese tipo de personas.

Suspiré y asentí, sin embargo, ella se mordió el labio.

—Lena, sé que Bret no es de tu agrado, o eso creo, pero… tienes una opción abierta con él allí. Lo sabes, ¿no?

Mis ojos se abrieron con indignación.

—Esa solución me duraría a lo mucho una semana, además, lo veo un poco como prostitución.

Ella se rio y negó.

—No me refería a eso. Mira, Bret es un enigma, de verdad no comprendo nada de su vida, pero para tenerte cerca él te propuso algo, una opción incluso mejor de la que yo te puedo dar, mejor paga, y es la de cuidar a Mía. Podrías aprovechar eso a tu favor, después de todo, habría un contrato de por medio.

La palabra niñera ya tenía en su vocablo su significado. Ser una niñera era ser una persona que cuida *niños,* no gatas.

Sin embargo, ¿tenía más opción?

—Déjame hablar con Ashton, ¿sí? De pronto podemos hacer algo.

Asentí, sin embargo, sabía que no sería así. Ellos no eran malas personas, pero me conocía la historia de ambos. ¿Cómo esperaría que consiguieran un empleo para mí cuando él prefirió vivir con una desconocida antes que darle un empleo? Y sí, esa desconocida era Micaela, una historia que quizá no comenzó siendo muy bonita, pero que resultó siendo lo mejor para ambos.

Tomé mis cosas y me fui a despedirme de Colette, quien estaba con su nueva niñera, jugando en su habitación. La bebé me seguía queriendo, incluso más que a Flora, sin embargo, sí sería muy injusto despedir a la nueva niñera solo porque la antigua se arrepintió de sus decisiones y quiso volver.

Las oportunidades a veces no volvían si las rechazabas la primera vez.

Una vez en casa, solo pude tirarme a la cama y mirar al techo mientras sopesaba la opción que Micaela me había dado.

¿Podría una niñera con el corazón roto ir a trabajar a la casa de una persona que siempre intentaba coquetear con ella? No lo veía muy sano, mucho menos porque parecía que yo había construido una muralla alrededor de mi corazón. No quería a nadie en mi vida y Bret Dufort, el empresario que se había medio obsesionado conmigo, tampoco me iba a dar una estabilidad, no cuando era conocido, más que por sus negocios, por la cantidad de mujeres que pasaron por su cama, no necesariamente mujeres de la alta alcurnia. Podría ser una camarera de un bar o algo similar, para él eso no importaba en absoluto.

Cuando le comenté a Zoe, mi mejor amiga, que él estaba insistiendo en que fuera una de sus «musas», se volvió loca. En ese momento yo no sabía que el hombre era todo un jugador, pero mi amiga sí, y cuando la curiosidad pudo más que yo, fue cuando me di cuenta de que la lista de muescas en su carrera era mucho más larga de lo que creía, pero que todas esas mujeres tenían algo en común: solo habían servido como «musas» de un hombre que tenía la afición de la pintura y como esculturas a su lado en eventos que tuviera durante el tiempo que él lo necesitase, nada más.

Claro, a esas mujeres les fue bien. Los rumores decían que muchas, por esos «favores», recibían a cambio dinero, casas, fama. Y lo comprobé con una chica que pasó de nadie a ser una *influencer*, solo por salir con él por una semana.

No negaba que era tentador, pero luego ¿qué?

Aunque cuidar a su gata no quería decir que tuviera que acostarme con él. Había estado alrededor de hombres atractivos antes, también de hombres atractivos con dinero, y nunca había deseado a ninguno. No tendría por qué ser diferente con él, ¿verdad?

Un mensaje entró a mi teléfono, el cual tenía en mis manos, llamando mi atención.

Al ver la pantalla de bloqueo y el mensaje que estaba allí, me sorprendí y aunque no era algo extraño.

> Sr Dufor • 03:56 p.m.
>
> Todavía tienes la oportunidad que te di. Te espero en mi oficina mañana a la hora que tengas libre, haré un espacio para ti.

Apreté los labios con algo de rabia. ¿Quién se creía para enviarme ese mensaje? Pero, al mismo tiempo... ese era Bret, y él tenía muy claro que en ese instante sí podía tener poder sobre mí.

Cerré el mensaje, solo para ver el de la veterinaria con actualizaciones de Cloud y, a la vez, con actualización de su deuda.

Cerré los ojos y respiré profundo. Necesitaba el dinero, no importaba si cuidaba de un niño o de una gata. Necesitaba trabajar por mi propia mascota.

Capítulo 1

LENA

Aunque mi exjefe era el dueño de la empresa SkyConnect, en donde Bret era el vicepresidente, Ashton nunca estaba en su oficina, solía trabajar desde casa, así que yo no conocía las instalaciones de la empresa.

Al entrar, se podía sentir que era de tecnología, un ambiente frío, muy profesional. Me acerqué a información, esperando que me recibiera con un trato también frío, pero, contrario a eso, la mujer allí me sonrió.

—Buenas tardes, tengo una cita con el señor Dufort —dije, pero ella frunció el ceño.

—Espera un momento, tengo que llamar a su secretaria porque tengo entendido que no está hoy en las instalaciones.

«Este idiota…»

Forcé una sonrisa y asentí. Esperé a la información, pero, tal como ella dijo, Bret no estaba allí.

Me giré, conteniendo mi rabia, y saqué mi teléfono de mi bolso. Necesitaba el dinero, solo por eso me rendía a él y lo llamaba, y no para mandarlo a la mierda como me gustaría.

—Me dijiste que me esperarías en tu oficina —dije en cuanto contestó.

—Buen día para ti, Lena, espero que hayas amanecido bien. ¿Ya desayunaste? Porque me da la sensación de que no.

Respiré profundo antes de sacar el aliento con fuerza.

—Bret…

—Estoy en mi oficina… en la oficina de mi casa. Tengo días en los cuales voy a Sky, pero los demás los trabajo desde mi casa o en mis otras oficinas, ¿no lo sabías?

—¿Cómo demonios lo voy a saber? Ni siquiera tengo la dirección de tu casa, Bret, ¿cómo quieres que llegue si no me das información importante?

—Quédate ahí, alguien te recogerá.

—Espero que al menos me digas la matrícula del auto; no quiero subirme en uno que no sea el tuyo, solo digo.

Él se rio y eso fue suficiente para mí. Le colgué sin decir más; que me enviara la matrícula por mensaje.

No esperé mucho, en realidad, pronto llegó un hombre preguntando por mí en el acceso. Parecía ser que ya lo reconocían en la empresa porque lo dejaron entrar sin problema, incluso saludó a la mujer de información por su nombre. Ella no disimuló mucho y se quedó mirándome, quizá preguntándose si yo sería la próxima mujer con la que se vería a su jefe en los eventos a los que asistía, pero estaba muy equivocada si ese era su pensamiento.

—Señorita, un placer, soy Hugo. El señor Dufort me pidió recogerla.

Asentí y me levanté. Él pretendió ayudarme con mi bolso, pero era solo un bolso, yo podía perfectamente con él, además, era un artículo privado.

—Gracias —agradecí. Obtuve una sonrisa y un asentimiento como respuesta.

Caminé por delante de él, tal como me indicó al señalarme el camino. Afuera había una camioneta polarizada negra, muy bonita, pero muy ostentosa. Todo en ella gritaba dinero, la convertía en un blanco fácil.

—Señorita, tengo órdenes de que los pasajeros deben ir en el asiento trasero. Es solo por cuestiones de seguridad; debo llevarla sana y salva a nuestro destino.

Apreté un poco los labios y asentí antes de entrar al auto por la puerta que Hugo abrió para mí.

La marcha se inició en silencio, hasta que mi curiosidad hizo que abriera la boca y comenzara con el interrogatorio.

—¿La casa del señor Dufort queda cerca de aquí o cómo es que usted llegó tan rápido?

Hugo me dio una mirada por el retrovisor y sonrió.

—El señor vive lejos, soy yo el que vive cerca, pero él prefiere manejarse por su cuenta y no depender de chóferes, por lo que mi contrato es fijo, aunque no trabajo todos los días. Debo estar siempre a su disposición, a la hora y el día que sea.

—¿Y te paga bien? —Su cara me lo dijo todo antes que su asentimiento. Sus ojos abiertos, cejas arqueadas y media sonrisa fue respuesta suficiente, aunque él agregó palabras.

—Más que bien, y la mayoría del tiempo descanso. Digo, no solo hago de chófer, también uno que otro mandado, llevar o recoger cosas, serle útil a su asistente, cosas así, pero es más el descanso que mi trabajo. Mi mujer lo agradece, antes del señor Dufort sí estaba todo el día por fuera y parte de la noche, casi no podía dedicarle tiempo a ella. Ahora sí.

Sonreí un poco y asentí.

—¿Y suele transportar a las mujeres de Bret? —pregunté. No se me pasó por alto la miradilla rápida que me envió, aunque la ignoré.

—A veces, sí, pero no es lo más común. El señor Dufort es reservado en esas cuestiones y prefiero no hacer preguntas que me pueda comprometer.

Eso lo tomé como una indirecta, sin embargo, la ignoré. Poco a poco obtendría más información, pero, por el momento, eso me bastaba.

El resto del viaje se realizó con una conversación ligera sobre el tipo de jefe que era Bret. El hombre parecía ser un humano de muchas capas, porque la cara que mostraba al mundo no parecía ser por completo la real, aunque era innegable su faceta de mujeriego.

Al llegar, Hugo metió el auto al estacionamiento subterráneo hiperlujoso, tanto que no parecía un lugar debajo de la tierra.

—¿Estos autos son de Bret?

—No, no todos. Los propietarios de este lugar tienen hasta cinco plazas disponibles. El señor Dufort no suele utilizarlas todas, solo tiene tres autos aquí y los de su colección los tiene en su casa.

Me confundí, pero sabía que había alguien que podía sacarme de la duda sin necesidad de hacerle más preguntas a Hugo, porque ya era momento de salir y subir al *penthouse* de Bret.

Le envié un mensaje mientras Hugo se aparcaba al lado de un lujoso Ferrari.

Bret me indicó el número de su piso por mensaje, diciéndome que le enviara otro en cuanto estuviera en el ascensor, así que tomé mis cosas y me preparé para salir mientras el chofer abría mi puerta.

—Un gusto conocerte, Hugo.

—Lo mismo digo, Lena —respondió diciéndome por mi nombre por fin —. Tome el segundo ascensor, ese es el de las plantas pares.

Le agradecí e hice lo que me dijo y que Bret no mencionó.

«Otro descuidado».

Evité resoplar y dejar que mi memoria y mi corazón roto se manifestaran en ese preciso momento. No podía comparar a mi futuro jefe con mi exnovio, no podía hacerlo y no tenía ni siquiera sentido. Con Bret solo tendría una relación laboral, nada más… no podía permitirme más.

Si creía que el estacionamiento era lujoso, debía ver el ascensor. Todo brillaba, todo parecía un espejo, aunque sus paredes fuesen negras, a excepción del verdadero espejo. Todo un panel con los botones de los pisos brillaba a la espera de que marcara mi destino, aunque lo que llamó mi atención fue el panel de código que había arriba de todos los botones. Creí que era algo de seguridad del propio ascensor o torre, sin embargo, en cuanto las puertas se abrieron, supe que era para los códigos de acceso de los dueños de los apartamentos porque cada piso era un solo *penthouse* y para que la puerta se abriera allí, tenía que haber ingresado desde antes el código, un código que no sabía, por lo que tuve que esperar en una pequeña sala, casi claustrofóbica, a que Bret abriera.

Cuando lo hizo, lo miré mal y él solo sonrió.

—Lena, siempre es un placer ver tu cara de amargura hacia mí. Pasa.

—Pudiste haberme dicho el código desde un inicio, me da cosa los lugares tan pequeños y cerrados.

Él me observó por encima de su hombro porque ya había comenzado a caminar.

—Todavía no trabajas aquí y desde hace un tiempo tienes un pequeño odio hacia mí, ¿cómo por qué le daría acceso a mi hogar a una desconocida que me odia? No estoy loco, Lena.

Bien, tenía un punto, uno muy exagerado, pero así era.

Choqué con él cuando dejó de caminar y en un momento en el que me pilló desprevenida por observar el lujo de su *penthouse*. Me iba a disculpar, pero él no tuvo la decencia de alejarse ni un poco y a mí su cercanía me privó de todo sentido junto con su olor.

Era una idiota por dejarme cautivar solo por un torso deseable vestido en camisa casual y olor amaderado y lleno de especias.

—De hecho, me pregunto qué tan desesperada debes estar para acudir a mí luego de que me revolotearas mi teléfono para que, en tus palabras, «te dejara en paz» porque «nunca aceptarías nada de mí».

Por supuesto, esas eran palabras que me había tenido que tragar.

Suspiré y di un paso atrás, no soportando más su cercanía, y miré a un lado.

—Lo siento por eso, pero verás, necesito dinero, rápido, y Micaela me… recomendó hablarte.

Entrecerró los ojos por un segundo, pensando, y lamió sus labios antes de hablar de nuevo.

—¿Y qué es eso tan urgente que te tiene aquí?

«La necesidad de no morir de hambre y la factura de la clínica veterinaria que no me deja morir a mi mayor compañía en la ciudad».

Me incomodaba decir mis problemas y la razón por la que estaba allí, sin embargo, en medio de mis pensamientos y silencio, vi aparecer una cola peluda y blanca antes de que la famosa gata, Mía, se hiciera notar por completo, solo que, al verme, su cola se esponjó y su cuerpo se quedó tenso.

Él debía querer a su mascota, él comprendería el desespero que podrías sentir al saberlos mal, así que me animé y, volviendo a mirarlo, aun con la pesadez en mi cuerpo, admití:

—Hace unos meses adopté un gato, pero veía enfermo y se agravó; necesito el dinero para pagar su tratamiento.

Su ceño se frunció y, con un asentimiento seco y serio, me hizo una seña con la cabeza para que siguiera caminando.

—A mi oficina, trataremos todo el asunto allí.

Capítulo 2

LENA

El *penthouse* de Bret estaba lleno de arte, pero no atestado. Pensé que los cuadros que vería expuestos en su casa serían desnudos de mujeres, sin embargo, no fue así. Él tenía dinero de sobra para contratar un diseñador de interiores, aunque creía que la mayor parte del concepto de su hogar lo había propuesto él.

Bret, al verme distraída observando todo, procedió a explicar.

—Hay pinturas de varios países, se puede decir que cada habitación tiene un estilo diferente, pero mi favorito es ese —señaló la pintura que cubría casi toda la superficie de una de las paredes de la sala principal, uno abstracto, en su mayoría blanco—; es de un artista de Marruecos.

—¿Y tú has ido a Marruecos? —Él me dio una mirada de reojo antes de frenar frente a una puerta y abrirla para mí.

—Sí, por supuesto. Lo compré allá directamente a su creador.

No dije nada más, solo entré a su oficina y esperé a que me diera la señal para sentarme en una de las sillas frente al escritorio.

Vi unas gafas a un lado del portátil, papeles regados sobre la mesa, una taza con café seco en el fondo y varios implementos más para su trabajo, pero también vi una foto de Mía, la única foto en su oficina llena de libros en estanterías en las paredes, alguna que otra planta y una escultura en una esquina. Ahí no había cuadros y muy poco arte —solo la escultura—, lo que llamó un poco mi atención, aunque no pude decir nada porque, antes de hacer cualquier cuestionamiento, él me tendió un contrato que tuve que tomar.

—En pocas palabras: con ese contrato me comprometo a sostenerte en lo económico y, si tienes algún capricho que pueda suplirte, lo tendrás, a cambio, estarás disponible para mí a cualquier hora del día por aproximadamente una semana, por lo general demoro eso en pintar un cuadro, aunque durante ese tiempo puede que también te pida apariciones públicas y…

—Bret, no estoy aquí para el trabajo de ser tu puta personal por una semana. Estoy aquí por el trabajo para cuidar a tu gata —aclaré cuando mi mente estuvo lo suficiente despejada como para dejarme hablar.

Fue su turno de observarme confuso y con sorpresa.

—¿Quieres un trabajo que implica tenerme más tiempo cerca? —preguntó con una ceja arqueada.

—Quiero un trabajo que no me denigre y que no se termine en una semana, por muy buen pago que sea.

Él entrecerró los ojos, pensativo y se recostó en la silla de su escritorio, en el que se había sentado momentos antes.

—Cuidar a Mía supone vivir aquí, así como el contrato que tenías con Ashton para cuidar a Colette. Todos los días, excepto un día de descanso o días en los que tengas una emergencia que deberías avisarme.

Suspiré. Sí, eso temía, pero debía hacerlo.

—Lo sé, pero no sé si haya algún inconveniente si traigo a Cloud conmigo.

Él volvió a entrecerrar los ojos, pensativo.

—¿Tiene alguna enfermedad que le pueda transmitir a Mía? —Negué. Por fortuna, esos exámenes le habían salido negativos—.

Entonces no hay ningún problema, siempre y cuando se logren adaptar el uno al otro.

Eso me dio un poco de temor, pero ya tenía lo más importante que era la confirmación del trabajo para la factura de la veterinaria.

—Está perfecto —respondí y fue su turno de suspirar antes de levantarse.

—Haré una llamada a mi secretaria para que haga la gestión del contrato. Mientras tanto, envíame un mensaje con los datos de la veterinaria y el costo del tratamiento. Puedes tomarlo como un regalo.

Abrí la boca para discutir aquello y pedir que solo fuera un adelanto del sueldo, pero él ya se había ido y solo escuchaba su voz a lo lejos.

Pasado un minuto, Bret no volvió, pero quien sí entró a la habitación fue la gata blanca con actitud medida, siempre sus ojos fijos en mí.

—Hola, Mía. Deberías dejar que te toque, después de todo, creo que te cuidaré por un tiempo.

Sin embargo, en cuanto envié la mano para intentar acariciarla, ella me bufó.

Vale, eso al parecer tomaría tiempo.

Imaginé que Bret estaría ocupado con otros asuntos en su llamada, no solo mi contrato, así que, luego de pensarlo, le envié la información que me pidió. Después de todo, él tenía muchísimo dinero, ese valor ni lo sentiría, no le haría falta.

Una vez enviado todo, fue inevitable no ver uno de los chats que aparecía ya de último en la lista, próximo a ser dejado atrás si

una nueva persona, no las comunes a las que les hablaba, me enviaba un mensaje.

Era inevitable porque seguía esperando un mensaje que me pidiera volver a pesar de haber sido yo la que terminó todo y a pesar de saber que lo mejor era estar lejos de él, pero no podías olvidar a una persona de la noche a la mañana, mucho menos dejar de quererla.

—Bien, ya le dije a Ángela que esté pendiente de la información para que pueda modificar el contrato. Entonces hablemos de las condiciones y de tu sueldo.

—El sueldo ya está tratado. Me dijiste que si aceptaba me pagarías el doble de lo que ganaba por cuidar a Colette. —Él se mordió el labio en el interior para evitar sonreír, sin embargo, seguía viendo la diversión en sus ojos.

—Sí, eso fue antes de que me rechazaras tantas veces, Lena. Además, yo ya no necesito que cuiden a Mía, solo estoy haciendo esto por mantener mi palabra de ofrecerte un trabajo.

Fue mi turno de aprovecharme de la situación. Yo me consideraba atractiva y sabía que había algo en mí que le interesaba a Bret. El *Pretty Privilege* sería mi arma en ese instante.

—Entonces mantén tu palabra con el sueldo porque ambos sabemos que nunca necesitaste que cuidara de tu gata, solo me querías tener cerca.

Ahí, él sí rio.

—Ay, Lena, Lena… —Sus ojos me observaron con la intensidad que los caracterizaba—. Bien, te duplico ese valor, ¿qué día quieres libre? Por lo general suelo viajar los fines de semana que no tengo eventos.

—Bien, entonces puede ser el miércoles o el jueves, así me puedo quedar el fin de semana con la gata.

—Mía, se llama Mía. Y no lo entiendes, pero no te digo lo del viaje para que te quedes. Mía viaja conmigo, vamos casi todos los fines de semana a nuestra casa, la verdadera casa, por lo que tendrás que prepararte para también hacerlo tú.

Mi mente se dijo a sí misma que solo estaba cayendo en una trampa, que aceptar cuidar a su gata era en realidad aceptar estar las veinticuatro horas a su lado. La gata en sí no necesitaba ayuda, no necesitaba ser cuidada, ¿qué haría yo todo un día sin hacer nada? Quizá debía aprovechar el tiempo y buscar un hobby o montar un emprendimiento que me permitiera vivir de él para poder renunciar y alejarme de todo, porque lo cierto es que solo quería eso: alejarme de todo, lamer mis heridas en soledad y solo hacer borrón y cuenta nueva, estar tranquila un tiempo para poder hacer el duelo de una relación en la por primera vez di todo de mí, pero no funcionó.

Suspiré y asentí.

—Perfecto, entonces… ¿algo más?

—Te harás cargo de todo lo relacionado a Mía. Su equipaje en momentos de viaje, supervisar sus comidas, y que coma, limpiar su arenero dos veces al día, ir a sus chequeos…

Mientras lo escuchaba hablar, el anterior pensamiento de que no tendría nada qué hacer se esfumó. Tal parecía que Bret no tenía hijos humanos, pero tomaba a la gata como una hija pequeña, como un padre primerizo que se preocupaba de más por ella.

—Así será.

Él asintió.

—Bien, puedes esperar aquí un momento, mientras le envío la información a Ángela, luego te mostraré la que será tu habitación y te diré las reglas de la casa. Sé que tienes novio, pero no acepto visitas en mi hogar.

Estuve a punto de decirle que no tenía novio, pero ¿importaba? Eso de pronto me hacía ver como una oportunista, de pronto la aclaración le hacía tener una idea errónea de lo que quería decir, así que solo apreté los labios y asentí.

Él salió de la habitación otra vez y no volvió, de nuevo, por varios minutos más, mientras yo me quedaba pensando y viendo la ciudad a través del ventanal de su oficina a esa zona tranquila de la ciudad.

Cuando mi nariz comenzó a picar debido a las lágrimas que querían salir por los recuerdos, me espabilé y tan solo tomé una respiración profunda.

Trabajar con el corazón hecho mierda siempre sería difícil, siempre sería, precisamente, una mierda.

Capítulo 3

BRET

Lena podría pensar que yo no sabía nada de su vida, pero estaría muy equivocada, aunque aceptaba que en los últimos meses había dejado de querer información de ella, más que todo por mi orgullo. Aun así, no podía evitar ver sus ojos algo hinchados y su silencio me pareció sospechoso. Quise sacar mi teléfono y enviar un mensaje a mi investigador para obtener información de ella en los últimos meses, sin embargo, la tendría viviendo en mi casa, bajo mi techo; podría sacarle la información que quería por mi propia cuenta.

Esperé un poco para volver a entrar a mi oficina. No negaba que me sentía nervioso, con las extremidades algo dormidas. Lena me alteraba y eso no me agradaba del todo, mucho menos porque no la podría tener desnuda frente a mí mientras la pintaba.

No me quería meter en su cama, solo quería retratarla, quizá así pudiera…

Suspiré y froté mis ojos antes de dar una vuelta y entrar de nuevo a la oficina.

—Lena —la llamé al ver que su atención estaba en cualquier parte, menos en este universo.

Ella se levantó de inmediato y jugó con sus dedos, pero su nariz roja me hizo entrecerrar los ojos.

«¿Corazón roto?».

—Vamos, te enseñaré la casa mientras tenemos el contrato.

Ella asintió y me siguió. Mía, por otra parte, hizo su aparición por debajo del escritorio y soltó uno de sus maullidos mientras corría por mis piernas, siguiéndonos.

Llevé a Lena por las instalaciones del *penthouse* y le presenté a Olivia, mi chef, y a Grace, mi ama de llaves y quien se encargaba de mi hogar cuando yo no me encontraba. Ellas estaban siempre allí, sin embargo, en mi otra casa también contaba con trabajadores que le presentaría cuando fuese el momento.

—Esta sería tu habitación. Tiene todo lo que puedas necesitar en cuanto a espacio, pero tienes a tu disposición el resto de la casa. Yo estoy en mi oficina toda la mañana, por lo que no te molestaré y tendrás que encargarte de Mía durante ese tiempo.

—¿Y ella tiene permitido entrar a tu oficina en ese tiempo? —preguntó mientras analizaba la estructura de la cama y los demás elementos dentro de la habitación.

—Sí, siempre y cuando no esté en una reunión. Te pasaré el contacto de mi asistente y mi secretaria para que te pasen mi agenda semana a semana y te mantengan al día de los cambios, así podrás saber cuándo sacar a Mía y cuándo la puedes dejar.

Ella asintió y continuó con su inspección.

—¿Puedo decorarla a mi gusto?

—¿La habitación? Sí, lo que necesites se lo haces saber a María, mi asistente, y ella se encargará del resto.

Asintió, estando de acuerdo con ello.

Carraspeé luego de que la habitación se llenara con silencio. Tragué, también, cuando vi su figura en el ventanal de la habitación, una imagen preciosa que me guardé en la memoria para dibujarla más tarde.

—¿Leemos el contrato? —pregunté al sentir una vibración en mi bolsillo y sospechar, no de manera errónea, que era mi secretaria con el contrato. Allí tenía impresora, por eso lo envié a ella mientras nosotros hacíamos nuestro camino de regreso a mi oficina.

Los siguientes minutos estuvo en silencio por leer lo que decía el contrato y yo solo me quedé mirándola con fijeza.

Lena era preciosa, con su melena alborotada, su piel acaramelada y esos ojos claros que parecían leerlo todo. Quería pintarla; estaba convencido de que retratarla sería el cierre que mi vida necesitaba. Sin embargo, sabía que ella no lo aceptaría por las buenas. ¿Habría alguna forma de orillarla a ello?

Su familia estaba lejos; ella permanecía en la ciudad por trabajo y estudios, aunque estos últimos parecían haberse desdibujado un poco debido a su situación económica. Además, estaba el tema de su novio. No sabía si seguían juntos, pero, de ser así, percibía que su corazón estaba lastimado. Y yo no quería a otra mujer rota a mi lado.

En mi vida había cometido muchos errores, pero había uno en particular que me perseguía y no me soltaba, por más terapia que tomara o por mucho que intentara convencerme de que aquello no había sido mi culpa. Lena me recordaba a alguien de mi pasado, y sospechaba que mi pequeña obsesión por ella nacía de ese eco.

—Todo está bien —dijo, sacándome de mis pensamientos. Asentí solo una vez, sin pronunciar palabras, mientras ella tomaba un bolígrafo y firmaba en su parte antes de darme el contrato a mí para ella firmar la otra copia.

Firmé todo sin problema y luego guardé mi copia en mi cajón bajo llave.

—Ve a recoger tus cosas, comienzas pasado mañana —declaré —. Y ve por tu gato, ya la cuenta está paga, pero María te

contactará con el centro veterinario en el que atendemos a Mía, allí seguirá el tratamiento. Lo siento, pero, si han pasado tantos días con el animalito enfermo, no creo que sea una veterinaria muy confiable.

Ella lo pensó antes de asentir.

—Gracias. —Sé que las palabras salieron con dificultad de su boca, y que la pequeña sonrisa que me dio sí que salió con dificultad, pero la agradecí y devolví el gesto con un asentimiento.

—Te veré luego, Lena. —A último momento recordé que debía darle algo. Esperaba que no fuera una asesina a sueldo o que quisieran robarme o secuestrarme a través de ella porque darle la llave de mi hogar a alguien siempre sería peligroso—. Espera, tengo algo para ti.

De mi cajón saqué la tarjeta que antes había tenido en mi caja fuerte y se la pasé.

—Ese es el acceso al *penthouse*, tu llave. Úsala con responsabilidad.

Ella apretó los labios en una sonrisa y se apresuró a guardarla.

—Lo haré.

—Hugo debe estar abajo esperándote. Cuídate, Lena.

—Gracias, Bret… ¿o debería llamarte señor Dufort?

—Señor Dufort estaría bien para cuando estemos en público… o si tienes algún fetiche con llamarme por mi apellido, no me molestaría escucharlo.

Ella viró los ojos ante mi comentario y sonrisa lasciva. Solo me gustaba molestarla, solo quería esa reacción de ella.

—Modera tus palabras, porque ya tenemos un contrato y puedo denunciarte por acoso.

—El dinero compra cualquier juez, Lena.

—No si hago un escándalo en redes sociales. De hecho, hablando de eso, me sorprende que hasta ahora no haya una mala palabra de ti en los medios, ¿cuánto les pagas?

No perdí mi sonrisa, incluso puedo decir que se ensanchó.

—Nada, solo soy muy buen hombre y ninguna tiene quejas de mí.

Viró los ojos, cansada de mi arrogancia, aunque en ese sentido hablaba en serio.

—Te veré luego, Bret.

Una vez solo en mi oficina me reí mientras recogía las cosas de mi escritorio antes de salir hacia la única habitación que no le mostré a Lena: mi taller, mi lugar más privado.

—Ven, Mía, no quiero que luego me estés pidiendo entrar.

Con un sonido que pareció a queja, mi gata corrió por mis pies y se metió a la habitación, escalando por las estructuras que había montado en la pared para ella.

Tenía una imagen en mi mente que debía sacar de allí y, aunque no me gustaba retratar a personas sin su consentimiento, así me toca, por el momento, con Lena.

Capítulo 4

LENA

—Ya olvídalo, Lena. Llegará otro hombre, uno que sí te ame como te lo mereces. Tienes ahora un trabajo con un hombre de ensueño: atractivo, con dinero y que, a diferencia de tu ex, sí te ha buscado.

Eso último dolió, en especial porque justo estaba viendo mi teléfono por si había un mensaje no leído de Thiago.

Suspiré y me levanté de mi cama para seguir empacando, que era lo que de verdad debía estar haciendo, no dejando que mi mejor amiga lo hiciera por su cuenta.

—Bret no es un hombre de ensueño, te lo repito.

—Sí, y tampoco Thiago. Mira, entre un papito rico como Bret, a un… «meh» como Thiago, claramente voy a preferir a un papito rico.

Viré los ojos y eché en mi maleta la camisa que había tomado para doblarla.

—Zoe, te recuerdo que fuiste tú la que me dijo que siguiera hablando con Thiago.

—¡Y me arrepiento! —Su exageración al decirlo me hizo soltar una risa corta—. Thiago es lindo, pero si hubiera sabido que te pondría en tremenda montaña rusa, te lo hubiera evitado.

Pero ninguna de las dos lo sabía y, en realidad, no me arrepentía de haber conocido a Thiago, creo que porque mi corazón seguía con esperanzas de que él me notara y volviera.

Estar enamorada era una mierda, sin duda, mucho más cuando esa persona te había dejado con el corazón roto y, además, todo conspiró en tu contra para llenarte la cabeza con cosas negativas.

Por lo menos mi gordo se estaba recuperando en una veterinaria de alto prestigio, con los mejores medicamentos.

—Ya, no quiero hablar más de Thiago, Zoe. Y con Bret solo trabajaré, nada más, así que no te hagas ilusiones, porque prefiero lo que sucedió con Thiago a tener un hombre tan mujeriego en mi vida. Ni hablar.

Vi su intención de decir algo más, pero solo negué, sin querer escuchar qué tenía por decir. Suspiró.

—Entonces, ¿Bret enviará a alguien por tus cosas? —Asentí.

—Lo organicé con su asistente, aunque… no es que tenga mucho. —Le di un vistazo a mi alrededor.

Por mi trabajo, había comenzado a pagar la hipoteca de un apartamento, y seguía en ello, pero nunca había vivido en él porque lo tenía rentado para poder pagar la hipoteca. Como solía ser niñera interna, tampoco necesitaba un lugar fijo propio, mucho menos ponerme en la cuestión de comprar muebles. Casi que solo tenía mi ropa y unos cuantos recuerdos, decoración, si se quiere llamar así.

—¿Podrás llevar visitas? Porque, si tú no quieres a ese hombre, yo no quisiera desaprovechar la oportunidad de ser su *musa* y que me dé todo lo que quiero.

Reí, aunque mi corazón se sintió incómodo ante esa idea.

—Olvídalo, Zoe, no pasará.

Ella hizo un puchero, pero sonrió luego, demostrándome que solo se trataba de una broma. Conocía a mi amiga: ella solo buscaba

subirme el ánimo.

Una vez tuvimos todo listo y empacado, tomamos un taxi para ir a la veterinaria y poder visitar a Cloud, aunque para eso iría sola, Zoe se quedó en el camino porque su casa le quedaba cerca.

Cloud era un gato que incluso se parecía algo a la gata de mi nuevo jefe, también era peludo y un gatito muy hermoso y tierno. Y era solo un bebé que ya sufría las inclemencias de la vida.

Mi bebé gatuno ya tenía mejor semblante. Sufría de los riñones, según los veterinarios era común en los gatos, pero Cloud tenía pocos meses de vida, así que, en adelante, sus cuidados debían ser muy estrictos.

Lo vi en su jaula, acostado en su cobijita, ya mejor, pero con muchas cosas en su cuerpo que no debería tener si fuera un gatico sano.

Metí mi dedo por los barrotes y acaricié su naricita para decirle que estaba allí y que no lo abandonaría.

—Ha respondido muy bien al tratamiento. Tiene un poco de anemia, que es lo que comenzaremos a tratar a partir de ahora, pero necesitamos su autorización.

—Claro, no hay problema. ¿Cuándo creen que estará bien para irse a casa? —pregunté con reales ganas de poderme llevar a mi bebé.

—Si sigue respondiendo bien, en unos… tres días podrá seguir el tratamiento en casa.

Sonreí. Tres días me parecían mucho, pero a la vez era poco si quería a mi gatito sano y salvo.

Dentro de mí, estaba muy agradecida con Bret por pagar ese tratamiento. Temía no poder pagarlo yo y tener que sacrificar a mi pobre bebé para evitarle sufrimiento, pero, aunque al principio no lo veía, acudir a él había sido mi mejor opción.

La visita fue corta, solo unos minutos más acariciando a mi gato y mostrándole amor antes de irme. Había tratado por mensajes la situación con mi jefe y me dejaría las tardes libres para visitar a Cloud hasta que le dieran el alta. Ahí podía ver un poco cómo sería él de jefe.

Volví al apartamento que rentaba para poder estar a la hora que me pidió Hugo, porque él sería el encargado de recogerme y llevar mis cosas a la que sería mi nueva casa.

De verdad nunca pensé que volvería a ser niñera. Pensaba que todo me saldría bien podría vivir unos meses sin trabajo gracias a mis ahorros, con la matrícula de la universidad paga, pero me había equivocado. Tenía que hacer la gestión para ver las clases de forma virtual y asincrónica, porque el dinero se me había acabado, ya tenía un gato y tenía que trabajar, no solo por lo anterior, sino para distraerme un rato.

Sin embargo, lo que más me dolió fue el mensaje que se reportó en mi pantalla sin que llegara a sentir la notificación. Había acostumbrado a Thiago a que yo le contestaba de inmediato, sin importar que él demorara horas en hacer lo mismo. Aquel mensaje ya llevaba varios minutos recibido.

Iba de prisa y, además, también sentía una mezcla de rabia y añoranza, pero en el instante ganó la primera. Le contestaría cuando llegase donde Bret: que probara un poco de su propia medicina.

Hugo llegó y juntos bajamos las pocas cajas que debía llevar al *penthouse*.

No demoramos en esa tarea, fue más demorado llegar a mi nuevo hogar. Y lo complicado fue no responder en el instante al mensaje que tenía pendiente, aunque lo leí una y otra vez, diciendo en mi cabeza todas las respuestas posibles, pasando por la emoción, el desinterés, la rabia y mucho más. No sabía cómo respondería, porque muchas veces me la daba de madura, pero lo cierto es que era una cosa muy diferente.

Por lo general era muy sensata, pero Thiago me desestabilizaba, aunque lo quería. Dios, lo quería mucho.

Decidí no responderle hasta no estar establecida, pero mi corazón no dejó palpitar con una fuerza abrumadora que por poco me quitó el aliento. Incluso mis manos temblaron ante los escenarios que dibujé mi mente por ese mensaje que solo me preguntaba si podía hablar. Lo ideal sería vernos en persona, pero aceptaría un mensaje para organizar todo, el lugar, la hora y, más que todo, tener un adelanto del tema que quería tratar.

¿Quería volver?

Aunque la pregunta más importante era, ¿yo quería volver con él?

Capítulo 5

BRET

No pasó desapercibida la sonrisa de Lena cuando llegó, tampoco su nerviosismo. Si comparaba su actitud anterior, podría decir que algo había sucedido.

La veterinaria tenía órdenes de darme información también a mí, por lo que sabía que el gato de Lena estaba mejorando y que comenzarían con otra parte del tratamiento por el avance que había tenido. Creí que esa era la razón de su felicidad, sin embargo, estaba muy equivocado, aunque no lo sabría en el instante.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, yo estaba divisando por el ventanal la ciudad, con una copa de *whisky* en mi mano y un cigarrillo apagado en el cenicero de la mesa más cercana a mí. La idea de tener a Lena cerca por tanto tiempo me había desesperado y puesto tan ansioso como no recordaba, pero sí había estado así antes, aunque en situaciones diferentes. Estaba acostumbrado a los negocios, estaba acostumbrado al estrés y a los nervios, no obstante, pensar en que viviría la mayor parte con esa morena, me generaba un vacío en el estómago y un temblor en las manos que había intentado mitigar con la nicotina.

No sirvió, así que tenía que salir pronto, no solo para despejarme, sino para conseguir un poco de marihuana para intentar relajarme con eso. Tampoco solía fumar, ni siquiera un cigarro, pero me sentía a mil, con toda la sangre corriendo con una velocidad impresionante por mis venas. Mi cerebro estaba embobado, estaba al borde de un infarto y, si no me acostumbraba a la presencia de Lena en casa, tendría que despedirla porque no podía vivir así.

Usó la tarjeta que le di para acceder, por supuesto. Entró acompañada de Hugo, aunque este se ganó una mala mirada y un posible regaño más adelante cuando vi que Lena llevaba también una caja a cuestas.

Dejé mi vaso en la mesa y fui hasta ella para tomar lo que le pesaba, encontrándome unos ojos brillantes que no podían deberse solo a la recuperación —todavía no completa— de su gato.

Esa era una mirada enamorada.

Entrecerré los ojos. A veces el arte te ayudaba a distinguir varias cosas, a ser analítico y sensible a los cambios de los demás. Había visto muchas miradas felices a lo largo de mi vida, y también miradas ilusionadas y, sin duda, la suya era lo segundo.

—Gracias. —Solo asentí a sus palabras y tomé mi camino hacia la que sería su habitación.

—Qué bueno que eres cumplida con tu tiempo, porque saldré y necesito que acompañes a Mía por el tiempo que esté fuera.

Le di una mirada sobre mi hombro solo para verla asentir.

Por un instante pensé en que no sería buena idea dejarla sola. Sospechaba que su felicidad se debía a su novio, o a esa relación que no comprendía muy bien, y la verdad es que no quería que ella se consiguiera a nadie más si era el caso de que estuviera soltera en ese momento. No me gustaban las mujeres comprometidas, aunque fuese en un noviazgo que pudiese terminar más pronto que tarde. De hecho, también tenía sospechas muy fuertes de que esas miradas tristes anteriores se debían era a una ruptura.

Pero callé, porque lo cierto es que no me importaba y sería inoportuno preguntar algo tan personal cuando ella no tenía nada de confianza en mí y yo no la tenía en ella.

Dejé la caja en la habitación y Hugo tomó mi ejemplo. Ya el trabajo sería de Lena nada más.

Con un gesto, invité a Hugo a que me acompañara mientras nos alejábamos de Lena con solo un agradecimiento de su parte.

—¿Quedó algo más en el auto? —pregunté y volví a tomar mi copa.

—Sí, señor, una maleta más. Ya bajaré por ella.

Asentí, pero lo llamé en cuanto se dio la vuelta.

—No quiero que vuelvas a poner a Lena a cargar cosas. Si es necesario, lleva contigo a ese chico que contratas, pero no quiero que cargue ni una bolsa de gomitas, ¿estamos? Nada, excepto el bolso con Mía.

Pocas veces había regañado a Hugo. Era uno de mis trabajadores directos más diligentes y fieles, así que la advertencia quizá se le hizo extraña, pero no demoró en enderezar su espalda y asentir.

—Por supuesto, señor, perdone.

—No hay problema, pero que no se repita.

Él asintió y salió del *penthouse* por la siguiente maleta.

Esperaría a que él llegara para poder salir yo.

—No era necesario el regaño. —Me giré cuando escuché la voz de la cuidadora de mi gata.

Le di un vistazo más a fondo, solo para ver su cuerpo vestido con un jean y una blusa que se unía en su pecho con solo unos lacitos, blanca, muy femenina.

—Él tiene órdenes claras y no las cumplió, de vez en cuanto hay que recordarles a los empleados las reglas, en especial cuando no las cumplen. Espero que, si no te gustan los regaños, hagas tu trabajo.

Ella viró los ojos y cruzó sus brazos antes de mirarme confundida.

—Me sorprende verte tan serio, ¿tu actitud jocosa solo sale a la luz cuando estás rodeado de tus amigos y socios?

Suspiré.

¿Cómo le explicaba que estaba tenso como la mierda debido a ella y a su presencia en mi casa?

Dejé la copa en la mesa antes de tomar mi chaqueta del respaldo de unos de los sofás, en donde la había puesto porque siempre tuve pensado salir cuando ella llegará.

—Eso no es un tema que deba tratar con la cuidadora de Mía. Espera a Hugo, ya sabes que no debes cargar nada. Volveré pronto.

Ella no dijo nada más y yo tampoco agregué palabra alguna, solo salí y tomé el ascensor para ir hacia mis autos.

Ya ni recordaba cuáles tenía allí, pero debía tomar el menos lujoso porque a la zona a la que iría no era la más glamurosa de la ciudad, de hecho, tenía que manejar mucho para llegar hasta allí.

Puse algo de música suave y me dediqué a recorrer las calles ya algo vacías. Quizá debí esperar más, pero no quería quedarme en casa, no con Lena. Tal parecía que no podía hacerme a la idea de que viviría con ella.

Una vez las calles comenzaron a verse más oscuras y vacías, y el ambiente se volvió algo más pesado, reduje la velocidad y saqué

el efectivo de mi cartera.

A lo lejos, luego de un minuto, divisé a la persona que estaba buscando. Reconociendo el auto, se acercó a mí y yo solo frené.

Él me vio cuando bajé el vidrio un poco.

—Lo de siempre —dije. Me sentía afortunado de que, aunque no consumía tanto, me reconocieran y no tuviera que pedir las cosas. Admitía que tenían motivos: siempre dejaba dinero de más porque ni siquiera me preocupaba de cantidades o precios, así que seguro se hacían un banquete con mi dinero.

Fue un intercambio rápido: pronto me encontraba manejando hacia un lugar algo lejano que conocía, un parque para ser más exacto, solo que algo escondido y en una zona… no familiar. Allí, armé lo que necesitaba y un fumé un poco de mota para relajarme.

Suspiré y saqué el cigarro para no llenar mi auto con ese aroma. Cerré los ojos, pero mi mente me traicionó al irse hacia Lena, sin saber que en ese preciso momento ella estaba respondiendo un mensaje que nos llevaría a otro giro de la historia.

Sin embargo, ¿cómo podría ella saber que responder a ese mensaje como lo hizo sería un paso más a su destrucción emocional?

Capítulo 6

LENA

Olivia comenzó a hacer la cena a la hora indicada. Me preguntó si había algo que yo no comiera o si contaba con alergias, a lo que respondí mientras vigilaba la cena de Mía, también preparada por ella.

—¿Siempre es tan esquiva o solo es conmigo? —le pregunté a la chef de Bret porque no comprendía por qué la gata siempre me huía.

—Lo es con algunas personas. Es una gata celosa: si pasas mucho tiempo alrededor de su dueño, no le gustarás. Si eres como Grace y yo, te ignorará y de vez en cuando te buscará para que le des amor.

—Pero no soy ninguna de esas dos. Estoy aquí para cuidarla, pero huye de mí.

La mujer, ya entrando en sus cincuenta, me regaló una sonrisa.

—En este cajón hay snacks para ella. Prueba dándole alguno de vez en cuando, se vuelve loca por ellos.

Sonreí y le agradecí antes de que pusiera un plato con comida frente a mí, que estaba sentada en la barra, y le volví a agradecer.

Vi mi teléfono a un lado, con intenciones de tomarlo para ver si tenía una respuesta, pero sabía que no sería así, sin embargo, mi corazón se sentía tranquilo, sin ese peso innecesario por la ruptura ni mucho menos por extrañar a mi ex.

En toda fase de duelo existía ese sentimiento, lo sé, pero todavía tenía esperanzas en mi relación con Thiago, que quizá era otra fase, y estaba recuperando mi relación porque, así como yo lo extrañaba a él, él me extrañaba a mí. Era difícil dejar ir un tipo de persona que sabías que sería difícil de encontrar.

—¿El señor Dufort suele salir a la noche?

—Oh, no, no. Bret prefiere pasar las tardes en otras cuestiones, descansando, en su estudio, jugando. A veces sale al club o sale a fiestas y eventos, pero no es lo más común, ya lo verás.

Decir su nombre fue casi como si lo hubiera invocado, porque entró relajado, con su chaqueta al hombro y nos sonrió, a mí con esa sonrisa pícara que estaba acostumbrada a ver en él.

—¿Cenando sin mí?

—Soy una empleada, no tu mujer. Los empleados comemos antes… o luego, cualquiera que sea el caso.

—Tú sabes que tienes privilegios conmigo, Lena. Un «sí» y tendrías lo que quisieras, incluyendo poder cenar conmigo. Oliv, cenaré en mi habitación, dame una porción… buena.

La mirada que compartieron me hizo sentir que me perdí de algo en esa interacción.

Él no dijo nada más, pero la gata, al verlo, salió corriendo detrás de él. No hablé porque ya había terminado su comida, así que no fue problema.

Suspiré y seguí cenando, solo que esta vez, de forma inconsciente, tomé mi celular para revisar mis redes mientras comía, el problema, es que había dejado abierto el chat con Thiago.

Sonreí al ver mi respuesta comentándole que había encontrado trabajo y que podía conversar por mensaje o en persona los jueves. Seguía esperando su respuesta, pero un vacío se instalaba en mi estómago al pensar en la posibilidad de verme con él.

Fantaseé con esto durante todo el tiempo que duró mi cena. No conversé mucho con Olivia, ni con Grace, que apareció luego, porque ellas seguían trabajando, la primera en la cena de Bret y la segunda solo apareció por un momento para tomar no sé qué antes de irse.

Una vez terminé, fui a mi habitación para seguir guardando mi ropa. Tenía mucho por organizar y debía hacerlo en esos momentos en los que Bret estuviera con su gatija.

La habitación era un desastre por las muchas regadas. Me puse a trabajar en ello con prontitud, con música suave saliendo de mi celular. Y pasé en esas mucho tiempo, hasta que llegué a la ropa de más cuidado que debía colgar y lo primero que saqué fue el vestido que usé la noche que conocí a Bret.

La primera vez que lo vi fue muy similar a la primera vez que vi a Thiago, ambos en una fiesta, sin embargo, en donde conocí a Bret puedo decir que es la que mejor se ha sentido, también la más rara, comenzando por la ciudad en donde estábamos.

Era mi primer día como niñera de Colette, un llamado de emergencia de la agencia porque una pareja nueva estaba en busca de una niñera y les había gustado mi perfil, pero salía al día siguiente a Italia, así que debía hacer maletas o, en caso de que no pudiera, ellos pagarían por lo que necesitara, ya fuesen implementos de aseo, ropa, comida o lo que fuese.

Me gustaba trabajar con millonarios por eso mismo: llevaba una vida de lujo con solo cuidar niños… o lo más lujoso que pudiera por estar siempre detrás de un bebé o un infante, porque la contraparte de trabajar con personas de mucho dinero es que te dejaban a sus

hijos para que tú los criaras, no solo para que los cuidaras. Como no conocía ni a Micaela ni a Ashton, pensé que así sería ese viaje; tal fue mi sorpresa cuando me dejaron el primer día libre porque ellos se irían, con la bebé, a una cita. Ese primer gesto me dijo que disfrutaría mucho trabajar con ellos.

Como no tenía conocidos en la ciudad, mi plan iba a ser salir a conocer las calles. Y eso hice a la tarde, antes de tomar una siesta y antes de ser despertada por unos golpes insistentes en mi puerta producto de la impaciencia de la hermana de mi jefe, Maria Azul Hunt, quien tenía la misión de adoptarme, según sus palabras, por esa noche para que no me quedara aburrida en mi habitación.

¿Eso me sorprendió? Por supuesto que sí, también lo hizo que llevara consigo una maleta enorme que dejó sobre la cama para poderla abrir.

Mi plan para la noche había sido irme al jacuzzi del hotel, pedirme un jugo natural, porque tenía prohibido beber cuando al otro día iba a cuidar a un bebé, y relajarme antes de pedir servicio a la habitación y ver una película, sin embargo, la que también podría considerar casi que mi jefa, aunque no del todo, sacó dos vestidos de su maleta y los analizó ambos antes de tenderme uno.

—Este te quedará.

—¿Qué está pasando? —pregunté todavía algo aturdida por la siesta.

La rubia me observó y era tan impresionantemente hermosa que incluso me quedé sin aliento por un segundo.

—Saldremos, no dejaré que aplastes tu trasero aquí. Ve y date una ducha y ponte ese vestido, usaré tu espejo mientras sales para maquillarme, luego puedes hacerlo tú.

¿Cómo podía rechazarlo si en mis manos tenía un vestido Khaite?

Había recibido regalos costosos de mis jefes anteriores, y ese vestido no era un regalo, no en ese momento, pero creo que nunca había vestido por completo con cosas tan costosas. ¿Un vestido que podría estar costando más de cuatro mil dólares? Oh, por supuesto que me lo pondría.

Me parecía una marca muy elegante, pero ni siquiera sabía a dónde saldríamos, así que no me quejé y preferí confiar en ella. Una buena opción, porque en el instante desconocía que ella era diseñadora, por supuesto que sabría vestir.

Creo que puedo entender por qué Bret se fijó en mí para querer que fuese una de sus musas. Era muy linda, pero lo que a mí más me gustaba de mí misma era mi cabello, ondulado por naturaleza, castaño similar al chocolate sin necesidad de tintura. No necesité organizármelo mucho para tenerlo listo y estar lista como tal.

Al salir, Maria Azul me dio una mirada y asintió.

—¡Te queda precioso ese vestido! Vaya, incluso mejor que a mí. Tienes muy buenos senos. —Reí y miré mis dos lolas para comprobar lo que decía, aunque para mí eran muy normales—. Deberías quedártelo. Te lo regalo.

Mi boca se abrió, pero sonreí al dejar de lado la impresión.

—Cielos… muchas gracias, de verdad. Es hermoso.

—Lo sé, por eso lo compré —dijo y me pasó su bolsa de maquillaje—. ¿Qué talla de zapato eres? Te veo el pie más grande que el mío. Creo que zapatos sí tendrás que usar unos tuyos. ¿Trajiste tacos?

Lo pensé antes de negar. Ella chasqueó la lengua antes de restarle importancia al asunto.

—Compraremos unos en el camino. Termina de alistarte, usa lo que quieras de mi maquillaje, vendré en unos minutos por ti.

Cuando ella salió, yo solo pude reírme. Estaba en el paraíso de las cosas lujosas, sin duda.

Me terminé de alistar tomándome mi tiempo. Quería estar bonita, pero, más que todo, quería usar todo lo que pudiese de esos productos que, sabía, cuidarían muchísimo mi piel. No le pueden decir a una chica que tiene a su disposición todo eso y esperar que sea recatada.

Cuando estuve lista, me veía preciosa, y lo digo porque sí, una misma se puede echar piropos y verse como la mujer más extraordinaria sobre el mundo, siempre y cuando no se creyera más que otras personas.

Todos tenemos nuestra belleza a nuestra manera.

Cuando Azul volvió, yo ya estaba lista. Me sonrió como dándome su aprobación antes de tenderme una botella con agua que seguro tomó del bar de su habitación.

—El chofer ya llegó, así que espero que estés lista para una buena noche de fiesta. —Asentí.

—Lo estoy… siempre y cuando no tome. No puedo tomar, estoy en trabajo, no es vacaciones.

—Oh, chica, eso… eso hace que ganes puntos conmigo. Bien, ya veremos cómo te va sin alcohol.

—No es que sea mucha diferencia, en realidad, el alcohol me duerme.

—Lo entiendo. Bueno, mientras llegamos te voy a advertir un par de cosas sobre nuestros acompañantes: Max es un odioso que se cree el más inteligente de la habitación y Bret es un ligón, aunque no suele llevarse compañía a su habitación, no sin… bueno, no importa, ya eres grande sabrás si te quieres meter a la cama de un hombre, sea gratis o no. Ambos nos acompañan durante todo el viaje, ¿bien? Y solo te puedes meter con Bret, a Max no me lo toques.

—Yo no…

—Oh, querida, sí, tú sí. Mira, todas decimos que no nos meteremos con un hombre, pero esos dos… esos dos bajan bragas, lo sé porque ya uno logró bajar las mías hace años. Se dañan las relaciones, pero son muy atractivos como para resistirse, así que no digas que «tú no…» sin haberlos conocido. Y si no te gusta ninguno, lo siento, pero tienes muy mal gusto en hombres.

Estuvo en lo cierto.

Para trabajar con familias muy pudientes, en realidad no estaba muy metida en el mundo de los chismes, por lo que no reconocí quién era Max y quién era Bret. Lo único que reconocí fue que sí, ambos eran guapísimos. Era injusto que un hombre tan atractivo tuviera tanta lana. ¿Cómo es que la vida los había premiado de esa forma?

Y no solo ellos, porque mi jefe también era un bombón, pero reconocía cuando un hombre estaba por completo tomado por una mujer y él lo estaba. Se veían muy enamorados, aunque luego me enteraría, por boca del ama de llaves de la casa, que esa relación ni siquiera era una como tal en ese viaje.

Como sea, aunque los dos eran muy lindos, mi atención se la robó el de la sonrisa pícara y cabello despeinado que, en cuanto se fijó en mí, entrecerró los ojos. Su energía fue tan atrapante, casi

tanto como su mirar. Tuve que apartar mis ojos para concentrarme y poder presentarme.

Yo tenía novio… o casi, pero era una mujer fiel desde el primer momento.

—¿Ya hiciste amiga, Azul? Pensé que yo era el rápido consiguiendo… amigas. —Y con eso, creo que logré saber quién era Bret.

Azul puso los ojos en blanco y se acercó a él para abrazarlo.

—Tú no tienes amigas, tú tienes escorts. Y ella es Lena, es la niñera de Colette.

—Mucho gusto, Lena, yo soy Max. Somos amigos de Ashton, así que creo que te veremos seguido.

Sonreí y también apreté la mano que me tendió.

—¿La niñera de Coco? —rio Bret—. Oh, Dios, esto estará bueno. Mucho gusto, preciosa, Bret Dufort. Es un placer conocerte.

Cuando me tendió la mano, también la apreté, aunque algo más renuente. Tenía que ser sincera conmigo misma: él me había gustado, así que debía ser esquiva si no quería faltar a mis valores, aunque eso a lo largo de la noche no sería necesario.

No esperé que su galantería lo llevara a hacer una reverencia cuando tuvo mi mano en la suya y que besara la cara interna de mi muñeca, acelerándome el corazón y la respiración, sin embargo, jalé mi mano.

«Tú no tienes amigas, tú tienes escorts». Esas palabras resonaron en mi mente. No me gustaban los hombres mujeriegos, mucho menos aquellos que podrían tener una enfermedad de transmisión sexual. Ni todo el dinero del mundo los podría salvar de

eso. Freddy Mercury murió de eso y dinero no le faltaba. No, debía alejarme de él, no solo por la salud de mi relación con Thiago, sino por mi propia salud, física y mental.

—El gusto es mío, aunque por ahora solo estoy cubriendo este viaje, no he hablado con mis jefes de la posibilidad de seguir al cuidado permanente de la bebé.

—¿Solo por el viaje? —preguntó Bret, casi que rodeándome—. Bien, eso me basta.

No supe a qué se refirió con eso, pero tampoco tuve mucho tiempo para pensarlo porque Azul lo empujó lejos de mí.

—Ya déjala, Bret, no seas intenso, que apenas la conoces.

Sin embargo, aunque se alejó, tan solo sonrió, acarició su labio y sus ojos quedaron fijos en los míos. Yo tampoco dejé de mirarlo, no hasta que Azul nos volvió a llamar la atención para hacernos subir al auto que ya nos esperaba.

Siempre intenté mantenerme lejos, pero la vida daba muchas vueltas y había terminado trabajando para él.

Suspiré y volví a la realidad mientras llevaba el hermosísimo vestido al closet. Era un regalo preciosísimo y lo trataba con muchísimo cuidado.

Mi mente siguió pensando en Bret por unos instantes, hasta que mi teléfono vibró y mi atención volvió a Thiago, a nuestra situación.

Me había respondido tan solo diciéndome que me vería el jueves para hablar en persona, pero, lo más importante y lo que me hizo sonreír a la pantalla, un *«te quiero»* que se leía perfecto.

Capítulo 7

LENA

Conocí a Thiago en una fiesta con Zoe. Ella y yo estábamos juntas, bailando y su grupo de amigos se acercó a nosotras para… bueno, intentar ligarnos.

Para ser sincera, al principio no quise nada con él, pero seguimos en contacto, seguimos saliendo y poco a poco fue conquistando mi corazón. Nos volvimos novios a los meses de salir. Como es obvio, mi trabajo y el suyo a veces se convertían en un impedimento para vernos cada que queríamos, pero, aun así, logramos sortearlo y seguir juntos, hasta que noté algunos detalles en él que había pasado por alto, aunque me molestaban.

Lo primero fue su falta de respuesta cuando le contaba algo emocionada. Cuidar a niños podía ser muy interesante y, aunque cuidaba la privacidad de ellos, a veces sucedían cosas graciosas o estresantes que quería contarle, pero mi emoción se apagaba al ver que él no le ponía mucho empeño a contestarme con real interés. Eso bajó mis ánimos, así que las conversaciones se volvieron más cortas y menos emotivas y contribuyó a que yo me volviera más y más cuidadosa con mis palabras y con las suyas.

Thiago es una persona seca y eso a veces me causaba problemas cuando, por ejemplo, no sabía si sus sentimientos por mí eran reales o solo producto de mi imaginación, y, para mí, él no hacía mayor esfuerzo por aclararlo. Llegué a pensar que él solo estaba conmigo por sexo seguro y a la mano, pero eso también comenzó a ser un problema.

Cuando conocí a Bret lo rechacé porque estaba en algo con Thiago, quizá algo no muy seguro, pero yo era una mujer fiel que no se metería con un hombre saliendo con otro. Además, sabía que mi ex me daba fidelidad, así que se la devolvería. Sin embargo, esa misma noche que yo salí, también lo hizo él, a diferentes horarios porque nos encontrábamos en diferentes ciudades, pero desapareció por horas y, bueno, yo era una mujer con algo de ansiedad en su interior y con sentimiento bonitos por él, por lo que me preocupé y escribí muchos mensajes preguntándole por su seguridad.

Al enterarme de que solo había querido desaparecer, y teniendo en cuenta que a mí me había coqueteado en una discoteca y por eso estábamos hablando, la inseguridad nació en mí. Ese fue nuestro primer problema algo grande, que se solucionó a los tres días porque mensaje que yo le enviaba, mensaje que él demoraba en responder, por lo que no hubo una verdadera solución.

Zoe, al principio, me insistió para que siguiera la comunicación. Al verme enamorada, decidió callar, pero cada que le contaba que Thiago demoraba en responder, que no me abría la puerta del auto, que no buscaba mucho contacto, ella no demoró en decir que él no era para mí. Pero yo ya estaba enamorada e ilusionada, ¿de qué? No lo sabía muy bien, no obstante, mi corazón ya latía por el suyo y mi alma se había acostumbrado a la suya.

Eso no significó que me desilusionara de su actitud. Lo curioso es que, mientras yo me desilusionaba, él le ponía más energía a la relación… lo que terminó por conquistarme de nuevo.

Pero que volviera a hacer lo mismo y yo, queriendo solucionar las cosas, pedí un poco más de él. El dolor vino cuando él no lo quiso dar y prefirió sacar la carta del daño que nos hacíamos. Después de terminar, luego de una conversación en la que le pedí llorando no hacerlo porque sabía que podíamos remar la relación, pues dejamos de hablar, aunque algo dentro de mí sabía que él me buscaría a los días.

Y así fue, y volvimos, y la relación pareció funcionar por un tiempo más. Yo, sabiendo que quería estar con él y viendo un impedimento en mi trabajo, renuncié, a pesar de la buena paga, de los buenos jefes que fueron Micaela y Ashton. Renuncié porque preferí mi relación a mi estabilidad. Y las cosas funcionaron muy bien por unos meses, hasta que todo se volvió a ir al caño cuando, por palabras de él, sentía que realmente yo no le gustaba y que, a diferencia de mí, él no se veía en una relación a futuro, comentarios sobre mi forma de vestir, sobre mi cuerpo y acciones que le molestaron de mí. Entendí que parte de esas cosas no las decía con la intención que yo le ponía y que su tono siempre era tosco y seco, sin embargo, me desgasté. Con Cloud ya en mi poder, teniendo que concentrarme en él, llegamos a otro punto en donde no supimos cómo tratar la relación y terminamos porque, de nuevo, no nos estábamos dando el tiempo que merecíamos tener como pareja.

Lloré mucho. Sabía que él no era un hombre malo, pero ¿cómo podíamos hacer para entendernos? ¿Qué más podía dar yo para solucionar todo?

Fue un poco imposible y, según él, lo que necesitábamos era un tiempo.

Al separarnos, pude pensar mejor las cosas. Los problemas se minimizaron y parecieron no tener la importancia que le di en el momento. Lo comencé a extrañar, pero no podía volver una y otra vez a él, no podía ser yo la que buscara siempre mantener la relación a flote, así que volvía esperar, porque no sería la primera vez que terminábamos en ese tiempo, pero en las anteriores lo había buscado yo a él, con la esperanza de un cambio, de comprensión, ya le tocaba, de nuevo, poner de su parte.

Vivir una ruptura era horrible. Desacostumbrarte a la otra persona lo era aún más, pero cuando todo se juntaba y no sabías con qué emoción lidiar primero, era como si estuvieras a punto de colapsar por completo.

Pero seguía teniendo esperanza de que la relación sería mejor. Si él ya estaba dando de sí para que pasara, ¿por qué no podía mejorar? No era del tipo de personas que creía que soltar a la primera era la mejor opción. Yo luchaba por lo que quería, me parecía que sería lo más correcto, y esperaba que Thiago también luchara por lo que quería, que luchara por mí.

Pensé en ello mientras me iba a la cama, agotada por el día, pero satisfecha porque hablaría con la persona que más estaba queriendo en el mundo entero.

Una costumbre mía a la hora de dormir era tomar magnesio, por lo que me levanté y, con mis babuchas haciendo ruido por el suelo, fui hacia la cocina para tomar un poco de agua para mi pastilla.

Todas las luces estaban oscuras. Ya Olivia y Grace se habían ido a sus habitaciones y Bret no había salido de la suya después de encerrarse allí. Me pregunté qué estaba haciendo o si ya se había dormido, pero fue un pensamiento efímero.

Como todavía no conocía el *penthouse*, me costó encontrar las luces para poder buscar un vaso.

Mi corazón casi se sale de mi pecho cuando escuché un maullido que no esperaba porque, hasta donde sabía, Mía había entrado a la habitación de Bret. Luego me enteraría que esa pequeña diva tenía su propia entrada a la habitación de su dueño.

—Mía, casi me haces tragar mi propio corazón —susurré, aunque en la inmensidad de ese espacio no despertaría a nadie.

La gata se quedó mirándome, lejana, como probándome. Y yo, recordando el consejo que me dio Olivia más temprano, busqué un snack en el cajón y también busqué el platito de snacks, porque por supuesto ella tenía platos para cada cosa.

Vi su interés de inmediato, no solo en su cola levantada sino también en sus orejas y ojos. De inmediato se acercó, desesperada por ese chuche, aun cuando le cocinaban cosas mejores en el día a día.

Reí un poco mientras lo destapaba y se lo daba.

—Entonces, lo que pasa es que eres una mimada, ¿no? —Por primera vez en el día se dejó tocar de mí. Eso fue como una pequeña victoria y, junto con el mensaje de Thiago y la recuperación de Cloud, fue la confirmación de que había sido un buen día.

Capítulo 8

BRET

Cuando Max y Azul decidieron encontrarse con Ashton y Micaela en el club, yo también siendo invitado, me hice una idea de lo que pasaría allí. Podía llamarse intuición porque lo cierto es que ese plan lo había propuesto Ashton, no Max ni Azul.

Yo fui el primero en llegar, todo porque quería alejarme de Lena. La dejé a ella al cuidado de mi gata, lo que me hizo reír un poco mientras me tomaba una limonada natural bajo la sombrilla de la mesa del club.

Se me hacía un poco ridícula la situación, pero también se me hacía muy inteligente de parte de Lena.

Mía no necesitaba que nadie la cuidara. Era una gata, después de todo, una muy consentida, pero una gata al final. No me gustaba dejarla mucho tiempo sola, aunque en realidad, casi nunca lo estaba, porque el *penthouse* casi nunca estaba solo. ¿Tanto quería yo convencerla de que se deje retratar que la contrataba para… hacer nada? Pero decía que ella era inteligente porque lo sabía y se aprovechaba de ello para tener un ingreso mayor y seguir dándome esperanzas —que no tenían una base— de que se dejaría pintar por mí.

Ambos nos habíamos metido en un juego en donde no sabía quién sería el ganador, pero yo no era de darme por vencido. No, no. ¿Cómo sería ella?

Sin embargo, había algo que sí me molestaba mucho y era ese tema pendiente y esos cambios de actitud que, sospechaba, era por

su situación sentimental. ¿Tenía o no tenía novio? Porque en relaciones no me metía… ni en familias. Esa era casi que mi única regla conmigo mismo.

—¡Bet! —El grito emocionado de una bebé me sacó de mis pensamientos.

Sonreí al ver las coletas de Colette rebotar por estar corriendo hacia mí. Abrí los brazos y la subí a mis piernas cuando llegó a mí.

Micaela sonreía al alcanzar a su hija, con sus brazos desocupados porque el que llevaba a la otra bebé era Ashton y tenían a la niñera llevando el coche con las demás cosas.

Hubieran contratado de vuelta a Lena. Necesitaban dos coches, no solo uno, pero sería inhumano poner a una sola persona a llevar dos. Eran dos niñas, normal tener dos niñeras.

—Pero miren quién apareció. ¿Cómo estás, lindura? —pregunté con un cariño extraño por esa niña. De verdad me sentía como su tío, aunque era hijo único y en realidad nunca sabría la sensación de tener sobrinos, sin embargo, tenía a mis mejores amigos y, aunque Coco no era hija biológica de Ashton, se ganaba el corazón de todos allí.

—Bien, ¿y tú? —Reí. Colette siempre fue graciosa, pero su vocabulario estaba desarrollándose muy rápido y ver a una persona tan chiquita querer hablar tanto, era gracioso.

—Muy bien, hermosa. Los estaba esperando, también a tu tía Azul.

—No ha llegado —acotó como si yo no me hubiera dado cuenta de eso.

Micaela se rio y se agachó para besar mi mejilla y tomar asiento a mi lado con un suspiro.

—Sí, Coco, tus tíos no han llegado.

Micae recibió a la bebé de los brazos de Ashton para que él me quitara de los míos a su otra hija, tan amargado como era y acaparador.

Me levanté con una ceja arqueada para saludarlo, haciéndole notar que su acto no había pasado desapercibido.

—¿Eres consciente de que en algún momento Colette te dirá «¡Papá, déjame en paz» mientras te tira la puerta de su habitación?

Ashton sonrió, pero su sonrisa fue algo irónica.

—Sí, lo soy, así que aprovecharé que está pequeña para tenerla conmigo, ¿cierto, dulzura? —le preguntó a su hija, quien lo observó con un amor infinito.

—Anoche Coco nos confirmó que ellos están hechos para ser padre e hija —dijo Micaela, mirando de reojo a un lado, por donde ya llegaba su mejor amiga y nuestro otro amigo.

Entrecerré los ojos, fijándome en la sonrisa de Maria Azul y la protección extra que Max, inconscientemente, le estaba dando con su cuerpo.

Los saludos continuaron, interrumpiendo, así, a Micaela y su historia, al menos hasta que todos estuvimos sentados de nuevo, yo aún al lado de Micae, quien había dejado a esa preciosa bebé, regordeta y aún muy pequeña como para disfrutar como debe ser de la vida, en su coche y al cuidado de Flora.

—Anoche Coco nos dijo algo que nos dejó pensativos, ¿cierto, mi amor? —Ashton asintió y tomó la cerveza que le llevó la mesera del club.

—Me preguntó si recordaba cuando ella tenía doce años y la llevé a comer helado.

Micaela sonrió grande mientras yo me quedaba algo confundido. No estarías creyendo mierdas místicas y eso, ¿o sí?

—Puede que haya sido un sueño nada más —dijo la madre de las bebés—, pero es lindo pensar que ambos fueron padre e hija en otra vida y que sus almas estuvieron tan unidas que se encontraron en esta.

Reí un poco, acabando con la sonrisa de Micaela, quien bajó mis párpados y me observó con algo de pereza.

No dije nada, solo levanté las manos y me acomodé en mi silla.

—Eso es lindo —dijo Azul, también sonriendo.

«Mujeres…»

—No creo mucho en eso, pero eres un gran padre, Ashton, espero ser igual de bueno que tú.

El halagado se encogió de hombros y de inmediato le prestó atención a su hija cuando ella gritó *«¡papi, mira!»* con toda la capacidad de sus pulmones.

Me causaba gracia que Ashton estuviera tan tomado por las pelotas. Me causaba gracia con Micaela, pero ver cómo una niñita tan pequeña lo manejaba con su pequeño meñique, era hilarante. De ese hombre seco no quedaba nada más que vestigios si estaba con ellas, pero me seguía causando gracia.

Y sospechaba que mi diversión se duplicaría pronto.

No dejé de observar a Max y a Azul. Era tan obvio cuando una pareja estaba pronta a decir que estaban en la dulce espera, y

también tan divertido, que quise probar con incomodarlos un poquito.

—Creo que eso no era un comentario al azar, ¿no, Max? ¿Me dijeron que me les uniera porque hoy darán la «inesperada» noticia?

Allí, Ashton sí prestó atención, su ceño frunciéndose porque, claro, era su hermanita, ¿a qué hermano le agradaba la idea de su hermana teniendo sexo? Aunque le agradara la idea de ser tío, muy seguramente no le agradaría que pasara por el dulce proceso de la unión de las dos células vitales para crear un bebé.

Las mejillas de Azul se sonrojaron, lo que me hizo sonreír con diversión, pero también con mucho cariño hacia esa rubia. Que yo fuese como era no significaba que no me alegrara por esa pareja. Eran mis amigos, los amaba mucho y su felicidad representaba una alegría para mí también… pero seguía siendo divertido y, luego de tantas horas amargado y nervioso por la presencia de Lena, tenía que sacar mi verdadero yo.

—Pues… de hecho, sí —dijo ella y Micaela de inmediato tomó aire en una exclamación de sorpresa, a la vez que dejaba regar su bebida un poco.

—¡No te creo! —gritó y toda la mesa se quedó en silencio, esperando a que Azul hablara, pero a la rubia solo la tomó un ataque de risa que contagió a Max.

—Sí, Azul está embarazada. Gracias por arruinar el momento, Bret. —Alcé mi vaso como si fuese un honor para mí—. Teníamos la idea de esperar un poco más porque está muy reciente el embarazo, pero al final nos ganaron las ansias.

—Ay, no te creo —volvió a decir Micaela, pero Azul la observó fijó y volvió a reírse, haciendo que la primera se soltara a llorar y se levantara. Por supuesto, Azul también se levantó y solo allí los hombres fuimos conscientes del protocolo a seguir.

Cuando pude abrazar tanto a mi amigo como a su esposa, me senté y aproveché que ellos estaban distraídos en ellos mismos para revisar las cámaras de mi casa y ver si ya Lena había llegado de recoger a su gato del veterinario, pero fui pillado en medio de mi acción por una persona que posó su mano con fuerza en mi hombro y se agachó a mi altura.

—No creas que no sé que al final sí contrataste a Lena, Bret. Ya llegará mi momento, estoy segura de eso. —Reí y miré a Micaela.

—¿Tu momento de qué?

—De burlarme de ti —respondió con una seguridad refrescante. Tenía una nueva oponente en ese campo, por lo que veía, así que sonreí.

—Podrías comenzar a burlarte ya, hay mucho material, ¿quieres que te cuente? —Ella me observó con su mirada penetrante, analizándome tanto que logró ponerme algo nervioso.

—No, ya llegará tu momento. Prefiero esperar.

Capítulo 9

LENA

Tener a Cloud conmigo fue un alivio que no sabía que necesitaba tanto, aunque lo difícil comenzaba en ese momento con Mía y la adaptación de ambos gatos.

Como sabía que eso era un proceso, y mi gato tenía que terminar de recuperarse, abrí su transportín para que saliera en mi habitación, con las cosas que ya conocía. Allí se quedaría por unos días, hasta que Mía reconociera su olor y él, el de ella. Era un trabajo, pero lo haría poco a poco.

—Eso es, bebé. Bienvenido a tu nueva casa, Cloud.

Mi pobre gatito salió con temor y debilidad, primero con su patita calva por el catéter que ya no tenía.

Me levanté con un suspiro y permití que él explorara su entorno. Le había puesto su caja en el baño, tenía sus juguetes en el piso de la habitación y un rascador pegado a la pared, así que esperaba que no se le hiciera muy difícil la transición.

Fui hacia la toalla que tenía en la cama antes de agacharme de nuevo frente a Cloud, quien se asustó en cuanto me puse más a su nivel.

—Lo siento, bebé, pero tengo que llevar tu olor a Mía. Ella será tu compañera por un tiempo, espero que se lleven bien, porque de eso depende nuestro sustento.

Volví a suspirar cuando lo dejé en paz y me pude levantar de nuevo, ya con el trapo impregnado con su olor. No lo solté, debía

salir en busca de Mía para untárselo. Esperaba que esos dos se llevaran bien en cuestión de unos días. Mía era una gata caprichosa y exigente, pero Cloud era un gatito muy tierno y dócil, no creía que esas dos personalidades fueran a chocar.

Mía se encontraba en una de sus hamacas, divisando a la ciudad, vestida con una camisita rosa porque sí, a veces la vestían, los días más fríos debía estar abrigada, aunque esa mañana, el encargado de vestirla fue Bret, no yo. ¿Cómo diablos iba a vestir a una gata?

Ella, todavía sin acostumbrarse del todo a mi presencia a pesar de haber convivido conmigo unos días, me bufó antes de que yo restregara con cuidado la toalla en sus bigotes para acostumbrarla al olor de Cloud.

Ella lo tomó como una caricia y no un método de manipulación, así que pronto restregó también su rostro y cerró sus bonitos ojos gatunos, recibiendo la caricia hasta que estuve segura de que el olor de ambos estaba en esa toalla. Ya lo siguiente era llevarla con Cloud porque el trabajo debía hacerse de las dos partes, no solo con uno.

La casa estaba sola. Grecia y Olivia estaban en sus días libres y nosotros no fuimos a la otra casa porque Bret tenía un compromiso con sus amigos en el club, en donde se encontraba en ese momento, sin embargo, el día siguiente sí saldríamos hacia allí. Me daba algo de curiosidad conocer el lugar que sí consideraba su hogar, no solo un apartamento para habitar. Los planes era irnos temprano en un avión privado a su disposición y quedarnos hasta el martes de la semana siguiente.

Lo que me preguntaba una y otra vez con ese viaje era por mi amado Cloud. Él no estaba acostumbrado a salir mucho, así que sería un estrés constante hasta que se acostumbrara. Tenía pensado darle muchos premios, para que no tomara la experiencia como algo negativo.

Aunque, si era sincera conmigo misma, eso no era lo único que me preocupaba en realidad.

Dos días atrás había hablado en persona con Thiago. Podía decir que volvía a tener novio, pero no es como que me sintiera muy segura de eso, no con mi trabajo, sin embargo, todo era reciente y no podía darme el lujo de renunciar, de nuevo, por él.

Mientras calentaba la comida de Mía y la de Cloud, quien comenzaría a comer el menú de la otra gata, pensé en esa reunión y en si estaba feliz o no.

Esperé a Thiago en un café acordado, en uno que conocíamos ambos porque había sido el lugar de una de las primeras citas que tuvimos. Me traía buenos recuerdos y lo sentía idóneo para esa conversación.

Yo llegué primero porque mi ansiedad me llevó a salir antes de la hora. No me molestó esperarlo porque una de las cualidades de Thiago era la puntualidad, y tal como esperaba, llegó unos minutos antes de la hora, luciendo tan bello como siempre.

Mi atracción por Tiago aumentó a medida que aumentaba mi cariño hacia él. No digo que en un principio no me pareciera lindo, al contrario, pero esos días a su lado cegaron mis ojos a sus imperfecciones… o me hicieron amarlas, en realidad, así que verlo entrar, algo avergonzado porque el encuentro luego de terminar siempre sería incómodo, me generó mariposas en mi vientre.

Me había levantado y sonreído, también algo incómoda, pero emocionada.

Cuando ambos estuvimos sentados, en una mesa lejana para tener algo más de intimidad, junté mis manos y hablé.

—Bueno… ¿de qué querías hablar? —pregunté.

Él suspiró y evitó mirarme mientras hablaba.

—Sí, yo… quería pedirte perdón y decirte que te extraño. Todos estos días he estado pensando que terminar no fue lo correcto y… no sé si podamos hablar para llegar a un acuerdo.

Intenté no sonreír, pero se me hizo imposible cuando la emoción era más que yo misma.

Tomé su mano como muestra de que lo escuchaba y que, también, estaba dispuesta a hablar.

—Yo estoy dispuesta, Thiago, pero hay varias cosas que debes saber antes, porque sé que no te gustarán. Cloud enfermó y… con todo lo que pasó, me quedé sin dinero, así que volví a trabajar.

Él asintió y apretó mi mano de regreso.

—Bien, entonces ¿vuelves a descansar un día?

Asentí y no demoramos en seguir conversando sobre nosotros, en cómo haríamos para solucionar los problemas que teníamos, cuándo nos veríamos, entre otras cuestiones, pero volvimos. Volvía a tener a mi novio, a mi espacio seguro, y aunque no sabíamos muy bien cómo resultarían las cosas debido a mi trabajo, estuvimos seguros de querer estar juntos. Al menos, yo sí lo dije de corazón.

Era curioso el proceso de duelo, porque, en perspectiva, casi nada cambiaba de estar con él a estar sin él en el día a día, solo que no recibía unos cuantos mensajes y que no lo veía un día a la semana —o más, si yo no tenía mi trabajo—, pero era el saber que él no estaba en mi vida lo que me generaba ansiedad. Era saberlo lejos, saber que la relación había acabado para sentirme pésimo, para sentir ese peso en mi corazón y el vacío en mi estómago que incluso me daban ganas de vomitar. Pero ya no lo sentía porque Thiago había vuelto a mi vida, podía escribirle en cualquier momento, aunque su respuesta llegara tarde, podía saber de él y

sentir que contaba con una persona más a la cual yo amaba, porque lo cierto es que mis sentimientos por él eran muy profundos, o eso creía.

Y como era fin de semana, sabía que tenía ya un mensaje de él en mi teléfono, pero primero debía darle de comer a Mía y a Cloud, cambiar mi ropa por una más cómoda y, ahí sí, relajarme un poco más.

Y eso hice, me tomó un tiempo esperar a que la comida estuviera a la temperatura correcta para que los gatos comieran. Una vez que me cercioré de que Mía estuviera llena y satisfecha, con su fuente de agua limpia y llena, al igual que su caja de arena, fui con la comida de Cloud y agua para él. Con mi gato sí no tuve que estar muy pendiente, viendo cada bocado que daba, así que solo dejé los platos en el suelo y me tiré a la cama para responderle a Thiago, aunque, cuando estaba respondiendo a ese mensaje donde me preguntaba si ya me encontraba en casa, entró un mensaje de Bret a mi teléfono.

> Bret • 12:47 p.m.
>
> Te vi por las cámaras. Bonito sostén, pero te recomendaría no hacer exhibicionismo en mi casa, a menos que quieras tomar la propuesta de ser mi inspiración.

Jadeé y mi boca se abrió. Busqué por todo el lugar, esperando ver una cámara, hasta que recordé que la camisa me la había quitado afuera de la habitación al creerme sola.

Corrí a la puerta y me asomé al pasillo, en donde, por supuesto, sí había una cámara espiando.

«No puede ser».

Aprovechando y sabiendo que allí estaría Bret mirando, le saqué mi dedo de la mitad. Quizá no debería hacer eso con mi jefe, pero

también sabía que, si sí me estaba observando, solo se iba a reír con eso, no a despedirme.

Entré a mi habitación y no pude evitar sonreír un poco yo también, con vergüenza, pero divertida.

Capítulo 10

LENA

El avión que Bret contrataba era, por mucho, uno de los mejores que había visto. No es que haya mucha diferencia, en realidad, entre uno y otro, pero era la comodidad y el servicio el que hacía la diferencia.

Él llevaba el transportín de Mía mientras que yo llevaba a Cloud. Entre los gatos, el primer vistazo que uno tuvo del otro fue cada uno en su guacal, que, aunque no fue un mal encuentro, no fue el mejor de todos.

De igual forma, según los videos que había visto, que se vieran así no era malo, todo lo contrario.

Yo, siendo algo más protectora con Cloud y conociendo todo el tema de integración, dejé a mi pobre gato encerrado mientras que Bret sí dejó salir a Mía en cuanto avisaron que las puertas estaban cerradas.

—El viaje es de aproximadamente cuarenta minutos, te recomendaría que te pongas cómoda. Si quieres algo, pídelo, sea lo que sea.

—¿Puedo pedir palomitas de maíz? Podría comenzar a…

—Lo que quieras, Lena —me interrumpió y se acercó a mi puesto para apretar un botoncito antes de suspirar y sacar su portátil para comenzar a trabajar.

Llegaron a ver qué queríamos. Él pidió un *whisky* y almendras mientras que yo pedí lo que había dicho que iba a pedir.

Mía se subió con un maullido muy agudo, femenino, al regazo de su dueño, y se restregó contra él, pidiendo atención que Bret no le negó a pesar de estar tecleando.

Yo busqué una película, aunque sabía que no lograría verla por completo.

Me decidí por una de comedia clásica, «Este cuerpo no es mío», para ser más exacta. Adoraba ese tipo de películas, siempre me habían gustado y de grande las podía apreciar mejor.

La mirada de Bret no pasó desapercibida para mí cada que yo soltaba una risa, pero la ignoré, no así a los maullidos de Cloud, desesperado por salir y con temor. Lo hubiera sacado, pero no podía confiarme de que no pelearía con Mía, quien, por cierto, se acercó a él por la cantidad de quejas que mi pobre gato soltaba por minuto. Se olieron, eso fue lo positivo, y ninguno se bufó, por lo que lo tomé como una buena señal.

Como estábamos en el aire, no pude revisar mi teléfono, aunque sí me pregunté si no contábamos con Wi-Fi, porque Bret se veía muy cómodo trabajando y sospechaba que conectado a alguna red.

Me encogí de hombros y seguí viendo mi película, pero a Bret no se le pasaba nada por alto.

—¿Por qué el encogimiento de hombros? ¿Hay algo que quieras decir y no te atrevas?

Negué y me mandé un puñado de palomitas a la boca.

—¿Ahora también debo decirte mis pensamientos?

—Si esos pensamientos me afectan, sí —dijo con la mayor calma, ni siquiera dirigiéndome una mirada, solo se concentró en su computador. Solté una risa irónica como respuesta porque eso era

muy abusivo, incluso para él—, pero supongo que alguien tiene pensamientos muy privados como para querer compartirlos.

Lo último lo dijo en un susurro, aunque escuché la broma en su tono a pesar de que su rostro se mantuvo inexpresivo. Me mordí el labio por dentro hasta que estuve segura de que no sonreiría.

—¿Con todos sus empleados es así? ¿tan bromista y… acosador?

—¿Acosador? —resopló una risa—, quisieras que yo fuera acosador, pero no lo soy, tú eres la exhibicionista que decidió sacarse la blusa justo frente a una cámara.

Suspiré y puse los ojos en blanco.

—No sabía que había cámaras.

—Vives en un *penthouse*, de un hombre con una fortuna enorme y algunas envidias encima, ¿crees que no tendría cámaras en mi hogar? No las tendré en tu habitación, pero hay zonas que no se salvan de ello.

Lo pensé, porque bueno, sí, tenía sentido. Nunca me preocupé mucho por eso porque yo hacía mi trabajo como debía hacerlo, no cometía actos ilegales ni hacía cosas indebidas, mucho menos de ese tipo porque trabajaba con niños, por lo general, y un niño era… inesperado, podía aparecer en cualquier lugar, en cualquier momento, pero en su caso… cuidaba una gata que no se traumatizaría ni le pondría la queja a su padre de que vio a su niñera sin camiseta.

Mis ojos se fijaron en el cuaderno que tenía a su lado, de cuero, cerrado. Ya lo había visto varias veces a su lado, pero nunca escribía en él.

Solo por molestarlo, estiré la mano hacia él, pretendiendo que lo iba a tomar. Sus reflejos fueron impresionantes para frenar mi mano

y asegurarse de que no lo tomaría.

—¿Es tu cuaderno de bocetos? Llevamos días trabajando juntos y no he visto ni una de tus famosas pinturas, ¿o es que acaso lo de ser la musa es en realidad un eufemismo para contratar servicios sexuales?

Volvió a soltar una risa, alejando el cuaderno de mí.

—No muestro mis pinturas, a veces las vendo, pero bajo un pseudónimo, no bajo mi nombre, por eso tengo contratos de confidencialidad. Solo si aceptaras ese contrato y terminaras con todo este juego, podrías verlas.

Allí sí me miró, con una seriedad que no esperaba. Carraspeé para autorregularme y ganar un poco de tiempo.

—Eso no pasará. Además, yo no sé a qué estás jugando tú, pero yo no estoy jugando a nada. Yo estoy trabajando.

Arqueó una ceja y no dijo nada más, volvió a sumirse en su trabajo hasta que, a los segundos, nos avisaron que aterrizaríamos pronto.

Llamé a Mía, sin embargo, ella no me hacía caso a mí, para diversión de Bret, quien la tuvo que tomar por su cuenta y meterla en su transportín.

Me observó sonriente luego de ello, cerrando la tapa del portátil.

—Para ti quizá no lo sea, pero yo me divierto mucho con la situación.

Puse los ojos en blanco y me preparé también para el aterrizaje sin mediar palabra.

Al ver que ya casi tocábamos tierra, sonreí, no por temor o algo parecido, sino porque pronto podía encender el teléfono de nuevo para hablar con Thiago, si es que me respondía rápido y no a la noche.

Pero no importaba, yo podía esperar.

Capítulo 11

BRET

Vi la cara de Lena cuando pusimos un pie dentro de mi propiedad. Para mí, ella no debería sentirse tan anonadada por el lujo porque solía trabajar para personas con dinero, aunque, en su defensa, creo que nunca había visto un lugar con tantas obras de arte que podían costar millones de dólares.

Mi verdadera casa —porque el otro lugar era un apartamento nada más, aunque pasara el mayor tiempo allí— era grande, quizá no tan grande como la casa de Max o de Ashton porque, después de todo, ellos tenían su pareja y planes familiares. Ashton incluso ya contaba con sus hijas y sospechaba que no se detendrían allí. El tamaño de mi casa me bastaba. Podía tener dinero, pero lo cierto es que, en cuanto a ostentación, no lo era mucho, no con mis propiedades, porque quizá, de los tres, yo era el que más autos tenía, el que más viajaba, el que más gastaba también, pero en mi casa… me gustaba sentirla cálida. Quizá por eso se veía tan rústica.

También me gustaba la playa, escuchar el sonido de las olas en la cercanía, por lo que había elegido el lugar para poder tener una vista privilegiada hacia el mar y, también, cercana para dar paseos a la tarde.

Al ver que Lena estaba atareada con el equipaje y con el transportín de su gato, suspiré y dejé que Mía saliera, ya acostumbrada a ese viaje, y vagara por la casa.

—Te dije que dejaras esa maleta, que la sacarían por ti.

—Estoy acostumbrada a tener que ser la que ayuda a sacar —respondió como si eso fuese excusa.

Le di una mirada sobre mi hombro antes de seguir hacia la que sería su habitación mientras trabajara para mí.

—Pues desacostúmbrate. No me gusta que cargues cosas.

Solo recibí como respuesta un resoplido antes de que continuara su camino conmigo.

La habitación que pedí que preparan para ella no era una de empleados, que en realidad vivían en una construcción aledaña, dentro del mismo terreno. Le di una de las habitaciones que usaban mis amigos cuando iban a mi casa, la segunda más grande luego de la mía, también con vistas al mar y, de hecho, al lado de mi habitación.

—Pedí que pusieran un arenero en el baño, así como lo hiciste en el *penthouse*, también pedí comederos y una fuente de agua adicional. Cloud viajará mucho, para que no estés siempre cargando con sus cosas como hiciste hoy. Si necesitas algo aquí, también se lo puedes pedir a María, ella gestionará lo que requieras.

—¿Algún día conoceré en persona a tu asistente? —No respondí hasta que no estuviera en lo alto de las escaleras, en el segundo piso.

—Sí, ella suele estar conmigo en oficina y muchas veces en el *penthouse*. No suele venir aquí, eso sí, pero sí la verás. Solo te pido que no demuestres tus celos… de pronto también le dan a ella.

La imaginé poniendo los ojos en blanco, aunque no la miré porque ya había llegado al lugar que necesitaba: su habitación.

Abrí y me adentré con la maleta y las demás pertenencias de Lena.

—¿Cómo por qué estaría celosa de tu asistente?

—Porque ella sí puede estar conmigo las horas del día que quiera, porque va conmigo a muchos eventos, porque es muy bella…, ¿quieres que siga?

—No, porque se te olvida que no me gustas y también olvidas la parte en la que estoy enamoradísima de mi novio.

Eso fue una confirmación de que seguía con él. Eso me amargó el día, por lo que solo señalé la habitación para poder irme de allí.

—Este será tu cuarto. Asegúrate de que Mía coma y de que haya llegado bien, yo tengo varias cosas por hacer.

Sonrió, sabiendo que me había derrotado con sus palabras, pero yo solo asentí y salí. Bajé las escaleras para tomar rumbo a mi estudio, porque necesitaba distraerme y alejarme de ella.

Me topé con uno de mis trabajadores, el que estaba llevando las maletas a su sitio, sin embargo, al ver que llevaba mi maletín, lo frené para llevarme conmigo eso porque allí tenía mi cuaderno.

Veía que Lena era una persona algo bromista, quizá de una personalidad similar a mía, pero era el tipo de personas que la hacen y, al parecer, no le gustaba que se la devolvieran. Ya sabía que yo no era de su agrado, aunque también sospechaba que su desagrado no era tan grande como lo pintaba.

Saqué el manojo de llaves de mi bolsillo porque mis estudios eran lugares que siempre estarían bajo llave. Entré, llevando conmigo el maletín que, en cuanto cerré la puerta, dejé en el suelo, solo agachándome para tomar mi cuaderno de bocetos.

El aroma a madera, pintura, tela y cuero me envolvió, relajándome al instante. Suspiré y sacudí la cabeza para despejar mis pensamientos y recuerdos, pero solo fue abrir mis ojos y

recostarme en la puerta para ver el cuadro sobre el ventanal para que todo dentro de mí se derrumbara.

Me alejé de la puerta y fui hacia el caballete con la pintura que tenía pendiente desde hacía meses, todo porque la retratada no estaba frente a mí para poder pintarla a cabalidad, de hecho, y algo que no me gustaba en mi arte, era poner detalles ficticios en modelos reales.

Suspiré de nuevo y limpié mis manos, un pequeño ritual que tenía, aunque luego me volviese a ensuciar. También saqué mi camisa, quedando solo en jeans. Ya así estaba listo para continuar con lo que tenía entre manos.

El cabello de Lena era especial para mí. Siempre me gustaron los cabellos ondulados y me gustaba que ella no se lo alisara, también me gustaba la curva de su espalda antes de llegar a su cadera y su sonrisa, aunque debo admitir que, mientras detallaba el cabello en el lienzo, era la imagen de otra persona que llegaba a mí.

Lena para mí significaba algo, y quizá todos podían pensar que se debía a atracción, a gusto. Todos, en especial Micaela, imaginaban una historia de amor a primera vista y todos pensaban que yo solo me negaba a lo que sentía, pero yo tenía una razón muy clara: Lena me recordaba a Rebecca y yo quería —necesitaba— poder retratarla por primera y última vez.

Capítulo 12

LENA

Pasé aburrida todo el día, solo andando por la casa para conocer a detalle el lugar.

Tenía una piscina muy bonita, un bonito jardín, una cabaña aledaña con un asador y una zona de juegos, una cancha y dos casas, una para empleados y la principal, donde nos quedábamos nosotros.

Vi a Mía salir y vagar por las afueras, en especial por el corredor de la casa, feliz de tener un espacio amplio por el cual andar. Estábamos lejos de la ciudad, entendía por qué Bret tenía el *penthouse* con todas las comodidades, sin embargo, por el lenguaje corporal tanto del hombre como el de la gata, veía que les gustaba más la tranquilidad de ese sitio que el ajetreo de la ciudad, ¿y a quién no? Pero como no tenía permiso y mi jefe se había encerrado en su estudio, no pude salir a conocer más.

En mi tiempo recorriendo la casa, me encontré con varios trabajadores de allí, porque, al ser ya una casa, necesitaba más mantenimiento. Conocí a la chef de allí, llamada Dalila. Fue ella quien me dijo que no molestara a Bret cuando se encontrara en su estudio, que lo llamara al teléfono si lo necesitaba, pero que no tocara a su puerta. Veía que su advertencia en el avión de que nadie veía sus pinturas a menos que hubiera un contrato de por medio era cierta. Me preguntaba por qué tanto misterio, ¿acaso tenía el síndrome del impostor? ¿Acaso sus pinturas eran horribles?

La curiosidad aumentaba más y más.

Suspiré y me levanté de la poltrona en la que había estado sentada mientras me mensajeaba con Zoe porque mi mejor amiga quería tener una vista privilegiada —por videollamada— de la casa. Quedó igual de sorprendida que yo al ver los techos de doble altura, los detalle en madera, el montón de obras de arte que debían costar más que toda mi vida, y los demás lujos del terreno. Y eso que no le había mostrado la colección de autos que tenía Bret allí, que esa era otra cuestión; su garaje, el que había visto solo por casualidad al pasar por allí, era de otro mundo.

Me recogí el cabello en un chongo alto y busqué uno de los juguetes de Mía. A Cloud lo había dejado dormido y esperaba que siguiera así.

Mía se puso en posición de caza de inmediato. Yo moví el jueguito para distraerla y afianzar mi relación con ella, sin embargo, no le presté mucha atención al principio por ver el ventanal, cubierto por una cortina blanca, que no me dejaba ver al interior de lo que sería el estudio de Bret, pero sí noté que, aparte de la decisión de la cortina blanca que me imaginaba que dejaba pasar un poco de luz, arriba había unas ventanas más pequeñas que debían permitir el paso de más luz, pero muy altas como para poder espiar por ellas.

Suspiré y sonreí al ver la locura de Mía al intentar tomar el juguete. Me distraje con ella por un tiempo, hasta que llegó la hora de su merienda y tuve que entrar para que la gata comiera, al igual que Cloud, a quien le tuve que llevar su plato a la habitación.

Mi pobre gatito quería salir; solo podía recibir el aire desde el balcón. Él no era tonto, sabía que, aunque esa habitación fuera enorme, había más afuera que quería descubrir, pero la integración con Mía no terminaba y no me podía arriesgar.

—Hola, bebé —saludé en cuanto dejé su comida. Él se interesó solo por eso. Salió corriendo hacia el plato y me ignoró por comer. Yo no lo ignoré a él; me senté a su lado y acaricié su lomo—.

Mañana te traeré a Mía para que la saludes, en su transportín para que no peleen. Compórtate bien para que puedas ser más libre.

Como es obvio, no obtuve respuesta de mi gato, ni siquiera una mirada. Él solo siguió comiendo.

Alguien tocó la puerta de mi habitación. Como no quería dejar de acariciar a Cloud, y no creía que fuese Bret, solo di permiso para que abrieran la puerta.

Mi jefe me encontró tirada en el suelo, al lado de mi gato, acariciándolo y quizá con un aspecto aburrido y pensativo. Él arqueó una ceja mientras yo no podía evitar notar que su camisa estaba medio abierta.

—Me dijeron que has estado como alma errante por toda la casa, ¿estás aburrida?

Me encogí de hombros.

—No sé a qué tengo derecho aquí y a qué no.

—Puedes hacer lo que quieras. Ver una película en la sala de televisión, tomar alguna de las consolas de la sala de juegos, leer, meterte a la piscina, ir al mar; lo que quieras, Lena.

—¿Podría salir a conocer todo alrededor? —Él asintió y yo sonreí un poco—. Creí que debía estar siempre pendiente de Mía.

—Y es lo ideal, pero un gato duerme mucho y es muy independiente, así que te doy permiso para que salgas un rato. No te pierdas por mucho tiempo, pero puedes salir. En el garaje hay un Mercedes…, ¿sabes de autos?

—No mucho —respondí con sinceridad porque conocía algunas referencias, pero no era experta.

—Bueno, entonces puedes tomar el Mercedes que parece un Jeep. Y usa esta tarjeta para lo que se te antoje o necesites.

Esperé a que rebuscara en su billetera por la tarjeta que me pasó. Me quise negar, porque seguía pensando que eso, nuestra relación «laboral», era de mentiritas, pero conocía a los hombres de su clase y sabía que preferían que tomara lo que me ofrecían en vez de rechazarlo. Y seamos honestas, yo necesitaría el dinero después, para seguir estudiando, él no.

Me levanté, entonces, para poder tomar de su mano lo que me ofrecía. Mis dedos rozaron los suyos, pero ignoré el calor en ellos y solo me fijé en su suciedad.

Sonreí un poco. Hasta podía pensar que la fachada de hombre pintor era una mentira, pero ahí estaba la prueba de que no.

—Te recomiendo la playa, pero también, como a media hora en auto, hay un mall que te podría gustar.

Asentí.

—¿Te gustaría algo?

—No, pero tráele un helado a Mía. Allá hay una tienda de mascotas que lo venden… y tráeme uno a mí también.

Mi sonrisa creció, burlona.

—¿Te gustan los helados para mascotas? Vaya, que gustos tan raros.

Él puso los ojos en blanco y también sonrió, lascivo.

—Un helado para humanos, Lena. Me gusta chupar, pero cosas con más sabor.

Tragué y, dándome cuenta de que ambos seguíamos sosteniendo la tarjeta, se la arrebaté.

—Qué cochino.

Su sonrisa creció.

—¿Por qué? ¿Por decir que me gusta el helado?

—Por decir que te gusta chupar… aunque eso tendría sentido, ¿por eso no te han visto con ninguna novia?

Soltó una risotada, negando.

—¿Estás insinuando que soy gay? Ni siquiera me molestaré en continuar con eso, bonita, solo diré dos cosas: puedes atreverte a comprobar si lo soy o no, y la segunda, ¿un helado se come, se toma o se chupa?

Mordí mi labio para no sonreír, pero puse mis ojos en blanco, ignorando que su mirar cayó en mi boca por un segundo, justo cuando mordí.

—No lo sé y no me interesa. Si no te importa, me voy a organizar para salir.

Él asintió y dio un paso atrás.

—Cuando llegues con el helado, déjalo en la heladera. Lo sacaré de allí luego.

Asentí y no demoró más en dar media vuelta e irse por donde había llegado. Observé su espalda ancha por un momento antes de suspirar y cerrar la puerta.

Al ver a Cloud lamiendo sus patas, bañándose, tomé aire.

—Tal parece que tendrás juguetes nuevos, bebé.

Capítulo 13

LENA

Cloud me despertó cuando buscó acurrucarse en mi pecho. Había olvidado cerrar las cortinas, así que la luz del día ya comenzaba a entrar por el ventanal.

Suspiré y acaricié a mi gatito por un minuto, antes de tomar mi teléfono y ver la hora. Tenía un mensaje de Thiago con las buenas noches, pero, por la hora, sabía que todavía no me hablaría para darme los buenos días.

Faltaban pocos minutos para que sonara mi alarma y prepararme para ir a preguntar por el desayuno de Mía, por eso aproveché que me había levantado más temprano para ser yo quien enviara el mensaje de buenos días a mi novio.

Luego de enviar el mensaje, hice a un lado a Cloud para poder levantarme. Iría a la cocina y pediría un café antes del desayuno y creo que saldría, luego de que Mía comiera, a tomármelo con la vista que me daba el lugar del amanecer.

Al acercarme al balcón, me percaté de una figura ejercitándose fuera, en el jardín. Parecía que Bret estaba calentando antes de hacer el verdadero ejercicio.

Para que no me descubriera, me escondí un poco y aproveché a mi favor el velo de las cortinas. No podía negar que él tenía muy buen cuerpo, y ya veía razón. Su pecho estaba marcado y sus brazos… era unos señores brazos, a pesar de que no era muy musculoso. Como decían por ahí: tenía todo en la medida y el lugar correcto.

Programó algo en su teléfono antes de ponérselo en el portacelular de su brazo y partió luego de un minuto, trotando. Al desaparecer por una de las entradas de la casa, parpadeé y suspiré. Ya había tenido mucha diversión, ahora debía dedicarme a lo mío y una muestra fue la alarma sonando.

Corrí a apagarla, preguntándome si Bret se había levantado tan temprano porque sabía que yo estaría dormida.

—Dios, yo tengo novio, ¿es infidelidad mirar a un hombre hacer ejercicio teniendo novio?

No obtuve respuesta, obvio, porque me había hecho la pregunta a mí misma.

Salí en pijama y en mi bata, directa a la cocina, en donde ya había movimiento. Dalila se encontraba preparando… algo. Al verme, sonrió y, sin yo esperarlo, me pasó una taza de café humeante.

—Muchas gracias, me hacía falta. ¿El desayuno de Mía y Cloud ya…?

—Sale en un minuto. Puedes sentarte si gustas.

Asentí y tomé la taza con ambas manos mientras pensaba. Como ella estaba tan callada, fui yo quien puso el tema de conversación.

—¿Antes habías tenido un trabajo tan raro como prepararle la comida a una gata caprichosa? —Ella se rio.

—Te sorprendería qué tan extraña puede ser la gente. Es novedoso, pero no creo que sea lo más raro que me ha tocado hacer. ¿Y tú? ¿Cuidar de una gata caprichosa es lo más extraño que has hecho?

Reí y asentí.

—Bret quizá no es la persona más extraña con la que he tratado, pero sí es el trabajo más raro. Siempre trabajé con niños, no con gatos.

Ella asintió, de acuerdo, antes de poner en los platos de los gatos la comida. Debía enfriarse, por supuesto, lo que nos daba un poco más de tiempo.

—¿Y tú familia? —preguntó y yo emití una sonrisa algo triste.

—Viven en otro país. Yo viajé por la oportunidad de trabajo, así que los veo poco. A veces ni siquiera puedo viajar en fechas especiales, aunque me gustaría.

—El señor Dufort puede ayudarte con eso. No sé qué tanto lo conoces, pero yo llevo mucho tiempo trabajando para él y es… muy buena persona.

«Tanto que te da lo que quieras por acostarte con él. Eso me parece más un proxeneta que una buena persona».

Pero no dije mi pensar, solo sonreí.

—Es algo complicado. No suelo pedirles mucho a mis jefes.

—¿Qué te apetece desayunar? —Apreté mis labios. Con las comidas del día anterior me quedaba más que claro que ella cocinaba delicioso, no quería limitarme a pedir unos huevos fritos cuando podía probar algún manjar de sus manos.

—¿Es una opción decir que lo dejo en tus manos? —pregunté con esperanza. Ella sonrió y asintió antes de pasarme el plato de Mía.

—Ya está listo, pero esa muñeca no ha bajado, ni siquiera para despedir a su amo.

—La iré a buscar.

Hubiera llevado el plato conmigo, así como llevé el de Cloud, porque él sí comía en la habitación, pero una de las reglas de Bret era que Mía tenía su comedor. En eso sí no la consentía.

—Mía —llamé, haciendo también sonidos con mi boca, pero la gata no salía.

Suspiré y observé con atención la puerta de la habitación de Bret antes de decidirme a abrirla.

La cama se encontraba destendida, obvio, porque había alguien que se la organizaba, pero, lo más importante, era la gata que se encontraba durmiendo en medio de la cama, bocarriba, de lo más tranquila.

Resoplé y me encaminé hacia ella, sin embargo, antes de avanzar mucho, vi en la mesa de noche derecha un cuaderno que llamó mi atención.

Me acerqué con sigilo, aunque confiada porque Bret estaba corriendo. No creía que llegase pronto y solo daría un vistazo.

Las hojas estaban llenas de bocetos a formas. Me di cuenta de que el hombre tuvo que haber estudiado anatomía o algo así porque sabía bien dónde hacer los trazos para un cuerpo humano, en especial de mujeres. Había animales, mujeres y más, todas en trazos indefinidos, ninguno terminado. Quizá usaba esas páginas solo para no olvidar la idea, porque lo que había allí no es que me dijera mucho.

Un maullido detrás de mí me hizo saltar.

—Por Dios, Mía, casi me sacas el corazón. Tu comida ya está servida, señorita, vamos antes de que llegue tu papá y me regañe.

La tomé, aunque ella intentó correr mí.

Salí de la habitación con ella en brazos y bajé las enormes y preciosas escaleras. Al llegar, organicé todo ante el hambre despierta de la gata y la dejé comer.

—Tiene sus vacunas esta semana —le dije a Dalila como dato curioso antes de sentarme y esperar mi propio desayuno. Todavía no me organizaría, esperaría a desayunar antes de hacerlo.

Mientras estaba desayunando, mi teléfono sonó con el mensaje de Thiago saludándome. Sonreí, mucho más porque me preguntaba qué planes tenía para ese jueves, mi día libre. Me daba algo de tristeza pensar que solo teníamos un día libre a la semana para vernos, pero no podía hacer más. Lo había hablado con Bret y tenía libre desde el miércoles a la noche hasta el viernes a las nueve de la mañana, lo que me dejaba dos noches para pasarla con Thiago. No era mucho, pero esperaba hacerlo funcionar, al menos hasta que lo requiriera.

Le respondí y el plan que él tenía era cenar con su familia. Los había visto pocas veces, pero éramos una pareja, era normal conocer a su familia, y lo mejor de todo es que ellos eran un amor.

Aunque luego me estrellaría contra la realidad de cuán «amorosos» eran.

Capítulo 14

BRET

Yo cuidaba mucho a mi gata, después de todo, era mi mayor compañía, el amor más real que había recibido desde hacía mucho tiempo, pero eso no significaba que olvidara que era un gato y que tenía sus instintos.

No sé dónde Lena vio el paso a paso para integrar a dos gatos, pero todo eso me estaba aburriendo, más porque quería disfrutar un poco del mar y no podía por la sola razón de que ella decidió que era el momento de presentarlos, con la condición de que yo debía tener en todo instante el transportín de mi gata con ella adentro mientras Cloud la olfateaba y ella, desde la seguridad de su cueva, hacía lo mismo.

Por mí, solo hubiera soltado a los gatos y que ellos se defendieran. A Lena nada le aseguraba que cuando estuvieran ambos libres no se agarraran a puño limpio —o garra—, ni que se llevaran bien. Como dije antes, ellos tenían instintos, y si ese instinto le decía a mi preciosa Mía que debía defenderse hasta entrar en confianza, que lo hiciera.

Aunque no negaba que me causaba gracia la preocupación de Lena. Veía que quería conservar su trabajo, también que creía que él dependía de lo bien que se llevara su gato con el mío, pero estaba equivocada. Me interesaba era que Cloud no tuviera enfermedades que le pudiese transmitir y esa parte estaba cubierta, por demás, no me importaba nada. A menos que de verdad se odiaran y se lastimaran a fondo, pero lo veía poco probable.

—Cloud, bebé, solo quiero que la conozcas para que convivan. —Aguanté mi risa al ver el forcejeo entre ella y su gato, quien estaba algo asustado por mi presencia y por tener que acercarse obligado por su dueña a mí.

Suspiré y dejé a Mía en el suelo antes de ir a cerrar la puerta de la habitación, luego, saqué a mi gata ante la mirada preocupada, cautelosa y sorprendida de Lena.

—Ya por obligación se tienen que conocer. Deja de preocuparte, les transmitirás esa energía a ellos.

Sin decir más, y como Cloud ya había escapado de sus manos para meterse bajo la cama, puse mi mano en la cintura de ella y empujé un poco, instándola a moverse fuera de la habitación.

—Vamos, volveremos en unos minutos. Necesito organizar contigo todo lo referente a la vacunación de Mía.

Ella se quejó y tartamudeó un poco, con intención de no salir de la habitación, pero yo empujé un poco más, hasta que pude sacarla.

—Por Dios, Lena, que no se van a matar. Relájate, por amor a Dios.

No era muy creyente, debía ser sincero, pero nunca estaba de más usar esas palabras cuando comenzabas a estar exacerbado con actitudes sobreprotectoras.

—He tenido mucho cuidado de hacer una buena integración, Bret, ¡y lo acabas de echar todo por la borda! —Viré los ojos y solo señalé el camino hacia mi oficina.

Ella resopló y caminó por delante de mí hasta llegar a mi oficina en esa casa, en donde esperó a que yo pasara para ella entrar.

Cuando pasaba frente a mí, me incliné hacia ella para susurrar en su oído:

—Otro empleado que tuviera la actitud que tú tienes ya estaría despedido. —Ella respiró profundo y solo me observó. Yo sonreí y le señalé la silla en donde debería sentarse—. Por suerte para ti, no tengo intención de despedirte, aunque ¿con todos tus jefes eres así? Micaela y Ashton hablan muy bien de ti, tendré que bajarlos de la nube y contarles tu verdadera actitud.

Ella dejó salir el aire que antes había tomado y me observó con algo de cansancio mientras que yo no perdí mi sonrisa.

—Es que mis otros jefes no eran tan molestos como tú, Bret.

—Ya veo… Igual, aunque te creas con la confianza para tratarme así, incluso que me llames por mi nombre y no por mi apellido, le diré a Ashton que tienes hiel en vez de sangre, así, si llegasen a necesitar una niñera, no te contrataría y estarías atada a mí.

Todo eso era una broma. En realidad, quizá por el hecho de ser ella, no me molestaba su actitud, incluso me divertía. Sabía que ella en parte era jugando y la otra parte en serio, y también Lena sabía que yo sí era por molestarla, por eso acentué mi sonrisa cuando puso los ojos en blanco.

—Bret, tenemos los gatos solos, encerrados, de verdad necesito apurar esto.

—Relájate que está muy temprano para que andes preocupada. Bien, ya sabes de sus vacunas, pero ¿ya sacaste su cita? ¿Ya avisaste a Hugo para que pase por ti?

—Pensé que yo la llevaría en el auto.

La observé por un instante, sopesando qué sería mejor: que la transportara mi chofer o que ella fuera en alguno de mis autos.

Negué. Los autos que tenía en la ciudad eran de mis autos más preciados.

—No, te llevará Hugo, no manejarás los autos que tengo allá.

Su rostro se ofendió.

—¡Oye, sé manejar muy bien! —Vi allí una oportunidad más para molestarla.

—¿Una mujer con un auto de esas potencias? —Negué con la cabeza—. No lo creo, pero te conseguiré uno, no te preocupes.

—Pues una «mujer» ya manejó uno de tus autos, y sé que no es tu auto más barato porque Thiago ama los autos y se volvió loco cuando le mostré en qué había ido al mall.

Apreté un poco los dientes, pero, aunque mi sonrisa se perdió por un instante, volví a sonreír.

—Oh, a tu noviecito le gustan los coches. No me sorprende. Dime, ¿cómo toma él que su novia maneje mejores autos y que gane más que él cuidando una gata mientras pasa todo el día con un hombre que no conoce?

Vi su titubeo. No sé si los demás podrían considerar mi comentario como algo cruel, sin embargo, sabía que ahí tocaba una fibra sensible.

Conocía algo de la historia de su renuncia, lo que ella le contó a Micaela que, a su vez, ella le contó a Ashton y mi amigo a nosotros. Un problema de amor y cercanía, problemas en su relación con un hombre débil que le pedía y pedía mientras él hacía poco o nada. El

enamoramiento te volvía tan idiota, lo comprobaba con ella que dejaba el corazón solo para encontrar desengaños.

«Que tonta eres para unas cosas, Lena».

—Thiago no es celoso, confía en mí y sabe que todo eso es solo trabajo.

—Qué afortunada tú, Dios mío —susurré con sarcasmo muy notable en mi voz—. Bien, entonces avísale a Hugo de ello. Cuando lleguen, asegúrate de que ella coma. Luego de sus vacunas a veces no lo hace, pero debe comer, aunque sean sus snacks, ¿estamos? —Ella asintió y yo seguí—. Su carné de vacunación está en mi habitación, te doy permiso para que pases a buscarlo, debe estar en la mesa auxiliar del sofá. Si no lo vez, me haces videollamada. Dependiendo de cómo esté su ánimo luego de la vacuna, pasado mañana la llevas a peluquería, Hugo sabe dónde es, ¿está bien?

La miré para cerciorarme de que todo estuviera aprendido. Ella asintió, pero no dijo nada más, así que yo también asentí y pronto la dejé ir para que sacara a los gatos.

Minutos después, cuando Mía entró a mi oficina con su cola en alto y sin ningún rasguño, confirmé mi teoría de que esos dos, Mía y Cloud, no se matarían. Quizá se tendrían algo de desconfianza al principio, pero nada más.

Aunque, si lo pensaba mejor, incluso los humanos peleábamos con otros, ¿qué le hacía creer a Lena que eso no pasaría con dos gatos?

—A esa mujer le falta relajarse más en esta vida —susurré mientras revisaba unos documentos para mis reuniones del siguiente día.

Capítulo 15

LENA

Siempre me consideré una mujer capaz de adaptarse a cualquier situación que lo requiriese. Cuando trabajas con niños no solo podías ser tú misma, tenías que ser un montón de personajes para sus juegos y su imaginación, pero no solo eso; en la universidad también desempeñaba un rol diferente al de mi día a día, allí era una chica estudiosa, no tan buena para ello, pero que le ponía mucho empeño. Con Thiago era una novia cuidadosa y amorosa, y con su familia, era la mujer que todo suegro y suegra quisiera tener… aunque las suegras en general no es que quisieran tener una nuera, pero ese no era el caso.

Sin embargo, aunque me comportaba tal como ellos querían, no me sentía tan cómoda a su alrededor. Zoe decía que eso se debía a que no me estaba comportando como yo misma, que, a comparación de otros sentidos en donde solo potenciaba una parte de mi personalidad, con la familia de Thiago me convertía en otra, una Lena que me agotaba mucho. No sabía si su percepción era cierta o no, lo que sí sabía es que sí me quería. Me sentía agotada, más porque estaba algo molesta y, para qué negarlo, también humillada.

La familia de mi novio consistía en su padre, madre y hermano. Todos me aceptaban, sin embargo, ya no sentía que fuese del todo… bienvenida. Era difícil de explicar, pero cuando descubres que la ex de tu novio seguía hablando con su familia, y que, de hecho, había comenzado a lanzar comentarios despectivos hacia ti, era… difícil. Y se convertía en imposible cuando lograste ver un poco de esa conversación y en ninguna parte recibiste una defensa.

Conocía la historia de Thiago y su ex, al menos lo que él me contó. Entendía que, por todo el tiempo que estuvieron juntos, a ella la hubieran querido mucho, sin embargo, que tu suegra le dijera que siempre la vería como su nuera, causaba un rechazo enorme en mí y también un poco de dolor.

No sabía si Thiago conocía esa información, pero estaba decidida a averiguar por mi cuenta hasta dónde llegaba esa situación, aunque temía el lado por el que se estaba yendo mi mente porque comenzaba a desconfiar de Thiago. ¿Él también seguiría hablando con ella?

Esperaba que no, porque en el pasado ya había tenido problemas con él por esa misma persona, aunque siempre me aseguró que no mantenía contacto con ella.

Suspiré y eché mi cabello hacia atrás en la cocina, donde me había refugiado para pasar el disgusto. Me quería ir, pero todos estaban reunidos, no solo el núcleo principal, sino amigos de la familia y familiares algo más lejanos.

—Hey, ¿pasó algo? —La llegada de Thiago me obligó a apretar los puños para que no notara mis manos temblando.

Acarició mi espalda y yo solo pude sonreír. Estaba segura de que tenía las mejillas rojas y quizá los ojos algo aguados, pero no podía hacer un escándalo allí, además, ¿cómo le decía lo que pasaba sin formar un pleito?

Abrí mi boca para responder, pero la volví a cerrar antes de sonreír de nuevo, esta vez con los labios apretados.

—Estoy cansada, creo que no hice bien al venir aquí habiendo terminado de trabajar.

Él asintió. No sé si me creyó o no, pero me ofreció una solución que yo no quería.

Si era sincera conmigo misma y con todos, no entendía muy bien por qué seguía Thiago. Tenía muy presente que las personas no eran perfectas y que no encontraría un hombre perfecto, que me diera las respuestas que quería, que supiera lo que pensaba o quería hacer y que estuviera de acuerdo. También sabía que un hombre así me aburriría, sin embargo, yo era muy diferente a Thiago, por eso me molestó un poco la respuesta que me dio.

—Puedes ir a acostarte, creo que nos quedaremos hoy aquí.

Hice una mueca. No quería quedarme, pero tampoco tenía a dónde ir. Quizá era una opción pagar un hotel… o volver al *penthouse* con Bret y de pronto aguantarme sus burlas por utilizar mi día libre en ese lugar.

—Quisiera irme, Thiago —susurré, pero allí noté un cambio en él. Me observó cansado, sin intención de complacerme e irnos.

—Lena, ya organizaron una habitación para nosotros y todavía no quiero irme. La estoy pasando bien con mi familia, nos invitaron hoy, en medio de la semana, para que pudieras venir por tu nuevo trabajo. No durará tanto, pero ya dije que nos quedábamos.

Torcí mis labios, molesta.

—Lo hubieras consultado conmigo antes, ¿no crees? —Él suspiró y se restregó los ojos con su pulgar e índice, uno en cada ojo, hastiado, cansado.

—No comiences, por favor.

Y eso era siempre así con él. Thiago tenía muchas cosas buenas, pero ¿a la hora de escucharme? Sentía que me escuchaba más una piedra que él.

Tomé aire y solo intenté calmarme por un instante.

—¿Qué habitación es? —respondí, aunque en realidad me hubiera gustado decirle que no estaba comenzando nada y que en una relación ese tipo de decisiones se tomaban entre los dos. Él no podía manejar mi tiempo, mi ánimo y mis ganas a su antojo. Yo también contaba. Y yo no me quería quedar allí, aunque, al parecer, no me quedaba de otra.

Él suspiró y se acercó a besar mi frente.

—Gracias. Iré a preguntar.

Asentí y me volví a quedar sola en la cocina. Saqué un vaso con agua antes de que llegara mi suegra a preguntarme si estaba bien y por qué me quería ir a dormir tan temprano si la estábamos pasando bien.

No la pude ver como la veía antes. Ya pensaba que su actitud conmigo era falsa luego de ver esa conversación cuando me dio permiso de tomar su teléfono para pasar una canción que no me gustaba. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Quería que yo viera que seguía hablando con la ex de Thiago y leyera lo que leí?

No sé cómo le hice para fingir estar bien y despedirme de todos antes de cambiarme por un pijama prestado de mi suegra porque yo no había llevado ropa de cambio. Me acosté y, al estar sola porque Thiago había vuelto a la «fiesta», me puse manos a la obra: necesitaba investigar qué tan profundo era el problema.

No tenía a los familiares de Thiago en redes porque él era muy reservado y siempre pensé que, por ser una relación relativamente nueva, no era lo adecuado, no por el momento, sin embargo, en mi búsqueda confirmé que todos ellos la seguían teniendo en sus redes, incluyendo a Thiago. Lo que no hacía mi novio, a diferencia de su hermano, es que parecía tener actividad relacionada a ella, o sea, no tenía comentarios ni «me gusta» en sus fotos, no, al menos, poco antes de haber comenzado a salir conmigo, porque antes de eso, sí que había intercambio de comentarios, intercambio de «me gustas»

y para ese punto comenzaba a sospechar que también mensajes privados. Eso solo aumentó mis ganas de tomar su teléfono y revisarlo, aunque sabía que estaba mal.

Debía confiar en él, ¿no? Creía conocer a Thiago y no lo creía capaz de estar en una relación conmigo si quería seguir con su ex. Eso ya estaba superado, pero quizá habían terminado de amigos, ¿cierto?

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras me intentaba convencer de que mi novio no hacía nada de eso. Él no me lastimaría así. Y no importaba su familia, ¿cuántos matrimonios prósperos había en el mundo en donde una parte no se llevaba con la familia de su cónyuge?

Pero no podía mentirme a mí misma: yo no quería ser parte de esa estadística. Yo quería sentirme bien alrededor del círculo cercano de mi novio, poder convivir con su familia sin sentirme mal, desconfiada o rechazada, y quería que él también se sintiese bien, al cien por cien, en la relación.

Sin embargo, todavía podía ser muy fácil engañarme a mí misma, decirme que solo necesitaba poner más de mí e ignorar todo eso. Resultaba más fácil que terminar esa relación a causa de un tercero, porque yo amaba a Thiago y no lo quería dejar ir, aunque, como esa noche, me durmiera con las lágrimas no derramadas en los ojos y una sensación de inconformidad, incomodidad y tristeza en mi alma y mi cuerpo.

Capítulo 16

LENA

Uno de mis mayores temores en la vida, en específico en mi vida amorosa, era que estuvieran conmigo porque no pudieron estar con la persona que sí querían, o sea, que me tomaran como la última opción y lo que más me asustaba era el hecho de que en realidad nunca estaría segura al cien por cien de que mi pareja lo estuviera por su amor a mí, después de todo, siempre se puede mentir para salvarse de las situaciones incómodas. No creía que alguien fuese tan sincero como para decirme «estoy contigo por interés, porque me conviene y porque dejé ir al amor de mi vida, aunque, si vuelve, por supuesto que me iré con ella».

Toda la situación con Thiago me aumentó ese temor.

Al otro día, ya acostada en su cama, solo pude suspirar y seguir mirando el techo en la oscuridad de la habitación. Lo único que escuchaba era la respiración tranquila de Thiago, dándome la espalda porque se encontraba ya dormido, y los sonidos propios de una calle en plena madrugada.

Ese quizá era el mejor momento para averiguar lo que tanto quería saber. No podía dormir por rumiar en el tema una y otra vez.

Un minuto después me cansé y, con cuidado, salí de la cama para rodearla y alcanzar el teléfono de Thiago. Me sentí muy mal al hacerlo y siempre mi mente me dijo una y otra vez que abortara misión y volviera a la cama mientras caminaba con cuidado al baño. Mi novio no solía despertarse a mitad de la noche, menos porque yo me levantara porque a mí a veces sí me daban ganar de orinar a mitad de la noche.

Me sabía la contraseña. Su teléfono siempre fue privado, pero no prohibido para mí, quizá por eso se sentía tan mal revisarlo; él me había confiado su contraseña, ¿qué hacía yo revisando? Si hablara con su ex, lo escondería de mí, no permitiría que lo tomara o que supiera cómo desbloquearlo, ¿no?

Pero mi mente no se quedaba tranquila sin pruebas y solo con la confianza.

Lo primero que revisé fueron sus chats. Busqué por el nombre de ella y no tenía ninguno, aunque no me conformé con ello y busqué uno por uno, entrando en aquellos que no reconocía, pero no, ninguno era ella, aunque, si buscaba su nombre como palabra, sí encontré un chat, con su hermano, donde le mencionaba que ella le había hablado. Al entrar en esa conversación, me di cuenta del momento en el que ella había aparecido de nuevo en la vida de su familia: el día en el que Thiago subió una foto conmigo a sus historias de Instagram.

Eso me dio más rabia. ¿Qué significaba eso? ¿Se había puesto celosa al ver a su ex con otra? ¿No soportaba que él hiciera su vida sin ser parte de ella? Por Dios, era su ex, y no una reciente, ya era momento de soltarlo. Sin embargo, a mí no me correspondía ser quien la alejara de la vida de Thiago, esa era responsabilidad de él.

Esperaba que la respuesta a su hermano fuera un «bloquéala» o «no le hables» o que al menos le preguntara por qué ella le estaba hablando, pero no fue así. Mostró un completo desinterés que debió darme algo de alegría, pero no lo hizo, solo me molestó. Cuando uno no quiere a una persona en su vida, hace lo posible para cerrar toda puerta que pueda usar para entrar a ella, ¿por qué no lo hacía? ¿Por qué solo mostraba tanto desinterés en todo?

Con algo de enojo, me salí de sus chats y me metí a su Instagram, en donde cambió un poco la cuestión. El chat con ella era viejo, lo que me tranquilizó, sin embargo, subí por el chat,

compuesto, más que todo, de reacciones de ella a las pocas historias que él subía. Thiago nunca la respondió a esas reacciones o comentarios, por muy casuales o normales que fueran, pero llegué a la parte en la que sí le respondía, un chat de hacía años, que me dio ganas de vomitar porque ella le decía que lo extrañaba y él le respondió que también lo hacía y una conversación que terminó en otra parte, una conversación eliminada que en sus chats no encontré y que no supe cómo terminó, aunque, a primera vista, no muy bien porque él, definitivamente, la había eliminado de su vida, aunque no de sus recuerdos porque, para mi pesar, conservaba las fotografías con ella, y no solo ella, sino de sus otras ex, aunque eso no me molestó tanto, solo me molestaron las fotografías con ella.

Sin embargo, sentada en la tapa del váter, me arrepentí. Solo había descubierto que él no le hablaba, que era consciente de que ella le había hablado a su hermano, pero no se involucró o se vio afectado por ello. Era indiferente, y sí, me dejó más tranquila saber que él no hablaba con ella o de ella, aunque no mermaba la incomodidad con su familia y por alguna razón no calmaba mi mente por completo.

Salí del baño con cuidado, escondiendo el celular por si Thiago se despertaba. No lo hizo, para mi fortuna. Todo quedó como si no hubiera sucedido algo y yo volví a acostarme y a intentar quedarme dormida. Tenía que madrugar porque debía estar en el *penthouse* temprano en la mañana.

Al no poder conciliar el sueño, hice lo que creí que me ayudaría con eso: toqué la espalda de Thiago, despertándolo y susurré bajito mi petición.

—¿Me abrazas? —Él, en medio del sueño, se giró hacia mí y pasó su mano por mi cintura. Fui yo quien me corrí un poco más cerca de su pecho y me acurruqué allí, pensativa, algo inconforme e insatisfecha, pero con un pensamiento creándose en mi cabeza: ¿y si lo que me faltaba para que su familia me quisiera más que a su ex

era involucrarme más? ¿Pasar más tiempo con ellos haciendo lo que a ellos mejor les pareciese?

Debía hablarlo con alguien, porque mi cabeza estaba a punto de reventar y jugando en mi contra.

Capítulo 17

BRET

María era mi asistente casi desde que comencé a trabajar con Ashton en la empresa de su familia. Llevaba años conmigo y era como vernos crecer a ambos. Por supuesto, el sueldo más alto que pagaba era a ella, y aunque todos pensaban que me la tiraba de vez en cuando, lo cierto es que la consideraba más una amiga y la respetaba. Además, no me llamaba la atención en ese sentido, a pesar de ser una mujer muy atractiva y de mi edad.

Por todo el tiempo que pasábamos juntos trabajando, también había logrado conocerme, a veces podía decir que incluso mejor de lo que mis amigos lo hacían.

—Creí que por fin conocería a la aclamada Lena —susurró luego de un momento en silencio. Ambos estábamos revisando unos contratos con otras compañías, yo revisaba los de SkyConnect mientras que ella se encargaba de verificar el contrato de la compra de una fracción de un equipo de hockey.

Ni siquiera me gustaba el hockey, pero era un deporte que daba buen rendimiento y estaba de moda. Con eso debíamos hacer más, pero lo primordial era asegurarme de que, en efecto, yo ya fuera propietario.

Reí, pero no levanté la mirada de las hojas en mis manos, porque sí, era del tipo de hombres que le gustaba tener copia en papel y en digital de sus contratos. Y todos ellos los guardaba con mucho cuidado tanto en mi oficina, como en casa, también en diferentes copias digitales.

—Debe estar que llega. Si no pasa por la puerta en cinco minutos, tendrá un regaño por impuntual.

—Ay, señor Dufort, los hombres como usted suelen poner excusas muy extrañas. Ambos sabemos que, si la regaña, no sería en serio.

Sonreí de medio lado y, como si la hubiéramos invocado, Lena tocó la puerta del despacho.

—Adelante.

—Bret, yo… Oh, hola. —Aguanté mi risa al ver su expresión al notar a María en mi oficina.

Mi asistente, antes de darle cara, me alzó una ceja, burlándose de mí. Se levantó para darle la mano a la cuidadora de mi gata y, por fin, luego de varios días, presentarse en persona.

—Lena, un gusto conocerte por fin. Soy María, quien te ha ayudado estos días a conseguir lo que necesites y a adaptarte.

—Lena, no olvides que salimos a medio día… y no has preparado tus cosas y la de los gatos —recordé porque ya el fin de semana había llegado y yo quería volver a mi casa.

María giró hacia mí, con su mirada regañona.

—Bret, no seas maleducado. Me estaba presentando y no dejaste que dijera ni una palabra.

Sonreí y la señalé.

—No me digas qué hacer, que te despido.

El rostro de María se iluminó un poco. Ella sabía que mi vida sería un desastre sin su ayuda y que eso solo era broma.

A la que al parecer no le gustó mucho eso, fue a Lena.

—Ya veo que no soy a la única a la que amenaza sin motivo.

—Ah, Bret es inofensivo —le dijo mi asistente, volviendo a tomar asiento. Yo evité mirar a Lena.

Había llegado de donde su novio y eso me molestaba. No quería ver en su actitud y su rostro la satisfacción y secuelas sexuales, porque seamos claros: cuando se tiene sexo, se nota, y mucho.

—Contigo soy inofensivo. Por ahí dicen que nadie es irremplazable, pero hasta que tú no te quieras ir, yo no te despediré —aclaré y mi asistente soltó una risa franca. Allí sí observé a Lena, algo más serio—. A ti sí puedo despedirte. Apúrate que quiero ir a casa.

La niñera viró los ojos, molesta y esta vez sin ese deje de broma. Entrecerré los ojos porque su actitud era algo nueva para mí. Parecía estar de verdad molesta, casi como esas primeras interacciones que tuvimos meses atrás.

—Está algo estresado, ya tendremos tiempo de conversar tú y yo en el avión.

Vi la pequeña mueca de Lena antes de asentir y removerse.

—¿Irás con nosotros? —preguntó, una pregunta muy boba, en realidad. María asintió—. Está bien. Iré a empacar. Hasta entonces.

Se dio media vuelta y salió por donde entró.

Yo me quedé mirando la puerta cerrada hasta que entré en mí al sentir la mirada fija de María.

—Está molesta.

—O está celosa. —Reí y negué.

—Tú me conoces muy bien a mí, pero se nota que no conoces para nada a Lena. A seguir, que no quiero dejar nada pendiente para el fin de semana. Por cierto, el martes no me pongas citas a la tarde.

Ella me observó con obviedad.

—¿Cuándo lo hago? Sé muy bien que tu horario de trabajo va hasta el mediodía y solo en casos extraordinarios aprobados por ti se pasan de ese horario.

Así era, por lo que no tuve que agregar nada más.

Seguimos trabajando en silencio, solo unos comentarios sueltos sobre alguna duda o anotación para tener en cuenta.

Incluso seguimos trabajando en el auto, con la sombra de Lena regazada en el asiento delantero porque, a comparación de otros días, yo no estaba manejando para poder dejar todo listo para el fin de semana.

Mía se fue a mi lado, en su transportín, mientras que Lena llevaba a su propio gato, el cual había dejado en el *penthouse* en su día libre, como si yo fuese su niñera en vez de ella la mía.

Fue en el avión cuando me di un respiro, pero también cuando noté la actitud pensativa de Lena. Algo había pasado con ella, era obvio.

Le di una mirada rápida a María para que fuese donde ella y la distrajera. Ella lo captó y con un asentimiento se levantó de su asiento y frenó al lado de Lena. Allí se sentó y comenzó una conversación que no escuché debido al volumen en el que hablaron.

No tuve ningún momento a solas con Lena para hablar propiamente. El resto del día, luego de llegar, María finiquitó su trabajo y me dio los reportes de mi agenda, la cual ajustamos a mis necesidades, antes de que se fuese a hacer su vida. Ella prefería

pagar un hotel a quedarse en mi casa. Decía que prefería eso a que la prensa hiciera notas de nosotros malinterpretando nuestra relación y lo comprendía.

Suspiré y a la noche me serví una copa en mi oficina. Mia estaba dormida en la cama que tenía allí y toda la casa estaba en silencio y en calma. Pensaba que me encontraba ya solo, que Lena se había ido a la cama. Bostecé porque me encontraba cansado luego estar todo el día resolviendo pendientes. Eso me pasaba por acaparar tantos negocios que a veces necesitaban mi atención al tiempo, aunque, por lo general, se manejaban por sí solos.

Dejé el vaso para desbotonar mi camisa antes de abrir la puerta corrediza que daba al jardín, dejando pasar la brisa marina fría. Estaba a punto de dar un paso hacia el exterior, con mi copa en mano, cuando un carraspeo me hizo sobresaltar y girarme.

Lena estaba allí, como un fantasma, con su pijama puesto y manos nerviosas frente a sí.

—Lena, ¿ocurre algo? —pregunté porque su aspecto sí me asustó un poco.

Ella se vio incómoda antes de abrir la boca.

—He necesitado hablar contigo todo el día, pero no había podido. Yo… necesito renunciar.

Sus palabras me dejaron un poco en shock, aturdido. ¿Qué era lo que había pasado?

Reí.

—Eso no es posible —dije y le di un trago a mi licor. Ella resopló y se removió.

—En serio, Bret. Te puedo presentar mi carta de renuncia en cuanto lleguemos o…

—Mira, Lena —dije, ya algo molesto de verdad y eso lo notó—, si hay algo que yo me tomo en serio son mis acuerdos y mis contratos. Tú y yo tenemos uno en donde se pactó algo a un año, no a menos de un mes que llevas trabajando conmigo. Hay cláusulas y, si las incumples, las debes pagar, sin embargo, ¿tienes tú dinero para pagar la indemnización que te correspondería?

Su boca se quedó abierta ante mi pregunta. Por supuesto, ella esperaba que solo dejara pasar el contrato y la dejara ir, pero no era así. No tenía ni siquiera su primer pago y no podía olvidar que trabajaba para mí por una razón y era, precisamente, el tema dinero. No podía solo desprenderse del contrato y mi actitud seria se lo estaba haciendo entender.

—Bret…

—¿Por qué quieres renunciar? ¿Por tu noviecito de nuevo? —Cuando bajó la mirada, reí con amargura—. No puedes ser más tonta, Lena. Con todo respeto.

No había nada de respeto en eso, era un insulto en toda regla y, aunque podía ser peor, lo merecía.

Me relamí los labios, degustando el deje del licor en mi boca antes de seguir.

—Yo no soy Ashton ni Micaela, Lena…, pero si tanto quieres renunciar, puedo ofrecerte otra opción en donde ambos ganamos.

Ella debía suponer lo que venía después de eso, pero, aun así, alzó su mirada de nuevo.

—¿Cuál? —Sonreí. Se estaba poniendo en bandeja de plata y lo sabía. Por supuesto que ella sabía a qué iba todo eso.

—Cambia el contrato… conviértete en mi inspiración y podrás romper el contrato.

Capítulo 18

LENA

—Lena, corazón, tú sabes que te amo, pero debo decirlo: ¡eres una idiota! —El grito de Zoe me hizo hacer una mueca. No alejé el teléfono de mi oído porque ya se encontraba en la cama, en altavoz, mientras yo doblaba mi ropa porque tenía pendiente un avión—. Ahora ni siquiera puedo culpar a Thiago de las cosas, porque estás siendo una completa demente. Mira, Lena, yo creo que tengo la suficiente potestad para decir que te conozco incluso mejor que tu novio, hasta que tu madre. Somos mejores amigas, nos embarcamos en esto de venirnos a la ciudad juntas, y sé que tienes una personalidad a la que no le gusta sentir que perdió…, pero, nena, pierde, por favor. No vas a cambiar a Thiago, no vas a cambiar a su familia y te estás haciendo daño por no soltar.

—No es por no soltar —rebatí, aunque ni yo misma sabía por qué hacía tanto por Thiago.

—Sí, lo es. Ya te lo dije: te conozco mejor que tú misma y sé que no estás para nada feliz en esa relación, pero estás haciendo lo posible por obtener lo que quieres obtener, pero ¿sabes qué? Hay personas que te lo pueden dar sin que se lo pidas. Thiago no es uno de esos.

Suspiré y me quedé quieta por un instante.

—No soy de creer que las relaciones son tan reemplazables, Zoe, me conoces. Estoy dando todo por mi relación porque sé que todas las parejas deben luchar por una estabilidad y por estar juntos.

—Vale, sí —estuvo de acuerdo, aunque, por su tono, lo que vendría no sería un consuelo—, pero eso aplica cuando son *los dos* los que luchan en la relación y tú solo te estás acabando a ti misma… Lena, te pagan absurdamente bien, ya estabas estable de nuevo, ¿cómo es que lo vas a dejar para estar otra vez sin casa y sin nada?

Y esa era la parte que no le había comentado.

—Eso lo tengo cubierto, no te preocupes —susurré y ella se quedó en silencio por un instante, sin rebatir.

—¿Cómo que lo tienes cubierto? Ya estaba organizando la habitación de invitados para ti.

Sonreí un poco ante eso. Quería a mi mejor amiga como a una hermana, y quizá lo era, en realidad. Yo tenía una hermana menor, pero, como era *muy* menor, no teníamos la relación más cercana.

Zoe y yo éramos amigas desde niñas, las mejores amigas por siempre, por eso le creía cuando me decía que me conocía mejor que yo misma. Y yo también la conocía, por eso temía contarle lo que había hecho. No le enojaría, pero la situación la pondría en una encrucijada y, aunque se emocionaría por las ideas de su mente… ambas sabríamos que tenía mucho que perder.

Pero necesitaba un apoyo antes de decírselo a Thiago, y no había mejor persona que Zoe.

—Zoe, creo que me metí en problemas —susurré al teléfono y me dejé caer de espaldas en la suave cama. Escuché el maullido de Cloud, pero lo ignoré.

Recordé la noche anterior, el temor en mis huesos mientras caminaba a la oficina de Bret luego de ver su habitación vacía, aunque en ese momento guardaba la esperanza de que el hombre se apiadara de mí y me permitiera romper el contrato sin cumplir

con las cláusulas, pero claro, era un hombre de negocios, debí suponer que no me dejaría ir tan fácil.

También recordé su torso semidesnudo, a la vista por su camisa abierta, el gesto sexi de su cuerpo con su copa de licor y su cabello despeinado junto a su mirada cansada recorriendo mi cuerpo en pijama.

Suspiré, en especial cuando recordé su voz ronca, cansada, enojada y, por qué no decirlo, excitada, cuando me dijo *«conviértete en mi inspiración».*

—No me voy a acostar contigo —fue lo que respondí, a la defensiva, pero Bret sonrió y se volvió a su escritorio para dejar allí lo que tenía en la mano.

—¿Te estoy pidiendo eso, Lena? Posa para mí, una semana, y te permito renunciar.

Me crucé de brazos al sentirme muy indefensa, aunque el gesto no pasó desapercibido para él.

—Todo el mundo sabe que «posar para ti» es convertirse en una escort personal. —Su sonrisa creció, burlona.

—No, no todo el mundo «lo sabe». Todo el mundo lo supone. Podrías ser una de las pocas personas que saben la verdad y ser libre. Está en tus manos la elección.

Negué.

—Esto es manipulación, Bret. No puedes solo obligarme a seguir cuidando de tu gata por un año.

—Es tu elección. En el contrato están las dos posibilidades: o sigues o pagas, tú decides. No te estoy obligando a quedarte,

tampoco te estoy obligando a pagarme, pero tampoco te obligué a firmar.

—No voy a acostarme contigo —repetí—. Tengo novio y, aunque fuese solo posar y mantener todo en secreto, es una falta de respeto hacia él.

—¿Por qué? —preguntó como si no tuviera la menor idea.

—¿Retratas a las mujeres vestidas o desnudas? —Soltó una risa, divertido.

—Un poco de ambas cosas, pero no es solo eso, Lena, también sería ser mi acompañante en eventos.

Volví a negar. Eso era mala idea.

—No lo haré.

—Bien —respondió y se volvió a dar la vuelta para salir hacia el jardín. Lo miré, confundida.

—¿Bien? ¿Eso es todo? —Me observó por encima de su hombro, tranquilo.

—Sí. Si no lo harás y no tienes dinero para pagar la indemnización por romper el contrato antes de tiempo, mucho antes del tiempo, es porque vas a seguir. No sé cómo tomará eso tu noviecito, pero imagino que, por ti, tendrá paciencia.

A mí lo que menos me preocupaba era Thiago, lo que no quería era que su familia tuviera excusas para hablar de mí, para pensar que yo no estaba presente para mi novio. No quería darles razones y eso implicaba no tener un trabajo en donde estuviera interna las veinticuatro horas del día y solo pudiera descansar uno.

Respiré profundo antes de hablar.

—Si hago eso, tendrás que pagarme la universidad… y un lugar en donde vivir por un semestre —dije y, en respuesta, él alzó una ceja.

—No estás en posición de pedir algo, Lena —dijo, pero luego sonrió—, aunque lo haré, pero eso aumenta el tiempo. Lo harás por dos semanas, que sigue siendo muy poco tiempo comparándolo con un año. ¿O tu novio se pondría celoso?

Tomé una respiración profunda.

—Dos semanas, me pagas la universidad, un lugar por un semestre y me pasas una quincena de mil dólares durante ese semestre…, y permites que rompa el contrato.

Bret soltó una carcajada y negó.

—Es el peor trato que he hecho, pero lo tomó —dijo, aliviando el estrés de mi interior, pero no por completo porque no quería ser su… musa o lo que fuera eso que él esperaba—. Siéntate, entonces, finiquitemos los detalles para poder pasarte tu nuevo… contrato.

Me había metido en la boca del lobo, pero, así como él había dicho, dos semanas dejando que me pintara era mucho mejor que un año cuidando de su gata. Y no me acostaría con él, aunque no me quitaba la sensación de que sería una dama de compañía, una mujerzuela para el resto del mundo.

Y eso mismo se lo dije a Zoe, aunque, la línea al otro lado se quedó en silencio por un largo minuto, tanto que pensé que se había cortado la llamada, sin embargo, cuando iba a cerciorarme de que no era así, mi amiga habló.

—No te puedo creer, Lena —dijo todavía con el asombro impregnado en su voz antes de reír—. Eso estará bueno… muy bueno.

Capítulo 19

LENA

Viajar en el avión privado que usaba Bret sin él era algo extraño para mí, aunque no para María, quien parecía estar tan acostumbrada a viajar ella sola allí.

Ambas tomamos asiento, yo con mi gato a mi lado.

Yo no sabía, aunque debí suponerlo, que Bret era propietario de varias edificaciones con apartamentos y algunas casas, sin contar con las inversiones en locales y áreas comerciales. María sí lo tenía muy claro y, de hecho, antes de subir al avión estaba hablando con la encargada de sus propiedades para que le enviara un reporte de aquellas que estaban desocupadas, aunque, según me contó, solían ser pocas.

El plan era que yo me quedase en uno de estos sitios por los seis meses. Contaba con que fuera un lugar seguro, bueno y amplio, porque no creía que Bret adquiriera cuchitriles y que me metiera en uno, no con el cuidado que parecía —o yo quería creer— desprendía hacia mí.

Metí mi mano en el bolso de Cloud para acariciar su cabeza peluda y hacerlo sentir mejor. En mi cartera tenía chuches para él, pero se los daría cuando estuviéramos en el aire.

—Es un gato muy calmado —dijo María, quizá para sacar conversa. Sonreí.

—Sí, creo que se acostumbró un poco a viajar, aunque no lo ha hecho tanto. Al principio maullaba y se desesperaba más. —La

observé mientras ella miraba a Cloud, pensando en si decir o no lo que tenía en mi mente—. Este contrato lo llevarás tú, ¿cierto?

Ella asintió, aunque después negó.

—Estos los redacto yo. Son más personales y mucho más alejados de los negocios de Bret, por lo que no involucra a sus secretarias. Lo hace todo más privado y, bueno, yo soy su mano derecha, como habrás podido notar, pero luego de que yo lo redacte, tengo que enviárselo a su abogado para que todo esté en orden y conforme a la ley, ya luego se encarga él.

Asentí y no dudé en poner mis cartas sobre la mesa.

—Por favor, elimina la cláusula del sexo… o modifícala y pon que está rotundamente prohibido.

Ella me observó con algo de confusión antes de reír.

—¿Cláusula del sexo? —preguntó con escepticismo—. No hay una cláusula como tal, Lena, solo la confidencialidad. Ya lo que hagan las dos partes dentro de esa privacidad no se especifica. Son personas adultas, saben lo que hacen, en especial Bret.

No pasaba por alto que ella también le decía «Bret» en vez de «señor Dufort». Eso implicaba una cierta confianza y, sumando la interacción del día pasado entre ellos, me inclinaba a creer que ella era más que una asistente.

—¿Ustedes dos guardan alguna relación? —Soltó una carcajada.

—¡No! Pero quiero a Bret, es un gran… amigo. Llevo mucho tiempo trabajando a su lado, tenemos confianza.

Asentí y me quedé en silencio un rato más. A los minutos, nos avisaron que teníamos que comenzar con todo el protocolo de despegue, aunque María se quejó y me avisó que ya me habían

enviado todos los enlaces para ver qué apartamento quería habitar durante ese tiempo.

—Los veremos cuando podamos —prometió y abrochó su cinturón. Yo ya lo había hecho y estaba pendiente al despegue.

Fue unos minutos después que ella me pasó su tableta con los *links*. Me puse en la labor de escoger los que más me llamaban la atención, aunque veía que unos estaban vacíos en las fotografías y otros amueblados.

—¿Todos están equipados? —Ella negó.

—Hay algunos vacíos, pero tengo la orden de amoblar el lugar si escoges uno que no tenga muebles.

Asentí.

Se suponía que llegaría al *penthouse*, aprovechando que Bret no se encontraría allí. Me quedaría unos días, así que seguro me lo volviera a encontrar, pero solo mientras se organizaba todo para mi mudanza.

Visualicé por un rato las opciones que me presentaban, viendo en dónde se encontraba cada uno para saber cuál me quedaba más cerca de la universidad.

Me decidí por un apartamento que se veía muy bonito, de tres habitaciones, el más cercano a mi universidad, pero con lo negativo de que estaba por completo vacío.

—Eso no es problema. Te enviaré un catálogo de la galería que surte a Bret para que escojas lo que quieras de allí. No te preocupes, tengo la orden de que todo se vaya a la cuenta de él.

—Faltaba más —dije y ella rio.

La oteé con un poco de desconfianza antes de seguir hablando.

—Tú sabes cómo es el tema de… ya sabes, las pinturas y eso.

—Sé un poco, pero yo también tengo un contrato de confidencialidad con él, incluso más estricto del que tú tendrás. Por algo soy su asistente.

—Oh, vamos, ninguna de las dos podrá decir algo dentro de poco.

Ella negó, muy profesional y no solo por su ética al cumplir con su contrato, sino por su físico. Sé que está mal y he sido una de las afectadas por mi cabello ondulado, pero su cabello por completo liso la hacía ver tan prolija, al igual que su camisa de botones y pantalón de vestir rosa pálido. Se veía muy profesional y exitosa, contrario a mí que siempre viajaba con ropa cómoda, por lo que andaba con sudadera y un chándal… y sandalias, aunque seguía teniendo mi encanto, de lo contrario, Bret no me habría observado de nuevo de arriba abajo.

«¿Pero qué haces pensando en cómo te mira Bret?»

Suspiré y, sin darle una explicación a María, mesé mi cabello ante su mirada confundida. Ella no hizo preguntas y yo no dije nada más, solo intenté cambiar mi pensamiento, aunque mi mente fue hacia otro lugar que no quería: ¿cómo le diría a Thiago el cambio que hubo? ¿Cómo lo tomaría él?

«Posiblemente le dé igual. Él sabe qué tipo de persona soy, no se deja llevar por la opinión de los demás. No tendrá problema, lo entenderá».

Y de verdad esperaba que fuera así.

Capítulo 20

BRET

Me había salido con la mía y eso me tenía muy feliz.

Reí y besé a Mía en su cabeza peluda y blanca al tener frente a mí el contrato firmado por Lena.

—Estas dos semanas acepta todo evento público al que nos inviten o consigue entradas para los más importantes. Que la prensa esté presente.

María arqueó una ceja.

—¿Le darás un tan mal momento a la pobre Lena? —Reí y negué.

—Lena se la pasará de maravilla, te lo aseguro. El que espero que tenga un mal momento es su estúpido novio.

María rio y negó.

—Te estás comportando como un púbero y luego dices que solo quieres a Lena para pintarla.

No me gustó su insinuación, pero la ignoré para leer por mi cuenta el contrato y firmarlo.

Reí al ver que había una nueva cláusula allí.

—¿Nada de sexo? —pregunté y María alzó una esquina de su boca, también divertida.

—Dijo que no firmaría si no estaba eso por escrito… Ella parece cuidar mucho su relación, Bret, ¿estás seguro de que quieres estar en medio?

—Ella podrá cuidarla, pero una relación se mantiene por ambas partes, no solo por una. No conozco los detalles, pero sí la he visto triste y que haya renunciado ya dos veces a su empleo solo me dice que es ella la que hace todo el esfuerzo. Hay que hacerle abrir un poco los ojos, ¿no?

María entrecerró los suyos y ladeó la cabeza. Odiaba eso de ella, odiaba cuando comenzaba a analizarme.

—¿Y quién te abre los ojos a ti?

—Tú. Agradezco que esta relación esté mediada por un contrato de confidencialidad, porque temo lo que podrías salir a decir.

A ella le divirtió mi comentario, pero me dejó leer todo hasta que estuve seguro de que el contrato estaba más a mi favor que al de Lena, no por ser malo, pero tenía una intención con todo, además de usarla como imagen.

Una vez firmado, se lo volví a pasar para que ella se encargara, junto con mis abogados, de terminar el proceso y enviarnos las copias.

—Asegúrate de que Lena tenga ropa adecuada para cada ocasión que la requiera, igual que el maquillaje. Y organiza con ella su agenda, ya sabe que debe tener total disponibilidad por estas dos semanas, pero no me quiero arriesgar.

María asintió y guardó todo en su maletín.

—¿Algo más? —Negué. Ya tenía todo cubierto y, de hecho, volvería al *penthouse* ese mismo día. ¿Me sentía nervioso por ver a Lena luego del cambio de planes? Por supuesto, pero lo escondería.

—En la tarde me reuniré con Ashton y con Max, encárgate de cualquier asunto que no sea de emergencia. —Ella asintió—. Organiza todo para el viaje, iré por el transportín de Mía.

María era muy diligente y no solo eso, también encontraba a las personas correctas para poder delegar gran parte de mi trabajo. Yo tenía la mentalidad de que, si querías que todos tus negocios prosperaran, debías saber delegar. Y eso es lo que yo hacía, con ayuda, principalmente, de María.

Una vez ella salió y yo tuve a Mía lista, nos subimos al auto y partimos hacia la ciudad. Yo solo tenía treinta años, casi treinta y uno, pero ya estaba pensando en retirarme —más— del trabajo, seguir produciendo, pero no trabajando. Me gustaba el mar y quería tener la vista de mi casa siempre, la mayoría de los días y no solo por mitad de semana.

Y tendría que despedirme de ese lugar por dos semanas, porque no podía estar desplazándome con los lienzos de un lugar a otro. Mi plan era hacer todo desde la ciudad, mantener a Lena allí por el tiempo que durase nuestro trato.

Ya en la capital, María siguió por su camino y yo por el mío. Antes de encontrarme con mis amigos, me metí a mi taller y me encerré allí. Esas dos semanas las aprovecharía y debía preparar el primer lienzo que utilizaría.

Mi taller en el *penthouse* era algo diferente al que tenía en casa, sin embargo, seguía cumpliendo su función, aunque allí no tenía ninguna pintura que me recordara el pasado, pero sí tenía mucho arte allí. Ese era, quizá, el lugar más amplio de todo el apartamento.

Busqué entre los lienzos nuevos uno adecuado para lo primero que quería hacer con Lena y me encerré unas horas allí, preparándolo para cuando llegase el momento de pintar sobre él. Lo dejé secar sobre el caballete, ya en su lugar, justo frente al diván en medio de la sala.

Muchas de las chicas que habían pasado por allí bromeaban con él, recordando a Titanic y esa característica escena de la pintura. Era algo comparable, sí, aunque para mí ninguna de ellas había actuado en mi vida más que una simple modelo, por mucho que los medios quisieran asegurar lo contrario.

Cuando el reloj dio las siete de la tarde, supe que era momento para salir. Mi sorpresa fue encontrarme con Lena de camino a su habitación, aunque sabía que encontrarla era muy posible porque, después de todo, todavía estaba viviendo allí, hasta solo dos días después.

—Bonita noche, Lena —saludé con cordialidad antes de seguir mi camino, no sin antes inclinarme a ella cuando estuvimos más cerca y susurrar en su oído—: no veo la hora de que comience a contar las dos semanas para verte vestida con una bonita bata…

Ella se alejó y yo solo pude reírme.

—Esto es profesional, Bret. No seré tu puta, no…

—¿Qué te hace pensar lo contrario? —pregunté, interrumpiéndola—. Hay una cláusula y espero no hacerte sentir incómoda porque, si lo estás, no lo parece.

Y ella sabía que no era así. Lena podría estar encaprichada con su novio, amarlo si quería, pero ambos sabíamos que su cuerpo no era del todo indiferente al mío. Yo podía reconocer cuando una respiración se agitaba por molestia, miedo o excitación; reconocía las pupilas dilatas y otros signos que me indicaban que, contrario a lo que quería pensar, yo le gustaba, como su boca entreabierta a mi cercanía, su pecho inclinado hacia mí, vistoso. De todas las mujeres que habían pasado por mis manos, para retratarlas nada más, Lena era la que más se había negado a mí, pero la que más me correspondía en atracción, porque, contrario a muchas otras mujeres que me parecían muy bonitas y dignas de pintar, solo Lena había llegado al punto de hacerme respirar profundo para no tener una

erección en mitad del pasillo mientras se encontraba vestida, incluso despeinada y desorganizada.

Dejé de ver sus labios, así como pillé que ella estaba haciendo con los míos, y sonreí. Se hizo la loca, porque entrecerró sus ojos hacia mí y se envalentonó.

—Eres muy creído, Bret. No veo la hora de que esto se acabe y poder alejarme de ti.

Mi sonrisa no se perdió.

«Deberías avisarle a tu cuerpo lo que piensa tu mente».

—Ya lo veremos, Lena. Por cierto…, ¿ya tu noviecito sabe de tu nuevo trabajo? —Al ver su rostro decaer, mi sonrisa creció.

Me daba algo de pena, pero eso se acababa por mi necesidad de saberla lejos de ese idiota.

Quizá, si lo pensaba mejor, mis ganas de tener a Lena acostada en el diván de mi taller no se debían solo a Rebecca, quizá sí era solo el placer de tenerla… a ella, nada más.

Capítulo 21

LENA

Suspiré al llegar al apartamento en donde viviría por un semestre. El edificio era muy bello y bien ubicado, aunque solo había visto el interior en fotos. Debía esperar a María, ella sería la encargada de darme las llaves y mostrarme el lugar.

El portero del edificio me dio la bienvenida y preguntó a dónde me dirigía. Le tuve que explicar que viviría allí, pero que no tenía las llaves, por lo tanto, me envió a un diván muy cómodo para que pudiera esperar allí.

Yo había llegado temprano porque la verdad no me quería quedar en el *penthouse* viendo a Bret trabajar. Aunque era lo suficiente grande como para no encontrarnos de casualidad, de alguna forma lo hacíamos y eso me ponía los vellos de punta. Además, me encontraba muy ansiosa porque luego de recibir las llaves, y cuando Thiago llegara de su trabajo, iría a hablar con él para explicarle lo sucedido.

Tenía mucho miedo, muchísimo. Thiago no era muy amante de la farándula y el chisme, pero quizá había investigado de Bret por haber sido mi jefe o amigo de mis anteriores jefes, y si había buscado de él, era imposible que no supiera los «negocios» que hacía con las mujeres. Es que incluso, si no hubiera buscado nada, a lo largo de nuestra relación y por el tiempo que había conocido a Bret Dufort, yo misma le había comentado cosas relacionadas a ello. Y ese trabajo, aunque ni implicase sexo, no sería buen visto.

—¡Lena! —Alcé la cabeza y salí de mi mente al escuchar a María llamarme. Llegaba ataviada con su bolso y un… tubo de cartón,

como esos en donde se guardan planos—. Lamento la tardanza, hay un tráfico horrible en la avenida.

Le sonreí.

—No hay problema. Estaba distraída, de hecho.

—¿Subimos? —preguntó y yo asentí de inmediato. Ella pasó saludando, lo que también me hizo preguntar: si para eso Bret tenía a una encargada de bienes raíces, por qué todos conocían a María. Pero me encogí de hombros y la seguí al ascensor.

—El apartamento ya tiene algunos muebles, el resto los traerán a lo largo de la semana. Pedí que fuera lo más pronto posible, pero la fabricación pues no dura tan poco, así que habrá que esperar. Lamentablemente, muchas veces el dinero no todo lo puede.

Ella sacó un manojo de llaves de su bolso, gigante, como todos aquellos que te dan cuando vas a una casa. Imaginaba que allí estaban las llaves de todas las puertas del apartamento con sus copias.

En el pasillo solo había dos puertas, una a cada extremo. Eso debió decirme que el lugar era más grande de lo que había visto en fotografías, pero no presté atención hasta que no entramos.

La cocina y el comedor estaban en una plataforma más elevada de lo que era la sala. Pensé que había elegido de pronto los muebles inapropiados porque todo lo escogí pensando en que no era tan grande. De verdad, en fotos se veía todo mucho más pequeño. ¿Qué no solía ser al contrario? Sin embargo, luego recordé que por eso no los tenía de inmediato: María se había encargado de que los hicieran a medida para esos espacios, así que confiaba en que se vería bien.

—Es mucho más grande de lo que pensaba —comenté con sinceridad y algo abochornada.

—Todas las propiedades de Bret son similares. En estos lugares suele ser arrendados por personas adineradas que buscan… pues un buen lugar.

Ella comenzó a moverse por todo el lugar, encendiendo luces y explicándome qué había. Incluso encendió una fuente y abrió un ventanal que se escondía como si el paso entre la sala y el balcón no tuviera una sola puerta.

—¿Y lo rentan sin los muebles?

—Este ha sido de estancias largas. Lo tenía arrendado una familia, pero se fueron a otra ciudad hace unas semanas y se estaba adecuando para alquilarse de nuevo.

Asentí y continué con mi recorrido.

—Me sentiré muy sola aquí —susurré para mí cuando entré a la habitación principal, pero María estaba detrás de mí y alcanzó a escucharme.

—Puedes decirle a una amiga o amigo que venga a hacerte compañía algunos días. Y tienes novio, ¿no? Pues también puede venir.

Suspiré y negué.

—No creo que eso le agrade mucho. —Le di un vistazo de reojo, necesitando soltar lo que tenía en mi interior, aunque una partecita de mi mente gritaba que ella le era fiel a Bret y a mí apenas me había conocido—. De hecho, ni siquiera sé si seguiré con novio luego de hoy. Si tu fueras hombres, ¿te agradaría el trato que tengo con Bret?

Ella suspiró y su rostro por lo general dado a sonreír, se enserió.

—Sinceramente, no —respondió—, no me sentiría cómoda sabiendo que mi mujer puede estar desnuda frente a otro hombre, tampoco me gustaría verte de su brazo varios días a la semana y los estigmas que hay sobre el tema, aunque no haya sexo, pero es mucha inseguridad. Pero, oye, no todos piensan como yo, que soy más conservadora que cualquier cosa.

Apreté los labios y asentí.

—Creo que cualquiera pensaría como tú, y esa es la cuestión.

María, como si no supiera qué hacer con sus manos, tiró una de las almohadas a la cama ya acomodada.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Es eso o trabajar un año más para Bret.

—Pero un año se pasa rápido. —Sí, un año se pasaba rápido, pero también podía ser un completo martirio.

No creía ser capaz de soportar un año al lado de Bret ni de sus ojos penetrantes y analíticos.

Negué y no dije más del tema porque tenía mucho miedo y hablarlo solo lo estaba aumentando.

Mi compañera entendió el mensaje y volvió a lo que le correspondía.

—Esta es la cama que pediste, ¿verdad? —Asentí—. Pruébala para asegurarnos de que todo está en orden, que el colchón sea cómodo y demás. Si algo no te gusta, házmelo saber… o a Bret. A cualquiera de los dos, y se organizará. Cualquier inconveniente, también hazlo saber. Bret solicitó que pusieran un gimnasio para gatos en la sala y un escritorio en una de las habitaciones,

¿necesitas algo más? ¿Piensas llenar la otra habitación con algo más? ¿De pronto otra cama?

—Déjame pensarlo, pero creo que por ahora todo está bien —admití, porque esa cama era grande y, si Zoe iba de visita, no habría necesidad de otra cama. Siempre dormíamos juntas… siempre que la cama fuera de dos plazas, porque, de lo contrario, alguna hacía un colchón improvisado con mantas y cobertores.

Quizá sí debería pedir otra cama.

—Te mostraré el resto y luego me iré. Debo llevar el auto de Bret a lavar —suspiró y la verdad no pensé que ese fuese uno de sus trabajos, pero debí suponerlo. Era su asistente, después de todo, no su administradora… aunque veía que un poco sí ejercía ese cargo.

—¿Qué es lo que haces para Bret? Veo que haces como un poco de todo, ¿no? —Volvió a sonreír.

—Así es, un poco de todo. Soy su asistente, así que hago lo que él requiera, pero más allá de eso, lo ayudo a manejar a sus directivas, soy como uno de sus filtros principales a la hora de contratar a alguien.

—¿O sea que mi hoja de vida pasó por ti? —Ella rio, al parecer muy divertida.

—No —dijo, alargando un poco la «o»—, para nada. Tú has sido una excepción con él en muchos sentidos. Le gustas, aunque se empeñe en decir lo contrario. —Al terminar de hablar y en medio del pasillo porque ya íbamos a otra habitación, se giró para observarme —. Sé buena con él, por favor. Le tengo mucho cariño a Bret, pero es un hombre muy sensible, aunque muestre lo contrario.

Fue mi turno de reír.

—Bret termina con mi paciencia. Es un hombre bromista, pero sus bromas son de muy mal gusto, y tiene todo el dinero del mundo; nadie con dinero, con los contactos que él tiene, con su vida llena de poder, puede ser débil, sensible. Suele ser lo contrario.

—Bret es tan débil que se excusa en todo lo que dijiste para ser como es. Mi confidencialidad con él llega hasta un punto, no sé muchas cosas, así como sus amigos tampoco lo saben, pero sé que Bret tiene secretos que lo lastiman y me da la sensación de que tú se los recuerdas. Le gustas, pero también eres un bálsamo para él…, te lo podría asegurar y por eso te pido que no juegues con él.

Pero ella se equivocaba. O creía que lo hacía, porque yo no tenía pensado jugar con nadie, aunque sí me sentía como el ratón, presa de un gato que solo me daba vueltas de un lado a otro antes de comerme.

Yo no veía a Bret como el sensible allí y, de hecho, tenía que fortalecer mi corazón si quería salir vencedora en esas dos semanas.

Capítulo 22

BRET

Con Ashton y Max ya no solíamos salir muy seguido, aunque con el primero sí que debía estar en comunicación por temas de trabajo en donde se colaban otros temas que no venían al caso. Nuestra lejanía se debía un poco al cambio que hubo cuando Ashton se volvió un hombre de familia y comenzó a vivir por y para ella, y ahora Max, que siempre fue el más cuadriculado de los tres, también estaba en las mismas, sin embargo, los había convencido de encontrarnos ese día, lo que no esperaba era que sus mujeres los acompañaran.

—Tienen suerte de que no las odie porque, de lo contrario, ya me hubiera dado media vuelta e ido —dije al verlas.

Micaela me sonrió y fue la primera en levantarse para abrazarme. Mientras lo hacía, alcé una ceja hacia Maria Azul.

—¿Estás consciente de que tu amiga me conoce hace muy poco y tú desde hace años? ¿Cómo es que ella es la primera en saludarme y ni siquiera lo hacen ustedes, cabrones? —Mazu se rio a la vez que Micaela también lo hacía y se separaba de mí.

—Es que ella no te conoce por completo. Todavía no está cansada de ti, aunque para eso le doy un par de años más —contestó la rubia embarazada, pero en cuanto Micae se separó, ella se levantó.

Si no supiera que guardaba un bebé en su vientre, ni siquiera hubiera notado esa pequeña hinchazón en su panza.

Verla envió un pinchazo a mi corazón que disimulé muy bien, tanto que nadie se dio por enterado, solo Mazu sonrió cuando puse mi mano allí con cariño.

—Vinieron porque están como locas queriendo viajar —reveló Ashton en cuanto me senté. Golpeó mi espalda como saludo, sin soltar la mano de su esposa.

—¿Cuándo? —pregunté, con algo ya en mente.

—Lo antes posible.

—Si lo planean para dentro de una semana o tres días, acepto, de lo contrario, tendría que pensarlo.

Era irónico que fuese Micaela la más perspicaz si de mí se trataba. Ella, que menos me conocía, fue quien entrecerró sus ojos y ladeó su cabeza antes de decir:

—Ni siquiera sabes el destino, Bret, ¿qué tienes en mente?

Sonreí y me recosté en la silla.

—Que por fin les podré demostrar que Lena es solo un capricho porque quiero retratarla y no el amor de mi vida, como *tú* quieres creer. —Señalé a Micaela, quien solo puso los ojos en blanco. Fue la única con esa reacción que al parecer no le causó ninguna sorpresa.

—¿Lena será una de tus mujeres? —Asentí a la pregunta de Max. Él alzó las cejas y le dio una mirada rápida a su esposa, quien solo tenía la boca abierta.

El embarazo le estaba afectando a esa rubia porque la recordaba más entrometida, queriendo salirse con la suya de saberlo todo.

—¿La acostaste hasta que no le quedó de otra que aceptar para quitarte de encima? —Fue la intervención de Ashton la que me hizo poner los ojos en blanco.

—Para que lo sepas, no, no la acosé. Lena es curiosa porque sé que una parte de ella es muy inteligente, pero la otra es muy tonta, y por andar de loca enamorada, quiere romper el contrato, pero yo hago cumplir mis tratos.

Ellos no entendieron a qué me refería, así que sonreí e ignoré sus rostros curiosos para girarme hacia el mesero que asistía en respuesta a mi llamado.

—Un Aperol Spritz —pedí solo yo porque los demás ya habían ordenado.

—Enseguida, señor. —El joven se despidió con un asentimiento y se fue de inmediato, dejándome, de nuevo, con la atención por completo en mis amigos. Sonreí.

—Yo sí quiero saber cómo lograste que ella firmara si, según tú, no la acostaste, aunque habría que preguntarle su punto de vista primero —dijo Mic.

—Es fácil, tenía tres opciones: seguir cuidando a Mía por un año, pagar la indemnización porque no es una renuncia por causa justa y fue tan… tonta de decirme la verdadera razón o, la última, aceptar que la retrate y salir conmigo por dos semanas, así como las otras chicas que han conocido, y ella eligió lo último.

—O sea, sí fue acoso —rio Micaela y negó—. Pobre Lena.

—¿Pobre? —respondí yo—. No deberías tenerle lástima, ella lo eligió. Dejó a tus hijas por irse detrás de un hombre y, adivina qué, lo volvió a hacer. Yo no la llamaría «pobre», la llamaría «tonta».

—No estoy a favor de insultar a ninguna mujer —se metió a la conversación Mazu, mirando a su amiga—, aunque Bret está en lo cierto de que eso lo está tomando como costumbre.

Micaela se quedó pensativa. Pensé que sería la próxima en decir algo, pero fue Max quien opinó.

—La chica debe estar en una relación de dependencia, y creo que nadie aquí, excepto Bret, puede culparla por eso.

—Yo sí —dijo Mic—, yo no he estado dependiendo de nadie y me he visto en situaciones muy difíciles, pero no he estado en relaciones tóxicas, no lo considero así.

Max le dio la razón.

—Y que esté en una relación de dependencia con su novio solo sigue indicando lo tonta que es. —Max puso los ojos en blanco.

—No es así, Bret. En ese caso, tú también serías un tonto, pero por ese desapego extremo que manejas… Pensándolo bien, será muy interesante ver esa dinámica entre la dependiente y el desapegado.

—O entre el apegado y la desapegada. Una vez escuché que cuando sales de una relación y fuiste uno de los dos, te conviertes en su contrario. Será muy divertido verte detrás de Lena luego de esas dos semanas, incluso dentro de ese tiempo.

«Y sigue…»

Creo que con mi mirada le dije todo a Micaela, porque ella sonrió con la maldad impregnada en su gesto.

Y a mí no me quedó de otra más que seguir con el tema principal.

—¿Entonces? ¿Cuándo y a dónde es el viaje?

Capítulo 23

LENA

Dejé mi bolso con un suspiro sobre el sofá de Thiago cuando llegué a su casa. No permití que me recogiera, no quería que viera, por el momento, el lugar donde me quedaría por un semestre. Sospechaba de la discusión y no le había contado que me pasaría de casa, que dejaría de ser la cuidadora de una gata para convertirme en… ni siquiera sabía cómo llamarlo.

—¿Cómo te fue hoy? —pregunté, aunque tenía el corazón en la mano por el temor de lo que vendría.

—Bien, lo mismo de siempre —respondió desde la cocina. Thiago siempre al volver del trabajo solía tomar un vaso con agua, así que supuse que eso estaba buscando—. Te quedas hoy aquí, ¿no es así?

Apareció por la puerta, tal como predije, con su vaso de agua.

—No lo sé, tengo que decirte algo primero.

Dado que las últimas veces que yo le había dicho eso o algo similar resultábamos discutiendo, su cara se enserió, pero no solo eso, sino que todo su cuerpo se puso a la defensiva, sabiendo lo que venía.

—¿Qué? —Tomé aire antes de continuar.

—No seré más la cuidadora de Mía —dije, esperando a que dijera más, pero solo se relajó y tomó de su agua.

—Bueno, eso es genial, ¿no? Te quejas mucho de tu jefe y de que su gata es caprichosa.

De hecho, sí, así era, sin embargo, en esos pocos días y a pesar de la lejanía, había aprendido a querer a Mía. De pronto me sentía agradecida con ella por aceptar tan fácil a Cloud o quizá porque gracias a ella tuve un trabajo, aunque al final no lo aprovechara por el tiempo que tenía pensado.

Suspiré y en un intento por distraerme, acaricié la superficie algo aterciopelada del sillón.

—Así es, pero tenía un contrato, Thiago, y romperlo significaba pagar una indemnización… o hacer otro contrato.

Él frunció el ceño y se cruzó de brazos luego de dejar el vaso en la mesa.

—¿Cuánto tienes que pagar? ¿Y por qué lo dejaste? Pensé que te habían despedido, no que habías renunciado.

Mordí la cara interna de mi mejilla, sin atreverme a mirarlo a los ojos. No quería darle la noticia con sus orbes tan bonitos en los míos.

—Renuncié porque quiero estar más tiempo contigo y tu familia. No te lo dije, pero… vi unos mensajes de tu madre con Iris y me sentí mal. —Su confusión creció al escucharme.

—¿Qué mensajes? ¿Y por qué le revisabas el celular a mi madre? —preguntó a la defensiva, su cuerpo tensándose de nuevo.

Negué para intentar calmar la situación.

—No lo revisé por gusto o por quererlo, lo vi en la reunión, cuando cambié la canción, pero ese no es el punto, Thiago. Lo

importante aquí es que no quiero sentirme mal o sentir que me están juzgando por mi poca disponibilidad debido a mi trabajo.

—¿Pero de qué estás hablando? Lena, mi madre tuvo buena relación con Iris y te lo dije desde hace mucho tiempo, pero su relación con ella no afecta la relación que tiene contigo. Le caes bien, ha hecho lo que está en sus manos para incluirte en los planes de la familia, ¿y vas a hacer un problema por unos mensajes?

Una pequeña chispa se encendió dentro de mí, tanto de rabia como de tristeza y decepción.

—Sí, por unos mensajes en donde le decía que siempre la vería como la nuera luego de que tu ex le dijera que pobre de ella teniéndome ahora a mí en ese lugar. ¿Qué te pasa, Thiago? ¿¡Cómo puedes ver eso normal!?

Lo desestimó, primero, con un gesto de su mano y un chasquido de su boca antes de hacerlo con palabras.

—Lena, mi madre seguro lo dijo porque no le gusta hacer sentir mal a nadie.

—O quizá es como es conmigo por no hacerme sentir mal a *mí* y para que su niño bonito no se enoje con ella por tratar mal a su novia. Thiago, *yo* soy su nuera, no tiene por qué estar diciendo esas cosas y…

—Lena, yo conozco a mi madre mejor de lo que tú podrías conocerla —me interrumpió con tono tosco y seco. Mi boca, ya abierta, se cerró solo para apretar los labios y evitar decir todo lo que tenía en mi mente.

—¿Y tu hermano tiene las mismas razones? —Él se rio, incrédulo.

—Esto debe ser una broma. ¿Revisaste también el celular de mi hermano?

—Con las redes sociales es suficiente, Thiago. —Volvió a reír mientras sacudía su cabeza.

—Esto es increíble, de verdad, y no voy a entrar en una discusión sobre esa ridiculez.

Resoplé e imité su pose de brazos cruzados y ceño fruncido.

—Para ti, todo lo que yo hago es una ridiculez o carece de sentido, ¿podrías, por favor, interesarte por una vez en tu vida en lo que es importante para mí y para mis sentimientos? — Desafortunadamente, mi voz se entrecortó al decir las últimas palabras y mis ojos se llenaron de lágrimas. Él solo apretó su mandíbula, tragó saliva y alejó su mirada de mí.

—Bien, entonces, ¿cuál es el punto? ¿Dejaste tu trabajo para impresionarlos y ahora tienes que pagar una indemnización de cuánto dinero?

No se me pasó por alto que no se disculpó y solo cambió el tema, sin embargo, yo también lo dejé para otro momento porque, si terminábamos, no tendría sentido pelear por eso.

—No debo nada, acepté el otro trato —revelé aún con molestia en mi voz y con mis brazos cruzados. Al decirlo, pasé mi lengua por mis labios. Mi boca estaba seca y yo estaba incómoda.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y entonces cuál es el problema, Lena? Andas con un misterio que me está molestando, en serio.

Quise rebatir y decirle que a él todo lo molestaba, que vivía en una amargura que, tarde o temprano, terminaría por aburrirme, pero

me mordí la lengua y solo le dije lo que pasaba.

—Que ese contrato es para que me pinte y para que lo acompañe a sus eventos y todo eso.

Se quedó en silencio, aunque algo en su semblante cambió y no a bien.

—¿Firmaste con tu jefe un contrato para ser su puta personal? —Me dolió que lo dijera así, pero negué.

—No, no me voy a acostar con él y lo dejé incluso por escrito —aclaré, sin embargo, él se rio.

—Lo dejaste por escrito, pero ambos sabemos lo que tu jefe hace, Lena. Me has comentado un millón de veces que usa a las mujeres con la excusa de ser sus musas. Lo criticaste tanto por eso, ¿y ahora haces lo mismo?

—Es diferente —dije con la voz algo ahogada—: ellas lo hacen por dinero, se acuestan con él; yo no lo haré.

—¡Pero todo el mundo te verá, Lena! ¿Crees que los demás pensarán que no pasa nada entre ustedes?

Me impresionó que sacara la carta de lo que los demás pensarían. Thiago era una persona tan desinteresada en todo, siempre tan «a lo suyo», que me sorprendía que en ese tema no fuera igual.

—¿E importa lo que digan los demás?

—¡Claro que importa, Lena! Me dices que hiciste esto por mi familia y por mí, ¿y pensaste al menos cómo me sentiría yo con tu nuevo trabajo? ¿Crees que porque no te acuestes con él, que nada me asegura que no vaya a suceder, estaría feliz con la idea de ti desnudándote y mostrando todo frente a un hombre solo porque te

va a pintar? Pues te digo algo, Lena: no porque no tengas sexo con alguien no significa que no te estés prostituyendo. Adivina qué, Lena, las chicas que tienes *OnlyFans* también están dentro del negocio sexual y no necesariamente se acuestan con sus clientes.

Manoteó, lleno de ira, pero mis ojos se llenaron de lágrimas porque mi corazón se inundó de tristeza.

—¿Me estás viendo como una prostituta, Thiago? ¿Estás diciendo que me acostaré a tus espaldas con Bret? Deberías conocerme mejor para saber que no haría eso —susurré. No creía que mi voz pudiera alzarse más sin echarme a llorar, aunque mi labio superior sí se alzó un poco en un gesto de llanto contenido—. Si me conocieras y confiaras en mí sabrías que no me acostaría con otra persona teniéndote a ti. ¡Thiago, he hecho todo lo que he creído conveniente para la relación, son solo dos semanas y ya estaré libre de Bret y de toda su vida!

—¡Has hecho todo sin preguntarme a mí primero qué pienso del asunto! ¡Te enojas con mi familia por no ser la favorita entre las relaciones que he tenido, pero al menos ellas no hubieran cometido semejante estupidez!

Sus palabras lograron romper mi corazón un poco más.

—¿O sea que ellas son mejor que yo solo por eso? —pregunté y él resopló.

—Siempre entiendes lo que quieres.

—¡Y tú siempre te excusas en eso y nunca explicas lo que quisiste decir, si es que en realidad querías decir otra cosa! Thiago, era un año viéndonos una vez por semana, ¿acaso eso era suficiente para ti?

—Para mí hubiera sido suficiente que me preguntaras y ver juntos si podíamos pagar esa indemnización.

Me reí. No quise, pero la incredulidad me hizo reír.

—¿Pagarla juntos? Mi sueldo es el triple que el tuyo, Thiago, y no era el valor de un solo sueldo. Yo estoy en la nada, tú tienes tus propias cosas, ¿y me dices que podíamos pagarlo juntos? No me hagas reír. —Bien, quizá eso fue una humillación, pero no me importó en su momento. A un hombre no se le debía sacar en cara lo que gana, lo sabía, pero él me estaba haciendo sentir peor con toda esa situación, tuviera o no parte de razón.

Él negó, con una mueca de enojo en su boca.

—Como sea, Lena, pero no voy a aceptar eso. No puedo aceptar eso. No puedo decirle a mi familia que te dedicas a que te retraten, lo más seguro es que desnuda y que tú lo permites a cambio de… terminar un contrato. Saliste perdiendo, Lena, ¿te das cuenta?

—¿Qué perdí? ¿A un hombre que le da igual dejarme solo por el qué dirán? ¿A uno que no confía en mí?

—¡No voltees la situación por ese lado, Lena! Tu nuevo «trabajo» no está bien y no me voy a sentir orgulloso de salir con una… mujer que hace eso. No me voy a matar la cabeza pensando que estás encerrada en una habitación con un hombre con dinero, atractivo a tus ojos porque me lo has dicho. No querías que Iris tuviera algo en tu contra y se lo acabas de dar, ¡se lo diste en bandeja de plata! —Chasqueó de nuevo su lengua mientras negaba —. No, no puedo con eso, Lena, lo siento.

Me quedé en silencio por un momento, procesando todo y con miedo de preguntar lo que se debía aclarar.

—¿Qué significa eso, Thiago? ¿Me estás terminando?

—Es muy clara la situación cuando una persona dice que no puede con una relación, ¿no?

Me llené de ira con su respuesta.

Mierda, ¿acaso no merecía al menos una terminada digna?

Tomé uno de los cojines de su sofá y se lo tiré. La impotencia me obligó a eso, aunque, por lo general, sabía contener mis emociones. En ese momento no lo logré.

Que lo tomara en el aire solo me hizo enojar más.

—Vete a la mierda, Thiago. —Tomé mi bolso y salí con pasos fuertes y dando un portazo que no planeé.

Mi enojo no fue mayor que mis ganas de llorar, de hecho, las aumentó, pero solo pude echarme a llorar una vez estuve en el taxi.

Mi cabeza corrió, pensando en si yo estuve mal, si lo estuvo él, si ambos lo estuvimos, pero solo llegaba a una conclusión: fuera él quien estuviera bien o mal, no cambiaba el hecho de que me viera como una cualquiera y ni siquiera sabía la parte en la que, de hecho, sí aceptaba dinero de Bret por dinero y beneficios.

No quería sentirme como una puta, pero luego de esa discusión… fue un poco inevitable, lo que me hizo sollozar más fuerte en la parte trasera del auto y ante la mirada confundida y simpática del conductor.

Capítulo 24

LENA

—Pero él tiene razón —dije y ocasioné con mis palabras que Zoe gritara contra el cojín en sus manos por la frustración.

—Sí, Lena, él tiene parte de razón, ¡pero te tienes que ir más al fondo! Por Dios, chica, lamento ser yo quien te lo diga, pero tal como están, *ambos,* no están destinados a estar juntos. Ya déjalo ir, que se quede con su familia amante de su ex y que te deje a ti tranquila, que te puedes conseguir a alguien mejor.

—Zoe, creo que firmé un pacto con el diablo. Thiago tiene razón: luego de yo presentarme con Bret en público todo el mundo creerá que soy una escort, ¿quién querrá salir conmigo luego de eso?

Vi la impotencia en Zoe y las ganas que mi amiga tenía de pegarme un coscorrón.

—¡Ay, no puedo contigo! Te estoy aconsejando desde que comenzaste tu relación, al principio, lo admito, para que lucharas por ella, pero ¡ya te estoy pidiendo lo contrario y tú solo te mortificas! Escúchame bien, Lena, *tú NO necesitas a un hombre.* Y claro que habrá hombres buenos que querrán salir contigo. Eres hermosa, trabajadora, cariñosa y el hombre que no vea eso está ¡loco! Y si todos los hombres de repente se vuelven locos, pues sigues feliz con tu gato.

Como si supiera que se refería a él, Cloud maulló al lado de Zoe, entre sueños. Ella le dio un vistazo antes de comenzar a acariciar el pelaje blanco de mi gato.

Yo, en cambio, negué y me dejé caer en la enorme cama del apartamento. Mis ojos estaban hinchados y muy secos por llorar tanto. Mi presentación no era la mejor, pero tenía el corazón y las ilusiones rotas.

Mi mejor amiga quizá sintió mi tristeza porque suspiró y se deslizó hasta mi lado para acostarse conmigo y abrazarme.

—Sé que sí habrá un hombre lo suficientemente sensato para quererte en su vida y también estoy casi segura de que ese hombre es el que te metió en todo este lío. Te conozco tanto, Lena, que sé que tú tristeza no se debe a Thiago, se debe a tu temor de quedarte sola porque dentro de ti sigue existiendo esa niña con ideas muy románticas y sigue buscando el cariño incondicional de una persona, pero eso no se busca, neni, eso llega solo, ¿o crees que tu exjefa tenía planeado que su esposo la llevara a vivir con él sin conocerla y que terminara amando a su bebé como propia?

—Eso es un caso fortuito, Zoe —lloriqueé. De nuevo las lágrimas salieron a borbotones de mis ojos.

—De eso se compone la vida, Lena. Todos somos casos fortuitos, todos vivimos casos únicos, por eso no debemos forzar nada, porque lo que le sirvió a los demás, no nos va a servir a nosotras.

Me quedé en silencio, solo pensando, pero lo que Zoe decía tenía algo de razón y pensar en eso me hizo llorar y sollozar mucho más.

Me escondí en ella. Busqué consuelo en los brazos de mi amiga que siempre me había sostenido cuando lo necesitaba. La tenía cansada con el mismo tema una y otra vez, pero parecía no importarle porque siempre estaba allí.

—Mañana tengo que ir donde Bret, ya comienza el trato —conté —, pero ya no tengo forma de acabar con ese más que

cumpliéndolo.

—No es nada malo, Lena —susurró dándole una caricia a mi cabello—. No eres una prostituta, de hecho, eres una mujer muy inteligente por sacarle al millonario varios millones en tu carrera. Mira nada más la chulada que es este apartamento y estás gratis aquí. Eso es genial.

—Bret hace desnudos, eso es vender mi cuerpo.

—¿Él te ha dicho que lo hace? Nadie ha visto una pintura suya, puede que sean solo chismes.

—No, él sí me lo dijo. Pero quizá mañana no sea el mejor día y lo note, porque ¿quién querría retratar un rostro lloroso e hinchado por haber llorado dos días seguidos?

Zoe se removió y cuando vi la razón, reí. Cloud se había despertado y, como todo gato necesitado de cariño, estaba sobre ella, pero buscando mi cuerpo. Conocía a mi mascota, así que, en cuanto vi su intención, me puse bocarriba para que él comenzara a masajear y babear sobre mi pecho.

—¿Cómo vas a preferir un hombre que no te tiene como prioridad antes que a esta belleza que siempre estará para ti? —preguntó con humor, pero la pulla disfrazada no pasó por alto para mí.

Hacía un tiempo había visto que una chica, para superar a un hombre, había hecho un listado de pros y contras porque sabía que los segundos ganaban y no le convendría ese hombre. Quizá yo debía hacer lo mismo, aunque el verdadero problema estaría en lo que había dicho Zoe: le temía a quedarme sola por el resto de mi vida. También, quizá, aceptar eso me ayudaría a superar esa cuestión.

Zoe y yo solo necesitamos eso para quedarnos en silencio, solo observando a mi gatito quedarse dormido, de nuevo, sobre mí. Por fortuna, como era un gato de casa, le podía cortar sus garritas para que sus caricias no me hicieran mucho daño.

Suspiré y cerré los ojos mientras pasaba mi mano por el lomo de Cloud, arrullándome con eso. Zoe, al verme, se dispuso también a dormir. Agradecí que me diera mi tiempo y mi espacio, porque estaba algo sobrepasada. No quería pensar en Thiago, pero no pensar en él significaba que mi mente se iría hacia Bret y no creía que fuese mejor.

Ya no había vuelta atrás y solo esperaba que esas dos semanas no fueran un desastre ni que dañaran mi futuro.

Aunque me quedé dormida temprano, lo cierto es que me desperté en la madrugada a solo quedarme observando el cielo nocturno por un buen rato antes de levantarme con cuidado y dejar a Zoe con Cloud, ambos dormidos.

Fui hasta la cocina, donde solo había unas pocas cosas que pude comprar: dos vasos, unos pocos cubiertos y bobadas por el estilo solo para sobrevivir. El día anterior me había llegado el primer pago de Bret, una atadura más a ese contrato que cada vez me arrepentía más de haber aceptado.

Tomándome mi vaso de agua recordé la rutina de Thiago y, aunque mis ojos se llenaron de lágrimas, evité derramarlas, ahogándome un poco con la bebida servida.

Capítulo 25

BRET

Escuché la llegada de Lena no por el ascensor —que no se escuchaba—, sino porque llegó preguntando por mí. Además, no solo eso, también fue Mía y su acción de levantar la cabeza y maullar antes de ir a restregarse contra mí, como si necesitase marcar su territorio. No entendía ese comportamiento, creía que al estar esterilizada lo dejaría, pero mi gata no dejaba de ser celosa.

La tomé y caminé acariciando detrás de sus orejas hasta que tuve a la vista a la niñera. Llegaba con un abrigo largo y el cabello suelto, pero su voz estaba apagada mientras hablaba con mis empleadas.

—No tienes que buscarme, aquí estoy —llamé, sobresaltándola un poco.

Al girarse, de inmediato noté que había llorado. No lo pude evitar: me compadecí un poco de ella porque presentía la razón de su tristeza.

Ella, al verme, intentó ocultarse detrás de su cabello, pero era muy tarde: ya había visto lo que intentaba ocultar.

—Aquí estoy para cumplir el contrato —dijo. Yo dejé a Mía en el suelo, para disgusto de mi mascota, y le señalé a Lena el pasillo.

Tanto Grace como Olivia me observaron a la espera de que les dijera indicaciones. Yo asentí y solo eso bastó para que se pusieran manos a la obra. Mi ama de llaves debía llevarme algunos implementos a mi estudio y Olivia preparar la comida para todo el

día, incluyendo aperitivos que pediría en solo minutos para mi acompañante.

Creo que la tristeza de Lena también logró mermar sus nervios. Estaba retraída y yo no tenía pensado aprovecharme de eso.

Abrí la puerta con mis llaves y le pedí entrar. Me veía más nervioso yo que ella, sinceramente, aunque intenté no demostrarlo.

—Tienes una energía pésima hoy, Lena.

—¿Qué más esperas cuando estás haciendo algo que en realidad no quieres?

Dio un paso adelante y yo esperé a que se metiera más en la habitación para cerrar detrás de mí y dejarnos encerrados.

La castaña observó todo con atención, pero no había alguna pintura a la vista. Me había encargado de ello porque todavía no revelaría mi arte a ella, primero debía entrar en confianza conmigo.

—Yo me encargaré de que sea lo que quieres, pero seamos sinceros, Lena, tú no estás así por eso. ¿Terminaste con el idiota?

Ella suspiró, pero como no dijo nada, dejé de caminar hacia el escritorio para mirarla. Sus ojos se habían llenado de lágrimas que intentaba ocultar, pero no pudo.

—Puedes llorar, aunque lo veo como un desperdicio de lágrimas y esfuerzo hacerlo por algo tan insignificante como un mal hombre.

—Tú no sabes nada, Bret —susurró.

—Oh, sí que lo sé, quizá más de lo que tú crees. Toma asiento.

—¿Y no me pedirás que me desnude o algo así? —Me reí y negué.

—Primero, no estás en condiciones para eso. Segundo, te enfocaste tanto en el tema del sexo que ni siquiera preguntaste qué quería retratar de ti. No obligo a las mujeres a desnudarse y posar, Lena, además, el arte no solo está en un cuerpo femenino desnudo. —Me acerqué a ella, complaciéndome al ver que no huía de mi cercanía. Tomé con cuidado su barbilla para alzar su rostro hacia mí —. La tristeza también tiene mucha belleza, y cuando te desnudes para mí, será porque tú lo querrás, no porque yo te diga.

Ella se rio como si mis palabras fueran un chiste y no una advertencia.

—Lo dudo mucho. ¿Qué quieres que haga entonces?

—Siéntate y pide lo que quieras. Si tienes hambre, dime y mandaré a hacer algo para ti o si quieres leer, también. Si quieres dormir, es un sofá amplio, creo que puedes caber, yo me encargaré de retratarte durante eso.

Ella se vio algo sorprendida por mi pedido. Se sentó con algo de duda en el sofá y solo me observó mientras yo organizaba todo para sentarme frente a ella, con mi cuaderno en mi mano.

La analicé, pero lo que más me llamó la atención de ella ese día fue su ojo hinchado y rojo, lleno de tristeza y lágrimas, junto a su boca caída y de igual manera inflamada. Me detuve allí, no solo por lo bonita que se veía, sino cuestionándome qué tal sabría. Imaginé que tendría un gusto salado por el vestigio de la tristeza, sin embargo, también debería ser suave y delicada, la textura perfecta entre mis labios.

Suspiré y comencé a bocetear en mi cuaderno, porque no, no comenzaría a pintarla en los lienzos. Siempre comenzaba con mi libreta mientras tomaba un poco más de confianza con la persona que tuviera frente a mí, y Lena no sería la excepción.

—Pensaba que tendrías esto lleno de pinturas.

—Lo sé. Las guardé por el momento, luego te las puedo enseñar.

—¿Cuándo?

—Cuando logres relajarte a mi alrededor.

Ella volvió a reírse.

—Eso es complicado, Bret. Eres insoportable y toda la situación que nos ha llevado hasta aquí lo vuelve difícil. No soy como las otras mujeres que han aceptado de buenas a primeras estar aquí. Yo acepté porque no me diste más opción.

—Tenías más opciones —rebatí, volviendo a mirarla—, solo tomaste la más fácil. Y deberías saber que dentro de estas cuatro paredes soy una persona muy diferente. Aquí, la mayoría de las veces, se acaban las bromas, Lena. Aquí estoy para ver tu alma, no solo tu cuerpo, por eso, así como tú tienes un acuerdo de no contar lo que pasa en estos días, yo también tengo un acuerdo de no contar ni usar en tu contra lo que me cuentas tú. Si quieres bromear, bromearemos, pero, por mi parte, tendrás seriedad siempre, ¿estamos de acuerdo?

Lo pensó por un instante antes de asentir.

—Está bien. Bueno, de ser así, creo que me relajaría un poco más si pudiese ver lo que has pintado, al menos tendría una idea de qué tipo de persona es a la que le estoy confiando mi… cuerpo.

Reí.

—¿Tu cuerpo? Yo no te tocaré, Lena, no me estás confiando tu cuerpo. Me estás confiando tu apariencia y, si lo deseas, tus emociones. Nada más.

Ella frunció el ceño, pero estaba diciendo lo cierto. ¿Había sido muy duro con ella? No lo creía.

Ella suspiró y se quedó en silencio, quizá sintiéndose regañada, aunque no había sido la intención. Era claro con ella y le decía la verdad: yo era otra persona cuando de pintar se trataba, y al ver su garbo en el sofá, solo pude dejar que mi mente se fuera hacia el pasado y buscara en ella esa mirada melancólica de Rebecca.

Por un instante me quedé quieto, con los ojos perdidos en mi libreta, recordando los bucles dorados de mi primera novia y su mirada absorta mientras acariciaba sus labios con sus dedos, pensativa. Siempre quise retratarla y nunca tuve el valor de hacerlo. Siempre supe que había personas similares a ella en apariencia, pero, si era sincero conmigo mismo, dudaba que quisiera a Lena solo por ello.

Parpadeé al escuchar la puerta. Fui a abrir, sabiendo que era Olivia, o quizá Grace, llevando las bebidas y aperitivos.

Aquello me dio una vía de escape, porque no me pasó desapercibida la mirada de Lena sobre mí; me estaba cuestionando, analizando ese lapsus en mi memoria.

Capítulo 26

LENA

Pensaba en Bret mientras tenía a una persona organizando mi cabello antes del maquillaje. No podía ni siquiera pensar en los nervios que debería estar sintiendo por ser el primer evento al que tendría que asistir con él, pero es que el día anterior había sido… muy raro.

Había imaginado algo completamente diferente. Incluso hubo un momento en el que me sentí como en una sesión psicológica porque solo tenía a un hombre hablando conmigo mientras hacía bocetos en su agenda. No supe ni siquiera en qué momento comenzamos a hablar de temas banales, aunque mentiría si dijese que no me había divertido un poco, aunque no lo admitiría frente a Bret. Ver su lado relajado, confiado pero no odioso, había sido un poco refrescante, tanto que me preguntaba por qué no usaba esa personalidad siempre. Sería mucho más fácil relajarse con ese lado suyo que con el que solía mostrar.

Suspiré y acaricié al gato en mi regazo para intentar salirme de mi mente, sin embargo, en un parpadeó algún pensamiento me llevaba de vuelta a eso.

Es que ni siquiera había pensado que se dedicaría a retratarme estando vestida.

—No entiendo a los hombres —susurré para mí, pero la estilista se rio.

—Nadie lo hace. Dicen ser muy fáciles, pero en realidad, no lo son.

Sonreí un poco, pero mi atención fue robada por la puerta de la habitación abriéndose sin permiso. Por allí entró María, llevando un carrito con vestidos en sus fundas, vestidos que, sospechaba, debían ser carísimos.

—Llegué. Traje varios diseños para que te los pruebes y veamos cuál te queda mejor.

—Nunca vi que hicieran esto con Micaela o Azul. —La asistente de mi jefe, si es que él se podía seguir nombrando así, rio.

—Seguro lo hacen, pero también van a peluquerías por horas y no olvides que, de por sí, Maria Azul es diseñadora y que ha diseñado sus vestidos y los de su amiga en muchas ocasiones. Bret me mantiene al tanto de eso y si no, de igual forma mantengo al día de los tablones de chismes.

Al decir lo último, un nudo se ató en mi estómago.

—Si mañana ves chismes sobre mí como la nueva muesca en la carrera de Don Juan de Bret, por favor, ahórratelos. Ya me siento mal por eso y ni siquiera ha pasado.

La estilista me lanzó una mirada fugaz a través del espejo, pero se mantuvo en silencio. María, por el contrario, se acercó y puso una mano sobre mi hombro con firmeza.

—Te aseguro que cualquier cosa que puedan decir de ti, Bret la callará o la desmentirá —sentenció.

Eso esperaba, aunque... ¿de verdad marcaría una diferencia? Quizá los medios no se atrevieran a publicar mi nombre, pero la gente se formaría una concepción errada de mí y de mi relación con él. Y eso era lo que más me pesaba.

—Seguiré con el maquillaje mientras te dejamos los rulos unos minutos, ¿bien? —sugirió la otra mujer en la habitación y a mí solo

me quedó asentir.

No mentiría: ese trato era fabuloso. Y lo que decía María era muy cierto: Micaela y Azul se daban días de spa que suponía eran sensacionales y hacían sus apariciones ya organizadas y bellas. Yo misma tuve que cuidar de Colette algunas de esas ocasiones, incluso vi mucho de ese estilo de vida cuidando de ella o de otros bebés.

No esperé ser partícipe de todo eso en algún momento de mi vida, no como una de las protagonistas.

El proceso demoró un par de horas más, horas que me la pasé divagando y entre mi imaginación y la realidad.

—Bret pasará por ti. ¿Sí hiciste tu maleta? Me encargaré de llevarla.

—Sí, la tengo en el armario —dije y señalé hacia el lugar mientras me ponía el vestido que entre María y la estilista escogieron para mí. Todos eran preciosos, sin duda, pero parecía que, para la temática del evento, ese era el más adecuado.

Según lo que me comentaron, esa noche era la inauguración de un hotel, una gala pomposa con muchos invitados famosos y de dinero. Quizá tenía una gran oportunidad frente a mis ojos para hacer contactos.

Lo agotador residía en que ese evento era hasta la madrugada y luego de eso no podía llegar a una cama acogedora para dormir, no: debía irme con Bret hacia su otra casa, porque él pasaría los siguientes días allí y yo debía seguirlo, según el contrato.

Suspiré y observé a Cloud.

—Ten cuidado, esos viajes siguen siendo algo traumáticos para él. Y puede que lo tengas que engañar para cogerlo, porque es muy inteligente y sabrá que lo quieres meter en el guacal.

María sonrió y asintió.

—Estás preciosa, Lena. —Parpadeé ante su cumplido y me observé en el espejo.

Era increíble lo que una persona experta podía hacer en un par de horas, y eso que no había podido ir con todo su equipo de profesionales. Estaba hermosa. No sabía que podía existir un maquillaje de tal calidad o unas manos tan milagrosas en ese tema porque me veía luminosa, y la elección del vestido había sido la adecuada porque me hacía ver un culazo y una figura fenomenal.

—Dios mío, lo que es el dinero. —Ambas rieron por mis palabras —. Muchas gracias a ambas. Juliet, ni siquiera mi reconozco; eres increíble.

—Nos estaremos viendo seguido, creo, así que acostúmbrate porque tienes unos rasgos divinos para trabajar.

—¿Puedo tomar un vaso con agua antes de irme? —María negó.

—Bret está abajo desde hace cinco minutos y te arruinarías el maquillaje de los labios antes de tiempo.

Al escuchar que Bret ya había llegado, mi corazón comenzó a correr a la vez que un pensamiento secuestró mi mente por un instante.

«¿Qué dirá al verme?»

Preparé lo que me faltaba antes de salir del apartamento, dejando allí a dos desconocidas con mi posesión más valiosa: mi gato.

En el vestíbulo del edificio pude ver la figura de Bret, seguramente avisado de que ya bajaba para que entrara a recibirme.

Carraspeé para llamar su atención, y funcionó. En cuanto me escuchó, se giró y sus ojos no tardaron en analizarme. Tristemente, los míos hicieron lo propio: no pude evitar fijarme en su atractivo, en su porte elegante y en esa presencia que llenaba la habitación. Llevaba el cabello algo mojado y peinado hacia atrás; aquello me resultaba perturbador porque, si de por sí Bret ya era atractivo, con ese peinado resultaba letal. El efecto se completaba con un traje negro hecho a medida que resaltaba su físico impecable.

Me tendió la mano y yo, poniendo los ojos en blanco, acepté el gesto y puse la mía sobre la suya.

—¿Es acoso si te digo que estás hermosa hoy? —preguntó con voz baja.

Mordí el interior de mi mejilla para contener la sonrisa.

—Un simple halago no es acoso, nunca. Has dicho o hecho cosas peores que sí cuentan como acoso. —Él se encogió de hombros.

—Ahora en día es mejor preguntarlo, no vaya a ser que me caiga un grupo de mujeres por opresor.

Reí, ahí no pude evitarlo.

—Veo que tu personalidad molesta volvió y ahora en contra de las mujeres. ¿Piensas ofenderme? —Sonrió, viéndose pillado.

Abrió la puerta del auto —uno muy elegante, por cierto— antes de responder.

—Pensaba halagarte, porque, fuera de toda broma, de verdad te ves preciosa. —Su tono me dejó sin palabras porque había vuelto el hombre calmado y sincero del día anterior.

Parpadeé, confusa y con una sonrisa queriendo salir en mis labios.

—Gracias, tú también te ves muy bien.

Sonrió de lado y cerró la puerta por mí cuando me metí al auto.

No había caído en cuenta de que abrió la puerta trasera, no la del copiloto, lo hice cuando me asusté al ver a alguien frente al volante antes de escuchar la puerta de mi lado y sentir el cuerpo de Bret y su loción de afeitado y su perfume.

Ese hombre no jugaba para nada limpio.

—Bien, todo listo, Hugo. —El chofer mi sonrió por el retrovisor.

—Un gusto verte de nuevo, Lena.

Sonreí, algo apenada de que me viera en esa situación, siendo casi que la dama de compañía de Bret, algo que, si no recordaba mal, había criticado con él.

«Soy patética».

—Lo mismo digo, Hugo.

Y aunque sonreí, lo único que quería era que me tragara la silla del auto.

Eso lo notó Bret, porque rio por lo bajo, negó con su cabeza y solo me miró antes de susurrarme:

—¿Preparada para que el resto del mundo te vea de mi mano y no de la de tu insípido ex?

Yo negué, como si me molestara el insulto a Thiago, aunque en realidad negaba era a su pregunta porque no, no estaba preparada.

Capítulo 27

LENA

Todo era lujo, y no diría que no había tenido acercamientos a esos lugares, porque era lo contrario, sin embargo, como había dicho antes, no de esa forma, no siendo una de las protagonistas.

Supongo que Bret se dio cuenta de mi sobrecogimiento y, aunque quizá no era lo ideal en nuestro contexto, lo cierto es que me sentí mejor, menos temerosa, cuando su mano se posicionó en mi espalda baja.

—Aquí hay todo tipo de personas. ¿Qué estudiarás, Lena?

—Derecho. —Él asintió al obtener la información que necesitaba.

—Bueno, es un mundo complejo y de muchos contactos, pero aquí puedes conocer personas que te pueden ayudar a entrar a los mejores bufetes. Por ejemplo, ese hombre de allá —lo señaló con disimulo— es el dueño de uno, aunque defiende estrellas. Supongo que por eso está aquí, pero todas las personas a tu alrededor necesitan abogados, incluso yo, lo has visto.

—Entonces podría trabajar mejor para ti —susurré en una broma que él captó, porque rio.

—Puede ser, Lena, pero pensaba que luego de estas semanas querrías tenerme lo más lejos posible.

Sonreí un poco, antes de que mis ojos se fijaran en una pareja que llegaba de gancho.

Micaela, como siempre, se veía deslumbrante. Me preguntaba cómo podía tener tan buen cuerpo luego de parir, pero luego recordaba que ella podía tener niñeras y tiempo para dedicarse a su cuidado personal y, además, tenía un marido maravilloso que la apoyaba.

Ella, al verme, sonrió y empujó a su marido, mi exjefe, hacia su amigo y hacia mí.

—¡Lena, qué gusto! —saludó. A mí Ashton siempre me había dado un poco de miedo porque siempre estaba serio, excepto con su esposa, claro, pero su seriedad daba un poco de temor—. Veo que ya comenzó tu tiempo de tortura con este hombre.

Aunque fue en chiste, de mi boca no pudo salir palabra alguna, aunque quise seguir la broma. No pude hablar porque, de hecho, el día anterior no había sido ninguna tortura. Entonces, me reí con algo de nervios.

—Espero que no sea tortuoso, es muy pronto para decirlo. ¿Cómo están ustedes? ¿Cómo está Colette?

La mirada de Micaela cambió al hablar de su retoño.

—Está enorme, cada día más inquieta y habladora, ¿cierto, mi amor?

Bueno, mentí. Ashton también sonreía cuando de sus hijas se trataba.

—Así es, pero ya lo verás por tu cuenta, Lena. Bret nos comentó que nos acompañas a nuestro viaje.

Asentí, algo más pensativa. De pronto, se me hizo extraño no haber escuchado la voz de Bret en ningún momento de ese intercambio, pero su presencia seguía a mi lado.

Estaba observando a una mujer. Eso me incomodó un poco porque no había pensado en eso. ¿Él estaría buscando mi reemplazo durante el tiempo que estuviera conmigo?

«Cómo que estar conmigo, él no está conmigo».

Fue Ashton quien se rio un poco, una novedad que me llamó la atención.

—Es la segunda vez que una de tus musas antiguas se encuentra con una nueva.

Mi espalda se irguió de golpe mientras sentí mis mejillas enrojecer.

—Es que ya son tantas que es imposible dejarlas separadas —bromeó Bret, una broma que hizo saltar mi párpado por el estrés que me generó.

Suspiré.

—Dios, ahora sí que los medios tendrán de qué hablar.

Ashton me observó.

—Es posible que estés mañana en los tablones, sí, pero nosotros no somos estrellas, Lena. La prensa no está tan detrás de nosotros como parece.

—La hubieras dejado con ese temor más tiempo —respondió Bret al comentario de Ashton.

Yo, en lugar de hablar, observé a Micaela. Ella me sonrió con los labios apretados y algo de tristeza.

—Quizá son así contigo, mi amor, pero Bret es otra cuestión. Te recuerdo que el mundo descubrió nuestra relación por la prensa que te seguía y que seguía a Bret, luego de que subió ese video.

Ella, con disimulo y en broma, le dio un golpe a mi acompañante, como si se estuviera desquitando por ese inconveniente.

Yo, por mi parte, recordé ese día; el cansancio por haber salido la noche anterior, la forma en la que intentaba evitar a Bret, pero, sobre todo, la relación que desde entonces tuvo la pequeña con él.

Bret la quería, era bueno con ella, y la bebé no es que hubiera sido muy desconfiada con él al principio. Que no niego que sí lo haya sido, pero Colette no era una niña que quisiera muy fácil a las nuevas personas en su vida.

—Solo mañana comprobaremos qué tanto hablarán, por el momento, me disculpo por unos minutos, iré a saludar. Les dejo a Lena.

Me sentí como un perro con eso y muy desprotegida ante su ausencia.

Micaela suspiró y me tomó por el brazo con el suyo, de gancho.

—Vamos a buscar unos bocadillos, Lena, dejemos a estos hombres con sus cosas.

Pero mis ojos se quedaron fijos en la espalda de Bret llegando a donde una rubia exuberante que lo saludó con efusividad.

Fruncí el ceño y seguí caminando al lado de Mic, solo que no la escuchaba, pero sí tuve algo en la mente: debía buscar las conquistas anteriores de Bret y más información de él.

Capítulo 28

LENA

—Llevamos tan poco tiempo ¿y ya estás celosa? —resoplé por las palabras de Bret y llevé mi copa a mis labios.

—Para nada, pero no me parece correcto juntar a todas tus *musas* como si fueran ganado. Todo el mundo hablará mañana de esto y yo estoy intentando pasar desapercibida.

—Yo no las junté, ella casualmente está aquí. —Entrecerré los ojos y no me moví cuando él se acercó—. Lena, ya todo el mundo sabe que eres mi acompañante y también todo el mundo sabe qué significa eso. De todas formas, ¿qué importa lo que piensen los demás? ¿A quién quieres impresionar?

Me sobresalté un poco cuando puso su mano en mi cintura mientras bajaba el tono de su voz a medida que se acercaba a mi oreja.

Lo aparté.

—Bret, esto no es adecuado. Acabo de salir de una relación qué… —no pude continuar porque mi voz se cortó y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Recordar a Thiago dolía. Lo extrañaba y quería de vuelta mi relación. Quizá Bret era una buena distracción, sin embargo, a veces no bastaba.

Mi compañero alargó la mano que no me estaba tocando para tomar uno de los aperitivos detrás de mí.

—Me parece que ese hombre ya tiene una opinión sobre ti formada, ¿para qué cambiarla? Mejor deberías superarlo y seguir con tu vida. Aprovecha estas dos semanas que puedes pedirme lo que quieras.

—No necesito más, no material. Creo que tú nunca has tenido la idea del amor verdadero y compartir tu vida con una pareja, pero eso es un sueño que muchas personas tienen, yo entre esas. Y no estaba pidiendo tu consejo, en realidad.

Él me observó. Respiré un poco más tranquila cuando se alejó un poco y su mano me abandonó. Me perturbaba su toque, mucho.

—Oh, ya entiendo, eres de esas mujeres que solo quiere que las escuche como si estuvieran en una entrevista, con palabras como «ajá», «terrible lo que me dices», ¿no es así? Tengo treinta años, Lena, créeme cuando te digo que he vivido más que tú.

—Has follado más que yo, eso seguro —susurré antes de suspirar y negar—. Me siento mal, Bret —admití, porque, a pesar de mi relación con él, sabía que todo lo de la superficie era broma, mentira. El hombre dentro de sí se preocuparía si le hablaba con seriedad y sinceridad, y eso pasó, él ladeó la cabeza para analizarme antes de suspirar.

—¿Quieres bailar o prefieres irte? —Miré a mi alrededor. Suspiré y dejé mi copa a un lado.

—Quisiera irme, pero me da un poco de pena todo este montaje para unos pocos minutos, este maquillaje, el vestido, los zapatos.

Él se encogió de hombros.

—Pues es tu tiempo, Lena, yo no tengo problema en irme, ya hice acto de presencia aquí.

Lo observé, agradecida con que dejara a un lado su actitud y quisiera ayudarme. No pude evitar compararlo con Thiago, aunque de inmediato sacudí la cabeza y tomé el camino que Bret me señalaba.

Él caminó detrás de mí, siempre con su mano en mi espalda baja y solo deteniéndose para despedirnos de las pocas personas que había logrado conocer esa noche.

—Es una lástima que no nos acompañen más. Pronto habrá un espectáculo, deberían quedarse. —Uno de los anfitriones nos dijo cuando nos acercamos a la puerta y justo lo encontramos.

Bret negó y sonrió.

—Tenemos un viaje y queremos descansar un poco antes de tomar el avión.

—En ese caso, fue un gusto conocerte, eres una belleza. —Sonreí y extendí mi mano, aunque mi sonrisa era incómoda. No estaba, para nada, acostumbrada a ese tipo de interacciones, mucho menos cuando estaba de la mano de Bret, quien se enserió y solo le dio un asentimiento antes de pedirme, por medio de un suave empujón, que siguiera caminando.

Su poca habla me hizo sentir un poco mal porque me dio a entender que las palabras de ese hombre se habían referido a mí no como objeto de halago, sino como un objeto, sin más. Quizá, una de las consecuencias de haber aceptado ese trato.

—Ese hombre me tomó como una prostituta, ¿no? —le pregunté una vez salimos al aire libre a esperar el auto.

—Ese hombre solo quiere lo que no puede tener. No te lo tomes personal, todo el mundo sabe que mis mujeres no se tocan, no se miran, no se irrespetan.

Hice una mueca y me acaricié los brazos cuando una corriente pasó. Tanto Bret como yo vimos el auto llegar, sin embargo, él no esperó a que yo entrara en él, sino que se quitó su saco y lo puso sobre mis hombros.

Yo lo observé y agradecí.

—Nunca pensé que pudiera haber un hombre tierno dentro de ese lascivo. —Él sonrió y me dio un asentimiento de cabeza elegante y abrió la puerta del auto.

—Sobre todas las cosas, siempre seré un caballero, Lena. Vamos, sube, te invito a cenar antes de ir al aeropuerto.

✦ 🐾 ✦

El maquillaje y el vestido al final sí fue un poco innecesario para como terminó la noche: conmigo y Bret comiendo una hamburguesa —carísima, debo decir— dentro de su auto, en un escampado cerca del aeropuerto.

Reí porque me parecía una contradicción ese momento, primero, porque era muy cliché, pero, a la vez, extremadamente bizarro.

—Creía que estas cosas solo pasaban en las películas. Solo nos falta estar enamorados para sentirme en una comedia romántica… o un drama de romance, pero prefiero las comedias.

—¿Eso es una propuesta para que nos enamoremos? —Reí de nuevo y le di un mordisco grande a mi hamburguesa antes de contestar.

—No podría enamorarme de ti, Bret. Ni tú de mí. Tú eres un hombre que no se compromete a largo plazo con una mujer y yo soy una mujer despechada que tiene su corazón muy roto por su amor perdido.

Me quedé con la vista al frente, observando las estrellas e ignorando sus ojos sobre mí.

—¿Qué es lo que te hizo enamorar de tu ex? ¿O estabas enamorada de las expectativas que tenías sobre él y el futuro? —Esa era la pregunta clave.

Suspiré y lo pensé. No quería admitir que esa era una pregunta que había estado rondando por mi mente desde hacía un tiempo, pero seguía con mis sentimientos muy confundidos.

—Uno no puede decir por qué comenzó a amar a alguien. El amor no es racional y creo que eso es lo que pasa con Thiago. Lo amo, pero no sé por qué. Y claro, amaba la idea de vernos juntos. Él tiene muchas cualidades y me gustaba pensar esas cualidades en el hombre que me acompañaría en el día a día. Mi mejor amiga dice que soy muy romántica y quizá es eso, quizá esa es mi desilusión, que me arrebataron la ilusión del amor.

—¿Quieres saber qué pienso yo de eso? —Giré mi cabeza para darle a entender que lo estaba escuchando—. Nunca me he enamorado, Lena, pero he tenido ejemplos en mi día a día y creo que cuando de verdad te ves a futuro con una persona, cuando de verdad la quieres, no ocultas información que sabes que puede dañar la relación.

—Él no me ocultó nada —*«que yo sepa».*

—No me refiero a él, Lena.

La poca sonrisa que quedaba en mis labios murió al instante. Nos quedamos en silencio luego de eso, solo comiendo, hasta que ambos terminamos y vimos el reloj.

Ya era momento de partir. Bret había pedido a Hugo irse e ir por el auto al aeropuerto a la mañana, por lo que estábamos solos por

completo por primera vez en la noche y todo estaba siendo… tranquilo.

—¿Por qué a veces siento que puedes ser un buen amigo, pero otras veces te odio?

—Porque he conocido a muchas mujeres y sé lo que la mayoría quiere. Soy bueno escuchando cuando me encuentro relajado. Y no me odias, si me odiaras, ya me hubieras golpeado. Tú me entiendes, ¿no es así?

Ese *«tú me entiendes»* lo interpreté más como un *«tú has visto un poco más allá de mí fachada»*. Sonreí un poco y negué, aunque la realidad fuera otra.

—No te entiendo ni un poquito, pero agregaría que no solo eres bueno escuchando porque conoces a muchas mujeres, sino porque también eres algo melancólico, al menos eso creo.

Él volvió a fijar sus ojos en mí.

—Todo artista debe ser empático con su entorno, y analizar tanto la vida siempre te vuelve un poco pesimista o, como dices tú, melancólico.

Me acomodé mejor en el asiento, no queriendo que se instante se acabara.

—Me gusta más este Bret. —Él rio y encendió el motor.

—Pues te tendrás que acostumbrar a los dos tipos dentro de mí, porque vas a convivir por dos semanas con los dos. Y baja los pies de la consola, que se te ven las piernas y no querrás seducirme tan pronto, aunque como quieras: tendremos el avión para nosotros dos.

Bajé los pies, pero mi sonrisa renació. No me sentí ofendida, había decidido que todo comentario que él lanzara de ese tipo lo

tomaría como una broma.

Capítulo 29

BRET

Lo primero que hice al despertar fue revisar mi teléfono, aunque no era lo que solía hacer.

Sospechaba que ya Lena estaría despierta, en especial porque, para mi sorpresa, Cloud estaba conmigo en mi cama, lo que me llevó a suponer que había buscado mi calor porque su madre ya no se encontraba en la habitación.

Reí y acaricié sus orejas y las de Mía, que también estaba echada conmigo. Busqué mi nombre en internet; con eso debería bastar para confirmar mis sospechas. Y así fue: en cuanto cargó la página de noticias, allí estaban las fotografías nuestras.

Ya se sabía que era Lena quien me acompañaba, así como su pasado como niñera de Colette. Los medios se perdían en suposiciones, algunas de las cuales me tensaron la mandíbula, pero estaba decidido: a pesar de lo que dijeran, Lena tendría los mejores días de su vida. Y comenzaríamos esa misma mañana.

Me duché antes de salir a desayunar e iba ajustando los puños de mi camisa cuando alcancé a escuchar las quejas llorosas de Lena.

—Zoe, están diciendo que trabajaba de niñera solo para atrapar hombres, ¿sabes quién me contratará luego de eso?

—Una madre soltera no tendría problema con eso. —La respuesta de su amiga me hizo sonreír. Lena debería pensar como ella—. Además, ya vas a estudiar, se supone que luego de esto tendrás tu carrera y comenzarás a trabajar de eso. Confía en el destino, princesa.

«Princesa». Me causó un poco de gracia que su amiga le llamara así, un apelativo cariñoso, pero muy usado.

Me burlaría de eso después.

—Lena, ¿estás lista? —dije como si acabara de llegar. Ella se apuró en despedirse de su amiga y colgar su videollamada.

—¿Qué se supone que haremos hoy? —Lo había pensado por un tiempo, porque estaba la opción de meternos en el estudio, pero también de salir. Decidí que haríamos primero lo segundo y el día siguiente seguiría pintándola… aunque, en realidad, siempre estaría retratándola.

—Saldremos. Te llevaré de compras antes, por eso necesito que te vayas a organizar rápido. Péinate y maquíllate, porque luego iremos al hipódromo.

Ella se quedó confundida, pero yo no me quedé a aclarar nada, solo fui hasta la cocina para dar el aviso de que me encontraba listo para desayunar.

—¿Lena ya desayunó?

—No, señor, dijo que lo esperaría.

Mi mano, en camino a tomar una manzana, se quedó pasmada mientras algo en mí se removía con incomodidad.

Hacía muchísimos años, más de lo que pudiera contar, que no desayunaba en mi propia casa con compañía. En mi hogar no recibía reuniones presenciales de negocios, mis amigos solían reunirse conmigo para almorzar o cenar, pero no desayunar. De hecho, la última vez que había desayunado con alguien fue el día de la muerte de mi familia y eso había sucedido hacía mucho tiempo.

Relamí mis labios y me di la vuelta para volver donde Lena. Ella ya estaba subiendo las escaleras cuando la llamé.

—Ve a bañarte y vestirte para que podamos desayunar, luego… puedes hacer lo otro.

Ella asintió sin decir más palabras y se escondió en la planta superior de la casa.

El maullido enojado de Mía me hizo mirarla.

—Ay, vida mía, debiste haber bajado a comer hace mucho —dije mientras tomaba a mi bola de pelos en brazos y la llevaba a la cocina. Mía ronroneó mientras hacíamos el camino hacia su plato.

Mi estómago rugió, pero lo ignoré porque esperaría a Lena y, por primera vez en mucho tiempo, mi mesa de comedor tendría a dos personas comiendo en ella en el mismo instante.

✦ 🐾 ✦

Lena soltó una risa incrédula y dejó de observarme por un instante antes de volver la mirada a mí, con el ceño un poco fruncido.

—No hablas en serio. —Yo asentí, serio—. Bret, pero tienes como a una mujer por mes, ¿ninguna se sentó a desayunar contigo?

—Nunca se dio la oportunidad, creo. Ellas no viven conmigo, siempre llegaban más tarde.

—Pero ¿y las salidas, así como esta?

—Si no habían desayunado, las invitaba a desayunar, pero en restaurantes. ¿Por qué se te hace tan difícil aceptar lo que te dije de que hace años alguien no me esperaba para desayunar?

Ella se quedó pensativa, solo caminando a mi lado mientras observábamos las tiendas del mall en busca de un conjunto para esa tarde.

—No lo sé, supongo que solo me parece… deprimente. Tienes muchas personas a tu alrededor, pero creo que eres el más solitario de los tres amigos empresarios millonarios de buen mirar.

Reí por lo último.

—¿Te parezco atractivo, Lena? —Se llenó de color por la vergüenza.

—No soy ciega, Bret, pero no lo diré en voz alta porque no quiero subirte el ego... más.

Sonreí, sin embargo, mi sonrisa murió pronto.

—Creo que esta conversación es mejor tenerla luego, en el estudio. —Ella frunció el ceño, molesta.

—¿Quieres que te diga en tu estudio que eres atractivo? ¿Para qué? En el estudio o aquí, no pienso hacer crecer tu ego.

Reí de nuevo y negué.

—No eso, lo que me decías antes de la soledad. —Ella comprendió y asintió, ya sin decir más.

Así estuvimos por unos minutos, solo caminando en silencio, ella con los brazos cruzados y yo con mis manos en los bolsillos hasta que vio una tienda que le gustó.

Todo el camino hacia allí se la pasó buscando «inspiración de outfits» en Pinterest porque, según ella, no podía desentonar y hacer que hablaran más de ella, más de lo que los mismos medios estaban haciendo.

Yo no estaba interesado en compras, así que me quedé sentado respondiendo correos y mensajes desde mi celular hasta que me saltó una notificación de una noticia de la noche anterior que me llevaba a una publicación en Instagram que, leyendo por encima, era más lo malo que insinuaba de Lena que lo que sucedía en la realidad, y yo no iba a permitir que hablaran mal de ella, mucho menos cosas que no son, así que le envié todo eso a mi abogado para que leyera y viera si había posibilidad de bajar todas esas estupideces y, por mi parte, dejé un comentario sencillo.

«Admiro la capacidad de las personas de inventar estupideces».

Sabía que eso crearía una avalancha de comentarios y, posiblemente, gracias a eso recibiera más vistas, pero no me importó.

Guardé mi teléfono cuando ya no tuve nada que hacer en él y busqué con los ojos a Lena. Estaba observando la ropa con una dependienta.

Suspiré y me crucé de brazos, aburrido. No sabía qué le veían las mujeres a esa actividad. Quizá debí haberla enviado con alguien y yo solo esperar su llegada al hipódromo, pero ya me había metido en eso.

—Iré a dar una vuelta, llámame cuando termines —le avisé, ya harto de estar allí.

Ella se giró de inmediato, algo asustada, quizá olvidando mi presencia, y sonrió antes de asentir.

Demoró una hora. Una hora más en salir con bolsas en sus manos, mi tarjeta entre los dedos, una sonrisa divertida y satisfecha y su atuendo cambiado por completo.

—Estoy lista.

—Por fin —suspiré y me levanté. Le ofrecí de las galletas que estaba comiendo mientras esperaba, porque al final el hambre me había ganado.

Ella negó.

—Prefiero almorzar, ¿dónde lo haremos?

—En el hipódromo. Deberías ir leyendo sobre apuestas, porque hoy conocerás de ellas. Puede que tengas tu día de suerte, suerte de principiante, y ganes algo.

Ella negó de nuevo.

—No gastaré mi dinero en apuestas de caballos.

—¿Quién dijo que sería el tuyo?

Capítulo 30

LENA

Fingí que no noté que Bret me tuvo los ojos encima en todo momento. La estaba pasando muy bien, debo decirlo, era una nueva experiencia y me emocionaba ver si ganaba, aunque no había hecho mi apuesta.

Tenía en mis manos toda la información y la estaba analizando. No entendía muy bien y no sabía nada de ese mundillo, por lo que, en la mesa del restaurante, me giré hacia Bret.

—¿Por quién vas a apostar tú?

—Por Royal Storm. —De inmediato lo busqué para tener más información. Bret se inclinó hacia mi para poder ver él—. Pero si buscas mi opinión, apuesta tú por Thunderbolt. Entre esos dos nos aseguramos de que el premio se vaya con nosotros.

Reí.

—Son apuestas, Bret, no hay nada seguro, además, si yo gano, me quedaré con el premio, no lo compartiré —le dije, arqueando una ceja. Él se encogió de hombros.

—Dije que se iría con nosotros, no que lo gastaríamos ambos, Lena. Tu comprensión está un poco dañada, me parece, porque no es lo mismo.

Puse los ojos en blanco y me estiré antes de ver lo que Bret estaba haciendo y que reposaba en la mesa. Estábamos alejados, supongo que por su necesidad de que nadie descubriera su arte, sin

embargo, solo noté un montón de garabatos en su cuaderno, así como los que había visto cuando espié en sus cosas.

—¿Acaso haces arte abstracto? —Él sonrió y ni siquiera miró su libreta. Ya sabía a qué me refería.

—Cuando quieres ocultar lo que haces, encuentras formas de codificar tus bocetos. Con esos trazos, ya sé la idea de lo que quiero plasmar luego. Y sí, a veces hago arte abstracto.

Suspiré y escondí manos entre mis piernas como niña pequeña, nerviosa por la pregunta que soltaría.

—¿Y cuándo me vas a mostrar lo que haces? —Bret se rio y negó mientras cerraba el cuaderno.

—Después, cuando lo merezcas.

Hice caras porque no me parecía lo que decía, pero no mencioné nada más, no por no querer refutarlo, sino porque nuestra comida llegó.

Yo le tomé fotos a mi plato y aproveché para tomarme unas cuantas yo. Bret en todo momento me observó con ojos entrecerrados.

—¿Me tomas una foto? —le pedí para molestarlo.

—Llama al mesero, Lena, déjame comer. —Hice ojitos.

—Por favor, Bret. Mira, si yo me tomo una foto y queda bonita, la subiré a mis redes y Thiago verá que estoy muy bien sin él.

De inmediato negó.

—Si vas a subir algo, hazlo por ti, Lena, no por ese idiota. —De pronto, una idea pareció iluminar su mente—. Si te tomo fotos, tendrás que subir una conmigo.

Mi boca se secó por eso, pero reí, pensando que bromeaba, aunque por supuesto que sabía que no estaba bromeando.

De inmediato recordé todo el revuelo cuando Micaela y Ashton subieron una foto juntos, no recordaba si a historias o al *feed*, pero sí recordaba lo que se dijo en los medios sobre esa nueva relación y sobre Colette.

—Esa sería mi sentencia. Olvídalo.

—Cobarde —masculló antes de comenzar a comer su pulpo, pero yo me quedé observándolo, con un puchero fingido en mis labios que, al cabo de unos minutos, lo hizo suspirar y pedirme mi teléfono.

Comencé a posar, usando a mi favor la iluminación y el fondo que daba hacia la pista del hipódromo, también mi atuendo costoso y nuevo. Ya me había metido en eso y, aunque de verdad no quería dar una mala impresión o que las personas pensaran que me acostaba con Bret por dinero, sí quería mandarle un mensaje a Thiago.

Como buena modelo, no dejé que fuera solo una foto la que tomar; tuvo que sacarme muchas para yo decidirme, más tarde, por la mejor.

Las vi por encima y hubo varias que no fueron de mi agrado, pero otras en las que me veía muy bonita. Mi cabello lo tenía organizado y toda la joyería relucía bajo las luces del restaurante. Lo que también noté, en mi vistazo, fue que se notaba que no estaba sola, porque había dos copas, dos platos, dos pares de cubiertos, etc., y eso me convenía.

Dejé el teléfono a un lado luego de enviarle las fotos a Zoé para que me ayudara a editar la que más le gustara.

Bret me dejó sola por un rato para ir a hacer las apuestas porque la carrera comenzaría dentro de poco y no quería quedarse atrás. Lo hizo mientras yo terminaba de comer, porque, claro, él comió mucho más rápido que yo.

Al volver por mí, y yo ya con el estómago lleno, nos fuimos hacia la pista de carreras. Bret tenía unos lugares favorecidos para la vista, porque, me enteré en ese momento, el hombre contaba con acciones allí también.

—¿Tú acaso estás metido en cada negocio del país? —Su actitud sobrada me dio la respuesta—. Yo ni siquiera sabía que podías comprar acciones en un hipódromo.

—Puedes comprar lo que quieras si tienes el dinero suficiente.

Tomé asiento y miré de nuevo cuál era el caballo al que apostaba. Bret se sentó a mi lado y ambos ignoramos al resto de personas a nuestro alrededor.

—¿Tienes tu cuaderno? —Él asintió, aunque yo no se lo veía por ninguna parte. Quizá lo había guardado. Lo que sí hizo, fue sacar el comprobante de mi apuesta.

Casi me ahogo al ver la cantidad que yo, supuestamente, había invertido.

«Dios mío, tener dinero para derrochar es espectacular». Aunque me sentí algo mal porque era dinero desperdiciado si llegaba a perder.

Bret tuvo que haber visto mi rostro decaído.

—¿Qué pasó? —Negué, pero decidí decirlo.

—Es que… es mucho dinero que se puede ir a la basura. Solo sentí que lo hubiera aprovechado mejor en otras cosas. —Él se

quedó en silencio, solo observándome. Yo volví mi mirada al frente, hacia la pista, antes de que la tensión de la carrera comenzara al avisar que todos estaban tomando sus puestos.

Yo quizá no era una chica de mucho deporte o emociones fuertes, pero ahí podía ganar un buen dinero, así que mi atención se concentró en lo que pasaba frente a mí y no a mi alrededor.

Cuando dieron la señal de salida y se abrieron las compuertas, mi estómago cayó por los nervios y fue un reflejo buscar qué apretar. Resultó ser la mano de Bret, quien no me dijo nada porque él también estaba siguiendo a los caballos.

Yo ni siquiera supe cuál era mi caballo, lo perdí de vista entre todos los que había, sin embargo, Bret sí levantó las manos, la mía incluida porque la tenía agarrada, antes de abrazarme y reír.

—Felicitaciones, acabas de ganar la lotería.

—¿¡Gané!? —grité y miré de nuevo.

—¿No lo viste? Esperemos a que lo hagan oficial, pero lo tienes allí —dijo, todavía riendo.

Mi boca se abrió cuando escuché que, en efecto, mi caballo era el ganador. Salté a abrazar a Bret, sin importarme verme de muy poca clase o incluso sin importarme a quién estaba abrazando. Se suponía que debía mantener las apariencias, fingir que me caía mal, ¡pero había ganado! Y todo gracias a su dinero.

—Te voy a invitar a un helado —le dije cuando por fin nos separamos. Él se rio y apretó mi mejilla con suavidad.

—Eres una tacaña, Lena. Te di el caballo ganador, ¿y así es como me pagas?

Reí.

—Te lo hubieras quedado tú si tan seguro estabas, así me hubieras invitado tú a mí al helado.

Él negó con una sonrisa ladeada en sus labios.

—Yo te compraría el caballo, no un mísero helado. Tacaña.

Volví a reír y tomé asiento de nuevo, soltando un suspiro, incrédula. Había ganado, eso era increíble.

Capítulo 31

LENA

Luego de todas las emociones del día, lo normal es que experimentara un bajón a la noche, en la calma de todo.

Cloud era el único que había logrado dormir de los dos, pero yo tenía los ojos abiertos desde que me había despertado con el corazón acelerado como prueba de la ansiedad que tenía.

Quería hablarle a Thiago, saber si había visto mi foto, las noticias y todo. Le daba vueltas, una y otra vez, a la última conversación que tuve con él, a lo que podía haber dicho y la que hubiera querido que fuera su respuesta. Me atormentaba con todo hasta el punto de no poder dormir.

Ya cansada de la vista del techo y con la boca seca, suspiré y me levanté de la cama. Me puse encima una bata abrigada y vestí mis pies con unas babuchas calentitas antes de salir con dirección a la cocina.

Todo estaba en silencio, como era obvio. Todos los empleados estaban durmiendo y supuse que Bret también lo estaba. Mi plan era ir por un vaso de agua y tomarlo en la tranquilidad del jardín, con el sonido de las olas a lo lejos. Quizá así pudiera pensar mejor.

A pesar de que la casa era grande, fui lo más silenciosa posible. No quería que, de casualidad, Bret se despertara. Saqué mi vaso con agua en silencio y también abrí la puerta hacia el jardín con cuidado.

La noche estaba fresca, así que busqué un lugar en donde sentarme mientras me arrepentía un poco de haber tomado agua fría y no al clima, aunque eso no importó tanto cuando, ya en una

de las poltronas exteriores, visualicé la luz encendida del estudio de Bret por medio de las ventanillas superiores.

Me pregunté si era posible que hubiera dejado la luz encendida antes de irse a dormir, pero recordé que él en ningún momento del día había entrado, así que, luego de pensarlo por unos minutos, me levanté e hice mi camino hacia el estudio; después de todo, ya tenía el contrato que él quería, ya no era un pecado o una prohibición gigante entrar allí.

La puerta, obvio, estaba cerrada, por lo que tuve que tocar. Adentro se escuchaba movimiento cada cierto tiempo, aunque en su mayoría estaba en silencio. Cuando toqué sí hubo más ruido, el que hizo Bret al dejar sus cosas y levantarse, el de sus pasos y, después, el de la puerta al abrirse.

No esperé encontrarme con un torso desnudo, aunque debí suponerlo; él estaba en su espacio seguro, era tarde en la noche y era él, ¿qué me hacía pensar que se pondría una camisa solo porque alguien tocaba a su puerta?

—Lena —dijo con algo de impresión en su voz.

—Hola —respondí, aunque algo incómoda—. No puedo dormir.

Eso, en definitiva, no era de su incumbencia, sin embargo, luego de analizarme por un instante, dejó caer el brazo que bloqueaba la entrada y se hizo a un lado.

—Pasa.

Le hice caso.

Un lienzo estaba en medio de la habitación, de espalda a la puerta, por lo que no veía qué estaba pintando. Él suspiró y se adelantó a mí, quizá para asegurarse de que no vería nada.

—¿Tampoco puedes dormir? —Él negó y se sentó en el taburete frente a su lienzo.

—No, entonces pensé en venir y distraerme un poco.

Yo ni siquiera sabía a qué había ido, aunque en mi cabeza se repetía una y otra vez sus palabras de que dentro de su estudio era un espacio seguro.

También suspiré y acomodé mi vestimenta antes de sentarme en el sofá frente a él. Así, ya no tuve vista de su cuerpo, solo del caballete y, de vez en cuando, sus manos agarrando o dejando cosas en la mesilla a su lado.

—¿Por qué no puedes dormir? —Lo dudé antes de responder.

—¿Me regañarás si te digo que por estar pensando en Thiago? —Él resopló, lo que me hizo sonreír un poco, aunque, al mismo tiempo, me sentí culpable. No quería que todos mis temas de conversación fueran de mi ex.

—No, porque ya lo suponía. ¿Qué quisieras hacer entonces? ¿Quieres hablarlo? —Me quedé en silencio, solo queriendo ver su rostro para así poder preguntarme con tranquilidad ¿cómo es que un hombre así existía?

—En realidad, quisiera ver lo que estás haciendo. —Ahí lo hice reír, quité esa capa de seriedad que, no sé por qué, tenía desde que abrió.

—No te vas a rendir, ¿no?

—Bret, se supone que esto es un estudio de arte, pero tienes todas tus pinturas escondidas. Me carcome la curiosidad, de verdad.

Volvió a reír y se asomó por un lado para verme.

—Vente pues. —No esperé más ni di tiempo a que se arrepintiera: me levanté de un salto, incluso sin ponerme las babuchas, y corrí a su lado mientras él seguía trabajando.

Me sorprendí, lo admito, al verme en el lienzo, esta vez sin trazos extraños, con figuras definidas y en una imagen no terminada, pero muy bonita.

—Vaya, de verdad pensaba que eras un desastre.

Su mano, fuerte y ruda, tomó con cuidado el carboncillo con el que estaba trabajando para seguir dándole más forma. Suponía que había comenzado hacía un par de horas porque, si bien la mayoría seguía sin pintar —si es que se le podía decir así a hacerlo con carboncillo—, ya tenía una parte —mis ojos— lista.

—Lo sé, lo sospechaba, pero te lo dije: no deberías juzgar tan rápido.

Me quedé en silencio, solo observando el lienzo llenarse cada vez de más vida.

—Es de hoy —dije—, es del hipódromo. —Él asintió.

Verme bajo su mirada fue una experiencia extraña. Él tenía el control total de mi imagen; aquel boceto era, sin lugar a dudas, la muestra más fiel de cómo me percibían sus ojos: sin filtros, sin posibilidad de elección. Lo más cerca que estamos de saber cómo nos ven los demás es a través de las fotografías, pero incluso esas las seleccionas, las depuras y eliges la que mejor te parece para luego cubrirla de filtros que te hagan ver más bella.

Sin embargo, ahí... ahí no había nada de eso. Y aun así, con lo poco que llevaba trazado, me veía mucho más linda que en cualquier foto.

—¿De verdad soy yo? —pregunté tras varios minutos de silencio.

Bret guardó silencio un momento antes de responder.

—Sí, eres tú por completo. Aunque no sé qué le encuentras de fascinante; ni siquiera está terminado en un tercio.

Pero no era necesario que lo estuviera. El contorno ya estaba marcado con líneas suaves, casi borradas, pero yo podía verlas e imaginar la pintura finalizada.

—Pensaba que hacías los cuadros con pinturas; ya sabes, el lienzo y todo eso.

—Y lo hago, pero hoy quise empezar así... Creo que hacerlo a color me obligaría a verte demasiado, y eso solo conseguiría que no termine estas dos semanas con mi cordura intacta.

Mi corazón se saltó un latido. ¿Él se estaba refiriendo a lo que yo creía?

Pero, por mi salud mental, no pregunté nada, solo solté una risa nerviosa y me volví a sentar en el sofá.

—¿Cuándo hiciste ese retrato? O sea, la imagen, de qué momento del día fue.

—De la carrera.

—Pero ahí no tenías tu libreta.

—Pero tenía mi memoria; esa me sirvió de mucho hoy.

Asentí, aunque él no me vio. Es que no supe qué más decir, aunque en mi mente se formó una idea. Tuve que morderme el labio para evitar decirla, pero yo no es que pudiera aguantar mucho esas

cosas. Era muy terca: si se me metía algo en la cabeza debía sacarlo, intentarlo, y, aunque podía ser rechazada, no me contuve.

—¿Y si me retratas ahora? Desde cero, así como en Titanic.

Bret se echó a reír, aunque, en principio, no supe por qué.

—¿Cómo en Titanic? ¿Quieres que te retrate desnuda, Lena? Pensaba que no lo ibas a permitir en ningún momento.

Sentí el calor en mis mejillas al darme cuenta de lo que había dicho.

—¡No! Me refiero a que me pintes en el momento, así como estoy ahora. Prometo quedarme quieta.

Él no dejó de reírse, pero sí se levantó y me observó mientras se limpiaba las manos con un trapo que tomó de la mesita.

Solo me miró con una sonrisa en sus labios.

«Diablos, es que sí es muy lindo este hombre. Sus ojos son muy preciosos».

—¿No tienes sueño? —Negué con énfasis, aunque sí estaba algo adormilada—. Bien, trato hecho. Cambiaré entonces el lienzo.

—Haré unas infusiones para el frío, ¿quieres? —Su cuerpo se tensó un poco al escucharme. Se demoró en responder y yo temí haberla cagado, sin embargo, aunque su rostro se enserió, él asintió.

—Eso estaría bien. Gracias.

Sonreí un poco y emprendí mi huida.

—No demoro, entonces.

Capítulo 32

BRET

El sonido de mi teléfono al vibrar me despertó, aunque debió haber sido el cuerpo a mi lado el que lo hiciera porque yo no estaba, para nada, acostumbrado a dormir en compañía de otro humano, solo dormía con Mía, pero el cuerpo de mi gata era muy pequeño como para compararlo.

Lena también se despertó, quejándose.

—Ay, mi cuello —dijo y no pude evitar reír.

El sofá era pequeño, pero supongo que no nos importó al quedarnos dormidos. Mierda, ni siquiera sabía cómo habíamos llegado a esa situación si solo nos habíamos sentado uno al lado del otro. Solo sabía que Lena se había dormido primero, lo sé porque me quedé mirándola por unos momentos antes de yo también caer, pero ¿cómo habíamos llegado a estar acostados de esa forma?

—Sabía que buscarías la forma para dormir conmigo, Lena, solo hubiera agradecido que fuese en un lugar más cómodo.

Me estiré luego de que ella se sentara y me apresuré a tomar mi teléfono. Era María.

—Buenos días, Mary.

—¿Buenos días? ¡Los estoy esperando en el aeropuerto desde hace tiempo! ¿Se puede saber dónde están? Mira, Bret, trabajo para ti y sé que debo encargarme de muchas cosas, pero tengo aquí a un piloto enojado porque no llegas y no contestas los mensajes.

Claro, era el día que nos íbamos con mis amigos.

Le di un vistazo a Lena. Estaba desorganizada y solo habíamos dormido como dos horas.

—Organiza todo para dentro de cinco horas. Págale a la tripulación lo necesario por este error.

María suspiró. La imaginé mirando hacia el cielo y zapateando con un pie porque era lo que solía hacer cuando tenía que ocultar o resolver algún error mío. Sonreí divertido, aunque sí me avergonzaba el no haber recordado que debíamos irnos.

—Me debes una muy grande, Bret Dufort. Los quiero en el aeropuerto *puntuales.*

Y colgó. Yo solté una risa y miré a Lena, quien ya me observaba, aunque su expresión no era la misma de hacía unos minutos. Estaba avergonzada.

—Debemos correr. Perdimos el avión y se reprogramará.

—Bret… siento haberme quedado dormida. —Me encogí de hombros.

—Sabía que tenías sueño. De hecho, me sorprende: resististe muchas horas despierta.

Su cabeza se inclinó cuando me observó a profundidad. No miento: me puse nervioso por ello, así que fingí ver mi teléfono.

—Gracias por escucharme anoche.

Escucharla, sí, eso fue lo que hice. Se pasó gran parte de la noche desahogándose, de nuevo, sobre su relación fallida, aunque no fue un momento muy triste o frustrante, en realidad, porque me

burlé mucho de ella y, por algún motivo, ella siguió mis bromas y se rio conmigo de su situación.

Sospechaba que, al término de esas dos semanas, extrañaría a Lena. Mi mente estaba dividida entre las razones por las cuales quise tenerla en mi estudio y lo que ella era en realidad. Me gustaba su presencia. Cuando estaba lejos de ella, recordaba que mi intención era retratarla por Rebecca, casi como un «un clavo saca otro clavo» de una forma retorcida; pero luego, cuando me encontraba a su lado, mi verdadero motivo se desvanecía hasta volverse casi imperceptible.

—Gracias por haberme hecho esa infusión de frutos amarillos —le dije—. Hace mucho que nadie hacía algo por mí sin que hubiera una factura de por medio.

Y lo decía en serio. Creo que una de las razones por las que sabía que extrañaría a Lena era por esos actos que, para ella, eran normales e inocentes, pero que para mí... para mí representaban volver a sentirme en familia. Aun sabiendo que ella se iría pronto.

—Vamos, muévete. Debemos estar allá a la hora.

✦ 🐾 ✦

Colette me amaba y, no era por presumir, pero la chiquilla también tenía un espacio muy grande en mi corazón. Si Micaela y Ashton no fueran tan estrictos con las cosas que le daban, ya le habría comprado media ciudad, pero me daba algo de pereza tener que estar preguntando. Yo, en teoría, era como su tío, ¿no que los tíos estaban para malcriar?

Aunque Coco conocía muy bien el poder que tenía sobre mí, por eso me buscaba, porque sabía que yo le daría lo que quisiese.

Y ese fue el caso esa tarde, mientras paseábamos por las calles de Mónaco porque las mujeres querían ir de compras.

La niñera de Colette estaba detrás de mí y Lena iba a mi lado, distraída. No sé por qué, pero llevábamos ya varios minutos caminando y a mí no se me había ocurrido pasarle mi tarjeta por si se antojaba de algo, solo se me ocurrió cuando Coco me hizo parar en una joyería.

Esa chiquilla sería toda una diva al crecer, porque lo brillante le llamaba la atención. Quizá había cosas que no podía usar, pero una pulserita sí le podía comprar.

—Bet, quielo eso —dijo mientras señalaba con su pequeño dedo un collar gigante.

Me eché a reír.

—Ese collar es como de tu tamaño, Coco, pero podemos ver qué más hay para ti, ¿sí? —Ella asintió. Lena, a mi lado, se rio, así que la miré con una ceja arqueada—. Para ti también hay, Lenita. ¿Por qué no me has pedido mi tarjeta? Te hubieras podido ir con Mic y Mazu.

Ella negó, incómoda.

—Porque no me corresponde a mí pedirte tu tarjeta para mis gastos. Ya estoy aquí, no me siento muy cómoda con eso.

—Yo de ti, aprovecharía —dije—. No te estoy pidiendo nada a cambio y estoy con una hija ajena, tampoco puedo insinuar querer algo del tipo que ya sabemos. Pero a la noche estaremos en alguna discoteca; deberías comprar algo lindo para ti.

—¿Y por qué no fuiste tú con tus amigos? Podrías estar tranquilo, tomando y charlando con ellos.

Me encogí de hombros y miré a Colette.

—Porque ese desgraciado de Ashton es acaparador con sus hijas. Además, quería asegurarme de que tuvieras un buen día.

Ella suspiró, pero no dijo nada porque la dependienta se acercó para saber qué queríamos.

Estuvimos eligiendo una pequeña pulsera para Colette mientras que Lena solo daba vueltas por el salón. La niñera de Coco siempre estuvo callada, atenta a la niña, porque yo, al estar tranquilo de que había ojos sobre Coco, me fijé en lo que Lena veía y en lo que se detenía más.

—Traiga todo lo que la castaña mire de más. Elegiré algo para ella también —le dije a la vendedora, quien de inmediato asintió y habló con su compañera.

Lena no fue tonta: luego de unas cinco cosas vistas, se dio cuenta de que todo lo que le interesaba era tomado por la mujer detrás de ella.

Entrecerró los ojos, su cuerpo todavía girado hacia las vitrinas con las joyas.

Me reí y Colette, como si supiera lo que pasaba, también se rio y se escondió en mi cuello.

Miré a la mujer que nos estaba atendiendo y asentí.

—Eso sería todo. —A pesar de que estábamos en un lugar lleno de personas ricas, ella pareció asombrarse de que no eligiera nada o que preguntara cuánto sería el costo. Podía pagar lo que fuera, el dinero, sin duda, no me importaba.

—Bret, no debiste…

—Es mi dinero, Lena, hago con él lo que quiera.

Ella solo me observó, aunque mordiendo el interior de su labio para evitar reír.

Cuando me rectificaron los productos, vi uno de los que Lena había mirado y que también me gustó. Era un conjunto de cadena, aretes y pulsera.

La llamé y ella, algo apenada, se acercó.

—A cambio de todo esto, te pondrás este a la noche.

Ella solo asintió, pero me sonrió y, para mi sorpresa, también me abrazó.

Quizá debía comprarle más cosas.

Capítulo 33

LENA

Bret pagó por una suite de dos habitaciones. Lo agradecí porque quería mi espacio y organizarme sin pensar en que él entraría a mi habitación en cualquier momento, mucho menos porque, mientras me organizaba, específicamente mientras me maquillaba, estaba en videollamada con una Zoe muy estupefacta al enterarse de que gané una apuesta de caballos y que, además, tenía una millonada en joyas nuevas.

—Tú tuviste que haber hecho algo muy bueno en otra vida, Lena, porque eres a la única a la que le pasan esas cosas. —Sonreí, sin embargo, la había llamado no para contarle eso, sino para intentar poner en orden mis sentimientos y pensamientos.

—Cuando tenga el dinero, te prometo que nos iremos juntas de viaje.

—Podríamos ir a casa. Yo puedo sacar unos días y tú… bueno, estarías libre hasta que comience el nuevo semestre. Quiero ver a mi familia y sé que tú quieres ver la tuya.

Me quedé pensativa, con el delineador en mis manos.

—Thiago nunca se interesó en conocer a mi familia —dije y ella se quejó en voz alta con un gruñido.

—¡No lo invoques! Hemos estado muy bien sin hablar de él. Por favor, neni, sácalo de tu mente.

Suspiré y me observé en el espejo mientras me hacía el delineado, casi como una excusa para que no notara que me

encontraba pensativa, de nuevo, sobre Thiago, hasta que decidí que no podía solo ocultar mis pensamientos, no cuando esa era la razón principal por la que la llamaba.

—Pero es mejor que piense esas cosas de él, ¿no? Así caigo en cuenta de lo poco que me quería. Sé que a la familia de su ex sí la conoció a los pocos meses, y nosotros ya llevábamos un año... Es injusto —me quejé, sintiendo cómo el enojo renacía en mi pecho. Me dolía pensar en lo poco que obtuve y lo mucho que lo necesité—. ¿Sabes qué otra cosa estaba pensando? Que nunca me vi bonita en una foto que me tomara Thiago.

La confusión de mi amiga fue evidente.

—¿Y eso qué tiene que ver con las injusticias de tu antigua relación?

—No es tanto una injusticia —dije, agitando las manos mientras buscaba con la mirada un labial a juego—, es solo que alguien que de verdad está interesado en ti, o que te ve linda, lo plasma en las fotos, ¿no?

—No, Lena —rio ella—. La verdad, lo que dices no tiene sentido. Hay personas que no tienen ojo artístico. Pero ¿sabes qué? Prefiero que pienses que ese idiota no te veía linda, aunque te duela. Soy de las que cree que el dolor es lo que te ayuda a olvidar más rápido; así que sí, chica, eso es porque no te quería. ¿Y sabes quién sí te tomó unas fotos divinas? Bret. El hombre que está pagando por todo, el que te dio ese collar y esos pendientes tan bonitos. *Ese* hombre sí te vio linda.

Reí. Lo que ella dijo, en realidad, iba con todo lo que estaba pensando, porque mi pensamiento nació desde allí, desde las fotos que me tomó Bret y en las que me veía como una diosa, además, claro, del cuadro que estaba haciendo de mí.

Miré mi reflejo en el espejo. Me veía muy linda solo para salir de fiesta con los demás. Por un momento me pregunté cómo le haría la nueva niñera con dos bebés, en especial con Coco que siempre tuvo mucha energía, pero entendí que esa preocupación era una forma que tenía mi cerebro de distraerse ante lo importante: pasaría una noche en una discoteca con Bret.

No pude evitar recordar el día en que lo conocí, también justo antes de salir de fiesta. Fue en ese momento cuando nació mi rechazo, porque esa noche conocí a un Bret muy diferente al que estaba descubriendo durante nuestro acuerdo y el tiempo que pasábamos siendo... nosotros mismos.

Esa noche sí que había sido odioso e impertinente, insistiendo con sus insinuaciones a pesar de que yo le repetía que no me interesaban sus coqueteos; para ese entonces, ya estaba saliendo con Thiago.

Yo bebía, no iba a dármelas de santa, pero tenía mis límites claros con otras sustancias como la marihuana, el tabaco o drogas más fuertes... como la cocaína, justo lo que vi a Bret consumir aquella noche. Aquello fue lo que terminó de sembrar el recelo en mí.

«—No hemos tenido tiempo para hablar bien —había dicho en mi oído, aunque intenté hacerme la loca y mirar hacia el frente—*. Entonces, Lena, ¿sabes quién soy?*

Le di un vistazo por el rabillo del ojo.

La música estaba alta, pero se podía escuchar con algo más de claridad por estar en un reservado.

—Eres uno de los mejores amigos de mi jefe —respondí cordial, pero con el tono fuerte. Sus ojos se entrecerraron por un momento al escucharme, solo por eso supe que me estaba analizando.

—Sí, y también soy un hombre que le encanta la figura femenina, pintarla, y creo que tú podrías ser mi próxima… inspiración.

Arqueé una ceja y ahí sí me giré para mirarlo. Mi cuerpo quedó tan pegado al suyo que temí besarlo por error, aunque la diferencia en las estaturas me salvaba de ello.

—¿Me quieres retratar?

—Sí, algo así.

—Yo tengo a alguien ya, no creo que le agrade mucho esa idea.

Hizo una mueca.

—¿Y es algo serio o casual? —Fruncí el ceño al igual que los ojos.

—¿Eso importa? —pregunté y él asintió.

—Importa cuando hay algunas reglas y cuando las pinturas pueden ser desnudos. —Ya lo suponía y, la verdad, no me agradaba la idea, así que negué—*. Pon un precio y lo pagaré. Cada chica que está conmigo en estos… negocios puede pedirme lo que quiera, siempre y cuando esté disponible para mí.*

Allí, me alejé.

¿Las chicas que están con él? ¿Qué no es solo para una pintura?

Cuando hice la pregunta en voz alta, él solo me observó con una sonrisa diabólica en sus labios. Eso me enojó. ¿Acaso me creía una prostituta? Estaba diciendo, muy explícito, que me pagaría por estar con él y… no, no lo aceptaría. Yo no era esa clase de chica. Para muchas quizá podría ser tentador que un millonario, muy atractivo, te propusiera eso, pero, para mí, no.

Solté una risa irónica y me alejé más.

—Tengo un trabajo ahora, me va muy bien con él. No necesito más, gracias.»

No permití que me dijese algo más, solo me di media vuelta y me fui, despidiéndome antes de los demás, por supuesto, y bajo la excusa de que debía trabajar el otro día, que no era mentira, no en su totalidad, sin embargo, en todo el viaje estaría cerca de él y, aunque hubo momentos en los que mantuvo su distancia, sí sentí su mirar quemándome.

Había pasado tanto tiempo desde ese primer encuentro y, aun así, sus palabras seguían teniendo validez. Una vez el recuerdo se instaló en mi mente, no pude evitar darle la razón en cuanto a lo que había dicho que sí importaba si una mujer estaba soltera o no. Para muestra un botón: mi propio novio me había dejado porque no le había parecido mi trato con él.

«Debí haber hecho caso», me lamenté en mi propia cabeza mientras que en la realidad solo suspiré.

—¿Qué piensas? —Miré de nuevo la pantalla de mi celular antes de apretar los labios y desparramarme en la silla.

—En que hoy puede que se repita la noche en la que lo conocí y creo que tengo algo de miedo por eso porque hoy no tengo la excusa de que tengo novio y, además, ya estoy con él, de una forma retorcida y para nada romántica, obvio, pero… sí.

—¿Y por qué te daría miedo eso? ¿Por qué necesitarías una excusa? —Negué, como si yo misma no pudiera comprender qué pasaba por mi mente, y es que en verdad no lograba comprenderlo.

Unos toques en mi puerta me salvaron de responder. Me apresuré a despedirme de Zoe antes de respirar profundo y

levantarme. Solo me faltaban mis zapatos, pero no quería dejar a Bret esperando en la puerta.

Había cumplido con lo dicho: tenía la joyería que él eligió para que yo usara ese día. Me veía muy bonita, así me sentía, y había puesto un especial empeño en hacerlo, ¿por qué? No lo sabía. Quizá, solo quizá, algo dentro de mí deseaba que, así como en el hipódromo, él notara mi belleza y quisiera plasmarla más tarde en su cuaderno o en un lienzo.

«Pero ¿qué estás haciendo, Lena? No caigas, por favor, en eso de sacar un clavo con otro clavo. No caigas en la trampa que te estás poniendo tú misma».

Capítulo 34

BRET

La emoción de Micaela era palpable y, supongo, entendible. Si bien Ashton nunca permitió que ella se sintiera menos y siempre veló por el entretenimiento de su mujer, la pobre casi no salió en su embarazo por los cuidados excesivos de su marido, entonces entendí que ese viaje entre amigos fuera una vía de escape.

No lo sabía con exactitud, solo eran suposiciones. No podía entender por completo la mentalidad de una embarazada o exembarazada.

El caso es que Micaela iba tan emocionada que solo hablaba con Ashton y Lena. Max y Mazu se habían quedado en el hotel, porque la nueva embarazada se sentía deprimida de salir a una fiesta y no poder emborracharse debido a su estado, además de que alegó sentirse muy cansada, por eso su increíble esposo tampoco quiso salir.

No entendía esa necesidad de mis amigos de castigarse a sí mismos con su tiempo cuando sus mujeres estaban en cinta. Me refería a que, si Mazu iba a descansar y dormir, ¿qué le impedía a Max salir con nosotros?

Estaban tomados por los huevos esos dos. Dominados, limitados y, a la larga, frustrados.

O quizá era yo el que debía cambiar mi forma de pensar.

Me concentré en mi teléfono para evitar que los malos pensamientos llegaran a mi mente. Había luchado durante años con una culpa que no podía traer al futuro.

María Asistente • 10:29 p.m.

Escuchar conversaciones ajenas no es bueno, Bret. Pareces un niño chiquito, qué cosas.

El regaño de María me hizo sonreír, en efecto, por esa sensación de sentirme regañado por una travesura, tal como un niño.

Tú • 10:30 p.m.

Tan solo haz lo que te pedí. Consigue esa información y organiza el vuelo.

—Extrañaré a Mazu hoy —dijo Micaela en medio de un suspiro mientras yo guardaba mi celular.

Le di un vistazo a Lena, quien ya me observaba, y le guiñé un ojo en broma, solo para que me pusiera los ojos en blanco y fijara su vista en la ventana.

—Están juntas siempre, ya era hora de que se dieran un respiro —bromeé. Ashton, como era costumbre, se quedó en silencio.

—Yo te puedo hacer compañía. No será lo mismo, pero algo es algo.

Micaela sonrió a las palabras de Lena.

—Me encantaría, aunque, sin duda, te soltaré por momentos para bailar con mi esposo. —Ashton le sonrió y yo solo pude fruncir el ceño—. Ustedes podrían bailar en ese entretiempo.

Ahí sí sonreí por las palabras de Micaela, aunque Lena resopló.

Esperé a que nos bajáramos del auto y a estar en la zona VIP de la disco para acercarme al oído de mi compañera antes de que tomara asiento con los demás.

—Pero si estuviéramos solos mi estudio, no te importaría bailar conmigo, ¿no? De hecho, creo que lo desearías.

Lena subió poco a poco sus ojos por mi pecho hasta alcanzar los míos, allí, su reacción no pasó desapercibida para mí. De nuevo, su pecho se llenó de aire y su boca se entreabrió a medida que su mirada baja en una coqueta.

Ella ni siquiera era consciente de lo mucho que su cuerpo coqueteaba conmigo.

—Estás delirando. En nuestro acuerdo está que sí puedo bailar con otros hombres, ¿verdad? Porque, si no, prefiero tomar un taxi e irme a ver una película.

Asentí, poniéndome serio.

—Sí, puedes hacerlo, pero ten cuidado, Lena.

Ella, al percibir mi seriedad, también la adquirió.

—No voy a coquetear con nadie. No quiero que nadie se me acerque mucho, menos para algo más que un baile. Si ves que estoy yendo con alguien, ve por mí, por favor.

Lo entendí como un *«me drogaron y por eso me iría»*, así que asentí. Le iba a decir algo más, pero Micaela llegó para interrumpirnos.

—¡Ya vamos a pedir! ¿Qué quieren ustedes? —Así, Lena y yo nos tuvimos que separar para que ella se fuera a sentar y yo solo me quedé allí, divisando hacia abajo y analizando la cantidad de cabezas que había. Ashton se puso a mi lado mientras las dos mujeres conversaban entre ellas.

—Has estado con una suerte horrible —dijo por lo bajo, mirándome. Yo, cuestionándolo sin palabras, fruncí el ceño—. De

nuevo, estás cerca de una de tus *musas* y ni siquiera te has dado cuenta.

Al decírmelo, busqué caras conocidas, hasta que, abajo, en la barra, vi a quién se refería. Reí, aunque dentro de mí sí me incomodé.

—No le puedes decir a Lena nada. —Él hizo un gesto de silencio, aunque, en realidad, no sabía si serviría de algo. Desconocía si Lena se había tomado el trabajo de buscar por mis antiguas modelos o si las reconocería a todas ellas.

Lo que sí hizo Ashton fue reír.

—Tienes la soga al cuello y ni siquiera lo admites —dijo antes de palmear mi espalda e ir a buscar a su mujer.

Y solo suspiré.

✦ 🐾 ✦

Lena había bailado, sí, pero fue más lo que tomó que lo que bailó.

Micaela también había tomado un poco de más, así que ambas reían en la mesa, no sé de qué, mientras que Ashton estaba distraído en su teléfono.

«Maldito aguafiestas».

Suspiré y me levanté. Yo también había tomado, aunque no podía decir que tanto como las mujeres. De hecho, ya me encontraba cansado, pero no me iría de allí sin bailar con Lena al menos una canción.

Ella no dejó de reírse cuando me situé a su lado y le tendí mi mano.

—Bailemos —dije como pedido, aunque sin derecho a negaciones. Tampoco era como que ella se fuese a negar, no en su estado animado.

—¡Hasta que te armas de valor! —gritó en cuando estuvo en mis brazos.

Esa respuesta me hizo reír y relajarme a la vez.

—¿Estabas esperando a que te sacara a bailar? —pregunté mientras bajábamos a la pista para no tener los ojos curiosos de Micaela y Ashton encima, aunque más los de Micae. Ella, lo admitía, me daba algo de miedo.

Al llegar a la pista Lena se separó de mí moviendo sus caderas. La alcancé, tal como ella quería, y rodeé su cintura con mi brazo para pegar nuestros cuerpos.

Ella no dudó en rodear mi cuello con sus brazos y acercarse a mí.

—Hoy no te has drogado —soltó.

Me sorprendió su comentario; no esperaba que hablara, pensaba más bien que buscaría besarme.

—¿Drogarme? —pregunté cerca de su oído. Ella asintió y volvió a pegarse a mí.

—Sí, la última vez lo hiciste. Estabas más loquito ese día; creí que hoy estarías igual.

Negué con la cabeza. Bien, yo no era para nada un santo. Fumaba de vez en cuando, y no solo cigarrillos; y sí, también había metido alguna que otra sustancia en mi cuerpo, pero no era algo de siempre.

—Lo hago poco, pero después hablamos de eso; no es el momento —le dije, cortante.

Ella asintió y terminó por recostarse en mí, sonriendo con malicia.

—¿Entonces es momento de qué?

Arqué una ceja y solté una risa seca.

—Creo que es momento de que nos vayamos.

Hizo una mueca de disgusto y chasqueó la lengua —un sonido que apenas percibí por la música— antes de alejarse un poco.

—¡Quería bailar, Bret! —exclamó, volviendo a menearse al ritmo del beat.

Estaba en lo cierto: habíamos bajado para bailar. Y yo no era tímido, así que volví a pegar mi cuerpo al suyo. Cada curva se pegó al mí y eso logró subir mi temperatura unos pocos grados. Y a ella le pasó lo mismo.

Una canción más y fue mucho para su cuerpo. Se giró, porque me estaba bailando de espalda, y puso sus manos en mi pecho.

—Iré por agua, quiero irme ya. ¿Puedes ir por las cosas y encontrarme en la barra? —Lo dudé un poco, pero terminé por asentir.

—No le hables a nadie —pedí porque en el camino a la zona VIP no podría vigilarla.

Observé hacia arriba, teniendo la fortuna de que Ashton nos estaba observando. Le hice señas para que viera por Lena por si sucedía algo y yo, por mi parte, hice mi camino entre la masa de personas.

Al llegar a la mesa, Ashton, milagrosamente, estaba carcajeando solo.

—El karma te explotó en la cara, amigo —dijo y palmeó mi hombro antes de ir donde su esposa.

Yo me acerqué para ver lo que ya sospechaba: a Lena hablando con Nora.

—Agh, no puede ser —susurré para mí mismo antes de ir a tomar las cosas de Lena—. Nos vamos y nos vemos mañana. Terminen bien la noche sin bebés.

—¡Hasta mañana, Bret! Disfruta de tu noche con Lena. —Micaela agitó su mano con un ánimo muy… alegre, aunque sus labios volvieron a buscar su trago. Ashton se rio, no sé si por la actitud embriagada de su esposa o si porque sabía que el resto de mi noche posiblemente sería un infierno.

Bien, no infierno. No había razones para que Lena se enojara por hablar con otra de las chicas que me sirvió de modelo, pero, de igual forma, no quería que ellas se encontraran.

Capítulo 35

LENA

Caí en la cuenta de que debí haber subido al VIP para pedir mi botella de agua en el momento en que alguien me reconoció. Estaba en un país desconocido y mis amigos o familiares no tenían los medios para un viaje así; por tanto, supe de inmediato que quien me hablaba debía ser de la prensa o alguien del círculo de Bret.

—Lena, ¿no? ¡Qué coincidencia! Soy Nora —dijo una mujer espectacular, de cuerpo escultural, cabello negro azabache y una mirada penetrante.

Yo, entre la confusión y la desconfianza, sacudí su mano.

—¿Quién eres? —pregunté. Podía notar que estaba algo pasada de copas, aunque dudaba que tanto como yo.

—Yo fui como tú... hace ya bastante tiempo —soltó ella con una sonrisa enigmática.

La pequeña curva que se dibujaba en mis labios desapareció al instante.

—Ah, ¿también fuiste una de sus musas?

Ella asintió, manteniendo esa sonrisa que me heló la sangre.

—Gracias a eso pude estudiar y conocí a mi esposo. Es maravilloso, ¿no?

Yo resoplé y observé hacia otro lugar.

—¡A mí mi novio me terminó por eso! Pensó que me acostaría con él o que todos dirían que estaba con una puta. —Ella se vio sorprendida al principio, luego hizo una mueca y negó.

—¡No sabe de lo que se pierde! Además, Bret es super respetuoso… Aquí entre nos, y creo que me entenderás, ¡ojalá yo hubiera podido probar ese cuerpo en su momento!

Fruncí las cejas.

—¿A qué te refieres? —Ella se encogió de hombros, bailando sobre su puesto, aunque yo me había quedado inmóvil.

—He hablo con algunas chicas de Bret y todas coincidimos en lo mismo: nos hubiera gustado tener al menos una noche de pasión con él.

Mi boca por poco se abre ante la impresión. ¿Ella no se había acostado con Bret? ¿Ni las demás chicas? ¡Pero si se suponía que eso era lo que hacía él con ellas!

En ese instante, el susodicho llegó. Tocó a Nora por la espalda, llamando su atención. La mujer se giró y de inmediato se tiró a los brazos de él, riendo.

«Así no debería comportarse una mujer casada», pensé con mi ceño fruncido. Bret también la abrazó, aunque sus ojos no se separaron de los míos. Ante eso, alcé una ceja que lo hizo sonreír y separarse.

—¿De qué están hablando?

—Nada que no se pueda comentar entre dos personas con contrato de confidencialidad —dijo ella jocosamente y me guiñó un ojo a mí. Yo solo pude intentar alzar las comisuras de mis labios en una sonrisa que se disolvió en cuanto ella lo miró.

Vi la intención de ambos de quedarse hablando, pero yo solo los pude observar con algo de ácido en la garganta.

Me quería ir.

—Bret, estoy muy cansada —dije, intentando no verme muy molesta.

Fue tu turno de alzar la ceja y mirarme.

—Claro. Ya íbamos de salida. Un placer verte de nuevo, Nora, espero que te esté yendo bien.

—¡Ay, el placer es mío! ¡Cuídense!

Sonreí y me despedí ondeando mi mano. Bret, cuando vio que me tambaleé, me agarró por la cintura y me ayudó a salir.

Una vez fuera, ante el aire frío y lejos de toda la bulla, me solté con fuerza de Bret.

—¡Cuídense! —imité con voz infantil y lo observé.

Creo que ese encuentro me había bajado un poco la ebriedad, o quizá no, porque de haber estado sobria no me habría comportado de esa forma.

—Pareces celosa —dijo riendo y mientras paraba un taxi. Al verme con algo de frío, me pasó mi abrigo, el que siempre llevó en su mano junto con mi bolsa.

—No son celos, para nada, pero me parece una falta de respeto que me traigas a donde están tus exes.

Él volvió a reír, pero no dijo nada hasta que estuve dentro del auto que acababa de llegar. Todo allí era tan exclusivo que incluso los taxis —o la flota de la discoteca, no lo sabía con certeza— eran de un lujo insultante.

Al sentarme, el mundo me dio vueltas. Por un momento, temí vomitar en aquel interior impecable, hasta que Bret subió a mi lado y pude apoyar la cabeza en su hombro.

—Estoy muy mareada —susurré, sintiendo que el auto arrancaba.

—Has bebido demasiado, Lena, ¿qué esperabas? —respondió él, con una mezcla de reproche y suavidad—. Llegaremos pronto, descansa.

Asentí y cerré los ojos. Permanecí consciente unos minutos, envuelta en un silencio absoluto, hasta que mi cerebro prefirió apagarse antes que sucumbir al malestar.

✦ 🐾 ✦

No debí tomar.

Me quejé por el dolor de cabeza mientras daba un giro en la cama y escondía la cabeza en la almohada. Me quedé así, preguntándome qué hora sería, hasta que a mi mente llegó el recuerdo de la noche anterior, lo que me terminó de despertar.

Nora y sus revelaciones me sacaron de onda de nuevo. Si él no se acostaba con sus modelos, al menos no con la mayoría como me hizo creer, ¿por qué nunca me contradijo?

Me senté en la cama y aproveché el dolor de cabeza y el mareo para quejarme y tapar mi rostro, aunque en mi mente estaba la seguridad de que Bret se había burlado de mí por cada ocasión en la que puntualicé que no me acostaría con él o que no pasaría lo mismo que con sus «inspiraciones».

—Te ves terrible. —La voz de Bret me hizo mirarlo, aunque aún con las manos en mi rostro, por lo que de seguro mis ojos se veían estirados y horribles—. Tienes como un poco de maquillaje corrido.

Me volví a quejar.

—¿No me desmaquillaste antes de dejarme aquí? —pregunté. Él se encogió de hombros.

—No era mi responsabilidad.

Me levanté y corrí hacia el baño como pude; todavía sentía el alcohol en mi sistema y el mareo amenazaba con hacerme caer en cualquier momento. Me veía fatal, por supuesto.

Bret apareció detrás de mí con una expresión burlona y me observó a través del espejo.

—Vamos a viajar, así que alístate y organiza tus cosas para irnos.

—¿A dónde iremos? —pregunté, tratando de enfocar la vista.

—A los Alpes. Quiero frío, así que alquilé una cabaña y nos iremos para allá.

—¿Solos? —insistí mientras empezaba a desmaquillarme. Él asintió.

No quise preguntar por qué; sentía que no me correspondía cuestionarlo, así que solo acepté el plan en silencio.

Fue así como terminé metida en un avión, otra vez frente a Bret, quien aprovechaba el tiempo para trabajar en su portátil.

—No sé si sigues borracha o es que me estás mirando así de mal desde la mañana por otra razón —susurró sin levantar la vista.

Al verme descubierta, suspiré y me crucé de brazos.

—Nora me dijo que tú no te habías acostado con ella... ni con tus otras modelos —solté. Él no apartó los ojos de la pantalla, pero

emitió un «hum-hum» que confirmó las palabras de la mujer—. ¿Entonces por qué me hiciste creer que era así?

—Porque quise, Lena. Porque así soy yo. Te falta mucho para conocerme; te has dedicado a hacerte ideas sobre mí sin pararte a pensar qué es real, qué es solo una suposición tuya y qué es una broma de mi parte. ¿No crees que, de ser cierto, ya tendría encima docenas de denuncias o situaciones desagradables?

Me sentí regañada, pero en parte tenía razón.

Me quedé con eso en mi mente hasta que llegamos a la cabaña.

No puedo describir la incomodidad en mi interior por tener que darle la razón. Solo me había dedicado a juzgarlo y a tomar sus palabras como ciertas, solo cuestionándome aquellas en donde él se veía como el bueno y no como el malo, aunque en esos días él me hubiera demostrado todo lo contrario a lo que tenía en mi mente.

Bret era una fachada muy bien construida, tanto que dudaba que alguien supiera mucho de su real vida y personalidad. Y yo, de forma inconsciente, gracias a mi personalidad y situaciones, decidí que yo sería la primera en saberlo, por eso una pregunta nació en mi cabeza con tanta fuerza que no pude resistir a tenerla solo para mí.

Bret dejó varias cosas sobre la encimera de la cocina de la gran cabaña; estaba distraído y, aunque no me ignoraba, sí se mantenía más callado de lo habitual.

Yo, por mi parte, acaricié la superficie de mármol mientras buscaba las palabras para decir lo que me rondaba la cabeza. Tras un momento de duda, decidí soltarlo. En cuanto Bret terminó de desocuparse y comenzó a estirarse, me giré de golpe hacia él. Como me daba la espalda, no pude ver su rostro, pero sí fui testigo de la tensión inmediata que recorrió su cuerpo y llenó la habitación.

—¿Y conmigo? —solté con un hilo de voz—. ¿Conmigo sí querrías tener sexo?

Capítulo 36

BRET

No pude evitarlo: mi cabeza se echó hacia atrás al soltar una carcajada.

Me giré hacia ella, encontrándola frente al mesón de la cocina, aferrada a él con sus manos, seguramente temerosa de mi respuesta.

Me acerqué de prisa, sin darle oportunidad de escape al posicionar mis manos a ambos lados de su cuerpo.

Su respiración se puso pesada en cuanto mi pecho tocó el suyo. Sonreí, observándola a profundidad para que se enterara de en qué se había metido al hacer esa pregunta.

—¿Eso es lo que tanto te ha carcomido, Lena? ¿Por qué quieres saber si contigo sí tendría relaciones? ¿Tanta es tu necesidad de sentirte elegida y especial?

Sus ojos se abrieron con sorpresa antes de que su frente se frunciera y sus manos intentaran alejarme. No se lo permití. A veces la realidad dolía, pero no me disculparía por mis palabras cuando eran ciertas.

—Que irrespetuoso, Bret. Estaba bromeando, ¿bien? No tengo ninguna necesidad de nada, mucho menos de algo tan idiota.

Ladeé mi cabeza y sonreí, algo divertido por su defensa, pero también con un poco de ternura.

Se quedó de piedra cuando acaricié un lado de su rostro y bajé un poco más el mío.

—Sí, sí quisiera tener sexo contigo. —Ella resopló y se hizo la digna al erguir su espalda y cruzar sus brazos, poniendo distancia entre ambos. Yo, por mi parte, no me alejé ni tampoco dejé de acariciar su cabello.

—Bueno saberlo, pero yo ya no quiero —dijo y mi sonrisa aumentó el doble o el triple a la vez que volví a reír.

—¿Y es que antes lo querías? —pregunté con burla.

Era increíble lo que una mente confundida y distraída podía revelar.

Sus mejillas de inmediato se encendieron. Incluso sus ojos se aguaron de inmediato por la vergüenza. Lena podía mentirse todo lo que quisiera, sin embargo, sabía que su corazón podía estar muy dolido y todo, pero no podía negar que había química entre ambos desde el primer momento, que su cuerpo llamaba al mío y el mío al suyo, que sus ojos no se desviaban a mis labios o a mi cuerpo solo porque le pareciera atractivo. Nos gustábamos, era innegable, mucho más cuando la tensión crecía siempre que estábamos juntos, cerca. Ella podía decir que esa tensión se debía a su molestia por mí, pero era muy identificable cuando un cuerpo rechazaba a otro y cuando, por el contrario, lo llamaba.

—¡No! —se apresuró a decir, incluso en un tono alto.

—¿No? Entonces imagino que no te importará esto… —susurré a medida que acercaba mi boca a la suya, solo para moverme hacia su mejilla, cerca de su comisura.

Ella suspiró y cerró los ojos.

—No, no me importa —susurró con voz muy afectada.

Mi mano abandonó su cabello para tocar su pierna, cerca de su glúteo. El aire abandonó sus pulmones de golpe, aunque intentó recuperarlo con una inhalación ruidosa.

Subí otro poco más mi mano y rodeé un poco su culo, en ningún momento perdiendo de vista sus labios y sus ojos, los cuales se abrieron cuando no me moví más.

—¿Y esto te importa? —pregunté, necesitando tener su aprobación, aunque estaba tan afectada que solo pudo negar con su cabeza y suspirar.

Sonreí de nuevo y moví mi mano a una zona mucho más atrevida. Al sentirme en su entrepierna, me miró con pánico, deliberando si eso estaba correcto o no.

Yo no me alejé, pero sí me quedé quieto, solo observando sus ojos fijos en los míos, hasta que moví mi pulgar sobre el punto en el que creía le daría mayor placer.

Sus ojos se entrecerraron y ella no encontró mejor sostén que llevar sus manos a mi pecho y apretar, en vez del mármol de la cocina, la tela de mi abrigo.

Reí y escondí mi nariz en su cabeza gacha, oliendo su aroma sin dejar de acariciarla con mis dedos sobre la ropa.

—¿Y esto te importa? —susurré. Ya el dolor lo sentía yo. Era excitante saber que la estaba masturbando, escuchar su respiración pesada y que tal vez eso nos llevaría a más, aunque fuese a algo solo físico.

Sin embargo, sin que yo lo esperara, empujó mi pecho, separándome de ella. Yo, por supuesto, no puse objeción, aunque sí quedé algo confundido.

Ella me observó, lamiendo sus labios, y temblorosa. Negó antes de tomar camino.

Escuché uno, dos pasos antes de girarme para observar, solo que me encontré con su espalda detenida. Luego, ella se giró, sus labios entreabiertos, ojos dilatados y respiración irregular.

Solos nos miramos por un instante, pero en cuanto ella dio un paso de nuevo hacia mí, interpreté su gesto y di el faltante para su encuentro.

Nuestros labios se encontraron con una fuerza brutal. Creo que incluso sentí el sabor metálico de la sangre en mi boca, pero lo único que me importó en ese instante fue subirla a la encimera para dejar que mis manos recorrieran su cuerpo a su antojo.

El gemido que soltó contra mis labios me hizo gruñir; me apresuré a despojarla de su abrigo. El mío también cayó al suelo con un sonido que ignoramos, justo antes de sentir cómo sus manos sacaban mi camisa del pantalón, buscando desesperada el contacto con mi piel.

Bajé por su cuello, alternando lamidas y besos voraces hasta llegar a su blusa. Eso tenía que desaparecer de inmediato, pero me detuve un instante, esclavizado por un recuerdo que creía haber sepultado en el olvido.

Pero quise seguir. No me importaba nada, solo quería unirme a Lena, sentirla, que ella me sintiera y probar, por fin, ese cuerpo que me había obsesionado por más de un año.

No se quejó cuando desnudé su cuerpo, solo me observó soltando pequeños sonidos cada que hacía algo que le gustaba y enredando sus manos en mi cabello, en especial cuando me trasladé a sus piernas y las besé en mi camino cuesta arriba.

Si de excitación se trataba, no habría necesitado más que un roce para deslizarme en su interior; estaba tan empapada que mis dedos apenas encontraron resistencia. Pero yo no quería solo eso. Quería verla romperse bajo mi lengua.

Me hundí entre sus muslos con una urgencia animal, saboreando su esencia mientras mi lengua trazaba círculos lentos y firmes que la hicieron arquear la espalda contra el mármol frío de la encimera. Sus piernas, temblorosas, intentaron cerrarse sobre mis hombros en un acto reflejo de rendición, pero yo las mantuve abiertas, obligándola a recibir cada una de mis embestidas húmedas.

Lena soltó un grito que ahogó rápidamente contra el dorso de su mano, pero sus dedos, enredados en mi cabello con una fuerza desesperada, me decían todo lo que necesitaba saber. La miré desde abajo, disfrutando de la visión de sus pechos subiendo y bajando con violencia y sus ojos en blanco, perdidos en un abismo de placer puro. Me detuve justo cuando sus espasmos empezaban a sacudirla, dejándola suspendida en ese borde agónico donde el placer duele.

Me observó con la mirada nublada por la lujuria, jadeando, mientras yo me despojaba del pantalón con una mano y mantenía la otra firme sobre su muslo. Al dejar mi virilidad libre, palpitante y lista para reclamarla, el aire en la cocina pareció incendiarse.

Saqué el preservativo y, con un esfuerzo de voluntad que me hizo tensar cada músculo, me detuve a milímetros de su entrada. La obligué a mirarme, a reconocer el hambre en mis ojos, antes de hablar como si no pasara nada.

—¿Y esto te molesta? —Ella, con la respiración entrecortada, soltó una risa ronca antes de dejarse caer por completo sobre la encimera.

Sonreí con suficiencia y me acerqué para aferrar sus caderas y terminar de acomodarla. Hacerlo en una cocina no era lo más

salubre ni lo más cómodo, pero no me importaba; no conocía la cabaña y no pensaba perder ni un segundo buscando la habitación.

Lena no era una novata, y su cuerpo estaba tan entregado que no necesité ser precavido al deslizarme dentro de ella. Pocas veces en mi vida había experimentado una sensación tan abrumadora de plenitud; fue algo eléctrico, y podía asegurar que ella sintió lo mismo.

Me buscó la boca, desesperada, y yo me hundí en ella sin reservas.

—¿Dónde quedó la chica que juraba que nunca se acostaría conmigo? —susurré contra sus labios.

Aunque lo dije en broma, su cuerpo se tensó bajo el mío. Por un instante pensé que se apartaría, pero en lugar de eso, cambió de posición con una agilidad que me incendió la sangre. Se apoyó contra la barra, ofreciéndome su espalda y su rendición, dispuesta a seguir.

Sonreí, trazando una caricia lenta por su columna antes de retomar el ritmo. Me incliné sobre ella para besar la curva de su hombro y luego susurrarle al oído una promesa que sonó casi como una sentencia:

—Voy a hacer que disfrutes cada segundo de esta noche, Lena. Te lo juro.

Capítulo 37

LENA

Era consciente de que mientras yo pensaba, Bret estaba en el sofá frente a mí, dibujándome. No me importó estar desnuda porque estaba cubierta con la colcha de la cama, bocabajo, mi pecho sobre una almohada.

Me sentía mal. Podría haber pensado que era la idea de serle «infiel» a Thiago la que intentaba ganar terreno en mi cabeza, pero no era así. De hecho, yo misma trataba de darle fuerza a ese pensamiento sobre mi ex para no enfrentar lo que de verdad me atormentaba. Aunque no podía negar que, en parte, me pesaba haberme dejado llevar de esa forma con Bret cuando apenas hacían unos días de mi ruptura.

No llevaba ni dos semanas sola y ya había hecho algo que me juré, años atrás, nunca hacer: me había acostado otro hombre en plena etapa de despecho. Sentía que había fallado a mi propia regla de oro.

Pero eso no era lo que me tenía con el ácido en la boca.

—¿Te arrepientes? —Parpadeé para salir de mi mundo y poder fijar mi vista en Bret. Él no me observaba, estaba concentrado en su cuaderno.

Suspiré, con ganas de sacar de mi mente todo lo que temía, sin embargo, allí sí estaba el recuerdo de Thiago al enojarse cuando yo intentaba expresarle alguna inseguridad.

—No es nada —dije. Allí, él sí me miró.

Su pecho estaba desnudo porque solo tenía un pantalón de pijama. Un cigarro estaba prendido a su lado, lo que llenaba la habitación con un olor no tan agradable, aunque lo soportaba, en especial porque estaba cerca del ventanal abierto.

Que sus ojos se toparan con los míos me hizo recordar el fabuloso momento que había tenido. Era solo mover un poco las piernas o apretar solo un tanto los muslos para que estuviera a punto de venirme de nuevo. Hacía minutos que estábamos en silencio, luego de limpiarnos, pero seguía con la sensación húmeda entre mis piernas. Sin duda, el mejor sexo que había tenido. Incluso podía seguir, pero entendía que los hombres no rendían para toda la noche.

—Puedes tomar este momento como si estuviéramos en el estudio y decirme lo que quieras.

—¿Incluso si eso tiene que ver contigo? —pregunté y eso bastó para que frunciera su frente y dejara a un lado su dibujo.

—En especial si tiene que ver conmigo. Lena, ¿todo bien?

Me quedé en silencio, quizá preocupándolo más, hasta que me relajé. De todas formas, no tenía relación con Bret. Una semana más y nos alejaríamos, ¿por qué me importaría decir lo que pensaba por temor a una pelea sin sentido?

—¿Tuvimos sexo solo para tú probar un punto? ¿Solo para sentirte bien contigo mismo al hacerme caer por ti? —susurré, porque así me había sentido.

Como la estaba pasando bien, no paré el encuentro, sin embargo, eso quedó grabado en mi mente porque lo sentí como una burla a mis intenciones, a mis límites, a mí misma.

Él se quedó sorprendido por unos segundos antes de negar.

—Claro que no, Lena, ¿qué te hace pensar eso? —Se acercó a mí, así que me senté para hablar cara a cara.

—Lo que dijiste de que dónde había quedado la chica que no se acostaría contigo. Lo sentí como burla. —Él asintió.

—Es que lo fue —dijo. Exhalé una risa y lo golpeé en el pecho con suavidad. Él, aprovechando el movimiento, tomó mi mano y me haló con fuerza hacia donde él. Se recostó en la cama, conmigo encima—, pero solo fue una broma, no hay más allá. ¿Crees que, si lo fuera, seguiríamos aquí? Si hubiera sido para doblegarte, ya habría encontrado forma de deshacer todo eso, pero no lo haré.

Se encogió de hombros y yo sonreí, un poco más tranquila de que lo que hicimos no hubiera sido solo él utilizando mi cuerpo. Ni siquiera sabía si tenía sentido o no, pero yo era una persona muy temerosa y que respetara mis dudas se sentía… bien.

Me apoyé en su pecho y lo miré con una sonrisa.

—Tenemos un contrato, no podrías romperlo. —Él rio.

—Lena, tengo dinero para pagarte la indemnización si ese fuera el caso, pero no lo haré, de verdad que no.

Asentí y no dije nada más por un rato en el que él solo acarició las ondas de mi cabello.

Había visto que hacer eso le gustaba y no sabía si era por la relajación de mi cuerpo y el subidón de hormonas por los orgasmos, si por el ambiente y el silencio o por qué, pero estaba muy cómoda, a pesar de la desnudez y a pesar de la poca confianza que tenía con Bret, supuestamente.

—¿Te puedo preguntar hace cuánto no tenías relaciones? O, mejor dicho, si no lo tenías con las mujeres que contratas para pintarlas, ¿entonces con quién sí?

—Contrato prostitutas. —La seriedad con la que lo dijo me hizo mirarlo con el mismo sentimiento.

—¿Es en serio? —pregunté, alejándome un poco, pero allí él comenzó a reír y aprisionó mi cintura con sus manos.

—No. Por Dios, Lena, debes dejar de tomarte todo tan en serio. Con algunas, muy pocas, sí he tenido, y he tenido algún revolcón casual en algún evento o cosas similares, siempre sobrio, pero hace mucho no estaba con una mujer.

Me quedé en silencio, analizando sus palabras.

—Eres un hombre muy extraño, Bret. ¿Por qué eres así? Tienes engañado a todo el mundo con tu forma de ser. —Él se encogió de hombros con una sonrisa suave pendiendo de sus labios.

—Porque yo no tengo que agradarle a nadie, Lena, solo a mis amigos y, en su momento, a mi familia.

No supe si era el momento o no, pero no pude evitar agachar un momento la cabeza, con vergüenza de preguntar lo que estaba a punto de salir de mis labios.

—¿Qué pasó con tu familia? —susurré y él perdió la sonrisa antes de tomar una respiración profunda y quedarse pensativo.

—Ashton y yo tenemos muchas cosas en común, por eso es mi mejor amigo. Toda mi familia murió, al igual que la suya. Mis padres con mis abuelos; solo quedó una tía. Ella terminó de criarme, fue quien pagó mi universidad y me dio todo, pero murió también hace unos años. Creo que todas las personas que he querido han muerto, casi como si tuviera una maldición encima.

Mi corazón se hundió en mi pecho. Yo era muy sensible, así que escuchar la tristeza en su voz y verla en su rostro me partió el alma, y también explicó mucho de su actitud.

—No quiero parecer intensa, pero ¿por eso no te enamoras? ¿Temes perder a esa persona? —Él negó.

—He tomado terapia, hace años. No puedes decirle nada de esto a nadie, Lena, más allá del contrato, nadie más sabe estas cosas. Ni siquiera sé por qué te las estoy diciendo, pero estoy confiando en ti más que en cualquiera. —Esperó que asintiera antes de suspirar de nuevo, ver el techo y continuar—. A mí no me da miedo enamorarme, solo no ha pasado. Y ya me acostumbré a estar solo, pero creo que confío en ti porque me has hecho recordar lo que es estar en familia, aunque sea pequeña. Yo no crecí teniendo dinero, no mucho. Lo que tengo lo conseguí con mi trabajo en la empresa de Ashton y jugué bien mis cartas, eso sí lo hice por temor a quedarme sin nada, pero, por dedicarme a mis empresas, olvidé lo que es la verdadera compañía. Había olvidado lo que es desayunar en casa con una persona a la que no le estoy pagando por ello o que no sean mis amigos, que alguien se preocupara por hacerme un simple té y conversar… esas cosas las había olvidado.

Limpió una lagrimilla que salió de mis ojos. Reí, avergonzada por estar llorando, pero esa risa se convirtió en más llanto que él volvió a limpiar.

Quise bajar la tensión con una broma, aunque terminé cagando más la situación.

—Tú te llevas bien con los bebés, ¿no has pensado tener uno para volver a esas situaciones familiares? —dije en tono jocoso, bromista, aunque nasal por el llanto.

Pensé que Bret devolvería la broma, que se reiría y jugaría con ello, pero una nunca alcanza a saber la gravedad de las heridas de las otras personas ni sus vivencias. Esa noche, Bret terminó por dejarme en jaque, destruida por completo y sintiéndome culpable por todo lo que había dicho y creído de él.

Me observó con profundidad y mucha seriedad, una mueca de tristeza en sus labios.

—Yo ya soy padre, Lena, soy papá de un bebé que no logró nacer y te aseguro que no volvería a pasar por lo mismo solo para no sentirme solo.

Capítulo 38

LENA

Mi reacción fue reír como una exhalación incrédula, porque no le creí en su momento.

—¿Qué significa eso? —pregunté, pero su seriedad y su ceja levantada me dijeron que sí, lo que yo estaba pensando era cierto, así que esa incredulidad pasó a ser una desazón por completo. Me acerqué más a su rostro, cubriendo mi cuerpo desnudo—. Bret, ¿estás hablando en serio? —Él asintió y yo me quedé sin hablar por otro segundo más—. Pero ¿cómo? ¿Cómo es que nadie sabe de eso?

Él se encogió de hombros.

—Pasó hace mucho, antes de que le pudiese interesar a cualquiera.

—Pero ¿y tus amigos? ¿Y Ashton y Max? ¿María?

Su mirada se perdió por unos momentos, mientras suspiraba y pensaba.

—Ellos me conocieron siendo un Bret. No quiero que los demás me tengan lástima, mucho menos que eso se vaya a filtrar a los medios. Ellos tienen sus vidas, siempre los molesté con el tema de la familia, los hijos, no les puedo decir ahora que yo fui el primero de todos en saber lo que es que tu… novia te diga que está en embarazo. Además, esa es una etapa de mi vida que quiero mantener enterrada, Lena. No me agrada pensar en eso.

—¿Y la mamá? Dijiste que novia, o sea, sí has tenido novia, ¿qué pasó con ella? —Su rostro se terminó por cerrar. Sus manos,

antes tiernas, se volvieron algo rudas al separarme de su cuerpo, o al menos intentarlo.

—Ya te conté mucho, Lena, de verdad no quiero insistir con el tema.

Las palabras murieron en mi boca. Me hice a un lado para darle espacio. Pensé que volvería a tomar su posición en el sofá para seguir dibujando, sin embargo, lo que hizo fue tomar todo.

Me desilusioné un poco.

Con Thiago nunca hubo momento de arrunche luego del sexo, pensaba que con Bret sería diferente porque al menos la atmósfera de intimidad había estado.

—¿Te vas a ir? —pregunté, tapándome el pecho otra vez con el cobertor.

Bret frunció el entrecejo con confusión.

—Sí, ya está tarde. Te dejaré esta habitación, yo utilizaré la otra. Descansa, Lena.

Se acercó y solo me besó la frente, sin tomar —o quizá sí, pero ignorándolo— mi indirecta, para mí muy directa, de que quería que durmiera conmigo.

Salió cerrando con suavidad. Al verme sola, me dejé caer en la cama y tapé mi rostro.

—Soy una tonta, ¿a mí qué me importa su vida personal? —me dije a mí misma, regañándome, aunque no tenía sentido hacerlo.

Miré el techo, suspirando, y pensé en un hombrecillo con el corazón roto por haber perdido un bebé, pero la curiosidad me mataba. ¿Qué había pasado? ¿Y qué edad tenía él cuando pasó? Si

sus amigos no sabían nada y a ellos los conoció en la universidad, debía haber estado muy pequeño.

«Al menos lo suficiente para no tener que contar su vida pasada».

Recordé las palabras de María, teniendo que darle la razón en lo que había dicho: Bret sí guardaba secretos y, ahora, podía ver que también mucho dolor.

De solo pensar en su desafortunada vida, mis ojos se llenaron de lágrimas por la compasión. Eso explicaba tanto. Todo su contexto explicaba mucho su forma de ser. Bret solo tenía una coraza muy difícil de romper.

«Pero lo ha intentado conmigo».

Me levanté para ir al baño y vestirme, por fin.

Me puse mis cremas, me peiné para dormir, alargué mi rutina solo para intentar despejar mi mente de la imagen de Bret con un bebé o con una mujer sin rostro embarazada. Cuando por fin me fui a dormir, no pude hacerlo.

Quise mucho tomar mi teléfono para hablarle a Zoe, me respondiera a la hora que fuera, pero no le podía contar nada, no solo por el contrato —que incumplía un poco con ella, porque le contaba muchas cosas—, sino también por Bret. Él había confiado en mí y eso significaba más que incluso el contrato. Así que, en vez de eso, me puse a hacer lo que debí hacer desde un principio: buscar a Bret y todo lo que se decía en los medios de él.

El primer enlace me llevaba a una noticia de nosotros dos que llamó mi atención porque su titular era *«La nueva pareja de Bret Dufort, ¿un trato diferente o una amistad antigua?»* En él decían algo que hizo que mi corazón se encogiera. Al parecer, Bret no solía salir con sus modelos, no si no eran eventos en donde él requiriera

compañía, así que nuestra caminata con Coco no pasó desapercibida, mucho menos nuestra salida a la discoteca. La nota estaba nueva, solo llevaba unas horas publicadas, pero me quedé más de una hora recopilando información, viendo a las diferentes mujeres a las que Bret había retratado, también vi su biografía, pero él nunca había dado declaraciones expresas de ella, por lo que esa información era muy superficial, poca. Todo lo que decía la nota era confirmado por lo que logré ver.

Eso no me hizo sentir mejor, de hecho, me puso un peso encima porque confirmé que solo lo había juzgado, y muy mal.

Logré dormir algo durante la madrugada, pero fue un descanso breve; mi cerebro no dejaba de rumiar la misma idea. Los días anteriores, lo que me robaba el sueño era la ansiedad de procesar el fin de mi relación con Thiago: lo que él hizo bien, lo que hizo mal y mis propios errores. Sin embargo, no fui consciente del momento exacto en que ese tormento fue reemplazado por una sola pregunta: ¿cómo podía hacer sentir mejor a Bret?

Creo que lo que decía Zoe era cierto: no estaba enamorada. Lo que necesitaba era sentir que le importaba románticamente a alguien y, aunque no lo admitiera en ese momento, Bret fue la pieza clave para superar el sinsabor que Thiago me había dejado. Sé que debería bastarme con saber que soy suficiente, que merezco amor y cuidados por mí misma, pero que otra persona me lo hiciera sentir... era un abrazo directo al corazón, y yo quería retribuirlo.

Por eso, en cuanto dieron las siete, me levanté y me dirigí a la cocina. Busqué entre las provisiones que María —siempre dispuesta a cumplir cada capricho de su jefe— había comprado para nosotros. Pero al entrar y ver la encimera y la barra, los recuerdos de la noche anterior se desplegaron en mi mente como una avalancha.

—Tengo que limpiar primero —susurré, quizá para intentar eliminar los recuerdos de mis gemidos gracias a Bret y sus

movimientos.

Cerré los ojos y respiré. No sabía si ese momento se repetiría, pero quise creer que sí.

Encontré para hacer un desayuno sencillo, así que, mientras el café estaba, me puse manos a la obra antes de que Bret despertara.

En tanto yo limpiaba el mármol, a mi mente llegaban preguntas que quizá no debían estar allí. Me pregunté, por ejemplo, una y otra vez, cómo hubiera sido despertarme entre sus brazos, aunque, a decir verdad, era incómodo y casi que imposible que alguien te abrazara toda la noche, aunque despertar al lado de un hombre, en mi caso, era un acto tan íntimo, que incluso me sonrojé de pensarlo. Por Dios, había tenido sexo con él, ¿qué tanto era despertarse a su lado?

Pero sí era diferente. Yo lo sentía diferente.

—Veo que amaneciste activa hoy. —Miré de inmediato a Bret cuando lo escuché. Reí, algo nerviosa y dejando de revolver los huevos.

—Ah, sí, es que… me he levantado temprano los últimos días, debe ser la alineación de los planetas o algo. —Él llegó a mi lado y, cuando pensé que se iba a inclinar para besarme, lo que estaba esperando, solo se inclinó para alcanzar la cafetera y llevarla hacia el lugar donde estaban los pocillos.

Se sirvió su café mientras recostaba su cadera en la barra, sin mirarme.

Intenté concentrarme, entonces, de nuevo en el desayuno.

—¿Y tú dormiste bien?

—Pocas veces se duerme mal luego de tener sexo. Saldremos hoy, en alguna de las maletas debes tener ropa de abrigo y todo lo necesario. Iremos a esquiar. —Asentí y seguí con lo mío. No quería hablar, no quería ver su indiferencia, sin embargo, continuó algo dubitativo—. ¿Estás cocinando para ambos?

Eso me hizo sonreír y poner los ojos en blanco. Como respuesta, abrí el gabinete que contenía los platos y saqué dos.

—¿Te gusta tu pan con mermelada o con mantequilla? —pregunté luego de tomar ambos botes y mostrárselos cuando me giré. Él me observó y yo, como respuesta, sonreí un poco.

Él también tuvo la intención de sonreír, pero mitigó su sonrisa para acercarse a mí. La intensidad de sus ojos me dejó atontada, aún con los frascos en cada mano, solo observándolo.

—Faltan pocos días para que se termine el contrato, ¿cómo quieres que manejemos esto?

Entendí que por «esto» se refería a la relación entre ambos. Me alegró que pusiera la decisión en mis manos, al menos la primera parte. Mi corazón galopó mucho más rápido, no solo por sus palabras, el temor de equivocarme o su cercanía, sino también por su atrayente presencia que logró que mi mente se dividiera entre lo que debía responderle y lo que quería hacer, pero tenía mi respuesta clara y eso podía llevar a un desenlace que saciara mi mente de los pensamientos soeces.

—Bueno, pues… me gustan los besos —susurré lo mejor que pude porque él de verdad lograba desestabilizarme. Él asintió y, sin que yo lo esperara, se inclinó para tener a disposición mi cuello para trazar un camino de besos desde allí hasta mi oreja. Cerré los ojos y lamí mis labios, concentrándome solo en el momento.

Salté cuando los frascos cayeron de mis manos. Por fortuna, ninguno se quebró, lo supe cuando Bret se rio y se separó de mí

solo para tomar mis caderas e impulsarme hacia arriba para sentarme frente a sí, teniendo cuidado de no estropear el desayuno a mi lado.

—Bien, a mí también me gustan los besos, pero no soy mucho de darlos —admitió y yo asentí. Eso tenía sentido: no estaba acostumbrado.

Mi entrepierna cosquilleaba y estaba húmeda, un indicio claro de qué otra cosa debía pedir.

—Y me gusta el sexo. —Él sonrió, lascivo. Esperé a que se acercara y me diera lo que le estaba pidiendo, pero no lo hizo, en su lugar, se agachó y tomó los frascos, riendo.

—Se va a enfriar el desayuno, Lena. A mí me gusta el sexo también, pero me gusta más mi comida caliente —dijo. Pensé que iba a hacer lo mismo que hizo con el café, eso de inclinarse para tomar su plato, y lo hizo, pero también se acercó a mi oído para susurrar—: entonces, mantente igual de caliente o más para después del desayuno y esta tarde. —El aire se fue de mis pulmones. Él solo se dio la vuelta para ir hacia el comedor—. Ah, y me gusta más la mantequilla. No soy amante del dulce por la mañana.

Capítulo 39

LENA

Cambiar de tema con Bret era fácil. Estar con él lo era. La pequeña incomodidad había pasado y ya conocía otra cara de él que, de nuevo, también me gustaba.

Grité cuando los esquíes tomaron más velocidad de que la me sentía segura. Por inercia, impulsé mi cuerpo hacia donde sabía que estaría protegida: el cuerpo de Bret.

Él estaba riendo por mi torpeza. No dudó en tomarme, aunque eso implicó que ambos cayéramos.

—¡Eso es peligroso! —dijo el instructor que me estaba enseñando.

—Debiste enseñarme tú, ese hombre grita mucho —susurré solo que para Bret me escuchara. Mi compañero se rio y me ayudó a levantarme porque con todo el equipo era algo difícil.

—Yo no tengo la paciencia para enseñarle a alguien algo, Lena.

—Él tampoco es que la tenga —rebatí con una sonrisa antes de girarme al otro hombre solo para escuchar su regañina por haberme tirado hacia Bret, pudiendo herirnos.

Luego de minutos con la diatriba y de que yo le enviara un pedido de ayuda a Bret, rio y se acercó al instructor, sacando su cartera del bolsillo de la chaqueta.

Vi que sacó un par de billetes de alto valor y se los tendió.

—Lo entendimos, no te preocupes. ¿Por qué no nos dejas solos? —Él dudó, pero tomó el dinero.

—Señor Dufort, si les sucede algo, el primer implicado sería yo.

—Comunícate con mi asistente, tienes su número, y avísale mi decisión, pero estaremos bien. Gracias por tu ayuda.

Con algo de renuencia, se fue.

Me quité las tablas para estar más cómoda y solo me dejé caer en la nieve. Me quité las gafas y observé a Bret mientras se sentaba a mi lado.

Llevábamos horas allí y había descubierto que era un desastre esquiando, pero me había divertido mucho.

—Te quemarás el rostro. —Reí porque él también se había quitado sus gafas y no tenía nada para proteger su cabeza.

—Tú también. —Sonrió un poco—. Gracias por el día. La he pasado muy bien, aunque lamento que no hayas podido ir a esquiar tú.

Él le restó importancia con un encogimiento de hombros.

—Quería que disfrutaras tú. Yo me reí viéndote caer, eso cuenta como diversión para mí.

Me quedé en silencio, solo observándolo hasta que suspiré y me senté solo para estar más cerca de él. Puse mi rostro cerca, esperando un beso, pero él solo me miró.

—¿Qué? —Resoplé y corrí su rostro hacia mi boca solo para un besito casto.

—¿Cómo es que no sabes lo que significa ese acercamiento? —Él negó, incrédulo.

—Vamos a dentro a tomar chocolate. ¿Te gustaría quedarte hoy aquí o nos devolvemos a la cabaña?

Miré detrás de mí y, aunque en su mayoría veía nieve, sí recordaba la cabaña de allí. Negué.

—Devolvámonos, mejor. Lo que tenemos aquí lo tenemos allá, y más privacidad.

Él arqueó una ceja.

—¿Para qué quieres más privacidad? —Reí y tosí porque sentía un poco de frío en los pulmones. Esa fue mi única respuesta.

Me calcé las paletas para poder caminar más «a gusto», aunque se hiciera incómodo, y comencé mi camino de subida, con cuidado, sin embargo, no llevaba mucho de haber comenzado cuando algo se estrelló en mi espalda, algo que sabía muy bien qué era.

Me giré, boquiabierta, y pillé a Bret con otra bola de nieve en sus manos, la cual me lanzó en cuanto me tuvo por completo de frente.

—Oh —dije mientras reía—, ¿nos vamos a poner en esas? —pregunté a medida que me rebajaba para tomar yo misma un poco de nieve y lanzarlo.

Bret rio cuando mi pobre bola de nieve no lo tocó, aunque en medio de su risa tomé un puñado no muy bien armado y se lo tiré, esta vez dando el blanco. Se quejó por el frío, pero también rio.

Parecía un niño pequeño y a mí, personalmente, me gustó eso.

Grité e intenté ocultarme cuando una bola de su parte impactó cerca de mi hombro y se desintegró en mi cara. Eso, lejos de enojarme, comenzó una guerra de bolas de nieve entre los dos, en la cual, obvio, salí perdiendo, no solo por mi pésima puntería, sino

también por los implementos que tenía en mis pies que no me dejaban mover con facilidad, al menos no a la que estaba acostumbrada y por ello terminé riendo, tirada en la nieve luego de haberme tropezado.

Bret apareció sobre mí, también sonriendo, pero a la vez negando.

—Pareces un pato. Vamos mejor, se nos hará tarde. —Me tendió la mano y me ayudó a levantar y, luego, a caminar para alcanzar la cabaña donde teníamos el auto y el resto de nuestras cosas.

Me subí al auto con una sonrisa que intentaba camuflar para no hacer muy creído a Bret, pero él, cuando cruzamos miradas, también me sonrió, grande, sin temor. Eso me sentó bien, sin embargo, en cuanto comenzamos el camino y nos quedamos en silencio, ambos en nuestros pensamientos, mi mente me lanzó una alerta.

«¿Qué estás haciendo, Lena?»

Para mi sorpresa, fue Bret quien se encargó del chocolate, pero no cualquier chocolate desabrido, no, se encargó, incluso, de poner masmelos en el mío, aunque no en el suyo.

—Creo que te gusta el dulce: elegiste la mermelada antes que la mantequilla y en el hipódromo te pediste un postre que se veía muy dulce, así que, aquí tienes. —Su comentario me hizo sonreír y también pensé por un instante que me prestaba mucha atención para ser un hombre.

Thiago, creo, nunca se había fijado en esas cosas.

Estaba en el jacuzzi, así que dejé el chocolate en el borde, segura de que no se caería, luego de darle un sorbo mientras esperaba a Bret, quien también había dejado el suyo allí.

Sonreí cuando agarró mi cintura y me dio la vuelta de nuevo.

—Ahora sí… —dijo a la vez que se acercaba a mi boca. Yo lo recibí con gusto, rodeando su cuello con mis brazos y su cadera con mis piernas.

Un pequeño suspiro se me escapó cuando su boca llegó a la mía con suavidad, nada parecido a la noche anterior.

Su mano me acarició por debajo del agua, sin prisa, aunque yo tenía nada más con su cercanía para sentirme mojada, sin tener en cuenta el agua a nuestro alrededor.

Mi mente ya se había ido hacia otro lugar, hacia las caricias de Bret en mi cuerpo.

—¿Vamos adentro o te tomas la pastilla luego? —susurró en mi oído y yo, en el afán, respondí lo primero que se me vino a la mente.

—Me tomo la pastilla —respondí y él, confiando en mí, asintió. Eso fue lo único necesario para sentir su miembro en mi entrada, corriendo la tela del bikini, sin juegos previos, pero tampoco necesarios en ese instante.

Con sinceridad, yo misma me estaba creyendo una facilonga. ¿Cómo es que Bret lograba encenderme tanto? ¿Eso acaso era una clase de venganza contra Thiago? Me negaba a creer que él me atrajera tanto como para volverme líquido con un solo toque, es que ni siquiera eso: solo bastaba su cercanía para que mi entrepierna comenzara a doler, necesitada.

Ambos gemimos ante esa primera intromisión. No sé si eso pasaba o pasaría siempre, pero estaba amando esas primeras penetraciones.

Bret desabrochó mi sostén mientras bombeaba dentro de mí solo para tener acceso a mis pechos, los cuales apretó con suavidad

y jugó con mis pezones entre sus dedos. Yo rompí el beso solo para poder ver sus ojos.

Mirar fijamente a una persona mientras estaban teniendo relaciones era un acto tan íntimo, tan vulnerable, o al menos así lo veía yo, pero no me importó, lo quise tener con él y sus ojos dilatados y algo rojos, sus pestañas mojadas y cejas en un rictus de placer. Él también me miró. Yo ese gesto lo sentí tan fuerte y amenazador para mi corazón que solo fui capaz de meter mi rostro en su cuello y esconderme allí. Mentiría al decir que luego de ello solo me concentré en el vaivén de los cuerpos, en cómo se sentía mi interior con ello o con la forma de sus manos de apretar mi cintura mientras me guiaba y disfrutaba, pero lo cierto es que sí, sentí mucho placer por el mero acto físico, pero en todo momento tuve su mirada en mi mente.

Por eso, cuando lo sentí derramarse dentro de mí y volvimos a mirarnos, algo dentro de mí se quebró.

Eso estaba mal, muy mal. Yo acababa de salir de una relación y él, sospechaba, no quería ninguna. Eso iba a terminar muy mal, más para mí que, a mi pesar, me involucraba mucho y con mucha facilidad.

Capítulo 40

BRET

Tenía mucho miedo.

Miré una vez más a Lena, pero estaba muy tranquila en el asiento del copiloto de camino a mi *penthouse* luego de nuestro viaje. No sé si notaba mi perturbación y se hacía la loca o si de verdad era tan bueno ocultando lo que sentía. Íbamos en silencio, cada uno en sus pensamientos y los míos siempre se iban hacia un lugar: la maldita pastilla del día después.

Yo no podía relajarme del todo y suponía que me esperaban días largos por delante hasta no saber que le había bajado a Lena. No podía olvidarme de que Samanta, la segunda hija de Ashton, era producto de una pastilla que no funcionó.

Frené en la farmacia, ante la sorpresa de Lena, quien observó a su alrededor antes de mirarme a mí.

—La iba a comprar apenas saliera de tu apartamento. —Yo negué. No es que no confiara en ella, pero debía asegurarme de que se la tomara.

Mierda, era un hombre ya muy grande, ¿qué hacía dejándole a la suerte y a una bomba de hormonas mi futuro?

Miré a Lena por un momento antes de abrir la puerta del auto.

—Espérame aquí, no demoro.

No dudaba que Lena fuera una buena madre en el caso de que no funcionara, pero… no me sentía listo. No podía arriesgarme a que

sucediera lo mismo que con Rebecca, aunque Lena era Lena…, pero estaba triste por su relación fallida.

Resoplé y aceleré mi paso. Debía terminar con ello pronto.

Con toda la profesionalidad del mundo, la dependienta me despachó en un instante. No solo compré la pastilla y el agua, también le llevé unos chocolates para que no se sintiera tan mal.

Le entregué todo en cuanto volví al auto. Ella abrió la bolsa en silencio y sonrió un poco al ver los chocolates, pero luego los ignoró para tomar la pastilla y el agua.

—Con eso hay riesgo de que vomites, ¿no es así? —Ella asintió mientras le daba un sorbo largo al agua.

—Puede pasar, pero no me ha sucedido. —Cerró la botella y me miró luego, a la expectativa. Después de pensarlo un rato, suspiró y, para mi sorpresa, me tomó de la mano—. Bret, yo soy muy regular y, aunque dejé las pastillas hace poco, no creo que haya estado en mis días fértiles. La pastilla es un seguro más, pero no creo que haya posibilidades de un embarazo.

Lamí mis labios sin separar mis ojos de ella. Apreté su mano y, aunque no me quedaba tranquilo, lo agradecí. Ella me soltó y abrió el paquete de chocolates y me tendió uno. Me negué al principio. Eran para ella, si hubiera querido, me habría comprado un paquete o todos los que quisiera para mí. Pero logró convencerme y ¿qué daño hacía compartir un solo bocado? Creo que no era ni siquiera el chocolate, era el compartirlo conmigo, con ambos.

Luego de esa diligencia tan importante, partimos hacia el *penthouse*, de nuevo, en silencio.

—¿Tú entonces no querrás tener hijos a futuro? —preguntó en determinado momento, sin mirarme. Y esa era una pregunta que yo

mismo me había hecho muchas veces, pero seguía sin tener respuesta.

Volteé a mirarla por solo un instante, menos de un segundo. El semáforo, que había estado en rojo, cambió, dándonos paso.

—No lo sé, Lena. Diría que sí, pero tengo mis restricciones en ese tema.

—¿A qué te refieres? —Me encogí de hombros.

—A que tengo mis reglas. No quiero traer a un niño a este mundo cuando le va a faltar tanto, y no me refiero a dinero, me refiero a un padre, a una madre. Mi familia murió cuando yo estaba muy joven, pero sentí lo que es tenerlos. Mi padre siempre me ayudó con mis tareas y salíamos en familia todos los fines de semana mientras que mi madre siempre se ocupó de mí. Desayunábamos en familia antes de que todos nos dispersáramos en nuestras tareas o trabajos y siempre cenábamos juntos, pero eso me lo dieron porque ellos se amaban —dije y la observé de nuevo. Ella ya había dejado de mirar por la ventana para mirarme a mí—. Si voy a tener hijos, quiero eso: una mujer que ame y que me ame, y esa es la parte difícil de todo eso, mi mayor condición.

Ella se quedó pensativa. Veía en Lena una mujer muy curiosa y, aunque no siempre me gustaba esa característica en una mujer, incluyéndola, entendía que no era algo que pudiese evitar.

—Y tú… ¿amabas a tu antigua novia?

Su pregunta me desarmó y, aunque sabía muy bien la respuesta, igual la pensé un poco. No quería responder, pero Lena no se daría por vencida hasta no tener una respuesta que saciara su curiosidad.

—La amé mucho, Lena, pero no amor romántico. En realidad, no fue mi novia, no en el sentido de la palabra. Era mi amor amiga,

pero íbamos a tener un hijo juntos y, aunque yo no sabía cómo le haría para sostener una familia, ambos necesitábamos una, entonces, si ya teníamos relaciones, tendríamos un hijo, nos apoyábamos en todo, ¿cómo por qué no puedo decir que fue mi novia?

—Porque no se lo pediste, ¿o sí? —Esa pregunta. Esa maldita pregunta hizo doler mi pecho.

Negué.

—No, no alcancé a hacerlo y hasta la fecha no creo que ella hubiera aceptado —revelé.

Lena se mordió el labio y apartó la mirada. No era necesario conocerla mucho para saber que se moría por hacer preguntas, así que yo solo suspiré y esperé a que las lanzara.

—¿Cuántos años tenías tú? —La miré de soslayo, agradeciendo en mi interior que faltaba muy poco para llegar a casa.

—Diecinueve; un pequeño hombrecito que apenas sabía lo que era vivir.

Lena se quedó en silencio por un rato, procesando todo o quizá deliberando si debía preguntar lo que quería o no.

—Yo siempre he querido ser madre —soltó, tal vez para no sentir que solo yo estaba soltando información—, pero siempre me cuestioné si quería hacerlo con Thiago, entonces creo que entiendo tu punto de quererlo, pero no a la ligera.

Entré al complejo de edificios, por fin, y allí la conversación se acabó. Pude respirar tranquilo sin que Lena me cuestionara una y mil veces sobre lo mismo. Tal vez, solo tal vez, llegara el momento en el que tuviera que darle una respuesta, pero en el instante ella solo era una de las mujeres que contrataba para pintarlas y, aunque

Lena podría ser mi amiga, con un contrato de por medio solo la veía como una intromisión, pero, por otro lado, ahí tenía una seguridad: el contrato de confidencialidad que la obligaba a no contar nada.

Dejé el tema así. No respondería a preguntas no hechas, no me volvería vulnerable a son de nada.

Dejamos las maletas en el auto para que alguien las sacara después. En cuanto la puerta se abrió en mi piso, escuché un maullido entre feliz y enojado. Mía ya estaba allí, esperando por mí e ir hacia ella fue lo primero que hice, sin importarme más.

Extrañaba a mi gata, pero solo la llevaba conmigo cuando sabía que tendría compañía la mayor parte del tiempo. Odiaba el hecho de dejarla sola en lugares que ella no conocía, aunque fuera una gata acostumbrada a viajar.

Lena también salió a buscar al suyo, aunque Cloud, al parecer, estaba dormido o escondiéndose de ella. Yo me reí por lo bajo al escucharla buscarlo, pero mi sonrisa murió cuando la escuché decirle que apareciera para que se fueran.

Dejé a Mía en el suelo, para su molestia, e intercepté a Lena en el pasillo, bloqueándole su búsqueda.

—Te quedas hoy conmigo. Los últimos días nos hemos dedicado a otras cosas y no a la razón de nuestro contrato. —Arqueé una ceja y ella se cruzó de brazos con una falsa actitud de rebeldía.

—Si no lo hicimos fue porque no lo quisiste, Bret. —Me encogí de hombros y seguí mi camino, no sin antes darle una palmada suave en su trasero.

—Pero ahora quiero. Te quedarás esta noche conmigo.

—No me mandas, Bret. —Reí y me devolví lo poco que había avanzado.

Eso era un juego, lo vi en sus ojos retadores y brillantes de diversión. Me acerqué a ella hasta el punto de que nuestras respiraciones se mezclaron y tomé su barbilla para que sus ojos dieran con los míos. Nos quedamos en silencio hasta que ambos nos echamos a reír debido a su respiración agitada, sus labios entreabiertos y su evidente excitación. Imaginaba que yo era un reflejo de lo mismo.

—No hace falta ni siquiera mencionar el contrato para saber que sí tengo poder sobre ti, Lena. —Ella no dejó de reír y yo, de nuevo, también lo hice. Dejé un beso en su cabeza antes de seguir hablando—. Ve a buscar a tu gato y a descansar. Pide que preparen la comida que quieras. Te veré más tarde. Me daré una ducha.

Capítulo 41

BRET

María llegó mientras Lena y yo cenábamos. Nos saludó, pero me pidió hablar en privado. Creí que sería algo de las empresas, pero no. En cuanto estuvimos encerrados en mi despacho, suspiró.

—Ya el viaje está listo, pero lo programé para dentro de dos días. Aproveché que parecen estar llevándose bien para que no me pongas problema con ello, pero te lo digo en privado para obtener tu aceptación.

Tomé un bolígrafo para jugar con él mientras pensaba. Ese viaje se interpondría en mis días con Lena, por lo que tendría que avisarle para correr los restantes. No era del todo mala idea, de alguna forma eso me daba más tiempo con ella.

Asentí.

—Está bien, lo hablaré con Lena. ¿Tienes todo listo para su amiga? ¿Te comunicaste con ella? —Asintió. Sonreí por ello. María era muy buena en su trabajo, la amaba por ello.

—Lo hice. Es curiosa, deberías tener cuidado con ella si piensas conocerla porque me dio la sensación de que tiene un pequeño gusto por ti, no en el mal sentido, pero creo que te ve como un buen partido para su amiga.

Fruncí el ceño luego de pensar por un momento qué tenía eso de malo.

—¿Y eso qué? ¿Por qué debería temerle a una persona que me vea como el bueno? —María se rio, como si no creyera lo que yo le

estaba diciendo.

—Pues porque te conozco, Bret. Si la conoces, seguro comenzará a atosigarte con el tema y tú tiendes a huir. No duras con una mujer más de una semana, un cuadro a medio terminar que luego les envías a ellas y todo queda allí. No eres prospecto para una mujer que quiera algo serio. —Mis ojos cayeron al escritorio, algo… humillado, pero vuelvo a decirlo: María, más que mi asistente, era mi amiga y escuché que su risa se apagó antes de que hablara con un tono mucho más serio—. Porque sigues con las mismas ideas, ¿no? Sigues siendo el hombre que no quiere a una mujer por más de dos semanas.

Resoplé y una tos me embargó de la nada, una corta, quizá solo para distraer. No sirvió para nada, porque María se levantó de su asiento y puso sus manos en el escritorio para que la observara.

—Bret Dufort, ¿hay algo que deba saber que no me hayas contado? —preguntó y yo medio me enojé.

—Es mi vida privada, María, hay muchas cosas que no te cuento.

—Sí, pero si tus ganas de ser el eterno soltero cambiaron, debo saberlo. Tengo un equipo de imagen detrás de mí intentando ocultar tus andanzas. De tu grupo de amigos, eres el único al que los medio persiguen, precisamente, por tu vida. Deberías ser el más calmado, pero no, y eso lleva a que haya una persecución en ti y en Lena, así que, como también tu asesora de imagen, debería saber cómo manejar esa relación si se sale de las convencionales que tienes… para cuidarte y cuidarla a ella, Bret. Eres una figura pública, un hombre con mucho dinero y sé que te criaste sin tanta atención pública, pero ahora la tienes, a pulso te la ganaste.

Suspiré y dejé caer mi cabeza en el espaldar de la silla. María no cambió su postura, solo se quedó mirándome hasta que volví a suspirar.

—Todo sigue igual por ahora, ¿bien? Pero toma las acciones necesarias si intentan dañar a Lena.

Ella entrecerró los ojos y me analizó. No me sentí cómodo con eso, para nada, pero me aguanté e intenté aparentar que nada de eso me importaba.

—Desde que trabajo contigo he esperado el momento en el que te abras a una persona de verdad. Vives escuchando la vida de otros y esperaba el momento de que llegara alguien que sí se interesara por ti. No lo arruines.

—Pero en qué concepto tan malo me tienes, María. Primero me dices que no soy prospecto para tener una relación seria y ahora que puedo arruinar una relación si la quisiera.

—Es que te conozco, Bret —dijo, ahora con un tono más calmado al ver que el mío se había alzado—, y te quiero. Eres mi jefe y mi amigo, y yo, desde afuera, puedo ver cosas que tú no ves. Y no quiero sonar mal, no me malinterpretes; yo sería la primera que saltaría de alegría si tú decidieras sentar cabeza; me quitarías un montón de estrés y dolores de cabeza, pero te conozco, Bret, y siempre has huido de cosas así.

—Quizá porque no había conocido a la persona indicada. —Mis palabras incluso me sorprendieron a mí. María se quedó con la boca abierta porque eso no era solo una contradicción, era una revelación.

¿Estaba creyendo que había conocido a la persona indicada ya?

Gemí y mesé mi cabello antes de enterrar mi rostro entre mis manos.

María suspiró y escuché que se alejaba.

—Perfecto. Espero entonces tu respuesta esta noche para saber si proseguimos o no.

Debía despedirla porque salió sin decir nada más. ¿Cómo me iba a dejar solo en medio de una confusión mental y sentimental? Eso no lo hacía una buena asistente.

Refunfuñé y me quedé observando el techo, con muchas cosas en la cabeza, pero a la vez sin pensar en nada.

Poco después, alguien tocó a la puerta. Cuando di entrada, Lena se asomó por allí, vistiendo lo mismo que hacía minutos: una sudadera ancha, shorts e iba descalza, todo muy familiar, muy relajado, cómodo, y empeoró cuando entró con mi plato a medio comer.

—Hola… Vi que María salió y no volviste. Te traje el resto de tu cena y la mía, pero, si quieres, te dejo solo.

Negué y le hice señas para que se acercara mientras yo limpiaba un poco el escritorio para que pusiera allí los platos.

Se acomodó sin decir palabra, respetó mi silencio, aunque no era necesario que lo hiciera.

Dos minutos después me aclaré la garganta y llamé su atención, aunque no dejé de picotear la comida.

—Te tengo una sorpresa, pero si la aceptas, tendremos que alargar el tiempo del contrato. —Por un momento mi temor de que ella no quisiera tener más tiempo conmigo me llevó a creer que rechazaría, pero sus ojos se ampliaron, interesados, y me observó.

—¿Qué sorpresa? —Negué.

—No te lo diré. Es un viaje. —Ella rio.

—Me lo acabas de decir —se burló y yo volví a negar.

—No te dije a dónde. Es una semana, partirías pasado mañana, entonces toda la semana que nos queda, se aplaza para cuando vuelvas.

Ella parpadeó, confusa.

—¿Tú no irás conmigo? —Negué, otra vez—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Porque es algo para ti y no quiero involucrarme. No preguntes, solo di si lo quieres o no.

Entrecerró los ojos, indecisa y desconfiada, pero asintió.

—Bien, me parece bien… Gracias, supongo. Espero que no me estés llevando a mi muerte.

Reí. Se quejó cuando en su sudadera cayó un pedacito de carne que le tiré en broma y que manchó su ropa.

—Termina de comer, que se hace tarde y no hemos hecho nada.

Me apuntó con su tenedor, juguetona.

—No me digas qué hacer.

Capítulo 42

LENA

Lo había conseguido: dormiría en la misma cama que Bret.

Intenté guardar mi sonrisa para mí misma y me acomodé mejor en la cama. Aunque había sentido vergüenza al principio, luego de pasar por su estudio por un par de horas y quedarnos allí, a veces conversando y otras tantas en silencio, habíamos partido cada uno hacia su habitación, sin embargo, cuando nos estábamos despidiendo, fui yo quien lo besó y lo tentó, hasta que terminamos en su cama, cansados, sudorosos, pero satisfechos. Sin entrar mucho en detalles, hice un poco de pereza entre sus sábanas, oliendo su olor en toda la tela y con la suavidad de ella envolviéndome y su toque en mi piel.

Con mi cabeza enterrada en la almohada, lo había observado y comenzado a tentar la idea de quedarme allí sin parecer muy entrometida o apresurada con las cosas.

—Supongo que me tengo que ir ya —dije, pero me abracé a una almohada.

Bret se giró al escucharme y pasó su brazo sobre mi espalda. Creí que allí me rogaría para dormir juntos; todo dentro de mi mente romántica e imaginativa que no conocía a los hombres y su poco romanticismo lo pensó.

—Sí, tu gato te debe estar esperando. —Aunque sabía que podría obtener una negativa, no esperé eso.

Lo miré a los ojos, pero él tenía los suyos cerrados, a punto de quedarse dormido.

Suspiré y comencé a levantarme sin decir nada más. Allí él sí me miró con atención y quizá notó mi expresión fastidiada porque dijo:

—También te puedes quedar si quieres. —Negué mientras me ponía la sudadera. Ya me había limpiado, así que tenía puestas mis bragas, pero debía hacer una limpieza más profunda.

—No, no quiero molestar.

—No molestas, Lena —dijo con fastidio, pero ya con eso solo sentía que lo decía porque me había molestado a mí y no porque quisiera dormir conmigo.

—Puedo dormir en mi cama, no hay problema. No tienes que aceptar solo por mí. Si no quieres, no. Es tu cama, es tu… —me interrumpí con un grito inesperado cuando mi mano fue jalada hacia abajo. Aterricé en la cama, asustada, por lo que no pude reaccionar sino hasta que tuve a Bret sobre mí, sus manos sosteniendo mis brazos y su cuerpo presionando el mío.

Gracias al cielo tenía su bóxer puesto porque se me haría más difícil concentrarme si no.

—Lena, si quieres algo, tienes que decirlo directamente, no esperando recibir la respuesta que tienes en tu mente. Si me dices que te vas, yo pensaré que te quieres ir y no te retendré. Si me preguntas si quiero que te quedes, te diré que sí; puedes hacerlo, no me molesta y me gustaría eso, pero lo tienes que decir. Directa, niña, sin rodeos.

Hice un puchero porque eso, en efecto, había sido un regaño. No supe qué decir, así que solo usé lo primero que se me vino a la mente.

—Me estás jalando el cabello y enredándolo más de lo que ya lo tengo.

Se corrió, soltándome en el proceso y volvió a acostarse de su lado.

Nos quedamos en silencio por un momento, conmigo sentada en el final de la cama, en la esquina. Me sentía ridícula y como una niñita regañada y tonta, pero admitía lo que él decía, aunque no me gustara. No era capaz de decir las cosas, era como una clase de vergüenza que me impedía hacerlo, pero luego sonreí al recordar sus palabras. Me quería allí, y eso fue suficiente para yo levantarme suspirando y meterme en su baño sin decir palabra alguna. Me debía limpiar —y orinar para evitar infecciones—, y también necesitaba un pijama.

Abrí las puertas de su *walk-in* en la puerta dentro de su mismo baño, encontrándome en un universo nuevo de trajes, ropa de trabajo, ropa de deporte, ropa casual y ropa de casa. Me paseé por allí con total libertad, sin importarme ni un poco que Bret se preguntara qué estaba haciendo.

Ahí sí me sentí como una niña, con una emoción muy similar a cuando era pequeña y me daban algo que quería. Busqué entre su ropa hasta que encontré una camiseta de un grupo de música y me la puse. Ya limpia y con la camiseta cubriéndome, salí del baño.

Bret abrió los ojos y me observó. Soltó una risa corta, muy corta, y negó.

—Sospechaba que estabas haciendo justo eso. ¿No eras tú la que vivía diciendo: «tengo novio y lo amo mucho», «nunca lo superaré, era el amor de mi vida»? —imitó mi voz con un tono agudo pésimo mientras yo me acostaba a su lado. Le pegué en el hombro con suavidad para que se callara, pero solo logré que se riera.

—¿Y tú no eras el que decía: «nunca pasó más de una semana con una mujer», «soy el mujeriego tres mil», «la tengo grande y las

tengo a todas detrás de mí, pero yo no soy dulce con ninguna»? —Su risa se incrementó, esa risa bonita y ronca.

Juro que fue un acto reflejo el correr el cabello de su frente y enterrar mis dedos en su cabellera. Él suspiró y solo tomó mi cintura para acercarme más a él.

«No, no, Lena. ¿¡QUÉ ESTÁS HACIENDO ACURRUCÁNDOTE CON ÉL!?».

—Feliz noche, Lena.

—Feliz noche, Bret —susurré en su oído, terminando de alejar todo pensamiento cuando pasé mi pierna sobre la suya, porque sí, yo dormía entrepernada y Bret, al menos por esa noche, parecía dormir aferrado.

Pensé que dormiría toda la noche sin interrupciones, sin embargo, no fue así. Poco después mi celular comenzó a sonar, despertándonos. Como estaba tarde, lo tomé porque esa llamada, en teoría, debía ser una emergencia, y como vi que era Zoe, con mayor razón la tomé.

—¿Se puede saber por qué no abres tu puerta? —dijo sin siquiera saludarme.

—Zoe, no estoy allá —me quejé, adormilada y con rabia porque ya con su tono y sus palabras, sabía que no era ninguna emergencia.

—¿Pero no llegabas hoy de tu viaje? ¿Te quedaste donde Bret? —dije que sí con un sonido gutural, cansado, ya casi conmigo en el otro lado del arcoíris porque me estaba durmiendo de nuevo.

—¿Necesitas irte? —susurró Bret y, aunque estuve segura de que Zoe no lo escuchó, solo negué con la cabeza para que mi amiga no se enterara de que estaba durmiendo con ese hombre.

Todavía no quería decírselo porque, en realidad, sí me sentía mal por estar aplicando la de «un clavo saca otro clavo».

Zoe se quedó en silencio un instante antes de suspirar.

—Bien, supongo que me iré a casa y te veré mañana.

—No, no —me apresuré a decir—. No te vayas a esta hora. Estás loca, ¿cómo vas a llegar tan tarde? Pudo pasarte cualquier cosa, Zoe. Toma la llave de repuesto, la puse sobre el marco de la puerta. Quédate a dormir, estaré allá temprano.

No me despedí, solo colgué y tiré el teléfono hacia su lugar. Quise volver a dormir, pero tal parecía que esa llamada había despertado a alguien más y no me refería a Bret, al menos no en su totalidad.

Sonreí y escondí mi rostro en la almohada cuando sentí su mano escalar por dentro de su camisa.

—Tu amiga me despertó —susurró y se acercó más a mí. Yo reí, emocionada porque, por Dios bendito, ¿qué tenía ese hombre que solo quería abrirme de piernas ante él cada que lo tenía cerca? Estaba cansada de fingirlo y, ya lo había dicho, me gustaba el sexo, no me iba a detener con Bret.

—A mí también, ¿alguna idea para cansarnos de nuevo? —pregunté, ya sin respiración.

Bret rio y estiró su mano hacia la mesa de noche para buscar allí un condón, sin embargo, sus ojos se quedaron prendados en un punto antes de que sus cejas se alzaran y tomara mi celular para enseñármelo.

No sé qué había apretado yo, pero la llamada seguía activa. Mi boca se abrió con sorpresa y, aunque estaba oscuro y Bret no lo

notaría, mis mejillas se enrojecieron. Colgó con una sonrisa ladina antes de volver a ponerlo sobre la mesa.

—No sé si tu amiga habrá escuchado algo, pero tengo la sospecha de que mañana tendrás muchas explicaciones que dar.

Capítulo 43

LENA

Dejé que Cloud corriera libre dentro de mi apartamento en cuanto entré. Fingí que no había visto a Zoe batiendo con una cucharilla algo que tenía en su taza, pero sí la vi.

—Vaya, vaya, hasta que llegas. —La miré con molestia y obviedad.

—Te dije que estaría temprano. Son las nueve, Zoe, es temprano.

—Sí, pero deberías estar aquí hace como… veinticuatro horas.

Me encogí de hombros.

No estaba segura de qué había escuchado mi mejor amiga, así que debía irme con cuidado.

—Sí, pero tengo un contrato con Bret, y él quería retratarme, se hizo tarde y me quedé. No le pongas tanto misterio, Zoe. Bret ni siquiera me cae bien.

—Ah, ¿no? —dijo con sarcasmo—. *«¿alguna idea para cansarnos de nuevo?»* ¡Dormiste con él, Lena! —gritó y dejó con fuerza su taza sobre la encimera antes de ir hacia mí, tomar mis brazos y sacudirme. Yo solo pude chillar.

—¡Zoe, por favor, no pasó nada! —Abrí mis ojos a tope cuando acercó su rostro al mío muy peligrosamente.

—Dormiste con él, eso no es «no pasar nada». Tuvieron sexo y no fue la primera vez, ¿dónde queda Thiago en todo esto? —Resoplé y me solté de sus brazos.

—Ya, Zoe, no es para tanto. Thiago está en donde debe estar y lo estoy superando. Bret es solo mi jefe, eso es todo. —Ella ya optó por el silencio. Arqueó la ceja y, con esa arma a su favor, suspiré—. Solo fue sexo, no hay más.

Mi amiga entrecerró los ojos con sospecha.

—Mira, te conozco y no es propio de ti andar acostándote con desconocidos. Sabía que toda esa negación tuya hacia el papichulo de Bret era solo deseo reprimido, pero luego la loca es Zoe.

—Es que sí estás loca —interrumpí, pero ella decidió ignorarme.

—Y sé que hay más. Oh, sí, señora, sé que hay. Es que yo sé incluso más cosas que tú y todo este tiempo lo he dicho. Solo ten cuidado, ¿sí? Te involucraste mucho con Thiago y no creo que se haya superado por completo. Si estás usando a Bret por su cuerpo, no desdibujes los límites, no quiero que salgas herida.

Solté una risa de verdad divertida.

—Eso no va a pasar. Y si llegase a suceder algo, sé que aquí tengo a mi amada amiga para sostenerme —dije y la abracé, para luego apretarla con toda la fuerza que tenía—, en especial porque esa amiga fue la primera que me dijo que me metiera con él.

Zoe me devolvió al abrazo con la misma fuerza hasta que me quejé porque ella tenía mucha más que yo.

—Y no te digo que no te arrepientas de hacerlo. Dios, Lena, ese hombre es un bombón, ¿quién se arrepentiría? De hecho, me alegro por ti, pero… es todo muy reciente y no creo que tu historia con Thiago haya terminado así como así. No lo creo por tu parte, porque

no eres de dejar las cosas tan mal, y no lo creo de parte de él porque… es hombre, seguro en este momento está sintiendo que está perdiendo y para mostrar su fuerza de macho hará alguna jugada.

Me encogí de hombros y tomé mi mochila, lo único que había llevado además de Cloud, y caminé hacia el dormitorio.

—Sé que al finalizar el contrato y cuando deje de hablar con Bret, me dará duro, es cierto, porque estoy escondiendo en él mi despecho, pero he pensado en Thiago estos días, ¿sabes? Y cada vez me convenzo más de que… lo mejor sí es dejarlo ir.

Zoe, quien me había seguido hacia mi habitación, aplaudió.

—¡Bendito sea el pene de ese hombre que te está sacando de la cabeza a Thiago!

Reí, aunque pensé que, de hecho, se me haría más difícil superar a Bret que a Thiago.

Al darme cuenta de ello, mi risa murió.

¿Cómo superaría a Bret? Era divertido, juguetón, atento, serio, me escuchaba, me abrazaba, era casi perfecto en casi toda la medida, al menos la que me gustaba a mí, una que no fuera muy empalagoso, pero no en extremo seco como Thiago. Superar a un hombre así sería difícil, mucho más porque sabía que él no era nada mío, solo mi jefe, y nunca se planeó algo más allá.

Suspiré.

—Debo llevar a Cloud al veterinario para sus revisiones, ¿me acompañas? Así te puedo contar como la pasé en este viaje.

Mi amiga sonrió.

—Claro, vamos, estoy sospechando que hay mucho por contar.

—Que no te puedo contar todo, ¿eh? No lo olvides, tengo un contrato. —Ella chasqueó la lengua y se encogió de hombros.

—Me interesa cómo te sientes tú, lo demás queda en segundo plano.

Sonreí y ella también me sonrió, pero veía que tenía algo en su mente porque su mirar no era normal, era… tierno, y si bien Zoe era una amiga excelente, no es que soliera mirar así a los demás.

—¿Qué? —Ella negó sin perder su sonrisa.

—Solo estoy pensando en la maravillosa vida que tendré una vez te cases con Bret. Espero que me consigas un millonario para mí también. —Resollé y tomé un cojín para tirárselo.

—Estás muy loca. ¡Ve a bañarte! Tengo la cita pronto.

✦ 🐾 ✦

—Entonces todo lo que dicen las redes es cierto —concluyó Zoe de nuevo en el apartamento. Cloud estaba en mis piernas, siendo mimado por mí mientras yo apretaba los dientes sin ser consciente de ello para controlarme y no estripar a mi gatito por lo tierno y suave que era.

Cuando cambié mi atención de nuevo a mi amiga, mi mandíbula se relajó.

—¿Qué dicen las redes? —pregunté distraída, más relajada porque le había contado todo lo sucedido, dejándola boquiabierta.

—Que tu relación con Bret no es igual a las que ha tenido. Están diciendo que en realidad eres su novia.

Solté una risa distraída.

—Nada más lejos de la verdad. —Suspiré y miré la hora—. ¿Te quedarás hoy? Mañana Bret me tiene una sorpresa, un viaje, no sé a dónde, y debo levantarme temprano a hacer las maletas.

Zoe sonrió y se levantó.

—Y luego dices que no hay nada más lejos de la verdad. Te engañas a ti misma, nena. Llevaré esto a la cocina, pero tú lavarás. —Asentí viéndola tomar las tazas en donde habíamos tomado té. Se inclinó para besar mi frente—. Te veré luego. ¡Suerte en tu viaje!

—¡Gracias! —grité para no tener que levantarme y desacomodar a Cloud. Un minuto después, la puerta se cerró y yo suspiré. Me quedé sola en el apartamento, aunque no demoré en tomar mi celular y ver si tenía algún mensaje y, en efecto, lo tenía.

Sonreí y respondí con una sola mano porque con la otra acariciaba a mi gato ronroneante, feliz de estar conmigo y yo también estaba muy feliz de estar con él.

Bret preguntaba cómo había ido el día y cómo estaba Cloud con sus exámenes de rutina, necesarios por su antigua enfermedad y por el viaje, porque mi gato iría conmigo.

Me quedé pocos minutos conversando con él, hasta que de verdad se me hizo tarde y debía dormir, no podía trasnocharme. Al despedirme luego de contarle todo de mi día y saber un poco del suyo, dejé que el celular cayera en mi pecho y solo me dediqué a observar las pocas estrellas que la contaminación me dejaba ver, pero sí vi las nubes pasar y cambiar sus formas por el viento.

Cloud se removió en mi regazo, lo que me hizo mirarlo. Mi bello gatito me miraba desde allí, con ojos entrecerrados.

—¿Tú qué dices, Cloud? ¿Nos conviene meternos de cabeza en esto o mejor lo dejamos? —Como es obvio, mi gato no me dio una respuesta, solo cerró sus ojos, ronroneó más fuerte y se acomodó para volver a dormir.

Pero yo sí quería una respuesta, una señal de qué es lo que debía hacer.

Capítulo 44

LENA

Antes, cuando cuidaba a Coco, pensaba que los tres empresarios amigos siempre se iban en asientos en primera clase en sus viajes y no solo en aviones privados, eso hasta que me di cuenta de que el que más hacía eso, no sabía la razón, era mi exjefe. Ashton solía viajar así, pero Bret no, él siempre, o casi siempre, viajaba en el avión privado en el que me enviaría a mí.

Estaba en la sala esperando a que llegara María para darme el resto de las indicaciones, sin embargo, la que llegó, ataviada con una maleta y gafas de sol, agitando su pasaporte, fue Zoe.

—¡Hola, hola!

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida. Mi amiga no perdió la sonrisa, solo subió sus lentes para observarme mejor.

—¡Es una sorpresa! La asistente de tu amante me contactó hace días para acompañarte, pero no podía decirte nada. Tu nuevo novio me cae mejor que el anterior.

Reí y negué con suavidad.

—No es mi novio ni de lejos. Es Bret. —Me encogí de hombros, pero mi corazón estaba conmovido—. ¿A dónde iremos?

Mi amiga sonrió y me abrazó.

—¡A casa! Iremos de visita, incluso le pagaron a mi jefe para que me dejara estos días libres y poder ir contigo. Lena, eres muy afortunada o una diosa en la cama… o ambas, no lo dudo.

Me pregunté ¿cómo había sabido Bret que quería ir a casa? Hasta que recordé la llamada que tuve con Zoe. Mis mejillas se calentaron al pensar todo lo que pudo haber escuchado Bret, pero también porque me sentí… apreciada. Sí, él tenía todo el dinero del mundo, pero no era nada mío, no tenía ninguna responsabilidad y podía permitirse ser todo lo egoísta que quisiera, sin embargo, se había tomado la molestia de planear todo un viaje para mí sola para poder ver a mi familia.

—María me dio todas las indicaciones y ya deben estar esperándonos, ¿vamos?

Asentí y la seguí para hacer todo el papeleo y poder irnos.

Zoe estuvo maravillada con el trato y la vida que se dio por el tiempo que duró el vuelo. Yo solo me reí mientras acariciaba a Cloud para que no se sintiera muy estresado por el viaje, aunque ya estaba más acostumbrado a eso.

Al llegar a la ciudad no fue muy diferente el trato. Había un chofer esperándonos para llevarnos a casa y asistirnos con las maletas. Yo me divertí en todo el camino solo por la emoción de Zoe, pero también porque estaba feliz de ver a mi familia. Hacía tanto no la veía, que estaba ansiosa por hacerlo.

Al llegar, no pude evitar llorar. Creo que siempre contenía mucho las emociones, las hacía a un lado para evitar sentirme muy triste por la distancia, eso también me llevaba a ser algo más lejana emocionalmente, pero cuando abrieron la puerta de casa y vi el rostro de mi madre, no pude evitar desbordarme de emoción.

Ella se vio sorprendida al principio, pero luego me abrazó con fuerza, haciendo maullar a Cloud.

—¡Hija! ¿por qué no avistaste que vendrías? —preguntó con sorpresa y viéndome de arriba abajo, como si buscara heridas o verme mal. Yo reí.

—Es que yo tampoco sabía, fue una sorpresa. —Pasé a casa. El resto de mi familia estaba en diferentes habitaciones, pero mi madre los llamó para que vieran quién había llegado

Zoe, por supuesto, fue a su propia casa, ya luego nos encontraríamos para saludar a cada familia y quizá salir.

Mi padre, al verme, casi llora. Un hombre con solo hijas a veces podía volverse sensible, y él era así. Me amaba tanto que mi ida le dio muy duro, más que incluso a mi madre. Era papá, de hecho, con el que más hablaba, tanto por mensaje como por llamadas, aunque fuese un mensaje de buenos días o de buenas noches.

Mi hermana era otro asunto. Yo le llevaba diez años, era una adolescente y casi que la mitad de su vida no estuve presente por mucho tiempo gracias a mi trabajo de niñera en la ciudad donde vivía ya, pero la quería; era mi hermanita y sus ojos bellos de adolescente rebelde me decían que también me quería, y esa semana allí aprovecharía para estar con ella.

Mi madre me mandó a descansar luego de organizar mi cama. Me dejaron sola mientras preparaban la cena, así que allí yo hice lo que tantas ganas tenía de hacer: llamé a Bret. Llevaba tanto tiempo sin comunicarme, sin darle al menos las gracias, que me sentía mal.

—Lena —contestó como siempre, sin tono enojado ni nada.

—Hola, ¿estás ocupado?

—No —respondió—. Lo estaba, ya no lo estoy. ¿Cómo fue el viaje?

Suspiré y me giré en la cama para tener la vista de la ventana.

—Gracias, Bret. Lamento no haberte escrito antes, quería tener toda la disposición para hablar contigo, pero gracias. Imagínate mi sorpresa cuando vi llegar a Zoe y enterarme de que vendría a casa.

De verdad, gracias, es algo que nadie había hecho por mí —susurré lo último, llena de emoción, pero Bret comenzó a reír.

—No todos tienen dinero para hacer eso, Lena.

Pero no era el dinero, era el recordar y saber que yo quería ver a mi familia, pasar tiempo con ella. En el año que estuve con Thiago lo dije en varias ocasiones y en todo ese tiempo, incluso pudiendo, nunca tuvo la intención de ir y conocerlos.

—No es solo eso, Bret. Tú tienes los medios, es cierto, pero muchas personas incluso teniendo el poder de hacerlo, no lo hace. No se preocupan lo suficiente por ello y es… bonito que tú lo hayas hecho, incluso sin pedírtelo. Gracias.

—Es con gusto, Lena. Solo espero que no olvides que esta semana no está dentro del tiempo de nuestro contrato.

Suspiré y me quedé en silencio por un momento. Había usado su tono burlesco y sabía que estaba bromeando, pero yo ya quería ponerme seria, arriesgarme, así que me mordí el labio antes de hablar, temiendo meter la pata.

—Bret, ¿tú sigues con la idea de alejarnos cuando las dos semanas terminen? —pregunté por lo bajo. Ya fue él quien se quedó en silencio.

—¿A qué te refieres? —preguntó por fin. El vacío en mi estómago aumentó. Solté la respiración en una exhalación larga.

—Pues a que la hemos pasado bien, ¿no? Somos amigos, o eso creo. Y me gusta estar contigo, creo que a ti te gusta estar conmigo también, por qué no… solo estamos, sin contratos de por medio.

—Vaya —respondió después de un rato en silencio. La sensación de que la había cagado aumentó.

—Si no quieres, no. Solo olvídalo, creo que todo lo del viaje me hizo creer algo que no es y extrañarte. Solo… olvídalo.

Que carcajeara me tomó desprevenida.

—Qué linda eres, Lena. Yo también te he extrañado, he pensado mucho en ti, pero no creo que esta conversación se deba tener por teléfono.

Hice una mueca, otra vez sintiéndome regañada, pero un bombillito se encendió en mi cabeza y, con el mayor temor del mundo, me volví a atrever, aunque el resultado pudiera ser desastroso.

—¿Y si vienes? Sé que dijiste que no quieres involucrarte en el tema, y lo estoy tomando como que no quisieras conocer a mi familia o no sé a qué te referías con eso, pero si quieres… puedes venir.

Volvió a reír y, cuando pensé que se negaría, dijo lo que menos esperaba.

—Bien, buscaré un vuelo y te veré allá.

Capítulo 45

BRET

Temía regresar a la mesa del club; Micaela estaba allí y no soportaba la idea de enfrentarme a sus ojos sagaces. Incluso desde la distancia, sentía su mirada clavada en mí.

Me había reunido con mis amigos tras un día agotador de reuniones, pero me aparté para responder la llamada de Lena sin oídos indiscretos. Fue un error; Micaela no se había perdido ni uno de mis movimientos, a pesar de la planta que intentaba ocultarme. Ahora debía decirles que me marchaba porque necesitaba llegar al aeropuerto solo para verla.

Ya podía imaginarme la risotada que soltaría la esposa de mi amigo.

«Insoportable». O quizá el insoportable era yo, por no querer quedar en evidencia. Ella lo había advertido desde el principio: me encapricharía con Lena.

Suspiré y guardé el teléfono. Bajé hacia la primera planta, donde estaban Ashton y Micaela, en las mesas cercanas a la zona de equitación; a esa hora, el lugar estaba casi desierto.

—Me tengo que ir —anuncié.

Micaela ensanchó su sonrisa y yo puse los ojos en blanco antes de que hablara.

—¿Tu «negocio secreto» te necesita? —se burló y yo solo reí.

—Sí, me necesita.

—Te ves como un idiota, Bret. Tú nunca te ríes con tus negocios ni te muestras avergonzado con ellos. Eres un negociante de primera, así que deja esas tonterías de adolescente coqueteando para otros. Aquí todos sabemos que estabas hablando con Lena.

—Antes de que te levantaras vi su nombre en la pantalla —dijo Micaela para terminar de dejarme en descubierto.

—Ustedes dos son unos entrometidos. Solo falta que hagan videollamada con Maria Azul y Max para que me dejen más en ridículo.

Micaela se rio y llevó a su boca un lychee antes de responder.

—Eso sería una grandiosa idea. Es muy divertido verte en esta situación, intentando esconder algo que no tiene sentido. Me gusta Lena, y creo que a ti también.

—Ja, ja —imité su risa que volvió a salir al escucharme—. Eres tan graciosa, Micaela, tan graciosa.

Le di un golpecito en su frente que la hizo fruncir el ceño, pero al grandote a su lado, a comparación de ella y su cuerpo menudo, fue quien la defendió.

—No molestes a mi esposa, Bret.

—¡Entonces que ella no me moleste a mí! —Mi amigo mostró una sonrisa divertida mientras pasaba el brazo por el respaldo de la silla de Mic.

—Tú siempre has molestado a todos, no le diré nada a mi esposa por devolverte un poco lo que haces tú.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, me voy.

—¿Has notado que siempre nos dejas solos por irte con Lena? Qué triste.

Sacudí la cabeza, pero no dije nada más, para su diversión.

En mi camino a mi auto llamé a María para que me consiguiera un vuelo, sin importarme si era privado o si debía irme en algún avión, lo que primero saliera estaría bien. En su gran trabajo vio que había uno cercano, más rápido de lo que ella demoraría en hacer los trámites, así que me dirigí al aeropuerto, dando una pasada rápida por casa solo para tomar mi pasaporte, los documentos de Mía —y a Mía— y algo de ropa.

Cuando llegué solo tuve que esperar un poco al avión y sobornar a los trabajadores porque decían que no podía viajar con mi gatica por no sé qué cosas, y pronto estaba de camino hacia Lena. En el incómodo avión claro que pensé un poco las cosas, sorprendiéndome a mí mismo de que estuviera haciéndolo.

Allí me di cuenta de que Lena me gustaba más de lo que podía imaginar.

Horas después, con cansancio y preguntándome si la familia de Lena tenía perros que pudieran molestar a Mía, estaba tocando la puerta de una casa desconocida, ya de noche y con muchos nervios, aunque sonara increíble.

«Ni que fuera mi novia. Ni que fuera un adolescente», me dije a mí mismo mientras esperaba.

La puerta se abrió y apareció el rostro sonriente de Lena que también me hizo sonreír a mí.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí antes de tomar aire y espabilarme—. La verdad no sé qué estoy haciendo aquí —confesé y ella rio antes de

hacerse a un lado.

—Lena, ¿ya llegó Zoe? —preguntó una voz femenina detrás de ella. Lena se hizo a un lado cuando una mano se lo pidió tocando su espalda. Supuse que era la hermana menor quien asomó y, al verme en su puerta, abrió los ojos, grande, sorprendida—. ¡Es tu novio! Mamá y papá se volverán locos. Yo te vi en las noticias, me enviaron un enlace de mi hermana contigo.

—¡Shh! —pidió Lena con el ceño fruncido—. No hables muy duro, que te van a escuchar.

—Les iré a decir que ya llegó la visita —coreó la adolescente. Lena puso los ojos en blanco y me sonrió avergonzada.

—Pasa, te encantará mi familia, te lo aseguro.

«Ya lo creo…»

Lena me aseguró que no habría problema con soltar a Mía, así que le hice caso y la dejé libre. Para su fortuna, Cloud estaba cerca, así que no demoraron en juntarse e irse al segundo piso juntos, quién sabe a dónde, pero mi gata estaba entrenada para no salir de los lugares que no conocía.

Los padres de Lena estaban en la mesa del comedor, preparando todo para la cena hasta que entramos y se fijaron en nosotros.

—¡Hola! Vaya, no sabíamos que tendríamos más visitas.

—Zoe vendrá mañana —comunicó Lena—, entonces no habrá ningún problema. Les presento a Bret, él es… mi exjefe y un buen amigo.

Reí y alcé una ceja en su dirección mientras daba un paso al frente para saludar a su madre.

—Sí, claro, amigo —dijo tanto su padre como su hermana, el primero quizá al ver mi expresión y la segunda porque bueno, ya conocía la verdad.

—Un poco más que amigos, están en lo cierto. Un placer conocerlos, Bret Dufort.

—Leny, me dijiste que estabas saliendo con alguien, un tal Thiago, ¿no? —dijo su madre con preocupación y algo de enojo.

Tuve sentimientos divididos. Por una parte, me alegró saber que su familia no era del tipo que podía encubrir infidelidades. Prácticamente dejaron a Lena al descubierto en ese momento. Si no supiera la verdad, seguro me habría llevado una buena desilusión. Pero, por otra parte, no me gustó para nada la mención del ex.

—No, eso se acabó hace un tiempo —reveló. Ante ello, la madre se relajó y volvió a sonreír.

—Y debería alegrarte, mamá, porque Bret fue quien pagó el viaje para Lena.

—¡Andrea! —regañó Lena, pero su hermana sonrió y se encogió de hombros como diciendo «es cierto».

Entrecerré mis ojos hacia esa chiquita, no atemorizante, sino analizándola porque con solo ese comentario logró ayudarme mucho más de lo que hubiera imaginado. Con ese comentario me gané a su padre, quien aprobó esos gestos con su hija, y creo que también me gané a su madre porque luego de cenar —una cena llena de conversación sobre mi trabajo y mis empresas—me pidió quedarme a dormir. Yo tenía pensado buscar un hotel, de hecho, María ya me había sacado una reservación, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de dormir con Lena.

—Descansen —se terminó de despedir Lena antes de cerrar la puerta de su habitación y apoyarse en ella con brazos cruzados. Su

boca estaba abierta al igual que sus ojos—. ¡Pero qué fue eso!

Comenzó a reír y sacudió su cabeza mientras se alejaba hacia su armario. Los gatos quedaron con nosotros, encerrados ya para dormir.

—Conviví con tu familia, ¿qué tiene de raro eso? —pregunté, aunque sabía a qué se refería. Mi personalidad se podía dividir de muchas formas y con su familia tuve que sacar la juguetona, pero respetuosa, que los hizo reír toda la noche, ella incluida en ese paquete.

Me quité la camiseta mientras la niñera entraba en el baño para su rutina nocturna. Un minuto después la escuché reír sola, pero siguió sin contestarme. Eso me hizo sonreír, orgulloso de mí, aunque no me dejaba de preguntar una y otra vez por qué me interesaba caerle bien a su familia.

Estaba cambiando mi pantalón cuando sus manos me abrazaron desde atrás y su boca dejó un besito en mi espalda.

Mierda, ¿cómo era posible que un simple gesto me gustara tanto?

Me di la vuelta sin que ella dejara de abrazarme. Se paró en las puntas de sus pies para ya no besar mi espalda, sino mi boca.

—Gracias, Bret. Les caíste de maravilla y estoy muy feliz de que decidieras acompañarme.

Sonreí y acaricié sus mejillas. Vi en su rostro el deseo de decirme algo más; fue casi como una revelación comprender que se moría por retomar esa conversación sobre qué pasaría con nosotros cuando el contrato terminara.

Admitía que había pensado en ello durante todo el viaje. Aunque proyectaba la imagen de un hombre que detestaba la idea

de enamorarse o de compartir su vida con una sola mujer, lo cierto era que no era así. Y Lena me gustaba. Mucho. La había visto con Colette y sabía que era una niñera excelente, lo que me hacía suponer que como madre también sería excepcional. Sin embargo, existía un temor; un miedo latente que siempre golpeaba con fuerza contra mi pecho.

Suspiré, sin dejar de acariciar su piel. Ella frunció el ceño al notar que mi rostro se ensombrecía, adoptando una actitud seria que imitaba la mía, pero no le permití hablar cuando hizo el intento.

—Te quiero, Lena —susurré.

Sentí como si mi estómago cayera por un abismo al pronunciar esas palabras. Hacía años que no se las decía a una mujer; al menos, nunca de una forma tan sincera y devastadora.

El impacto fue evidente en sus ojos. Nuestra relación no era nueva —llevábamos más de un año en un tira y afloja constante—, pero esta faceta de ser amigos, de conocernos de verdad, era territorio inexplorado. Temía estar precipitándome, pero ella sonrió y pegó su cuerpo al mío, buscando el refugio de mis labios como su única y mejor respuesta.

Capítulo 46

LENA

Sentía una punzada de vergüenza que solo podía camuflar con risas nerviosas ante las constantes peticiones de Andrea. Mi hermana estaba en su mejor momento; durante nuestra salida al centro comercial, como Bret necesitaba algo de ropa, decidió darle una de sus tarjetas para que comprara lo que quisiera para ella y para nuestros padres. Según él, ella sabría mejor que nadie qué les gustaría.

Nunca había visto a Andrea tan radiante. Incluso se atrevió a preguntar si podía renovar su teléfono. Yo estaba mortificada; aunque sabía que a Bret parecía no importarle el dinero, no podía evitar preguntarme qué pasaba por su mente. ¿De verdad era generosidad desinteresada o estaba pensando en lo «oportunista» que resultaba mi familia?

—De verdad, lo siento mucho —murmuré mientras recorríamos una de las pocas tiendas que creí que podrían encajar con su estilo —. No solo por lo de Andrea, sino porque aquí no hay las marcas que sueles usar.

Él se encogió de hombros con desinterés y tomó una camiseta de un estante. Le dio apenas un vistazo superficial antes de tendérsela a la dependienta sin mirar siquiera la etiqueta del precio.

—No me importa, Lena, no es como si me hubiera pedido un lambo o algo así —susurró porque estaba concentrado en ver por encima lo que le podría gustar.

—Eso seguro porque no ha visto uno que le guste —bromeé y él correspondió a la broma con una sonrisa—. No debimos dejarla sola con una tarjeta de crédito ilimitada.

Estaba estresada, mucho, y eso él lo notó. Ladeó la cabeza y se fijó en mí antes de acercarse, abrazarme por los hombros y besar mi cabeza. Fui yo quien buscó un beso en la boca que él no me negó, a pesar de estar en público.

—Relájate, Lena, no estoy pensando nada malo. Yo fui quien le dio el poder. ¿Por qué no mejor me pagas lo de tu hermana ayudándome a elegir ropa? No soy bueno para eso, y deberías elegir algo para ti también.

Resoplé y lo abracé devuelta por un momento, mientras decía:

—¿Cómo pagarte lo de mi hermana se traduce a gastar más en mí?

—Hmm, porque me alegra verte feliz, ese es el verdadero pago.

«¿Por qué tiene que ser tan lindo?». Solté una risa corta antes de asentir y separarme.

—Bien, te ayudaré a elegir a ti primero. Démonos prisa, porque Zoe debe estar pronta a llamarme y no sabemos ni siquiera dónde almorzaremos.

Esa era otra cuestión: mi amiga y su deseo de conocer, por fin, a Bret. Ella y mi hermana se podían volver mejores amigas, porque tenían mucho en común.

Ayudé a Bret a conseguir la ropa que necesitaba. Demoramos un poco, porque eran varios días y el señorito no quería repetir ropa, así que también compramos una maleta para el viaje de regreso y otras cosas, incluyendo algo de ropa para mí, cosas que me gustaron, aunque elegí con sabiduría, lo que agradecí, porque,

cuando nos encontramos con Andrea, ella llegó llena de bolsas, tantas que casi ni podía con ellas.

Quise que la tierra me tragara, aunque Bret solo pidió llevarlas al auto que había alquilado ese mismo día.

Cuando él no estaba observando, le di un pellizco a mi hermana, haciéndola saltar.

—Compórtate, por Dios —susurré antes de subirme al auto en el asiento de copiloto porque ya teníamos que irnos al encuentro con Zoe en una plaza cercana. Almorzaríamos con ella y con mi hermana, la cual se fue todo el camino configurando su nuevo teléfono.

De verdad, lo repito, quería que la tierra me tragara.

Con Zoe no fue muy diferente. Mi amiga, al vernos llegar, sonrió amplio y se levantó de la mesa del restaurante. Estaba en la terraza, por lo que el viento despeinó mi cabello, aunque lo usé como excusa para taparme el rostro, en especial las mejillas rojas.

—¡Eres más guapo en persona que en fotos! —Fue lo primero que dijo Zoe antes de tomar sus brazos y darle dos besos en cada mejilla. Yo solo pude quejarme en voz alta, lo que hizo reír a Bret.

—Los paparazis no saben coger mi mejor ángulo, parece ser. Un gusto conocerte por fin. María me habló de tu… entusiasmo. —Zoe se vio halagada por ello, aunque a mí eso me sonó un poco a burla, pero era cierto. Mi amiga era una gran amiga, pero a veces era… rara, aunque la amaba con todo mi corazón.

—Es que me emocioné. No todos los días se comunica contigo una desconocida a decir que es la asistente de un millonario que le quiere hacer una sorpresa a tu mejor amiga y necesita de tu ayuda. A ver, consiguieron mi número no sé cómo, es obvio que hubieran podido conseguir la dirección de Lena sin problema, más cuando tú

tienes un contrato con ella, pero está bien, entiendo todo. Y me alegra. Thiago no me cae bien, no hizo nada por su bienestar, así que todo aquel que la quiera hacer feliz, será bienvenido a nuestro pequeño círculo… más si tiene tantos millones en su cuenta de banco, que no digo que eso sea lo importante, para nada, pero es un plus genial, ¡o sino mira! Un viaje todo pago que me permitió ver a mi familia. Estoy muy agradecida; el regalo no lo recibió solo Lena, también yo. Gracias.

Bueno, al menos agradeció, pero eso no significó que no me hicieran avergonzar el resto del almuerzo, entre Zoe y mi hermana, quien se dedicó a tomarse fotos en la plaza con su nuevo teléfono y a presumir en redes sociales mientras que Zoe no se cansó de lanzarle indirectas a Bret sobre lo mucho que me tendría que cuidar y que esperaba que sus intenciones conmigo fueran buenas.

Me avergonzó tanto que me la pasé diciéndoselo por mensajes en todo el camino a casa, aunque ella solo se burló de mi vergüenza con cariño. Bret, según sus palabras, estaba aprobado para estar conmigo, por el momento. Y sí, cualquier estaría aprobado de haberla aguantado por horas con su verborrea.

—Lena, no me importa. Mira, cuando tú tienes dinero, hay ocasiones en las que te acostumbras a que los demás estén a tu alrededor por él, y está bien, no me importa porque sé que no todos son así. En tu caso, sé que no estás a mi alrededor por dinero… bueno, ahora no, porque no podemos negar que al principio sí. —Me quejé y escondí mi cabeza en su pecho. Volvió a reír, como había estado haciendo durante todo ese tiempo, incluso ya acostados en mi cama y con las luces apagadas—. Soy empresario, negocio todo el tiempo y eso implica analizar mucho, ¿crees que estaría aquí si solo percibiera que quieren mi dinero?

Suspiré y me acerqué para mirar sus ojos a pesar de la distancia.

—Lo siento mucho, de verdad, Bret. Zoe solo se interesa por mí, pero es obvio que está emocionada porque, bueno, son cosas que no pasan todos los días.

—Lo entiendo, Lena, tú eres la que le está dando más vueltas de las necesarias a la situación. Entiendo lo de tu amiga y entiendo a tu hermana. Es una adolescente, quiere encajar, es normal. Ya duérmete, ¿sí? Todo está bien.

Aunque lo dijo, la vergüenza no me abandonó, aunque, en sus brazos, pude dormir tranquila por esa noche y las siguientes. Salimos mucho con mi familia, lo integramos también a él a ella. Nos divertimos, hicimos cosas indebidas a escondidas de ellos o en la noche, intentando ser silenciosos, la pasamos muy bien alejados de las redes y de todo, pero en algún momento debía regresar a mi realidad y eso pasó justo dos días después de regresar.

Es increíble como se cumplía ese dicho de que todo lo que sube tiene que bajar. Yo tenía mi felicidad al máximo, mi tranquilidad como nunca. Ni siquiera había pensado en Thiago y, de hecho, me estaba emocionando mucho más con Bret. Sentía que tenía una relación con él, una rara, pero linda, aunque seguía con mucho temor en mi corazón, preguntándome una y otra vez si eso era lo correcto, si debía entregarme por completo a Bret o no.

Como todavía tenía un contrato qué cumplir, allí estaba yo, con mi teléfono en mano, acostada en el sofá del estudio de Bret, mientras él pintaba un cuadro de mí.

Reí al ver aparecer una publicación de nosotros de hacía una semana en donde nos dábamos un beso. Ya todos suponían que la relación que tenía con Bret era estable, puesto que, primero, ya había pasado el tiempo que él solía utilizar para salir con una mujer, seguíamos teniendo apariciones juntos y por supuesto que no pasaría desapercibida la vista a mi familia por su parte. Todo el

mundo me conocía como la mujer que había domado el corazón de Bret Dufort y eso, de alguna manera, me hacía sentir bien.

El celular de él comenzó a sonar, pero lo ignoró. A veces pasaba eso, pero si él no quería tomarlo y no era una urgencia, solo lo dejaba sonar. Como la que solía llamar era María, ella ya sabía que, si no le contestaba a la primera, es porque estaba ocupado. Sin embargo, el celular siguió sonando y a Bret no le quedó de otra más que contestar.

Le presté atención, aunque solo soltaba palabras sueltas por lo que no logré entender muy bien la situación, pero no parecía ser buena.

—Bien, prepara todo, ya salgo —dijo y colgó. Suspiró, levantándose y limpiando sus manos—. Tendré que salir, pero quedas como en tu casa. Tengo que solucionar un problema de la SkyConnect.

—¿Te demoras?

—No sé, Lena, puede que sí, puede que no, puede que incluso deba viajar. No lo sé, pero si quieres me esperas, te puedes quedar. Dejaré a Mía, pero avisaré aquí para que la cuiden, por si te quieres ir.

Asentí y acepté su beso de despedida antes de que me dejara sola en el estudio.

Suspiré y me quedé pensativa allí, solo observando las herramientas de Bret, hasta que la curiosidad me ganó y me levanté para observar el proceso.

Mis cejas se alzaron con sorpresa al ver cómo ya empezaba a darle color a mi piel en el lienzo. Era un retrato realista, precioso, tenía que admitirlo. Aunque yo no tenía ni idea de técnicas de dibujo

ni de nada parecido, podía ver que me estaba pintando muy hermosa.

Mis ojos se fijaron en el fondo de la habitación, hacia donde había otros lienzos guardados y una estantería que, imaginaba, contenía pinturas y demás cosas. Fui a chismosear allí, a los lienzos, pensando que ya tenían color o una muestra de cómo era uno de sus cuadros terminado, sin embargo, todos estaban en blanco, nuevos.

Me iba a devolver, pero antes de eso me fijé en los estantes, en especial en uno con un cajón marcado con un nombre, «Rebecca».

Eso llamó mi atención, pero no buena forma. Los demás no tenían nombre, no había muestra que me permitiera saber de qué iba todo eso. Algo dentro de mí me dijo que no debía abrir ese cajón, que lo que encontraría me haría daño, pero otra parte también sospechó que tenía que ver con la madre del bebé no nacido de Bret y eso fue suficiente para abrirlo.

Dentro había varias cosas, pocas, en realidad, pero significativas; un collar, una prueba de embarazo a la que ya no se le veía el resultado, quizá por lo antigua, un cuaderno, pero, lo más importante luego de la prueba de embarazo, una fotografía que me dejó helada.

Quizá no era mi gemela, pero sí una mujer muy parecida estaba abrazada al costado de un Bret de apariencia mucho más joven, adolescente. Tenía la forma de mi rostro, sonrisa parecida, cabello muy similar y un no-sé-qué que me hizo entablar una relación inmediata conmigo.

Solté todo y cerré el cajón de golpe antes de soltar todo el aire de mis pulmones.

—Me debo estar haciendo ideas —susurré para mí, pero ¿qué ideas me iba a hacer? Todo estaba muy claro.

Por eso su insistencia conmigo, por el parecido innegable con la tal Rebecca.

Me dieron ganas de vomitar, pero yo necesitaba respuestas, sin embargo, ¿qué diría? Yo no tenía nada qué reclamar, aunque no podía negar que la ansiedad me atacó incluso más fuerte que cuando terminé con Thiago porque me sentí como… un reemplazo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas a la vez que mi mente se llenaba de ideas que no me convenían. Tenía que salir de allí y eso hice, sin embargo, salí apresurada no a mi propia casa, porque allí yo misma terminaría de consumirme en la ansiedad. Yo necesitaba a alguien que me pusiera los pies sobre la tierra y no había nadie mejor que mi mejor amiga.

Una vez llegué, no fue necesario hablar. Zoe, en cuanto vio mis ojos grandes y llorosos, se enserió y corrió a abrazarme.

—¿Qué ocurrió? ¿Apareció Thiago a decirte algo? —Negué y sollocé al sentirme segura en sus brazos. Le correspondí el abrazo con fuerza, necesitando un apoyo y volví a sollozar.

—Me quiere porque se la recuerdo, Zoe.

Capítulo 47

LENA

—Lena, intenta calmarte. —Pero no podía. Tenía el alma destruida y la mente vuelta nada solo por pensar en que una persona me tomara como reemplazo de otra.

—Es que no lo entiendes, Zoe. Soy muy igual a ella y hay cosas que no puedo contarte, pero… yo quiero que se enamoren de mí, no de lo que puedo ofrecer, no de una imagen que se le parece a un fantasma en su vida. —Volví a llorar y ella no demoró en llevar mi cabeza hacia su pecho y abrazarme con fuerza.

—Debes hablar con él y aclarar las cosas —susurró luego de un rato—, pero ¿quién es esa mujer? Pensaba que él nunca había tenido novia.

¿Cómo lograba explicarle sin decirle las cosas sensibles y privadas de Bret? Podía estar enojada, pero no faltaría a mi palabra.

—Digamos que fue como una clase de novia, pero no le puedes decir a nadie.

—¿Y qué pasó con ella? —Negué.

—No lo sé porque ella sigue siendo un tema sensible para él. Sé que de alguna forma le rompió el corazón, pero no sé qué se hizo, no sé qué es de ella y eso… eso es peor. Zoe, No estábamos juntos, pero de alguna forma él *estaba* conmigo, pero si ella vuelve a aparecer ¿qué? ¿Se irá detrás de ella y dejará todo? Es lo más seguro porque no me eligió a mí por ser *yo,* me eligió porque le recuerdo a *ella.*

Mi amiga suspiró y acarició mi cabello con ternura.

—Lena, eso no lo sabes, lo estás suponiendo nada más. Y entiendo tus miedos, pero no conocemos la realidad. Bret… es un hombre raro, no lo niego, pero no creo que tenga malas intenciones contigo. Te he visto más feliz con él en estos pocos días que con Thiago en todo un año. No te dejes llevar por tus miedos, bebé.

Intenté calmarme y la miré con mi rostro rojo de tanto llorar y ojos húmedos. Asentí y respiré profundo.

—Hace minutos me escribió —comenté, por fin tomando mi teléfono para ver el mensaje—. Me dice que vio que me fui, que si quería podía ir a mi apartamento a pasar la noche.

Ella me dio una sonrisa ladeada, algo incómoda y triste.

—Dile que sí, aprovecha para solucionar las cosas y pasar una noche buena con él. Aunque… no sé, Lena. Es una mujer que ya no está en su vida, no creo que tengas que preocuparte por eso, de pronto es que tiene un tipo muy definido de mujer, suele suceder. Yo lo tengo en hombres, ya sabes.

Volví a asentir y me quedé pensativa. Hice una mueca y la miré queriendo obtener toda la sabiduría del mundo para saber cómo tratar ese tema.

—Le diré que sí, pero no voy a decirle nada de eso. Voy a… analizar todo.

Mi amiga sonrió y me dio un poco más de ánimos. Tomé mis cosas y partí hacia mi apartamento antes de que Bret llegara. En el camino mi mente no dejó de rumiar y de atormentarme, también se me salieron unas cuantas lágrimas en el taxi, por lo que, al llegar, tenía los ojos hinchados y rojos. Por más que me lavé el rostro, no pude disimularlos muy bien hasta la llegada de mi amante.

Y lo vio, por supuesto que su ojo atento a mí vería que había estado llorando.

—¿Todo bien? —preguntó. Yo solo asentí.

—Eso debería preguntarlo yo. ¿Todo bien en la empresa? —Él asintió, pero suspiró cansado mientras entrada.

—Sí, todo se solucionó. No entraré en detalles, pero todo está bien. —Al tenerme cerca de sí, besó mi frente. Intenté sonreírle, pero solo nació una sonrisa pequeña que lo hizo fruncir un poco el ceño—. Pedí comida, ¿está bien?

Asentí y suspiré.

—Sí, claro. Gracias. Te quería contar que ya me llegó el dinero de la apuesta —dije, cambiando el tema para intentar distraerme. Reí un poco y lo miré—. Mandé parte a mi familia y quisiera comprarme un coche de segunda, aunque le prometí a Zoe que nos iríamos de viaje.

Él se quitó la camisa y, aunque tenía en mi mente la fotografía, no pude evitar darle un vistazo a su cuerpo. Él me seguía atrayendo mucho, no podía evitarlo y eso me enojaba incluso más.

—¿Y de verdad quieres gastar tu dinero en esas cosas? Puedes pagarlo con mi tarjeta, tanto el auto como el viaje.

Resoplé.

—Tentador, gracias, pero quiero hacerlo por mí sola. Aunque también pienso en terminar de pagar la hipoteca para poder irme a vivir a mi apartamento —susurré y él frunció el ceño.

—Lena, te puedes quedar aquí. Lo puedo poner a tu nombre si gustas.

Su insistencia de darme cosas solo me hizo resoplar de nuevo y levantarme para ir a la cocina por un vaso de agua.

—¿Toda esa insistencia en darme cosas para qué, Bret? ¿Quieres retenerme a tu lado con cosas materiales? —reclamé, llevada por las ideas de mi cabeza. No lo vi, pero el aire se llenó de atención en cuanto me escuchó.

—¿De qué se trata todo esto, Lena? Te lo digo y lo haría porque *quiero,* porque tengo los medios y puedo hacerlo. Te dije que te quería, ¿no se supone que a la persona que quieres le facilitas la vida si puedes?

Me mordí los labios y me di la vuelta. Tenía razón, tenía un punto, pero, aunque me había prometido no traer el tema a colación, no pude evitar preguntarle:

—¿Y por qué me quieres, Bret? Siempre fui tosca contigo, no te he demostrado casi nada de lo que soy, ¿por qué me quieres? —pregunté con los ojos llenándoseme de lágrimas.

Su rostro era de total confusión. Se rio, pero no con humor, sino con algo de… desconfianza, tal vez, también molestia.

—Porque sí, Lena. Tú me gustas desde que te vi, me gusta tu personalidad, me gusta cómo me siento contigo. Me gustas. No siempre hay razones para querer a alguien, pero estoy sospechando que todo esto no tiene que ver con lo que estamos hablando, así que por qué no mejor me dices de qué va todo en realidad —espetó, enojado y dejándose caer en el sofá que tenía vista hacia la cocina, a mí, aunque no creía que me viera muy bien.

Sopesé si decirlo o no, pero todo en mi interior me empujó a hacerlo.

—Vi tu fotografía con Rebecca —confesé y él solo pudo suspirar y agachar la cabeza o, mejor dicho, esconderla entre sus manos.

—Sí, ¿y? —preguntó con tono brusco—. Pero primero, ¿por qué revisaste en mis cosas, Lena?

—Ay, por favor, Bret. Cuando sientes que algo va mal y que necesita tu atención, lo haces. Yo lo sentí, eso es todo y me alegra haberlo hecho porque no pienso estar con una persona que me tiene como reemplazo de otra.

Volvió a reír y se levantó. Subió los escalones para alcanzarme a mí en la cocina. Su ceño estaba fruncido y todo su cuerpo tenso.

—¿Reemplazar a otra persona contigo? Lena, se parecen físicamente, pero ¿reemplazarla? ¿A ti quién te dijo que me estaba buscando un reemplazo? Eres contraria a Rebecca, Lena, en toda tu personalidad, ¡y era mi mejor amiga, maldición! ¿Estás celosa de una amiga?

—¡Iban a tener un hijo juntos, Bret! ¡No es solo una amiga y estás admitiendo que me parezco a ella en lo físico! ¿Me debo sentir bien con eso? ¡Pues no lo hago! Pasé de una relación con inseguridades con otras personas solo para toparme con que la persona con la me metí y la que me ha hecho sentir tanto en tan poco tiempo solo me insistió porque le recordaba a su ex. Pensé que te gustaba por lo que yo soy, no porque me parezco a otra maldita persona.

Me señaló, furioso, pero sin acercarse más.

—No le digas maldita, Lena, no te metas por allí.

—¡Mierda, Bret, es un decir! ¡Pero si tanto te importa por qué entonces no vas y la buscas! —Rio, esta vez como un desquiciado.

—¿¡Y a dónde mierda la voy a buscar!? ¿¡Al infierno!? ¡Rebecca está muerta, Lena!, ¡creí que eras lo suficiente inteligente como para entenderlo sin que te lo dijera! ¡Además, solo fue mi amiga, maldición! No hubo nada romántico entre nosotros, por Dios.

—Si no hubo nada romántico, entonces por qué guardas todavía sus cosas. —Su boca se abrió, impresionado antes de señalar su cabeza, la cual ya tenía una vena saltada.

—No estás escuchando, Lena, y yo no me voy a quedar a que me hagan una escena de celos por una persona que no está y no estará en mi vida más. Era mi mejor amiga, no tienes el derecho de decirme que no puedo guardar recuerdos suyos cuando fue una persona tan importante para mí solo para que te sientas cómoda tú. Es mi pasado, uno que no va a volver, pero fue importante para mí y la quiero, lo siento si eso choca con tu idea del hombre perfecto.

Tomó su chaqueta y no quiso escucharme más, solo salió, cerrando con fuerza detrás de sí.

Yo me quedé en la cocina, con el vaso de agua intacto en mi mano y con la mente mucho más revuelta.

Resoplé y di un gritito enojado antes de irme hacia la habitación, siempre con los ojos de Cloud sobre mí, pero estaba tan sobrepasada que ni siquiera lo quise coger en brazos para llevarlo conmigo. Ya llegaría por su cuenta.

Pero a medianoche, todavía con la mente dando vueltas en lo sucedido, una pregunta me carcomió.

«¿Y si soy yo la equivocada en todo?».

Capítulo 48

BRET

Por eso es por lo que no me involucraba con nadie.

Llegué tirando mi chaqueta al sofá e ignoré los maullidos de Mía en mi camino hacia el bar. Todo estaba en silencio y quise que siguiera así. Les había dado la noche a Grecia y Olivia, desconocía si estaban en sus habitaciones o si habían salido hacia sus propias casas, pero agradecí la oscuridad y el silencio mientras me servía un trago.

Tenía la molestia atascada en la garganta. ¿Cómo Lena se atrevía? No me molestaba ni siquiera el hecho de que revisara mis cosas, porque sabía que era algo que potencialmente podía hacer si le daba la libertad de caminar todo mi lugar, pero no debió hacerlo. Lo que me molestaba y enrabiaba era su descaro de mencionar a Rebecca.

Bien, admitía que solo había supuesto que llegaría a la conclusión de que Rebecca ya no estaba más en este mundo. Al parecer había dado por sentado una situación que no tendría lugar y me hacía responsable de ello, pero no de lo demás, aunque también admitía que sí, en cierta parte ella tenía razón: en un principio la había seguido por su físico, por el recuerdo de Rebecca y por querer plasmar el rostro de mi amiga en ella, pero luego… luego todo eso había pasado a un segundo plano.

Tragué, porque de verdad me dolía la situación, haber peleado con Lena. No éramos nada como para decir que alguna relación estaba en la cuerda floja o acabada, pero no podía negarme a mí mismo los sentimientos hacia ella, por mucho que me molestara darles la razón a mis amigos, por mucho que me molestara saber

que una mujer podía manejar mi corazón, no podía negar que ahora solo me importaba el bienestar de Lena.

Gruñí y tomé todo el contenido de mi copa de golpe antes de llenarla de nuevo. Agarré la botella y me dirigí a mi estudio solo para abrir ese cajón que ya tan olvidado tenía, hasta ese día.

Agarré su libreta y la fotografía causante de todo.

Bien, no era la causante, la causante fue Lena con tus ideas y sus reclamos sin sentido. ¿Por qué me molestaba tanto? ¿De verdad eso era un impedimento para tener una relación?

No, no estaba dispuesto a salir de nada de eso. Es como si me pidiera que saliera de las cosas de mis padres o de mi tía, guardadas con mucha más rigurosidad en mi habitación. Esa libreta y las demás cosas que guardaba en el cajón era lo único que me quedaba de Rebecca, mi amiga, la persona que me salvó y que yo no pude salvar, además de que también era lo único que me quedaba de mi bebé. Nunca lo conocí, estaba muy pequeño incluso para saber su sexo, pero esa prueba descolorida y vieja era la prueba de que yo había engendrado algo junto a otra persona que quería mucho. Y era joven, sí, pero estaba ilusionado con ello. No me podían pedir que saliera de todo, no por una relación. Estaba muy bien soltero y, aunque de pronto se me haría difícil olvidar a Lena, lo lograría hacer.

Mi mandíbula tembló y solo pude secar mis lágrimas con el dorso de la mano que sostenía mi trago antes de buscar lo que había dentro del cuaderno.

El papel, ya muy manoseado y débil, se abrió con el movimiento de mis dedos, descubriendo una tipografía femenina, una carta que había releído una y otra vez, pero que, con el paso de los años, y debido a que me sabía de memoria su contenido, había dejado de lado.

«Querido Bret,

El dolor ha llegado a su punto máximo y no puedo ignorarlo más. Perdóname por no decirlo en persona y que solo puedas saberlo por medio de esta carta, seguramente cuando ya me hayan encontrado.

No puedo más, Bret, estoy cansada y destruida por dentro. Es una decisión egoísta, lo sé y lamento quitarte más de lo que ya la vida te ha quitado, pero no puedo, no soy capaz. Y soy cobarde por decirlo todo escrito, pero has pasado mucho tiempo intentando convencerme de que todo esto vale la pena. Lo veo en tus ojos, veo tu ilusión y me arrepiento de haberte dicho del embarazo cuando ya tenía claro lo que sucedería. Te quiero, y estoy segura de que este bebé también lo hace, pero no puedo tenerlo, no puedo permitirle a un pequeño nacer cargando tanto dolor en sus genes, no puedo ver más cambios en mí y no puedo luchar con el temor de no lograr amarlo. Y sé que te estoy salvando también a ti, te salvo de vivir enganchado a una mujer con tantos problemas, te salvo de tener que correr en mitad de la noche por una de mis crisis, te salvo de criar a un niño tú solo cuando todo el mundo parece estar en tu contra.

Tengo miedo por mi decisión, pero el miedo a vivir es mucho más grande que el miedo a morir. Perdóname, eres una gran persona y sé que podrás superar esto. Te quiero y te querré por siempre, como sé que tú también me quieres y me querrás, y sé, también, que la vida te tiene cosas bellas para que quieras vivirla. No te des por vencido tú.

Por siempre tu amiga,

Becca».

Sollocé y doblé la carta con cuidado para no estropearla más. Me dolía. Me dolía mucho haber perdido a todas las personas que quise una vez y me dolía que Rebecca siempre se hubiera sentido como una carga, un estorbo y que por eso hubiera decidido irse y

dejarme solo. La entendía, en parte, pero no entendía su decisión de llevarse a nuestro hijo. Bien, no quería más dolor, no quería más tristeza y entiendo que en el embarazo todos esos problemas podían traer problemas al bebé, pero… ¿pero por qué la vida se llevó todo lo que tenía?

Tomé el trago otra vez de golpe y dejé el vaso a un lado, esta vez para tomar la botella.

Mierda, tenía todo el dinero que una vez pude querer, tenía a mis amigos y a las mujeres que quisiera. Podía tener todo, excepto una mujer a mi lado. No me podía engañar a mí mismo: seguía esperando a esa mujer y, cuando creía que podía haberla encontrado, resultaba ser una mujer llena de inseguridades que me pedía desprenderme de lo que yo era.

Por Lena, estaba seguro, podía dejar de contratar mujeres para retratarlas, después de todo, ella opacaba a las demás. Se había convertido en mi mayor inspiración. Podía comprarle lo que quisiera, podía volver a esa vida sencilla y cómoda que tuve con mis padres, aunque no creía que ella me pidiera eso. Por Lena hubiera podido sentar cabeza, volverme un hombre como mis amigos porque en realidad eso era lo que deseaba, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar ir a Rebecca.

Las horas pasaron mientras yo tomaba y solo leía las anotaciones de la libreta, los últimos recuerdos de Rebecca en donde me mencionaba a mí porque era su diario. Dolía leerla, leer su dolor y desesperación, pero era reconfortante leer sus momentos buenos, aunque fueran ínfimos, pequeños. Todo eso pasó mientras intoxicaba mi cuerpo con más alcohol porque no quería pensar que la vida me estaba arrebatando también a Lena, si bien no con muerte, sí con lejanía, con la imposibilidad de estar juntos.

Caí tan borracho en el sofá donde por tantos días Lena se recostó para dejarme pintarla, que cuando su figura apareció entre

la bruma, pensé que estaba alucinando, mucho más cuando ella también sollozó y abrazó mi cuerpo, mi cabeza recostándose en su vientre cuando logré sentarme para recibir el calor que su cuerpo me daba.

Y por andar de borracho, logré soltar todo eso que seguía guardando en mi interior y que sobrio no hubiera podido explicarle porque, aunque quisiera negarlo, seguía doliendo.

Capítulo 49

LENA

No pude dormir nada. A las dos de la madrugada mi propia consciencia no me permitió seguir en mi cama, así que solo tapé mi pijama con un abrigo y llamé un taxi.

Bret tenía razón en muchas cuestiones. Yo tenía cosas que solucionar, pero no estaba en mí esconderme o solo pretender que no había sucedido algo. Yo tenía la tarjeta de acceso de su casa y, aunque era delito, no creí que le importara mucho.

Al llegar, todo estaba en silencio y oscuro, pero al buscarlo, descubrí la luz del estudio encendida y a él allí dentro.

Parecía que había tocado una fibra sensible en él, porque se veía… muy mal, y eso solo me hizo sentir peor. Me vi en la necesidad de abrazarlo, de hacerle saber que, a pesar de lo sucedido hacía horas, estaba allí para él.

—Nunca lo vi crecer —sollozó, siendo lo primero que dijo, y logré entender un poco que, lo que más le dolía, ni siquiera tenía que ver con su amiga, que también, pero más por su bebé no nacido… o nacida—. Siempre creí que sería un niño y la quería ver con su panza de embarazada porque ahí estaba él. Y lo siento, Lena, de verdad lo hago, porque tienes razón al decir que en un primer momento te busqué por ella porque nunca la pude retratar. No tenía el tiempo ni la experiencia para hacerlo, pero se lo debo. Estuvo para mí cuando mis padres murieron, es solo un homenaje que quería hacerle, pero no reemplazarla. No soy tonto, sé que eso no se podría. No puedo reemplazar a mi mejor amiga con otra, no puedo reemplazar a mi hijo con otro, pero… tengo tanta ira contigo, Lena,

porque serías la primera mujer amaría como mi mujer, como mi novia, ¿ahí cómo habría un reemplazo si serías la primera? ¿Cómo podrías creer eso? Es insultante que lo creas.

Seguí acariciando su cabello, pero mi mandíbula tembló. Un minuto en silencio y tomé aire para hablar, llevando mi boca a su coronilla.

—Lo siento, Bret. Tienes razón en muchas cosas y lo siento. Hablemos mañana, cuando estés sobrio, ¿sí? Necesitamos dormir y dejar de pensar en todo.

Él negó.

—No quiero dormir contigo. Ni siquiera deberías estar aquí. Y yo no debí decirte nada. —Se alejó y se dejó caer de espaldas en el sofá—. Ve a dormir tú, yo me quedaré aquí.

Me quedé parada sin saber qué hacer, pero consideré que ya le había dado muchos problemas por el día, así que le hice caso, aunque, siendo sincera, solo pude dormir como dos horas; la ansiedad no me permitió continuar o al menos meterme en un sueño profundo, así que pronto estaba en pie, en la cocina, preparando un desayuno que le ayudara a Bret con la resaca que seguro sentía.

Al entrar de nuevo al estudio, sopesando si debía despertarlo o no, emitió un suspiro profundo antes de hacer una mueca y abrir un poco los ojos. Me facilitó la vida con eso, porque no tuve que despertarlo yo, arriesgándome a enojarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Hice una mueca cuando el olor de su boca me llegó, pero igual me senté a su lado. Él se quejó mientras se sentaba antes de agarrarse la cabeza.

—Yo… vine a disculparme por lo que pasó, pero no estabas en condiciones de hablar —susurré y él resopló y se levantó.

—Y no creo estarlo en este momento —admitió, dándome la espalda. No era el momento, pero no pude evitar admirar esa parte de su cuerpo como cada que lo veía sin camisa o desnudo.

—Bret, por favor —supliqué—. Por favor, no seas como Thiago que me ponía a rogar para solucionar las cosas.

Él suspiró y bajó su cabeza para negar.

—Es que no puedes pretender que el momento sea idóneo para hablar. Estoy enojado contigo, mucho, no…

—Bret, lo siento —interrumpí—. Sé que tienes razón en lo que dijiste y lo siento. Me dejé llevar por el miedo porque… no quiero ser una opción, le temo al hecho de pensar que me romperás el corazón porque no quiero más eso. Tengo miedo, Bret.

—¿Y crees que yo no? —dijo en tono burlesco y enojado al mismo tiempo—. Yo creo que no dimensionas mi nivel de implicación contigo, Lena. No he tenido relaciones antes, no del tipo noviazgo y lo estaba intentando por ti, a pesar de que hace solo semanas estabas con alguien, llorando por él y jurándole amor eterno —resopló, a la vez que me daba una mala mirada.

Mis ojos se llenaron de lágrimas ante sus palabras.

—¿Consideras que tenemos un noviazgo? —Volvió a resoplar.

—Pues sí, Lena. Te dije que te quería, te beso sin importar si hay cámaras enfocándonos, conocí a tu familia, estamos juntos gran parte del tiempo, hacemos el amor, tengo más bocetos y pinturas de ti que de cualquier otra mujer que haya pisado este estudio. No sé, saca las cuentas.

Su tono era muy rudo, enojadísimo. Se notaba que tenía un pequeño rencor conmigo, pero todo lo que dijo solo alivianó un poco

el peso y el miedo en mi pecho, tan así que una pequeña sonrisa nació en mi boca.

Debía verme como una loca pasando del llanto a la risa, pero no me importó, solo llevé mis piernas a mi pecho y las abracé contra mí.

—¿Y quieres seguir conmigo? Puede que no funcionemos juntos, pero ¿quieres seguir intentándolo a pesar de lo que anoche? —Él se quedó pensativo por unos instantes, hasta que resopló.

—Si dejas de lado tus ideas de que debo deshacerme de las cosas de Rebecca, quizá —dijo con seriedad, observándome como si me fuera a negar a ello y estuviera esperando esa negación y de forma agresiva.

No voy a mentir, eso me seguía incomodando, pero entendía que era más por mis propios problemas que por ser algo malo en sí.

Asentí.

—Solo si me prometes que eres una persona de fiar —pedí y él soltó una risa amarga.

—Eso debes verlo por tu cuenta, Lena —dijo y yo solo pude verlo con mis ojos más tiernos hasta que resopló y caminó al escritorio que tenía allí para sacar un cigarro, el cual encendió y fumó—. Bueno, sí, te lo prometo, al menos en lo referente a mis intenciones contigo.

Sonreí un poco y volví a enderezar mi espalda.

—Bueno, entonces podríamos decir que pasamos nuestra primera pelea de pareja. —Él negó, sin captar mi buen humor, pero sin dejar de mirarme.

—Te ves horrible hoy. Estás llena de ojeras y despeinada.

—Tú no estás mejor, hasta tienes mal aliento por todo lo que tomaste anoche.

No dijo nada más y yo tampoco agregué nada hasta que recordé el desayuno y suspiré.

—Te preparé algo para que no estés tan deshidratado. Ya debe estar casi frío, pero ¿por qué no vienes a comer? —Entrecerró los ojos, pero supongo que pensó que no valía la pena seguir peleando cuando la comida era una clara ofrenda de paz.

Apagó el cigarro y caminó hacia el sofá para dejarse caer a mi lado. Cuando vio que solo había un desayuno, me miró.

—¿Ya comiste? —Negué.

—No tengo hambre. Por cierto, gracias por la comida anoche, sí llegó, guardé tu plato porque no soy capaz de comer dos cenas.

—Debes comer, Lena —dijo y derritió un poco mi corazón que llevara una cucharada del caldo a mi boca para darme de comer a pesar de que su ceño seguía fruncido.

«Sí, esto es lo que yo quiero, un hombre que se preocupe por mí, aunque hayamos discutido. Sin leyes de hielo».

Abrí mi boca y acepté lo que me daba antes de que él comiera, intercalando las cucharadas entre él y yo.

Sonreí cuando él no me veía, tranquila y con una idea en mi cabeza que no sabía si era la correcta o no, pero sentía que él me estaba dando tanto con su actitud postdiscusión, que quise retribuirlo.

—Me puedes pintar a mí como si fuera Rebecca, podemos fingir un vientre para que la visualices a ella —dije, teniendo en mente lo

que él me había revelado en la madrugada—. Estoy dispuesta a hacerlo si eso te hace sentir mejor.

Él solo me miró, pero, aunque intentó disimularlo, sí vi sus ojos encharcarse antes de que los apartara y tomara una respiración profunda.

—Ya lo veremos, Lena.

Capítulo 50

BRET

Me sorprendió la actitud que Lena tomó con el tema, incluso pensé que sería alguna trampa para hacerme bajar la guardia y luego pedirlo de nuevo, pero intenté relajarme y solo esperar a que el tiempo dijese lo que iba a suceder.

Como ambos habíamos dormido como la mierda, la invité a la cama a dormir, ignorando todo a mi alrededor porque de verdad solo quería descansar. Ella aceptó, así que pronto estuvimos enlazados en la cama, durmiendo, aunque horas después, unas cosquillas en mi pecho me despertaron. No fui consciente de que era Lena besándome en la zona hasta que no escuché su risa al verme confundido y todavía en la bruma del sueño.

No voy a mentir: verla así, despojada de la camisa, con el pantalón del pijama caído a la cadera y jugueteando conmigo me despertó los instintos por completo. No es que no hubiéramos tenido sexo durante esos días; de hecho, me resultaba desconcertante que el pico sexual de mi vida me alcanzara a los treinta, cortesía de una veinteañera que se había adueñado de mi atención en todos los sentidos.

—Hmm, ¿este es el famoso sexo de reconciliación del que todo el mundo habla? —Soltó una risa traviesa, sin dejar de trazar un camino de besos por mi torso.

Cuando enganchó los dedos en la cinturilla de mi pantalón, arqueé las caderas para facilitarle el trabajo. Ella sonrió al encontrarse con mi miembro ya firme y palpitante frente a su rostro. No era la primera vez que Lena me hacía sexo oral, pero que tomara

la iniciativa de esa forma me hacía sentir... jodidamente bien. Y no era solo el placer físico, sino esa emoción desconocida, casi dulce, que se instalaba en mi pecho al verla tan entregada.

Suspiré, conectando mi mirada con la suya. Verla con mi sexo en su boca y sus ojos fijos en los míos me arrastró a un punto carnal y brusco. No se quejaba nunca, al contrario, cuando enredé mis dedos en su cabello para guiarla y marcar un ritmo más profundo, se entregó con más fuerza.

Gemí cuando empujé contra su garganta y ella volvió a mirarme, sacándome de su boca solo para jugar con su lengua en la punta, saboreándome. Esa imagen me robó el aire y disparó la necesidad de enterrarme en ella hasta el fondo.

—Eres divina, Lena —gruñí.

Ella sonrió con suficiencia y escaló por mi cuerpo hasta sentarse a horcajadas sobre mí. La tela de su pijama me rozaba, pero yo ansiaba el contacto directo de su piel húmeda y caliente contra la mía.

—Es muy tarde para seguir en la cama, deberíamos levantarnos —provocó, mientras recogía su cabello en una coleta. La muy macabra sabía lo que hacía: el movimiento arqueaba su espalda, ofreciéndome la vista de sus senos mientras torturaba mi erección con el movimiento circular de sus caderas.

La aferré por la cintura con fuerza y, en un movimiento rápido, la giré hasta quedar sobre ella. Rio, satisfecha al ver que su juego había surtido efecto.

—Ni una mierda, no nos vamos a levantar. Nos quedaremos aquí toda la tarde si me da la gana —sentencié. Volvió a reír, pero el sonido se convirtió en un jadeo cuando mi boca atrapó uno de sus pezones, succionándolo con hambre—. No vas a salir de esta habitación hasta que estés agotada de mí.

—Tú eres el que se cansa siempre antes que yo, Bret. No prometas lo que no puedes cumplir —me desafió.

Solté una carcajada oscura y deslicé mi mano dentro de sus bragas. Se removió, cerrando los ojos cuando mis dedos jugaron alrededor de sus labios inferiores, esparciendo su propia humedad antes de hundirlos en su interior con firmeza. Los suyos se clavaron en mi cabello, ya incapaz de articular palabra.

Dejé sus pechos para subir a su rostro, hablando a milímetros de sus labios:

—Tengo boca y dedos para reemplazar a mi pene cuando me canse; ellos no se agotan tan fácil.

Gimió de nuevo, abriendo los ojos con una mirada nublada por la lujuria. La imagen me llevó a besarla con ferocidad en tanto la penetraba con mis dedos. Sus paredes internas temblaron, apretándome en un orgasmo breve pero intenso que la dejó vibrando bajo mi cuerpo.

Sonreí contra su boca, mordisqueando su labio inferior antes de arrodillarme para despojarla de lo que quedaba de su ropa.

—¿Preparada para mí, muñeca?

Ella solo pudo acomodarse para abrir las piernas y aprisionar mi cintura con sus tobillos, atrayéndome hacia su centro.

—Preparadísima, mi amor —susurró.

Gruñí ante el apelativo, inmovilizando sus manos sobre su cabeza con una de las mías.

—Tú te lo buscaste, «mi amor» —dije justo antes de enterrarme en ella de una sola estocada profunda, robándole el aliento y

logrando que su piel se erizara por completo al sentirme reclamándola de nuevo.

✦ 🐾 ✦

A veces yo también me preguntaba por qué no salía con seguridad. Cualquier persona podría querer robarme, secuestrarme o incluso asesinarme. Aunque tener dinero no me convertía en una celebridad y podía darme ciertos lujos en mi privacidad, en ocasiones eso era imposible.

Mis compras las solían hacer mis empleados de las casas, no las hacía yo, pero Lena había querido salir a comprar un vino, quesos y charcutería en general porque quería una cita en casa conmigo, noche de películas, arrumacos y besos, según sus palabras, sin embargo, quería sentirse una persona normal, sin esconderse porque «no tenía nada que esconder», así que allí estaba, en un supermercado de alta categoría porque tampoco iría a cualquier lugar, llevando un carrito de compras y esperando a que Lena eligiera lo que quisiera mientras yo solo la observaba.

Tenía un jersey mío que le quedaba gigante, el cabello suelto algo despeinado porque nos habíamos duchado luego de… la faena y como era una salida *express*, no se había echado sus productos del cabello. Era una imagen muy íntima, algo casera que me recordó a infancia cuando acompañaba a mi madre al supermercado. Quizá por eso no contrataba seguridad: yo también estaba acostumbrado a la vida común y la seguía sintiendo así, solo que tenía mucho dinero de más en mi cuenta y podía darme el lujo de que otros consiguieran mi despensa, aunque, con ella ahí, estaba pensando en convertir las compras en una rutina, en algo que hiciéramos juntos.

También debíamos ir por Cloud porque él no estaba acostumbrado a estar tanto tiempo solo y el pobre seguro estaba aburrido en ese gran apartamento sin compañía.

Ignoré que había alguien tomándonos fotos, lo normal durante esos días porque quienes me conocían —o sea, el mundo del chisme — querían tener la información completa de si me había comprometido o no.

Al pensar en eso, me detuve allí.

Lena tenía manos bonitas, dedos largos, femeninos, pero no la había visto utilizar anillos, no que recordara, y yo tampoco le había regalado alguno entre las joyas que ya le había dado.

Sonrió y me observó de lado antes de enfrentarme por completo.

—¿Por qué me miras tanto?

—Porque estoy pensando cosas contigo. —Malinterpretó mis palabras porque las tomó por el lado picante. Por eso se acercó y puso su mano en mi pecho antes de ponerse en puntillas para alcanzar mi oído.

—¿Y puedo saber qué cosas? —Asentí.

—Como que quisiera que te cases conmigo —dije, cambiando toda su actitud de golpe.

Capítulo 51

LENA

Sinceramente, nunca esperé eso de Bret… y de nadie. He sido romántica y he soñado siempre con que un hombre me elija y diga que quiere pasar su vida conmigo, pero no lo esperaba, tan pronto, de Bret.

De nuevo, no pude evitar que la comparativa de Thiago y Bret me llegara a la mente. No podía compararlos, sabía que era malo, pero en tres semanas Bret quería darme lo que Thiago, en más de un año, nunca quiso.

Bret se rio al ver mi rostro y siguió adelante con el carrito.

—Relájate, Lena, que eso no es una pedida, no una formal, pero me gustas y creo que podemos resolver nuestros asuntos a futuro, ¿no crees?

Estaba que lloraba. Yo había deseado mucho por mucho tiempo el que un hombre, al verme, supiera que yo sería su esposa. Era un cuento muy expandido en el mundo, había muchas historias de esa forma y yo, cada que las escuchaba, solo podía suspirar por lo bonitas que me parecían.

Caminé hasta que pude detener su caminata al poner mi mano en la suya.

—Bret, ¿de verdad lo crees? Soy una persona difícil en algunas ocasiones, ya lo viste ayer y lo has visto desde que me conoces. Llevamos saliendo poco, ¿cómo puedes estar tan seguro?

Se encogió de hombros.

—Porque yo no huyo y tú persigues, creo que esa es una buena combinación.

«Yo no huyo». Al escucharlo, sonreí, aunque eso de que yo perseguía me molestó un poco, pero tenía razón.

—Qué bueno que no sea una pedida formal de mano, porque no quiero apresurarme…, pero sí, creo que también nos puedo ver en un futuro.

También sonrió y su brazo salió al encuentro de mi cuello para halarme hacia él y plantar un beso en mi coronilla.

—En unas horas habrá fotos de ambos en las redes. —Me quejé y me alejé para buscar a quien Bret había visto y, en efecto, allí había alguien con su cámara, disimulando.

—Justo hoy que estoy horrible, ¿por qué siempre nos pillan en estas situaciones? —Rio y siguió empujando el carrito.

—Yo solo pienso en que con tanto contenido de nosotros dos por internet, pronto les tendré que dar la cara a Ashton y a Max… y eso implica también darle la cara a Micaela. —No parecía muy contento con eso, lo que de inmediato prendió mis alarmas.

—¿Y hay algo de malo con eso? —pregunté, con el temor de que no me quisiera presentar a sus amigos o quisiera mantenerme oculta, lo cual no tenía mucho sentido pensarlo, pero no podía controlar esos temores en mi interior.

—No es que haya algo malo, es que ya no puedo bromear con lo que hacía. Ellos pocas veces me han visto serio, más que todo en el trabajo, pero este tema hay que tratarlo con cuidado porque ya veo venir sus burlas. Por otra parte… es que de verdad nunca pensé que fuera a sentar cabeza.

Sonreí, un poco halagada, pero con una avalancha de dudas que, gracias a ser él, no dudé en decir.

—Bret, ¿y no crees que estás conmigo por eso mismo? De pronto algo en tu interior tiene miedo de quedarse solo y se conformó con la persona más a la mano que tenías y la que más te recuerda a tu pasado.

Viró los ojos.

—¿Tú no has pensado en ver a un psicólogo? No, Lena, no lo pienso por eso. He pasado años, muchos años, teniendo a mujeres frente a mí, muchas dispuestas a todo, he obtenido rechazos y he vivido todo lo que tú quieras. Que no haya sentido la necesidad de salir con alguna, no significa que mágicamente se encendió en mí ese bombillo. Sucedió al conocerte un poco más y ya. No sé, Lena, no me quiero poner romántico, no va conmigo, pero me gustaste desde el primer momento que te vi y la idea de que quiero estar contigo se consolidó en estos días, en especial hoy, porque me gusta saber que eres una mujer que acepta si se equivocó. No temo quedarme solo, jamás ha sido un problema para mí.

En mi cabeza comenzó a sonar una canción de victoria, como esas de las ferias.

«¡Dios, sí! ¡Esto es justo lo que quiero!»

Sonreí y cogí una caja de chocolates y se la mostré.

—¿Me invitas? —Él viró los ojos e hizo una seña para que los echara en el carrito. No hablamos más, no fue necesario porque yo ya tenía lo que quería y a él… a él no le importaba dármelo. Y no hablaba de los chocolates ni de nada material, hablaba de paz mental, tranquilidad.

Una vez tuvimos todo, incluyendo a mi pobre gato abandonado, nos devolvimos a su apartamento y elegí una película para ver

juntos. Como no lo veía mucho del estilo dramático, elegí una de comedia negra y la puse mientras él preparaba los aperitivos.

Solo minutos después estábamos acurrucados, compartiendo una cena y viendo la película.

Yo reía cuando una notificación me distrajo. No esperaba nada y creo que haber bajado la guardia fue mi error, porque las cosas pasaban cuando menos uno se las esperaba.

Un mensaje de Thiago relucía en la pantalla. Creo que Bret sintió mi tensión porque me miró.

—¿Qué pasó? —preguntó y yo negué, pero luego pensé que, si iba a comenzar una relación con Bret, no podía comenzar ocultándole cosas, sin embargo, ¿qué tan bueno era decirle que me había escrito mi ex, con el cual todo seguía muy fresco?

Suspiré.

—Espero que no te enojes con lo que te voy a decir —susurré—, pero Thiago me acaba de escribir, quiere hablar conmigo.

Por supuesto que le afectó. Él también se tensó y se separó de mí.

—Debí suponer que todo se había arreglado muy rápido entre nosotros dos.

—Solo hablaré con él —prometí y él me miró como si estuviera loca.

—¿Y sí piensas hablar con él? Vaya, creía que todo estaba resuelto y que sabíamos que el tipo es un idiota.

Me mordí el labio. No debí, pero reí al verlo celoso. Me acerqué a él y besé su mejilla, aunque rehuyó de mi cercanía.

—No volveré con él. Sigo con algo de rencor y creyendo que las cosas hubieran sido diferentes, pero entiendo que no lo fueron y estoy contigo… Y me siento mejor a tu lado que con él y me gusta lo que estamos construyendo.

—¿Entonces para qué quieres hablar con él? —Lo pensé y tenía algo de razón, ¿para qué quería?

Me encogí de hombros.

—Solo creo que todos debemos tener un cierre decente y el que tuve con él no lo fue.

Se quedó mirándome con el ceño fruncido y negó.

—Bien, haz lo que quieras. ¿Seguimos?

—Bret, no te enojes.

—No estoy enojado —respondió de forma brusca y todavía con su ceño fruncido. Siguió con la película, sin mirarme.

Él quizá podía desconfiar y lo entendía, pero esos celos y su enojo solo me hicieron sonreír y acercarme más a él.

Yo de verdad no quería volver con Thiago. Me sentía mal por esa relación terminada, sí, pero quería a Bret y era, en esencia, todo lo que había buscado. Quizá no era tan bueno no haber pasado por un duelo largo y tendido, pero lo lloré e, increíblemente, lo había superado incluso sin yo darme cuenta.

No, Bret no tenía de qué preocuparse, sin embargo, yo, muy inocente, creí que Thiago de verdad me buscaría para hablar como dos personas civilizadas.

Capítulo 52

LENA

Me cité con Thiago en un café porque no quería mucha intimidad, además de que era consciente de que podría tener algún periodista persiguiéndome y no quería que un encuentro casual con mi ex se prestara para dañar mi relación con Bret.

Yo llegué antes, por lo que elegí la mesa más alejada del lugar.

No pude evitar sentir muchos nervios. En mi cabeza, Thiago me había pedido hablar para disculparse por haberme tratado mal y podíamos dejar la relación de forma sana, sin una discusión de por medio, sin embargo, apenas mi ex entró, su expresión no era de mucha alegría o arrepentimiento. No sonrió, no mostró un signo de alegría u otra emoción que no fuese la neutralidad. Eso me decepcionó un poco y me hizo sentir incluso culpable de esperar algo diferente de él.

Suspiré cuando se sentó, sin tomarme la molestia de tan siquiera levantarme a darle un abrazo o lo que fuese, pero sonreí cuando lo tuve frente a mí, aunque fue de una manera tensa y para nada sincera.

—Hola, Thiago —saludé.

—Hola, Lena, ¿cómo estás? —preguntó. Esa forma de comenzar una conversación nunca me gustó. Era tan extraña, aunque común, tan tensa y poco sincera, tan poco… íntima, que era incómodo hablar con esa apertura.

—Muy bien —resopló y ahí fue que comencé a comprender qué era lo que pasaba y el motivo de esa reunión.

—Sí, lo he visto. Nunca me ha interesado la vida de nadie, pero curiosamente lo único que hago es recibir noticias tuyas. ¿No que no te meterías con él, Lena? —reclamó, dejándome boquiabierta.

Luego de lo que pareció una eternidad en mi cabeza, aunque en la realidad fue solo como un segundo, solté una risa incrédula.

—No lo iba a hacer por estar *contigo,* porque respetaba nuestra relación, pero tú me terminaste porque no podías con el «qué dirán» y con la idea de que otro hombre me retrate. Y no tengo que darte ninguna explicación, para nada, Thiago, pero Bret me trata bien, me gusta, ¿por qué me abstendría de estar con él cuando estaba soltera? —pregunté con algo de rabia en mi voz y me sorprendió más que él incluso se atreviera a negar.

—Porque hace como un mes nada más que nos dejamos, Lena.

—Sí y tú dejaste muy claro que no estarías con una mujer como yo. Me ofendiste tanto ese día…, y yo aceptando verme contigo pensando que te disculparías cuando lo que querías era seguir discutiendo por *mi vida privada*.

—Te iba a buscar al término de esas dos semanas, había pensado en lo que dijiste y quería hablar contigo sobre lo sucedido, sobre lo que pasó en esas dos semanas, pero vaya sorpresa me llevé cuando te vi en todas las noticias con ese hombre, haciendo lo que dijiste no hacer, que hasta te jactaste de haberlo dejado por escrito que no te acostarías con él.

Mi cerebro allí se dividió entre lo dicho y lo hecho. No pude evitar pensar en cómo hubieran sido las cosas de no haberme dejado seducir por Bret, de no haberme acercado a él. Fueron pensamientos rápidos, pero también pensé en cómo hubiera sido mi vida con Thiago de haber seguido y luego recordé todo lo vivido en pocos días con Bret.

Negué.

—Creo que, poniendo todo en perspectiva, de igual manera no se hubiera dado nada entre nosotros dos luego de eso. Yo me equivoqué con Bret, lo admito, pero no por haberme metido con él, sino por haberlo juzgado sin conocerlo. Pero ya lo conozco y creo que también lo hubiera conocido de haber seguido contigo. Te agradezco que me hayas terminado porque gracias a eso me abrí con Bret y logré obtener mucho más de sí de lo que hubiera imaginado. Es una gran persona, se preocupa por mí, me da lo que necesito, me quiere… y lo quiero también, y esas cosas no me las dabas tú.

Él resopló y volvió a negar.

—Qué tontería. Te enamoraste entonces de su dinero, porque sí, te da todo lo quieres y necesitas. Por supuesto que lo hace, tiene el dinero para no preocuparse por complacerte y obvio que todo eso te deslumbra.

Me quedé mirándolo. No podía decir que lo tenía del todo superado, no lo creía así. Mi cerebro todavía tenía conexiones con él, habíamos pasado un año juntos, aprendí de él y lo quise, pero escuchándolo a hablar, solo pude decepcionarme más y más de haber compartido un año de mi vida con él y de no haber aceptado antes la propuesta de Bret.

Sonreí un poco, con emoción, pero algo de rabia, también negué y jugueteé con un hilo suelto de mi cárdigan.

—Él me da lo que necesito sin que tenga que pedírselo. Y con lo que dices me doy cuenta de que nunca llegaste a conocerme de verdad, porque sabrías que lo que menos me importa es el dinero. Tuviste un año entero para conocer a mi familia y nunca lo hiciste; nunca me hiciste sentir lo importante como para integrarte en mi mundo. Jamás logré sentir estabilidad en nuestra relación, por mucho que me entregara para que tú me dieras el lugar que merecía. A Bret le bastó una semana a mi lado para querer

conocerlos, porque supo leer lo importante que son para mí sin que yo tuviera que pronunciar una sola palabra. Thiago, a ti te lo pedí y nunca te importó. Sí, él me pagó el viaje porque tiene los medios, pero el verdadero valor fue el esfuerzo de darme la oportunidad de ver a los míos solo por una conversación que escuchó con Zoe. Contigo siempre tuve miedo de hablar, de compartir mis miedos o mis proyectos. Con él... con él todo es fácil. Y sé que no debería decirte esto, no pretendo rebajarte ni que pienses mal de ti mismo. No quiero caer en comparaciones vacías, porque sé que en el mundo habrá alguien que no soporte a Bret y que busque a alguien como tú. Pero yo... yo lo buscaba a él, aunque me haya costado horrores entenderlo. Te pensé mucho y no niego que todavía te quiero, pero ya no veo un futuro a tu lado. No veo nada contigo. Lo siento, de verdad, por muchas razones, pero este es el fin. Aunque me hubieras buscado después, no habría vuelto contigo.

Zoe y todos estarían orgullosos de escucharme. Era un poco difícil y contradictorio, yo ni siquiera sabía de dónde había llegado todo eso, pero lo había dicho y era como quitarme un peso de encima.

Thiago se quedó mirándome, tal vez sorprendido de que le dijera que lo quería, pero que no quería nada con él, tal vez sorprendido de que Bret le haya ganado en la carrera por mi corazón, pero es que ni siquiera podía decir que mi decisión venía de esa última pelea, del desprestigio y desamor de no haberme aceptado en las buenas y las malas. No, todo eso venía de todos los desplantes a lo largo de ese año, de todas las lágrimas derramadas pidiendo un cambio que no llegó, de no sentirme querida y escuchada la mayor parte del tiempo, de todas las dudas que creó en mi cabeza, de… todo.

Me costaba aceptarlo, me costaba darles la razón a todos, pero Thiago no era para mí y mi corazón, increíblemente, le pertenecía en gran parte a Bret. Era pronto, incluso dudada por el factor tiempo, pero ese sobrecogimiento, combinado al mismo tiempo con paz en

mi corazón, ya le pertenecía a Bret y no pensaba dañar las cosas con él.

Suspiré y saqué de mi bolso dinero. Thiago ni siquiera había pedido y yo solo le había dado unos sorbos al café que me llevaron mientras lo esperaba.

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque la realización de todo eso me abrumó y yo era muy sensible, también empática, y no podía evitar pensar en todo lo que estaría sintiendo Thiago, en su tristeza, de pronto en su ego dañado, pero no podía quedarme allí.

—Creo que esta reunión fue un error. No me lo pediste, pero te perdono por haberme ofendido y espero que tú me perdones si yo te ofendí. Más allá de eso no tenemos nada de qué hablar. Cuídate, Thiago.

No esperé su respuesta, aunque sí sé que murmuró algo a mis espaldas.

Tomé una respiración profunda y sequé mis lágrimas antes de estirar mi mano para llamar un taxi. Tenía cosas qué hacer, entre esas, llamar a Bret.

Capítulo 53

BRET

La mayoría de mis socios y mis dos amigos tenían una pareja. Comprendía todos los enredos de los noviazgos y eso de que la otra persona se vuelve alguien fundamental en tu vida, a pesar de todos los desaciertos que pueden tener. Era fácil distinguir, al menos para mí, cuando alguno de mis socios estaba molesto por algo de su familia. Antes era gracioso verlo, pero estando del otro lado no era, ni por asomo, divertido.

No, no era divertido sentir una molestia en el estómago gracias a que la persona que quieres y te interesa se encontraba en una cita en ese momento con el que fue su novio hacía solo pocos días. Casi se podía comparar con ganas de vomitar. Estaba celoso y asustado, sin poder concentrarme en mi trabajo, esperando el mensaje o una llamada que terminara con la relación, pero quería creer en Lena y en que me elegiría antes que al hombre con el que llevaba casi un año.

Estaba en SkyConnect porque no creía concentrarme en mi *penthouse*, aunque tampoco lo estaba logrando allí. El trabajo en la empresa de Ashton, donde yo también tenía algunas acciones, era el que más tiempo me llevaba. En mis otros negocios tenía quién me los gestionara, pagaba por ello y tenía personas capacitadas. Por supuesto que me hacía cargo, iba a reuniones si me lo pedían los socios o si pasaba algún problema, pero, por lo general, se resolvía con el trabajo de mis empleados. En SkyConnect yo *era* el empleado que debía solucionar todo; no me quejaba, porque gracias a ese trabajo había logrado conseguir todo lo que tenía, pero sí pensaba renunciar… Si seguía con Lena, renunciaría.

Se suponía que debía encontrarme con Ashton, Mic, Mazu y Max, pero lo dudaba, no quería que vieran mi desconcierto ante lo que estaba sucediendo con Lena.

La pantalla de mi teléfono se encendió y allí apareció el nombre que tanto estaba esperando. No diré que eso fue un alivio, porque no lo fue. Ya lo dije: tenía algo de temor e incluso yo mismo me estaba burlando de mí porque siempre critiqué esas actitudes en los demás y ahí estaba yo con lo mismo gracias a una castaña de cabello ondulado.

—Lena —contesté como siempre, aunque mis manos temblaban.

Ella suspiró al otro lado.

—Ya terminé —respondió y me sorprendió que esa fuera su respuesta.

Miré el reloj.

—No demoraste nada. ¿Todo bien? —Ella volvió a suspirar y comenzó a hablar.

—Sí, todo está bien, pero creo que fue un error encontrarme con él —dijo, quitándome un peso de encima—. Bueno, no, no fue un error, me ayudó a tener la mente y mis sentimientos más claros, pero me reclamó por estar contigo, ¿puedes creerlo? Me dijo que había tenido pensado buscarme cuando se acabara nuestro contrato.

—Hmm. Bueno, debiste esperarlo más tiempo si querías seguir en lo mismo —dije con algo de amargura porque, quizá fue mi impresión, pero su voz se escuchó emocionada cuando lo dijo, sin embargo, al escucharme, rio.

—¡No! Bret, aunque nosotros hubiéramos seguido juntos, creo que de alguna forma hubiera notado lo bueno que eres. Esa relación

se hubiera terminado de cualquier forma.

Me gustaría no tener que admitirlo, pero escucharla se sintió muy bien. ¿A ese sentimiento de plenitud era al que se referían todas las personas cuando eran elegidas por la persona que querían?

No oculté mi sonrisa porque estaba solo, pero eso terminó por quitar todo peso de mí.

—Eres muy enamoradiza, Lena. Te enamoraste de mí en tan poco tiempo, de un hombre que odiabas, que te «acosó» y de todo lo contrario que querías para una relación. ¿Debería preocuparme que te enamores de otro o de que tengas algún tipo de daño mental por querer estar conmigo?

Ella rio, captando que era una broma y no una ofensa.

—La historia contigo es corta, cierto, pero mis sentimientos por ti no y sospecho que los tuyos hacia mí tampoco. No lo tomemos como si fuera casi el mes, mejor digamos que nos conocemos desde hace mucho más tiempo, que no es mentira, y que nuestra atracción era tan grande que nos dio miedo y comenzamos a huir hasta que no pudimos resistir más.

Sonreí un poco más y me acomodé en la silla para ver la ciudad.

—Ese es un buen resumen, de hecho. ¿Dónde estás ahora?

—En un taxi. Voy a casa.

—Tu casa o mi casa —pregunté.

—Mi casa, claro. A menos que quieras compañía.

Bueno, Lena me estaba eligiendo, había fotos de nosotros por todo internet, mis amigos ya sabían que tenía algo con ella, aunque

no lo haya admitido, y ellos en ese instante eran mi familia.

—¿Por qué no hacemos algo? Hoy me reuniré en casa de Ashton con los demás, ¿por qué no vienes conmigo? Les gustará verte.

Se quedó un momento en silencio antes de reír.

—Sí, eso me gustaría. Me iré a organizar, puedes pasar por mí en eso de… ¿dos horas?

—Perfecto, entonces. Te veo en unas horas, Lena.

—Te veo en unas horas, Bret —respondió. Yo alejé el teléfono de mi oreja para cancelar la llamada, sin embargo, antes de hacerlo, escuché que me llamaba, así que lo volví a acercar.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo… ¿es pronto para decirte que te quiero? —Reí.

—Yo ya lo dije, no serías la apresurada de los dos. —Ella correspondió a mi risa.

—Bien, entonces te quiero. Te veo más tarde.

No tuve que decir nada más, ella fue la que colgó.

Mierda, ¿en qué momento yo, Bret Dufort, conocido por ser todo lo contrario a un hombre de relaciones, se había metido en una? ¿En qué momento? Aunque la idea no me molestaba, en realidad, nunca lo había hecho.

Tomé todas mis cosas y me preparé para salir. Yo también debía prepararme y el tráfico a esa hora era de locos, sin embargo, al salir de la empresa, me vi atacado por varios periodistas que querían saber sobre mi relación con Lena. Los ignoré, aunque no me daban mucho paso con el auto, por lo que sí escuché una pregunta.

—¿Sabe usted que su novia está con otro hombre? —Frené en seco y bajé el vidrio. El hombre se vio algo asustado, pero yo sonreí.

—Sí, lo sé. Es su ex y no tengo nada qué decir con eso, solo que suerte intentando armar un chisme de ello cuando estoy seguro de que ni siquiera hay una sola foto comprometedora de ellos en ese café. Confío en mi novia, y ahí le doy la premisa de que sí, estoy en una relación con una mujer excelente. Cualquier pregunta adicional, la pueden tratar con mi equipo. —No di más declaraciones, pero sí seguí mi camino con una sonrisa, aunque decir que tenía novia los alborotó más.

Logré salir, aunque despacio, y estando en la vía al *penthouse* solo pude reír. María se volvería loca intentando arreglar lo que había hecho con esas simples palabras.

Capítulo 54

BRET

Micaela sonrió al abrirnos, fingiendo que no quería burlarse de mí, quizá para no incomodar a Lena, pero cuando me miró a mí, vi la diversión en sus ojos.

—¡Qué bueno que llegan! Mazu y Max ya se encuentran adentro. Lena, me alegra verte, más con lo último. Ya es oficinal, ¿eh?

Lena la miró con confusión.

—¿Qué es «lo último»? —preguntó mientras daba un paso al frente.

Micaela me miró antes de volver sus ojos a mi acompañante y reír.

—Me refiero a la declaración que hizo Bret. Mazu tiene alarmas para que le avisen cuando hablan de nosotros en internet y su teléfono está que estalla con alarmas de ustedes dos porque ya Bret te presentó como su novia.

Lena no sabía eso y logré sentirme un poco abochornado por eso, pero los ojos de mi novia me observaron, brillantes y emocionados.

Ella negó, pero sonrió.

—No sabía, pero sí, estamos juntos. Espero que no se haga muy extraño que tu exniñera ahora sea novia de uno de tus amigos. —

Micaela sonrió y negó a la vez que Lena se aferraba a mi brazo para apoyarse en él.

—Para nada, por el contrario, me alegra. Creo que siempre supusimos que esto pasaría, aunque ambos dijeran que no, pero me alegra, de verdad… En todo caso, Coco se volverá loca cuando te vea.

No hizo falta decir más, lo que agradecí porque no quería escuchar sus burlas.

Tal como dijo, su hija se volvió loca de alegría al ver a mi novia.

Era raro eso de llamar novia a una persona. A ver, siempre lo había hecho en mi mente hacia Rebecca, pero en realidad nunca lo había sido, así que eso era nuevo para mí, pero no malo.

—¡Ay, qué emoción! No creía del todo que fuese cierto eso de que Bret ya tenía novia, ¡y pensar que fui yo quien los presentó! — Puse mis ojos en blanco al chillido emocionado de Maria Azul, pero acepté el abrazo que me dio, haciéndole el trabajo fácil porque no olvidaba que estaba en embarazo, aunque su vientre siguiera pequeño.

A veces resultaba ser una tortura ver a las esposas de mis amigos en embarazo porque no podía evitar recordar que nunca vi a Rebecca así. Me entristecía un poco eso, aunque tuviera que esconderlo.

Solo que para Lena no pasó desapercibido, porque no abandonó sus ojos de los míos y me sonrió, algo triste. Yo también le devolví la sonrisa, ambos sabiendo lo que sucedía.

Me separé de Maria Azul, puse mi mano en su vientre y acaricié allí.

—Cada vez más grande. Te molestaría, pero no queremos que cojas rabias conmigo y tu bebé salga igual que yo. —Ella sonrió. Mazu, a pesar de estar en embarazo, no dejaba su glamur, tanto así que ese día iba con unos zapatos con un taco algo alto que señalé—. ¿No deberías dejar esos en casa? Esa es un arma mortal.

Blanqueó los ojos y se fue a sentar.

—Ay, Bret, no tú también, por favor. Estoy en embarazo, no inválida: puedo ponerme tacones.

Sonreí y observé a Lena antes de señalarla.

—Cuando tú quedes en embarazo ni creas que vas a usar tacones.

Creo que mis palabras fueron como un golpe para todos, incluso ella. Los demás, me di cuenta, se miraron entre sí, pero Lena no separó sus ojos de los míos antes de sonreír.

—Siempre he preferido los zapatos bajos, no te preocupes.

Sonreí y negué antes de ir hacia mis amigos.

—Vaya, yo de verdad pensaba que tú saldrías corriendo de una relación con Bret. Ahí me doy cuenta de que no eres una persona muy cuerda, porque cualquiera con sentido común lo hubiera hecho.

Le di un golpe a Max por sus palabras, aunque sabía que eran ciertas, pero él solo sonrió.

—No sé para qué mierda vine si iban a estar como buitres sobre ese tema, ¿acaso no pueden pasar su día sin ser chismosos? —pregunté antes de arrebatarle a Samanta a Ashton, quien se quejó y frunció el ceño cuando no tuvo a su hija en brazos.

Mónica, el ama de llaves de mi amigo, llegó para distraernos del posible reclamo que me haría Ash para que le devolviera a su hija. Micaela le ayudó a poner las bebidas en la mesa, pero sus ojos se fijaron en mí por un momento antes de sonreír.

—Es curioso que seas tú al que mejor se le ven los niños —dijo y eso me rompió un poco por dentro—. Cada que cargas a Coco desprendes un aura muy bonita y Sam también se siente tranquila contigo, y eso es… curioso. Sí. Sé que ahorita lo dijiste en broma, pero ¿de verdad piensan tener hijos?

Esa pregunta nos hizo mirarnos. Para un hombre que no había tenido una relación antes, creía con mucha firmeza que Lena era la mujer para mí. No me imaginaba con nadie más y las cosas con ella se dieron de forma natural, sin estar pensando en citas solo para conocer a otra persona. Admitía que para eso nos ayudó el contrato, pero yo había tenido ese contrato con muchas más mujeres y con ninguna me había sentido así, por lo que sí, yo sí tenía una respuesta muy clara a esa pregunta y, al ver la expresión de Lena, creo que la compartíamos.

—Sí —dijimos ambos al tiempo.

Los más sorprendidos fueron mis amigos. Yo estaba siendo un imbécil muy cursi, no se esperaban ver esa faceta mía, pero me divertía. Tenía dos opciones con ellos: avergonzarme o avergonzarlos mostrándoles ese lado que no conocían de mí. Elegí lo segundo.

Colette reclamó la atención de Lena, aunque la niñera intentó intervenir para que los adultos nos quedáramos a solas y me quitó a Samanta. Todos sabíamos lo caprichosa que era Coco y que no se separaría de mi novia hasta agotarse, así que me limité a tomar asiento con los demás, sin apartar la vista de ellas mientras corrían por el jardín.

—Tu hija me ha robado a mi novia —reclamé, dirigiéndome a Ashton y a Micaela. Fue ella quien me lanzó el dardo de vuelta.

—Más bien tú le robaste la niñera a mi hija... Se ven preciosas juntas, ¿verdad? —Asentí en silencio. Quizá esperaba que elaborara más mi respuesta, pero me quedé en mi propio mundo, observándolas.

Ellos reanudaron su charla mientras yo me sumía en mis pensamientos. Tras unos minutos de un silencio denso que solo yo habitaba, los interrumpí.

—Quiero pedirle matrimonio a Lena —solté, aprovechando que ella estaba fuera del alcance de nuestros oídos.

El silencio que siguió fue absoluto. Todos me miraron como si me hubiera vuelto loco.

—¿No es demasiado pronto? —preguntó Ashton, incrédulo.

Negué con la cabeza y solté un suspiro cargado de una certeza que me quemaba. Los miré de hito en hito, uno a uno, desafiándolos a encontrar una sola duda en mis ojos.

Ellos eran mi familia. Micaela había llegado hacía relativamente poco, pero Ashton confiaba en ella y yo confiaría en quien él confiara. Ashton era mi mejor amigo, la persona que más me tendió la mano cuando perdí a todos los que amaba. Recordaba nuestras borracheras compartiendo la misma tristeza, las celebraciones al cerrar contratos siendo jóvenes e inexpertos, e incluso la vez que lloró frente a mí por el miedo de no poder darle a su hermana la vida que merecía. Y Max... Max también había estado allí, aunque no siempre fuera consciente de cuán vital era en mi vida. No pesaba seguir ocultándoles lo que más me había marcado.

Suspiré y apoyé los brazos en la mesa, enseriándome.

—Sé que esto parece precipitado, pero tengo el criterio suficiente para saber con quién quiero pasar el resto de mi vida. Quizá piensen que me abruman las emociones porque nunca he

tenido una novia «oficial», pero la realidad es que les he ocultado algo durante todos estos años. Es hora de que lo sepan, aunque les advierto que no quiero su lástima. Se los digo porque son mi familia y merecen saber que, sin saberlo, me sostuvieron en el momento más difícil de mi existencia.

Tomé aire para infundirle valor a mis palabras. Ellos me miraban confundidos, a la expectativa. Decidí empezar como lo hice con Lena.

—Lo cierto es que ustedes no fueron los primeros de este grupo en enterarse de que serían padres. Fui yo, hace muchos años. Mi mejor amiga, a quien no llegaron a conocer, se quitó la vida antes de dar a luz... llevándose también a mi hijo.

El impacto fue inmediato. Micaela inhaló con fuerza, clavando su mirada en mí; Ashton frunció el ceño, procesando el golpe, y Max se quedó de piedra. Mazu, con las hormonas a flor de piel, se aferró a su esposo para contener el llanto.

—Sé lo que es el desamor, sé lo que es el duelo por perderlo todo y sé lo que es la alegría de creer que has ayudado a crear una vida —continué—. Guardé este secreto mucho tiempo, pero esto les da el contexto de por qué estoy tan seguro con Lena y por qué quiero formar una familia con ella. Me he cuidado al extremo de no repetir esa historia, pero ella... ella tiene algo que me derrumba las defensas y me obliga a confiar.

»Ya lo sabe, por si se lo preguntan, y ha guardado el secreto bajo llave. Si no fuera de confianza, los medios ya estarían destrozando mi privacidad. Lena tiene claro lo difícil que es luchar por una relación; no está conmigo por un impulso, de hecho, creo que luchó contra lo que sentía por mucho tiempo. Así que... eso es todo lo que tenía que decir.

Ellos no dijeron nada y era comprensible porque había dicho que no quería lástima y todo lo que dijeran podría interpretarse

como eso, sin embargo, Ashton sí se levantó y jaló mi cuerpo para levantarme y abrazarme.

—Tú eres como mi jodido hermano, Dufort. Eres un idiota por haberte guardado tanto tiempo eso y aguantarte todas las burlas que te hacíamos, pero gracias por contarnos.

—Y no quiero que esas malditas burlas se acaben. Si dejan de ser como son, les juro que les doy un puñetazo.

Ashton se rio y se separó, dándome un golpe en la espalda.

—Bien, yo fingiré entonces que no acabas de decir nada.

—¿¡Cómo que fingir!? —gritó Mazu, llamando la atención incluso de Lena, quien se acercó con Coco en brazos—. ¡Bret, eso es muy triste! —Y se echó a llorar.

Lena tomó aire con un pequeño jadeo de sorpresa y me buscó con la mirada. Yo la observé y sonreí apenas, atrayéndola a mi lado, al lugar al que, en mi mente, ella pertenecía por derecho propio.

—¿Les dijiste? — Asentí una sola vez. Ella, ignorando a la rubia que aún sollozaba mientras los demás intentaban consolarla, me dedicó una sonrisa cargada de orgullo y ternura—. Me alegra que estés dejando ir todo eso.

—¿Qué dijo? —preguntó Coco y yo solo pude reír.

—Nada, florecilla, tu tío solo estaba contando lo mucho que quiere a Lena —respondió Ashton, tomando a su hija para darnos algo de privacidad.

—A mí también, Lena… a mí también me alegra.

Capítulo 55

LENA

Micaela me sonrió al llegar a su lado cuando estaba huyendo del ruido de los hombres. Solo Maria Azul se quedó con ellos, disputando un juego de cartas.

—¿Puedo? —pregunté, señalando la silla a su lado.

—Por supuesto —respondió.

Nos sumimos en un silencio compartido. Ella parecía perdida en sus propios pensamientos y yo no encontraba las palabras adecuadas para romper la quietud. No hizo falta; tras un suspiro cargado de pesadumbre, Micaela volvió a hablar:

—Estoy algo consternada por lo de Bret, aunque ahora muchas piezas encajan. Ashton me contó que Bret fue el primero en ponerse a la defensiva cuando creía que él podía alejarse de nosotras..., pero lo hacía por Colette. Siempre se desvivió por asegurar que la niña tuviera una familia sólida, por mucho que sus bromas pesadas terminaran sacando de quicio a Ash. Ahora todo tiene sentido, ¿sabes?

Hizo una pausa, mirando hacia donde los hombres seguían con su estrépito, antes de continuar en un tono más bajo:

—Pero no deja de ser desgarrador todo lo que ha cargado en soledad. Lo conozco hace poco, pero es un hombre que se hace querer. Es ingenioso, divertido... Supongo que al final es cierto lo que dicen: las personas que más ríen son las que más sufren.

Respiré profundo y observé hacia la mesa donde estaban los demás.

—Ashton parece habérselo tomado bien. —Ella soltó una risa incrédula y negó.

—Solo está fingiendo por Bret; ambos lo saben, y yo también. En cuanto todos se marchen y estemos a punto de dormir, sé que Ashton se romperá. Se culpará por no haberse dado cuenta de que su mejor amigo cargaba con un dolor tan profundo en el alma. No es su culpa, pero todos nos sentimos responsables de alguna forma... Aun así, me alegra tanto que se hayan encontrado.

Sonreí, conmovida.

—Tienen una amistad preciosa. No esperaba que...

—Me refería a ti y a él —me interrumpió. Mis mejillas se encendieron al instante.

—Ah...

—Hay tantas cosas que no alcanzo a explicarme sobre el amor —continuó Micaela, pensativa—. Creo que nadie puede hacerlo. No me explico, al menos no sin sonar mística, cómo Ashton y Coco crearon esa conexión tan inmediata. No me explico por qué mi propio cuerpo respondía al suyo incluso cuando apenas acabábamos de conocernos, ni por qué la atracción entre Max y Mazu no mermó con el paso de los años. Y, sobre todo, no me explico cómo Bret supo, desde el primer segundo, que eras tú.

Guardó silencio un momento, con una chispa de diversión en los ojos, antes de soltar una risotada.

—No sé cómo fue ese primer encuentro, pero sí vi cómo te perseguía con la excusa de querer pintarte. Pura mierda. Todos sabíamos que se había encaprichado contigo; quizá sí quería

retratarte, pero esa no era la raíz de su insistencia. En parte, debo admitirlo, por eso no te acepté de vuelta como niñera de Coco. Podría haberlo hecho, incluso estoy sopesando contratar a alguien ahora, pero sabía que Bret aprovecharía mejor la oportunidad si estabas cerca de él... y vaya si lo hizo. Sospechaba que habría un romance, pero no imaginé que las cosas avanzarían con tanta rapidez y seriedad.

Reí junto con ella porque sí, hasta para mí era increíble.

—Lo quiero mucho —admití—, incluso me cuestiono si es cierto todo porque sí, es muy pronto.

Ella chasqueó la lengua y negó.

—Te comprendo, me pasó con Ash, pero no dejes que eso comience a condicionarte. Ve con toda con Bret, lucha por esa relación porque él está luchando. No dejes que el mundo te llene la cabeza con ideas de que para el amor hay un tiempo, porque no es cierto. Si ambos quieren, pueden tener una relación bastante funcional. Míranos a Ashton y a mí: tenemos nuestras discusiones, muchas diferencias, con Sam hemos tenido que sentarnos a hablar de cómo manejaríamos varias cuestiones a su alrededor…, pero aquí estamos, porque comprendemos el mundo del otro. Y no quiero sonar como psicóloga o especialista en relaciones, solo me preocupo por ambos porque los quiero y quiero verlos bien.

Sonreí y asentí, decidiendo que sí, pondría todo mi esfuerzo en la relación con Bret, pero también decidí que aligeraría el ambiente.

—Lo que nunca pensé es que me metería al mundo de élite y que me codearía con mi antigua jefa.

Micaela rio y me hizo un gesto de falso orgullo.

—Es todo un honor, Lena. Estás totalmente invitada a mis salidas con Maria Azul. Somos un grupo reducido, pero te aseguro

que nos divertimos. Prepárate para que Coco comience a decirte «tía» también.

✦ 🐾 ✦

Al término del contrato, supe qué era lo que hacía Bret con las pinturas.

—Una semana, con los eventos a los que suelo asistir, no alcanza para hacer mucho. El contrato de las demás chicas tiene una cláusula que dice que el cuadro será de ellas si lo quieren, pero no deben decir su artista a nadie. Algunas lo exhiben en sus casas, otras los guardan, otras aceptan que lo venda, pero, hasta el momento, no hay una pintura filtrada, supongo que eso demuestra que elijo bien a las chicas que voy a retratar.

Vaya, aparte de darles todo lo que querían, también les daba las pinturas. Eso no me lo esperé, pero me gustó.

Acostada en su cama, no dejé que mis ojos perdieran de vista su recorrido hasta que estuvo sobre mí.

—¿Y por qué en mi contrato no decía nada de eso? —pregunté, aunque sospechaba la respuesta.

—Porque todo lo que lograra hacer sobre ti lo guardaría para mí.

—¿Por Rebecca? —pregunté algo en serio y algo en broma.

—En parte, y en parte porque me gustas y quería conservarte conmigo. Y lo segundo tiene más peso, te aviso, antes de que te hagas ideas que no son.

Sonreí, porque justo eso era lo que iba a pasar.

—¿Y sí quieres que finjamos eso del… embarazo? —pregunté con algo de incomodidad, pero él negó. Mi respiración se atascó en mi garganta cuando su mirada bajó hasta su mano, la cual ascendió por mi piel hasta que se posicionó en mi vientre.

—No, no quiero eso. Entiendo que lo sucedido con Rebecca ya pasó. Nunca la podré ver así, no podré ver a mi bebé y debo superarlo. Prefiero esperar y retratarte a *ti* con un vientre que guarde un bebé real, uno de *ambos*. Quiero la imagen real de mi familia.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero mis labios se curvearon al sonreír. Sabía que eso le costaba, pero era muy liberador que lo estuviera diciendo en voz alta, que estuviera convenciéndose de eso.

Yo suspiré y lo observé con toda la seriedad del mundo porque lo que diría lo ameritaba.

—Hemos usado protección todo este tiempo porque no estoy planificando —comencé, buscando su mirada—, pero yo siempre he querido ser mamá y tú quieres ser papá. Ambos sabemos que esto es real y que podemos hacerlo funcionar. Tú... ¿querrías que empezáramos a intentarlo?

Él soltó una carcajada ronca, cargada de incredulidad y deseo.

—Estás loca, Lena —sentenció. Pero me observó con los ojos entrecerrados, con una intensidad que me hizo estremecer, antes de sonreír y bajar para devorarme los labios—. Me gusta la idea. Nadie dice que vayas a quedar embarazada a la primera... tendremos que practicar mucho.

Reí y lo abracé con todas mis fuerzas, sintiendo la solidez de su cuerpo contra el mío.

—¿Empezamos ya? —pregunté con una intención evidente y ese tono coqueto que él captó al vuelo.

No perdió ni un segundo; tiró de mi camiseta de pijama con una prisa que me hizo soltar una risotada, dejando mi piel expuesta a su mirada hambrienta.

—Hay muchas cosas que tenemos que hablar, muñeca, pero lo haremos mañana —gruñó contra mi cuello, mientras sus manos reclamaban mi cuerpo con una urgencia renovada—. Por ahora, vamos a dedicarnos exclusivamente a volvernos expertos en el proceso de crear bebés.

Capítulo 56

BRET

Fue Micaela quien insistió en que debía encargar el anillo de Lena a la misma diseñadora que hizo el suyo y el de Azul. Según ella, no podíamos dejar a mi novia atrás en esa tradición. Por eso, ambas se encargaron de mover sus hilos y concertarme una cita exclusiva con Evelina.

Tuve que viajar en secreto, ocultándole a Lena el verdadero motivo de mi ausencia. Hacía ya unos meses que vivía conmigo; nos habíamos instalado en el *penthouse* mientras ella terminaba sus estudios, con el plan de mudarnos a mi casa de la playa la mayor parte del tiempo después.

A pesar de mis esfuerzos por ser discreto, sabía que ella presentía que la palabra «compromiso» flotaba en el aire. De hecho, era un tema que habíamos explorado profundamente a lo largo de estos meses, dejando atrás los miedos y las cláusulas.

Me parecía increíble ya llevar un año en esa relación y que las cosas fuesen tan naturales. Sí, teníamos nuestras discusiones y no voy a decir que ella era la persona más fácil de llevar, porque no lo era, pero poco a poco se fue tranquilizando y confiando más en mí, así como yo confiaba más en ella.

Seguía sin método de planificación, pero la vida parecía no querer un embarazo por lo pronto. No teníamos mucho afán, en realidad, pero sí me ponía algo ansioso porque un día más sin un embarazo, significaba un día menos sin él, significaba que se acercaba más la fecha, aunque, ya con el anillo en mis manos, lo mejor sería seguir luego de la boda.

Como venía diciendo, tuve que viajar y contarle a una desconocida mi historia con Lena para que ella pudiese diseñar un anillo que fuera acorde a mi futura prometida. Luego de un mes de haber aprobado el diseño, tuve en mi oficina una caja con el original y una copia de un anillo muy bonito, aunque sencillo, así como Lena. No voy a entrar en muchos detalles, solo diré que el concepto del anillo era del sol, porque ella había llegado a darme claridad en mi vida y a iluminar zonas que estaban en la completa oscuridad.

Encontrarme con Lena no solo me había abierto a una persona —a ella—, sino que también me había abierto más al mundo. Ya no cargaba con el peso de ocultarle cosas a mis amigos ni con secretos que no quería guardar. Casi que sentía como si mi novia hubiera llegado a mi vida diciéndome «dame todo lo que tengas en tu interior, cada uno de tus secretos, y yo te daré mi amor incondicional a cambio de ellos», y lo agradecía. No supe que lo necesitaba hasta que no tuve liberado de la carga y al tener su cariño.

A diferencia de mis amigos, yo tenía la certeza absoluta de que Lena me daría el «sí». Sabía que a ella le ilusionaría compartir la noticia con sus seres queridos, así que descarté la idea de algo privado. En parte, admitía que quería romper con el molde; las propuestas que conocía solían ser íntimas, solo las dos personas, y yo deseaba que esta fuera un estallido de alegría compartida con nuestros seres queridos.

Micaela, mi cómplice en cada detalle, me dedicó una sonrisa cómplice casi al terminar la cena. El momento se acercaba, pero necesitaba que el postre llegara a la mesa para dar la señal. Mis amigos, la mejor amiga de Lena y su familia estaban allí; me había encargado de costearles todo el viaje para que pudieran pasar con ella las festividades navideñas.

Nos encontrábamos en casa de Ashton y Micaela, aunque esta última se había superado con una decoración elegante y sofisticada, diseñada exclusivamente para esta noche. Por supuesto, mis amigos

estaban al tanto de mis planes. Al ser una ocasión tan especial y con tantos invitados, el servicio de *catering* permanecía atento a cada movimiento, aguardando el instante preciso para cerrar la cena con broche de oro.

En cuanto se levantaron los platos y llegó el postre, aclaré mi garganta, llamando la atención de todos. Lena, a mi lado, no perdió la sonrisa, pero sí me miró con expectativa, sin saber qué pasaría a continuación.

—Solo quiero agradecerles por estar aquí esta noche. Me alegra poder ayudar a que Lena esté siempre cerca de las personas que ama y tener buena relación con ustedes. A mis amigos les agradezco la amistad y los años juntos, pero hay una persona a la que le debo mi alegría en el último año y es a ti, mi vida —dije con mis ojos fijos en los suyos, los cuales se encharcaron, pero sonrió—, y creo que llegó el momento de pedirte que te cases conmigo, que extendamos esa felicidad por muchos años más… Toda la vida, de ser posible.

No hacía falta más palabras. En el día a día, cuando menos se lo esperaba, incluso cuando yo mismo menos me lo esperaba, resultaba diciéndole lo importante que era para mí y cada una de sus características buenas. No veía necesario hacer un discurso larguísimo para repetirle frente a todos lo que ella ya sabía y lo que yo mismo admitía en momentos donde se me preguntara por mi relación.

Mi mano tembló, a pesar de todo, cuando saqué la caja y la abrí frente a sus ojos. La sorpresa fue clara, porque bueno, se notaba que era un anillo de compromiso, pero su diseño era tan cuidadoso que también se convertía en arte.

Lloró, por supuesto. No pudo contener la emoción, aunque era algo que ya habíamos hablado.

Asintió y estiró su mano para que yo pusiera el anillo allí antes de estirarse y abrazarme por unos minutos, mientras se calmaba. Se

separó no para aceptar las felicitaciones de los demás, sino para ver su anillo y poner su otra mano en su corazón, como si necesitase sostenerlo porque en cualquier momento se saldría de su pecho. Me reí y yo sí acepté las felicitaciones y abrazos, aunque no la perdí de vista porque fue gracioso verla dar las gracias en una nube, distraída y emocionada, alternando entre observar su anillo, observarme a mí y hablar con su familia y mis amigos.

Fue Zoe quien se me acercó y me abrazó con fuerza. Ya sabía yo que esas dos tenían una relación muy estrecha. Iba mucho a mi casa, ya la consideraba una amiga más, incluso le pedí algunas ideas y consejos sobre cómo hacer esa pedida. Sí, eso era un secreto a voces que, por fortuna, no llegó a oídos de Lena.

—Sabía que era buena idea empujarla a hacer cosas contigo. Gracias por hacer a mi amiga feliz.

—Gracias por cuidarla, Zoe, y por ayudarme en todo esto.

Sonrió y asintió antes de acercarse a su amiga para ojear bien el anillo.

Mi suegro me dio un asentimiento. Ya sabía yo que tenía su aprobación. Pero su madre y su hermana se quedaron con Lena por más tiempo, viendo el anillo.

Tomé asiento al lado de Micaela y ella me sonrió.

—¿Y dónde quedó ese hombre que mantenía buscando mujeres para pintarlas y con una diferente en cada evento que asistía? —se burló con cariño y yo sonreí, señalando a Lena.

—Ella encarna todas las mujeres que pudiese querer… Es un poquito loca, a veces pienso que tiene personalidad múltiple. —Ella chasqueó la lengua y empujó su hombro con el mío.

—Respeta a tu prometida, Bret, pensaba que ya habíamos pasado esa etapa.

—Entonces no lo conoces —dijo Maria Azul—, te faltan años a su lado para que sepas que hay partes de Bret que no cambiarán.

—Ya solo falta el bebé para que dejes de acaparar a las mías —se quejó Ashton, aunque sabía que era una broma… no tan broma, porque sí, sus hijas me perseguían cuando me veían.

Sonreí y miré a Lena de nuevo, ya más calmada y volviendo a la mesa.

—Todavía tenemos mucho tiempo para eso; toda una vida, para ser exactos —dije, porque sabía que era así.

Por mucho tiempo temí volver a intentar tener una familia, temí enamorarme y temí amar. Temía, en realidad, que todo lo que quisiera desapareciera en un instante, así como mis padres y mi tía, así como Rebecca y así como mi hijo, pero debía concentrarme en que amaba a mis amigos y allí estaban… y amaba a Lena y seguía allí. Y ella no huiría.

Epílogo

BRET

DOS AÑOS DESPUÉS

Las olas chocaban con las piedras en la playa mientras el viento despeinaba el cabello de Lena, impasible mirando el océano.

Era casi una rutina que teníamos de cada mañana salir a pasear para que ella pudiese tomar el sol acabando de despertar. Según ella, y le creía, eso le haría bien al bebé.

No había necesidad de palabras. En este último trimestre, mi pasatiempo favorito era quedarme embelesado observándola; me perdía en la curva de su vientre crecido mientras ella lo acariciaba con esa ternura innata. Según me confesó, le encantaba observar el mar en absoluto silencio, sumida en sus pensamientos y comunicándose a su manera con nuestro hijo.

Lo que yo sí hacía era inmortalizar todo ese proceso. No podía creer lo feliz que me encontraba con la llegada de bebé. Había comprado una cámara porque se me haría imposible pintar cada imagen que me pareciera hermosa, sin embargo, esa mañana, con el sol saliendo detrás de Lena y pegando en su cabello, junto con sus manos acariciando su vientre ya muy notorio, se me hizo imposible no sentarme en la arena y tomar mi libreta para hacer un boceto de ese momento que, seguro, plasmaría en el lienzo más tarde.

Mi esposa se giró hacia mí y sonrió.

—¿Nos vas a pintar? —preguntó, aunque conocía esa respuesta.

—Siempre, mi amor. Todavía no te muevas, estás perfecta así. —Se rio y adoptó la misma posición de antes.

Con Lena había tenido la oportunidad de crear una colección entera de cuadros. Su resistencia inicial, aquella queja de que jamás se dejaría retratar desnuda, se fue al garete apenas dos semanas después de haber finalizado el contrato. Poseía varias pinturas de ella al natural; obras que, por supuesto, reservábamos para nuestra intimidad. Tenía el cuidado de no plasmar ninguna señal distintiva, convirtiendo cada lienzo en algo tan privado como una fotografía enviada solo para mis ojos, por si alguien más las veía, no pudiese confirmar que se trataba de mi esposa.

Pero también la había capturado en lo cotidiano: en nuestros viajes, en la paz de nuestra casa, en cada etapa de nuestro proceso. Había dedicado ya una habitación entera de la propiedad solo para albergar sus retratos; una galería personal donde cada pincelada contaba la historia de cómo ella se había convertido en mi mundo.

El tema de Rebecca había quedado atrás. Sí, admitía que cuando vimos el positivo en la prueba recordé el suceso y fue inevitable preguntarme en cada etapa si así hubiese sido con Rebecca, aunque sabía que la respuesta sería negativa.

Rebecca no habría llorado de pura alegría al ver la primera ecografía. Ella no se habría hecho la prueba de embarazo conmigo justo detrás, en el baño, aguardando el resultado mientras la envolvía en mis brazos, tal como sucedió con Lena. Rebecca nunca habría salido corriendo a buscarme al sentir la primera patada de nuestro hijo para que yo fuera el primero en tocarlo. Jamás me habría permitido hablarle cada noche a su vientre, buscando crear esa conexión sagrada con mi bebé.

No podía comparar ambas situaciones; eran mundos opuestos y con Rebecca nada progresó, reconocerlo era admitir que aquella

herida, aunque cerrada, había dejado una cicatriz indeleble en mi alma. Una marca que ahora solo servía para recordarme la suerte que tenía de haber encontrado a Lena.

Y había otra cosa que debía decir y es que Rebecca siempre fue solo mi amiga, mientras que Lena se había convertido en mi todo, en mi amiga, mi amante, mi polo a tierra en momentos de estrés, mi esposa y mi novia. Ella y ese bebé que no había nacido, pero que estaba sano en el vientre, eran mi vida.

Tendríamos un niño. No habíamos decidido el nombre porque ella no sentía «digno» los que teníamos como opción, aunque le gustasen.

Mi esposa, como siempre, se guardaba por mucho tiempo sus pensamientos, así que no supe la razón de su indecisión con los nombres hasta ese día.

Habiendo terminado el boceto, dejé todo en la manta que siempre llevábamos con nosotros a ese paseo y me acerqué a ella por detrás. Apoyó su espalda en mi pecho en cuando me sintió, dejando que cargara, por un momento, todo el peso.

—¿Puedo decirte algo? —susurró con sus ojos cerrados, tranquila.

—Sabes que sí —respondí en su mismo tono, sin dejar de pasar mis manos por su barriga tensa por mi hijo.

—Quiero que se llame como tu papá. No lo conocí, pero me gusta lo que me dices de ellos y es un bonito nombre.

—¿Quieres que se llame Matheu? —pregunté y ella asintió. Un pequeño nudo se posicionó en mi garganta, aunque lo tragué con prontitud. Besé su mejilla y asentí—. Me gusta. Gracias.

Sonrió y suspiró antes de separarse.

—¿Por qué no me llevas a comer un postrecito? —Reí.

—¿Algún antojo en específico? —pregunté, aunque conocía la respuesta. Sus antojos habían mermado, pero seguían presentes y yo no era nadie para negárselos. Ella asintió y solo pude reír de nuevo y hacerle una seña hacia la casa—. Vamos entonces por las llaves del auto a ver qué está abierto para saciar tus antojos, mi amor.

Ella sonrió y se movió lo más rápido posible hacia la casa, emocionada.

Yo solo me quedé observando el cielo. Tenía a tantas personas allá arriba que no sabía a quién de todos debía dirigirle mi gratitud, pero, en silencio, les agradecí a cada uno por haberme puesto a Lena en el camino.

—¿Qué estás viendo? —preguntó a lo lejos mi esposa al ver que me había frenado. Sacudí la cabeza y solo me agaché para tomar sus sandalias, mis zapatos y el resto de mis pertenencias.

—En que el mar está bonito hoy. Deberíamos meternos más tarde.

Ella sonrió, con esa luz que siempre la acompañaba, y asintió. Llevábamos ya tres años juntos y no sentía, en absoluto, la necesidad de separarme de su lado; todo lo contrario. Quizá, al final, el destino sí tenía reservada a una persona específica para cada uno, porque no alcanzaba a explicarme cómo era posible que sus antiguos amores la hubieran dejado marchar.

Pero yo no era como ellos. Y estaba dispuesto a luchar con cada gramo de mi cuerpo y de mi alma para mantener a mi familia a salvo, feliz y a mi lado para siempre.

La vi alejarse unos pasos, con la brisa jugando con su cabello y el futuro latiendo bajo su piel. Mi búsqueda había terminado. El

contrato que una vez nos unió era ahora ceniza, reemplazado por algo que ningún abogado podría redactar y ningún dinero podría comprar. No era solo amor; era la redención. Mientras caminaba tras ella, comprendí que el cuadro más hermoso de mi vida no estaba en ningún lienzo, sino justo ahí, caminando frente a mí.

Agradecimientos

Este universo comenzó en Booknet, con Micaela y Ashton luego de conocer muchas historias de madres solteras que han tenido que luchar mucho por sus bebés. Y soy muy romántica, por eso no podía quedarme sin escribir una historia de amor y triunfo que, con el paso de los días, se convirtió en tres libros que me enseñaron mucho. Bre y Lena, debo confesar, son los que más me gustan. Creo que, por primera vez, puse mucho de mí en los personajes, y aunque uno siempre deja algo de sí en sus escritos, con ellos fue *real* el dejar mucho de lo que yo soy —en especial la ansiedad de Lena. Sé que, como yo, muchas han tenido esos pensamientos y temores rondando dentro, aunque tengan personas a nuestro alrededor que intenten calmar toda esa marea.

A todas las que leyeron, desde Booknet hasta este instante, les agradezco el apoyo y espero de todo corazón que en mis libros puedan encontrar un refugio al día a día, que encuentren alegría y queden con esa sensación de plenitud que deja el leer romance. Sé que entenderán a qué me refiero. Y ya saben, siempre tendrán un espacio de historias por mis perfiles, sea aquí en Amazon o en Booknet.

Le agradezco a mi noviecito por ser quién es y darme mucha inspiración. Quizá en algún momento cuente nuestra historia, porque, hasta ahora, la forma en la que nos conocimos es mi anécdota favorita.

Para quienes me conocieron por este libro: si leen en plataforma, pueden enconrarme en Instagram y TikTok como @DailyWho1, allí enconrarán todas mis historias y pueden estar al tanto de otros proyectos. Siempre serán bienvenidas por allí.

Soy un poco mala para las despedidas, y esta es una, al menos de este universo, así que me quedaré corta de palabras. Solo puedo decir y repetir que muchas gracias por darle la oportunidad a Bret,

Lena, Micaela, Coco, Ashton, Mazu y Max. Gracias por darme una oportunidad a mí.

Nos leemos pronto en una nueva historia.